

UNIV. OF ARIZONA

863.6 G642

Gonzalez, Alfredo/Carranza ; novela de l

mn



3 9001 03977 8934














Digitized by the Internet Archive  
in 2024



CARRANZA





ALFREDO GONZALEZ

# CARRANZA

NOVELA DE LA REVOLUCION

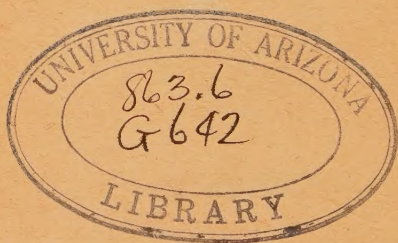


1928

CASA EDITORIAL LOZANO

SAN ANTONIO, — TEXAS.

118 N. Santa Rosa Ave.





---

---

*Papá: quise dedicarte estas páginas, para que las leyeras bajo el nogal "nacido", ahí junto a aquel exquisito "delirio de la noche" que envió el cura de Cuatro Ciénegas a mamá, ¡pero te fuiste! ¿No podrás leerlas, bajo otro nogal, junto a otro "delirio", en otro jardín de nuestro Señor?*

---

---





## Capítulo I.

Entre sorbo y sorbo de un café que sólo el nombre tenía de sabroso, ya que lo mejor de su substancia había quedado en la tienda de Nicho, donde se le hacían mixturas de garbanzas, habichuelas y otros más baratos ingredientes, miraba yo las pupilas de mamá ensombrecidas por tristezas recónditas que mi ansia de mozuelo andaba tratando de hurgar.

A mi vera y un poco despegadita, por aquello de nuestra eterna enemistad, estaba sentada Blanca, que haciendo a un lado sus maduros veinte años y sus humos de persona seria, peleaba con tesón digno de un cruzado el cazo de la leche, para arrancarle las sabrosas natillas ricas al paladar y constante origen de enemistades entre la familia menuda.

Frente a mí, y junto a mamá, en el extremo opuesto de la mesa, Hortensia, la hermana mayor, se remecía en la plácida calma de sus veintidós años, robustos, pero mansos, rubicundos aunque tristonos. Era muchacha metida siempre dentro de sí misma, de donde solía salir de vez en cuando para contestar con tono zumbón y malicioso a los no pocos pretendientes que la asediaban en los bailes del nuevo casino, establecimiento donde “se codeaban la buena armonía con la mejor crianza”, como decía la gacetilla que, a falta de otra mejor, constituía Lencho Flores, sábelotodo de la honradísima villa de Nuestra Señora del Rosario.

Hortensia era muchacha de tez muy blanca, ojos muy negros y pelo

*“Como el ala del cuervo, docto  
que a la alcoba de Poe entrara”*

como había dicho en modernísimos versos, compuestos en honor de mi hermana, el poeta de la región, el más grande bardo que por aquellos lugares hubiera jamás



existido: José María González, monclovita a quien no le valieran sus salidas líricas, llevándose unas calabazas de Hortensia del tamaño de una catedral.

Así era mi hermana la mayor, recogida y hacendosa como la abeja, y como ella picante cuando algo le molestaba.

Blanca era todo lo contrario; alborotadora y endemoniada, amiga de la alegría, del sol, de la belleza plástica y de volver loco al primero que se le pusiera enfrente. Nuestras dificultades nacían de mi petulencia. Yo era el menor de la familia, era verdad, pero, ¿quién si no yo, usaba pantalones en aquella casa? ¿Y no era ello una razón de peso para que los hiciera valer, principalmente con Blanca que estaba más al alcance de mi mano? Pues a pesar de ello la tal Blanca se daba aires de independiente y soberana, y adonde decía yo no has de ir, allí iba ella, y cuando yo daba una orden, ¿quién sino ella es t a b a lista para desobedecerla? Rabiaba yo ponía el grito en el cielo, lanzaba tremendas amenazas contra la traviesa señorita, se armaba el gran escándalo, y todo era confusión en aquella casa, hasta que mamá intervenía con sus palabras llenas de dulzura y metía la paz aconsejándome:

—Déjala que vaya, hijo. Tu hermana es joven, necesita divertirse, en algo se ha de pasar aquí el tiempo...

Y Blanca se salía con la suya y con coquetería felina salía zarandeándose con el gesto altivo de una princesa y sacándome la lengua cuando mamá no la veía.

Esa noche el pleito por el cazo no había tomado caracteres de gravedad. Blanca estaba "trinando" como decía mamá, por levantarse de la mesa, porque el tocador la llamaba, lleno de perfumes y baratijas, y el vestido nuevo de seda con cenefa, como era la moda, estaba muy colgadito detrás de la puerta de la recámara, esperando el cuerpo fino y esbelto de mi señora hermana para ir a ajarse desastrosamente a manos de los galanes pueblerinos en el baile de esa noche.

Hortensia también iría, sí, pues, ¿cómo iba a quedarse cuando toda la "alta sociedad" de Nuestra Señora del Rosario se había dado cita en el casino, y cuando su corazón humilde y manso sentía también los resquemores que la mocedad trae consigo?

Mamá quedaríase en la casa, a hacer sabe Dios qué cosas; a rezar quizás largos novenarios a San José, su

patrono, de cuya hermandad era hermana mayor; a llorarle al ausente...

Mientras la palabra precipitada de Blanca salía a borbotones de aquella boca llena, mientras Hortensia contestaba con pocas palabras a las preguntas de su hermana, mamá me veía con ansiedad que no podía yo comprender y sus ojos parecían a cada momento ir a estallar en lágrimas. Luego aquellos ojos se clavaban en la lejanía, en las nogaleras que en aquella hora del crepúsculo estaban tornándose fantasmas inquietantes, adquiriendo caprichosas formas ya de gigantes con melenas hirsutas, ya de grandes nubarrones amenazadores. La sierra estaba azul. El sol se había metido detrás del rancho de Don Jaime. La noche caminaba a grandes pasos.

—Trajeron música de Monclova, y dice Lela que el de la flauta no es turno como Aureliano—dijo Blanca sacándome de mi abstracción.

—¿Y qué tiene que ver lo turno con el arte de tocar la flauta?—interrumpí yo con más deseos de contradecir a mi enemiga que de defender a Aureliano, en quien, desde mi vuelta de Saltillo, veía yo a un filarmónico de muy escasos méritos.

—Y también dicen que vino el telegrafista de San Juan, un viejo rabo verde que tiene pretensiones de conquistador—continuó Blanca después de mi interrupción con gesto de profundo y olímpico desdén, dando a entender que consideraba mis opiniones de un valor nulo.

—Es el que canta Las Peteneras—medió Hortensia, amiga eterna del “bell canto” como se practicaba en nuestro pueblo, y más amiga aún de indagar cuanto a los cultivadores de ese “bell canto” se refería.

—El que le dió serenata el mes pasado a Belia Fernández, creyendo que tenía veinte años.

—¿Pues cuántos tiene?—pregunté yo.

—Dos veces veinte cuando bien le vaya.

—Pobre Belia, es una amiga muy buena—terció Hortensia, en defensa de la ausente.

—La defiendes porque te guarda las cartas de...ya sabes de quién...

—No es verdad—dijo la mayor, poniéndose toda colorada.

—Sosiéguese, y vayan a vestirse—intervino mamá, poniendo paz y levantándose de la mesa.

—¿Pero adónde van a ir, si no las han invitado?

Pregunté yo, echándole una mirada burlona a Blanca, que como con resorte se puso en pie y me dijo con tono zumbón:

—Y lo dices tan sin apuro, ¿verdad? ¡Bonito hermano nos ha dado Dios! Desembolsar con miles de sacrificios los cinco pesos de la contribución, y luego estarse tan tranquilo cuando se quedan sus hermanitas con los trapos listos y la cara pintarrajeada.

No tuvo tiempo para contestar. Alguien había golpeado fuertemente en la puerta del barandal, y “Tumbalo”, con manifiesta descortesía, saludaba con ladridos y gruñidos a la comisión. Porque era ella, la comisión de invitaciones formada del indispensable Lencho Flores, y de dos o tres muchachos que llevaban la misión de darle valor en los momentos de desembuchar su discurso.

—¡Son ellos!—exclamó Blanca con voz emocionada.

—Diles que pasen—me dijo mamá, y yo, encaminándome a recibir a los honorables comisionados, les grité desde mitad del jardín:

—Pasen, el perro no muerde.

Quitaron la aldaba de la puertecilla Lencho y sus acompañantes. Tiesos avanzaron por el andador de piedra laja, bien fregadito a propósito para la ocasión. Lencho caminaba por delante, tieso como un gallito de papel, seguido de sus compañeros que trataban de sonreír y acariciar a “Tumbalo” cuando se les aproximaba oliéndoles los pantalones recién planchados.

—No hace nada, no tengan cuidado.

—¿Está en casa Doña Carmencita?—preguntó Lencho dando a sus palabras entonación melosa y ajustándose el nudo de la corbata con movimiento que quiso hacer pasar inadvertido.

—Sí, pasen ustedes a sentarse, la llamaré.

—Mamá, aquí te buscan estos señores —grité yo con fuerza para que Chonita, nuestra vecina, se diera cuenta de que la comisión había llegado primero a nuestra casa.

Apareció mamá en la puerta de la cocina, avanzó hasta donde nosotros estábamos, debajo del nogal “nacido” que en el jardín da sombra en tiempos de fuertes calores y nueces cuando el tiempo de darlas llega.

Saludó Lencho a mamá con toda cortesía, pregunto por la salud de “la demás familia”, y una vez que se le hubo dado razón de cuanto indagaba y cuando sus acompañantes también hubieron dado cima al deber de los salu-



dos de rigor, se destapó nuestro Lencho con la sacramental invitación que escrúpulos añejos conservan intacta desde los tiempos en que se hizo el primer baile en Rosario.

—Tenemos el honor de invitar a usted y a su apreciable familia al baile que se celebrará hoy en la noche en el salón del Casino, a las ocho en punto, esperando que nos honren ustedes con su presencia.

Dijo todo esto Lencho de un tirón y acabó, como es natural, ahogándose. Dióle mamá las gracias por el honor que se nos hacía (¡cómo me acordé yo de mis cinco pesos!), y prometió que sus hijas asistirían a la fiesta “si no hay algún inconveniente”.

Retiróse la comisión, subieron sus respetables miembros en el expresito que les servía de medio de transporte y se trasladaron a la casa de Chonita, donde cumplieron con su cometido en idéntica forma, y donde se les dió la misma contestación, a sabiendas de que la niña de la casa, como las de la nuestra, tenía ya “un pie en el estribo”.

Blanca salió corriendo de su escondite desde donde había estado mirando, agazapada detrás de los cristales de una ventana, a Lencho y sus compañeros. Llenó la casa con su alharaca, puso en movimiento a mamá, a Hortensia, a Guardado, viejo chueco que hacía los mandados y que era como reliquia de la casa, donde se habían gastado su juventud y su madurez, y a Petra, la criada, que más bien era compañera de nuestra niñez y sostén de nuestra juventud.

Y después de tanto ir y venir, y de dar órdenes y ver que fueran cumplidas, la muchacha quedó tan bien puesta, que bien hubiera lucido con honor en el Casino de Monclova, rumboso lugar de cita de lo más granado de la región, donde se le daba el espaldarazo a las damas de gran copete.

Hortensia no quedó del todo mal; a decir verdad, la encontraba yo mejor, más aseñorada, más llena de dignidad femenil, más sugestiva quizás...

Y yo...con el auxilio de mamá, que se remiraba en mí, el menor, el consentido, como envidiosamente me llamaba Blanca, había quedado convertido en un muy aceptable joven de ciudad, porque en Saltillo había dejado los modismos pueblerinos del vestir, con sus pantalones de un color y el saco de otro, y los lustrosos zapatos trompudos de factura americana.

Pero mi alma no estaba para fiestas esa noche. Yo no sé qué resquemores se me habían metido muy adentro, que me quitaban no sólo el sosiego, sino hasta la gana de dormir. Me parecía que una tragedia muy honda vibraba en sordina en aquella casa de mamá, tan llena de colores y perfumes. Bajo aquella aparente calma virgiliana que de nuestra huerta llena de frutos y de flores emanaba, se enroscaba el dolor como serpiente agazapada.

Mamá iba y venía por la casa desde muy temprano. Era como la hacendosa cordobesa que nos pinta don Juan Valera, novelista que había leído yo en mis ratos de ocio, que no eran pocos ni cortos. Se levantaban con el sol, y a veces más temprano. Desde esa hora, sus manos no paraban un instante. Se movían febrilmente, como si en el reposo encontraran sólo amargas expresiones para el espíritu, como si su actividad llenara de vida y de alegría la ya encanecida cabeza de la mujer.

La casa relucía de puro limpia. El jardín era un pequeño vergel donde las plantas crecían y se multiplicaban con entusiasmo, diríase que con pasión, como si quisieran dulcificar con su hermosura las horas de aquella mujer, horas largas que se arrastraban interminables, ahora lo sé, por enmedio de aquellas flores.

Yo la veía ir y venir entre las macetas que su mano regaba, sacando aquí una ortiga, sembrando allá un clavel, o por el patio donde aromaban el perejil y la yerbabuena y los gallos metían el desorden en los serrallos ajenos.

A veces, despertando en mitad de la noche, la habíamos oído llorar muy quedo. Cuando todo estaba quieto, cuando apenas si perforaba el silencio de la media noche el agorero canto de los buhos que allá entre las ramas de los nogales brujeaban en plena quietud, sus sollozos nos llenaban de inquietudes.

Muchos años habían pasado así, pero como para los cortos míos "la vida estaba cantando afuera" y aún en mi cabeza no se metían esas ideas de hombre que ya por entonces me andaban haciendo cosquilleos muy hondo, no me había detenido a pensar en aquel duelo oculto, profundo de mamá.

Blanca, mi enemiga, que por extraña paradoja llegaba a ser mi mayor aliada en trances donde se requería de la ayuda mutua, me levantó una noche y me dijo:

—Mamá está llorando. ¿Qué tendrá?

—Ella no quiere que la oigamos. No hagas ruido...

—No, si está dormida.

—¿Crees?

—Lo sé bien.

Fuimos a la estancia de mamá. Nos acercamos a su lecho de puntitas, deteniendo la respiración, porque sabíamos que tenía el sueño ligero. Por la ventana de barrotes de fierro, entraba una tenue claridad que arrojaban las estrellas y que se filtraba por las hojas de una lila. El rostro de mamá estaba tranquilo, pero con esa tranquilidad que vemos en los rostros de los mártires. La boca apenas si, entreabierta, modulaba un gesto de desamor.

Permanecemos mudos, con el corazón oprimido entre las manos, pero mamá no lloró más. Respiraba blandamente, como un niño... Y así la dejamos, y cuando en las noches siguientes la oíamos llorar, permanecíamos en nuestros lechos. Desde el suyo, en la pieza inmediata a la mía, me decía Blanca en un murmullo:

—¿Oyes?

—Sí, déjala. Nomás en la noche tiene tiempo de desahogar su corazón.

—Mañana le pregunto qué tiene.

—No lo harás. Ella no quiere que lo sepamos.

Sí, mamá no quería que supiéramos su tragedia. Para ella la quería toda, con sus amarguras y sus espinas. Porque no lloraba solamente dormida, no; también despierta, cuando todo era silencio en la casa, cuando se apagaba hasta el menor ruido en nuestra Señora del Rosario, ella reprimía sus sollozos que, aun así, hasta mí llegaban y me llenaban el alma moza de inquietantes pensamientos.

La luz del día como que disipaba todas las angustias de la noche. La huerta se llenaba de gritos de aves, de sol, de vida. Los cuatro hijos de Don Juan, el mediero, mozos fornidos que encontraban placer en el trabajo, barbechaban las tierras, podaban la viña, pizcaban el maíz, y, en fin, se entregaban con deleite a la noble tarea de hacer producir la tierra que a todos nos daba el sustento. Y mamá iba entre ellos y les hablaba cariñosa:

—¿Y cómo vino el agua anoche, Faustino?

—Bien, señora—contestaba el muchacho alzando los ojos cegatones, con cortesía pero sin bajezas—; pero co-

mo la presa está cochina trujo mucha basura pacá y nos dió buen trabajo.

—¿Se regó toda la viña?

—Faltó una melguita, la del nogal Picudo.

—Y bien que necesitan el agua esas parras. Están doblándose de pura sed.

—Haber qué hacemos...

—Habrá que comprar una noche de agua.

—Don Mencho dice que las tiene todas vendidas, pero que por ser pa usted...

—¿Y cuánto pide ahora?

—Dice quesque quiere doce riales.

—Habrá que dárselos...

Y en pláticas parecidas, se andaba la buena señora, con el delantal sobre la cabeza, solazándose bajo los duraznos cargados de fruto, entre las vides hinchadas de racimos, divirtiéndose su pena, olvidando el agujijón de la tristeza recóndita.

La ausencia de nuestro hermano mayor, que se había metido a la bola y que en Chihuahua luchaba por entonces contra el orozquismo, era para mamá fuente eterna de congojas. Pero ello no era el único duelo que mamá llevaba incrustado en su alma. Es verdad que el hijo andaba en peligro, pero al fin allí estaba el Señor San José para cuidárselo y San Expedito para llevarle noticias. No, la angustia de mamá era vieja; por años y años había estado carcomiendo su juventud, haciendo trizas sus energías. Y por ser la fuente de sus males tan íntima, a nadie, ni a sus hijos, había de mostrársela.

Yo a nadie se lo había comunicado, ni siquiera a Blanca, pero lo cierto es que para mí tenía que entre nuestros padres algo debía haberse interpuesto años atrás, que los separaba eternamente, que casi los había convertido en dos seres, desligados para siempre.

Papá no estaba nunca en casa. Sus negocios lo llevaban de uno a otro extremo de la República, y justificada así su ausencia, ni las lenguas encontraban motivos para murmurar, ni nosotros causa de sospecha. Era papá hombre de edad madura, sobrio de carácter, por naturaleza reticente. Las expansiones paternas parecían disgustarle. Apenas si al llegar, cuando salíamos corriendo a su encuentro, se aproximaba a nosotros, nos besaba en la frente y nos hacía entrega de chucherías que solía llevarnos siempre en una canasta de mimbre, llena para nosotros de atractivos.



Solía llegar por el tren de la mañana que a Cuatro Ciénegas pasaba, comía con nosotros, dormía la siesta, y por la tarde llegaba el coche por él, nos daba otro beso en la frente y se alejaba siempre enigmático.

Mi admiración juvenil por papá era ilimitada. Veía en él no sólo al ser responsable de mi estancia en este mundo, sino a una persona de talento insospechable, de facultades ilimitadas. Cuando, con candor de niño, preguntaba yo a papá cualquier cosilla que intrigara mi inocencia, sabía de antemano que aquel hombre no podía menos que sacarme de mis dudas. El lo sabía todo. Para él, la vida no tenía misterio alguno. A mis ojos era un pozo de sabiduría.

—¿Por qué no vive papá con nosotros?—pregunté en cierta ocasión a mamá, al ver cómo, entre una nube de polvo, se alejaba el coche que conducía a papá a la estación, enmedio del escándalo de los perros vecinos.

Vi cómo los ojos de mamá se clavaban en el coche que se alejaba, y cómo sus labios parecían reprimir un gesto doloroso. Mamá no me dijo nada. Sin duda temió que con las palabras el llanto brotara de sus ojos. Me volvió la espalda, se metió en la casa, y yo quedé en mitad del jardín, pensando en lo raro de todo aquello.

Ni a Hortensia ni a Blanca quise comunicar mi íntimo pensar. La primera, encerradita en sí misma, nada veía en torno que no fuera color rosado. Era mucho para su alma pura penetrar tras la cortina que encierra las tragedias humanas. Blanca, según mi entender, era muchacha insubstancial, indigna de que cosas de tanta monta se le consultaran. Así, yo, el hombre de la casa, el jefe de la casa por ausencia de los legítimos titulares, estaba allí, frente a aquel misterio, frente a aquella tragedia que se enroscaba entre nosotros mismos, como víbora agazapada, haciéndome miles de conjeturas, tratando de penetrar en la penumbra de aquella sombra que iba arrojando los días y las noches de mamá.

## *Capítulo II.*

Nuestra Señora del Rosario se había cobijado para entonces en su tápalo de sombras. En la cocina de casa traficaba Petra, en su eterna lucha con la mugre, oyéndose ruido de platos, raspar de ollas, cerrar de alacenas.

Más lejos, algún perro se desgañitaba con tristes aullidos, algún burro lanzaba su larga clarinada.

—Las García van a llegar por nosotras—dijo Blanca. Y dirigiéndose a mí: Tú puedes emprenderla cuando gustes.

No me hice del rogar. Cosa muy de mi agrado era poder llegar al salón de baile cuando apenas si se estaban reuniendo los mozos que formaban el comité de recepción. Tomar parte en los preparativos, meterse en la colocación de los filarmónicos, dando órdenes con seriedad manifiesta, porque al fin “es de uno el baile”. Ver que quedara en lugar apropiado la mesa que ornaban vajillas de todas categorías, como que eran de la propiedad de distintas familias que a regañadientes las habían facilitado. Escuchar las primeras notas que al afinar arrancaban los músicos de sus instrumentos; estar pendiente de la llegada de las primeras bailadoras, que en parvadas se dejaban venir, bajo la custodia de una que otra mamá que las acompañaba por “el respetito”, darse vueltas por el pasillo, charlando con estudiada indiferencia, como si no fuera a suceder allí algo de tremenda gravedad; hacerse bola con los miembros de la comisión que trataban de ganar lugares estratégicos desde donde poder atrapar a la bella elegida, y luego reprimir un grito diciendo al ver que en medio de la noche oscura aparecían las primeras muchachas:

—¡Allí están!

Todo ello era para mí lo mejor de la fiesta, la parte en que la emoción reprimida llena de dulzura al corazón que apresurado late.

Todo emperifollado, oloroso a jabón de Castilla y a un poquito de perfume que mamá me pusiera en la mascada, me encaminé al casino. Por las calles de mi tránsito, negras como boca de lobo, ya que no había entonces ni hay ahora en todo Rosario, un mal farol que alumbrase al caminante en las noches en que la luna decide no asomar su linda faz, fui burlando charcos aquí, pozos allá, y sobre todo, palpando con felina agilidad el piso duro de las banquetas donde las había y donde no lo más firme de la calle, a fin de que mis relucientes zapatos no perdieran en un minuto lo que habían ganado de lustre en largos ratos de frotación.

En más de una casa, al deslizarme frente a ella, pude oír rumor de voces femeninas que requerían prendas de vestir, con apresuramiento marcado, llenas de ansieda-

des, o masculinas, sin duda de algún padre de familia que pedía calma, con esa filosofía de los viejos que han olvidado las inquietudes de la mocedad.

El edificio del Casino, un bien construído saloncito de regulares dimensiones, con cuartos de vestir a ambos lados, con pórtico en cuyo coronamiento se podía ver un letrero que decía: *Centro Recreativo de Rosario*, se encontraba y se encuentra aún, aunque con ligeras modificaciones en su construcción, en plena calle real, y no muy lejos de la placita que a esa hora era una gran sombra tranquila, un gran remanso de paz. Al volver la esquina de la tienda de Nicho, sentí que se me alegraba el alma. Causa de ello fue ver los ojos en acecho de las tres ventanas del casino, anunciadoras de que adentro estaba en preparación la fiesta de la alegría y de la juventud.

En la puerta del casino tropecé con Lencho Flores. Parecía otro Lencho. Un Lencho remozado, sonriente, con la cara hinchada de júbilo, como si toda ella se la hubiera llenado de por dentro el orgullo de ser Presidente de la Comisión de Festejos, y el más grande aún de ser Presidente del Casino.

Dióme una palmadita en el hombro, y con protector acento me dijo:

—Don Rafael, tendrás que decirnos alguna cosilla; las muchachas han dado en decir que los versos a Clemencia que acabas de hacer, son dignos de un Manuel Acuña y tienen ganas de oírlos de tu boca.

¿De dónde habían sacado aquellas buenas gentes de Rosario que yo me ocupaba en hacerle versos a Clemencia? No lo sé. Lo cierto es que todo el mundo lo sabía, hasta la misma muchacha, una de esas virgencitas pueblerinas llenas de viveza y natural coquetería que están allí para enredar a cualquiera, sin darse cuenta de que lo enredan, pues con sólo su sonrisa, su mirar, su gracia, atraen y embelesan sin la menor intención de hacerlo.

Era verdad que yo, en mis muchos ratos de ocio, empuñaba la péñola, como dicen por ahí los poetas, y sacaba de ella sones a los que almas cándidas y bien intencionadas daban el nombre pomposo de versos. Y también era cierto que en más de una ocasión había yo hilvanado sendos acrósticos a mis lindas paisanas, sin otra intención que ejercitar la pluma, como luego se dice.

Pero ni la hermosa hija de don Laureano Rosales, ex-

Honorable Presidente Municipal de la Villa, había jamás inspirado mis tremebundos cantos, ni yo había osado poner los ojos en donde los de mi amigo de infancia, Raúl Hinojosa, recreaba los suyos. La voz de la calle, certera a veces, y otras tantas errada, desde mi regreso de Saltillo, había unido mi nombre con el de la santita aquella, y en las crónicas de sociedad que enviaba Lencho al periódico de Monclova, salía yo siempre a la vera de Clemencia, y cuando se trataba de hacer rifas de compadres en las tertulias familiares, nuestros nombres resultaban uno detrás del otro, por obra y arte de la enredadora que la rifa echaba.

La muchacha no era ni tonta ni huraña, y a las preguntas que sobre mí le hacían sus amigas, se salía con donaires y dichos que como nada descubrían, dejaban la puerta abierta para mil suposiciones.

—Pero si yo no he hecho ningunos versos, y mucho menos para esa señorita—contesté a Lencho que con sonrisa maliciosa me contemplaba recreándose sin duda en mi turbación, que turbado se pone siempre el poeta a quien se habla de los hijos de su entendimiento.

—Blanca se lo contó a Lela, y ésta se lo dijo a mi hermana Elvira, así es que ya ves, la fuente de información es digna de todo crédito—dijo Lencho, que tenía la costumbre de hablar como si estuviera hilvanando crónicas para los periódicos, manía que había cogido desde que se le nombrara corresponsal en nuestra villa, del periódico semanario que en Monclova salía a luz.

—Blanca es amiga de burlas, y daría cualquier cosa por meterme en aprietos—dije yo retirándome al fondo del saloncito recibidor, donde se encontraban ya algunos de los miembros del comité de recepción, con sendos distintivos verdes en la solapa, indicadores de la alta dignidad que allí representaban.

Pero ni esa maniobra me valió. porque Lencho, siguiéndome con saña, fuese detrás de mí, y metiendo su cuchara cuando yo me disponía a hacer uno que otro comentario con mis amigos sobre los futuros placeres que se nos esperaban, me dijo:

—Estos señores aquí presentes están de acuerdo, y como yo, piden que nos recites los versos a Clemencia...

—Los dirá, dejen que se llegue el momento—salté uno de los mozos que formaban el corro.

—Aquí Raúl no se enoja, dice que los poetas tienen

licencia hasta para meterse en lo privado de cada quien—dijo otro.

No encontrando salvación sino en la fuga, me metí a la sala donde ya los músicos buscaban acomodo, en uno de los rincones que presidía un gran busto de Juárez, fabricado en yeso, que manos cuidadosas habían colocado en una rinconera.

El piso, de magnífico cedro, había sido convenientemente encerado, para beneplácito de los expertos bailadores y temor de los principiantes que en él veían un lecho poco blando donde caer y una constante amenaza para su dignidad, si el momento de besar el suelo llegaba. Las paredes, que varios baños de cal habían dejado blancas y peligrosas para los de traje oscuro, estaban adornadas con algunos paisajes, salidos casi todos ellos de la artística mano de Jesusita Flores, hermana de Lencho, y artista consagrada en la localidad.

Hasta tres docenas de sillas, en las que estaban representadas desde la variedad de las austriacas, por entonces muy en boga en las casas pudientes, hasta las fuertes y poco elegantes americanas, pasando por las imitaciones de Luis XV, residuo de épocas anteriores, estaban alineadas junto a las paredes.

Los músicos afinaron sus instrumentos, luego salieron a fumarse un cigarrillo de hoja bien retorcido, al recibidor, donde hicieron comentarios con sonrisas burlonas, como de quienes están acostumbrados a cosas mejores, sobre la fiesta pueblerina, y por fin, se sentaron esperando el momento de recibir las órdenes del bastonero para dar principio a su trabajo.

Yo me di unas cuantas vueltas sobre mis tacones en medio de la sala, y en una de ellas se me metió en la cabeza una idea perturbadora.

—¿Si se habrá enojado Raúl por lo de los versos?—me dije. Y a fin de averiguarlo, fui hasta donde mi amigo estaba y por sacarle conversación le dije:

—¿Cómo lo ves, resultará animado el baile?

Con un gesto de los labios y un encogimiento de hombros, me contestó el muchacho.

—Malo, —me dije—la cosa se pone seria.

Por nada de este mundo hubiera querido yo causar a mi amigo un disgusto. En más de una ocasión, sentados ambos a la luz de las estrellas, en cualquier esquina, mientras soñábamos en triunfos lejanos, en días más propicios para nuestra inquieta juventud, Raúl me había



contado las dolencias de su corazón, que no eran otras que un amor muy hondo por Clemencia y un desdén muy grande por parte de la joven. Si él me había abierto su corazón, y con confianza plena había depositado en mí sus esperanzas, mal haría yo en dar siquiera pábulo a sospechas. Había, pues, que aclarar puntos, y resueltamente dije a mi amigo:

—Tengo que hablarte, ven conmigo.

Salimos a la calle, nos retiramos del Casino unos cuantos pasos y cogiéndolo por la solapa de su saco, le dije sin miramientos y sin pensarlo mucho:

—Ni por un momento quiero que vayas a pensar en que he hecho esos versos. Se trata de una broma, no sé si de Blanca o de ese Lencho que en todo ha de andar metiendo el choclo.

Ni la obscuridad de la noche pudo evitar que en los ojos de mi amigo viera yo brillar una chispa de júbilo. Tartamudeando un poco, como era su costumbre, o su defecto, Raúl me tomó por el brazo, y atrayéndome hacia sí, se encaminó nuevamente al Casino, mientras me decía con voz velada por la emoción:

—Ni me había fijado en eso; yo sé que eres mi amigo...

Y del brazo, como si Lencho nada hubiera dicho en su vida, llegamos nuevamente al lugar donde la confusión más estupenda reinaba ya. El reloj de Faustino Fernández, el policía, por el que se guiaba el buen hombre para dar la queda cuando la hora se llegaba, marcaba ya las ocho y como coincidiendo con ello, una lucecilla se estremecía allá al fondo de la calle, balanceándose a veces, a veces ocultándose, y no faltó quien dijera, ahogando un grito de júbilo:

—¡Allá vienen!

En efecto. La luz, que emanaba de una lámpara de mano, con la que algún precavido padre de familia iluminaba el camino donde habían de posarse las delicadas patitas de sus hijas y de las amigas de éstas, avanzaba y avanzaba, mientras nosotros, palpitando de entusiasmo, reprimíamos hasta la respiración, por ver de adivinar, así fuera en las pisadas, quién se acercaba.

Oyéronse luego voces en sordina, que arastraba el aire y nos las aventaba en las orejas; después fueron aumentando en intensidad; por fin una boruca ininteligible llegó hasta nosotros y momentos después allí estaban ya, en la puerta, azoradas, pero tratando de guar-

dar compostura, hasta media docena de lo más granado de las bailadoras, precedidas por don Juanito Rodríguez, en cuya casa se habían dado cita sin duda.

Los comisionados entraron en funciones; ofrecieron el brazo a las señoritas y las condujeron hasta el otro extremo del salón, donde las dejaron sentaditas y dispuestas a emprenderla con el primero que llegara...si no era muy antipático.

Clemencia había llegado también. Detrás de mí oí la voz de Lencho que me decía, al mismo tiempo que me daba un ligero empujón:

—Ahora es cuando, Don Rafael, hay que aprovechar estos momentos.

Desoí la voz de la tentación, permanecí impávido ante la aparición de la joven y por no perder tiempo en encontrar otras palabras, dije al oído de Raúl, que a mi lado estaba, las mismas que acababa de oír:

—Ahora es cuando, Raúl, hay que aprovechar estos momentos.

Ni corto ni perezoso, mi amigo avanzó decidido, ofreció el brazo a Clemencia que lo aceptó con agrado, y se internó a la sala, llevando en su semblante noble, moreno y varonil, el gozo más intenso y la satisfacción más honda.

Tras la primera remesa de bailadoras llegaron otras y otras, que sin duda habían esperado el paso de las primeras para darse valor, y pronto las tres docenas de sillas fueron insuficientes para proporcionar asiento a la linda parvada de muchachas que iban en busca de un rato de esparcimiento y de emoción.

Nos amontonamos los "socios del Casino" en la puerta de la sala, esperamos con ansia que Mateo Martínez, el bastonero, diera a los músicos las órdenes de rigor, y a las primeras notas de un vals con que los filarmónicos se arrancaron, arrancámonos nosotros, y encaminamos nuestros ansiosos pasos hacia aquella en quien nuestros ojos se habían fijado de antemano.

Bullicio inmenso hubo en mi corazón, y pienso que en los de todos los que parte tomábamos en la alegre marcha. Doblegamos nuestra humilde espina dorsal ante la preferida, y con un si es que no es de emoción, dijimos bajando la mirada:

—¿Me hace el favor de acompañarme esta piececita...?

—Con todo gusto—contestaba la elegida, en la mayoría de los casos, se levantaba, estirábase un tanto la

enagua, encargaba el abanico con la vecina que no había sido tan afortunada de pescarse galán, y se cogía del brazo del dichoso mortal. Luego, la muy ladina lo envolvía en una mirada y en una ola de perfume baratón, mientras él, rompiendo el silencio apenas la había estrechado entre sus brazos, empezaba con la frase de rigor:

—¿Qué calor hace, verdad?

—Sí, está bochornoso.

O se destapaba con la nueva del día:

—Qué buena música tenemos, ¿no le parece?

—Tocan muy bien, sí—contestaba ella subiendo su diminuto pie (o como fuera) sobre nuestros zapatos recién boleados.

En una de mis vueltas ví a Blanca que se desternillaba en interminable plática, abrazada de mi primo Andrés, el que había ido a la revolución y era, por lo mismo, blanco de todas las conversaciones y botín probable para todas las casaderas.

Mi hermana me hizo una mueca enseñándome a Clemencia y a Raúl que, sin hablar palabra, giraban y giraban, él, como mariposa borracha en torno a la luz de una vela, ella, unida a él porque era su obligación, a fuer de buena bailadora.

—Le anda cantando—me dijo Blanca en una pasada, y pude ver entonces que mi amigo había hecho a un lado sus temores y dirigía a la joven la palabra, con el respeto, con la timidez de quien pide a la Virgen del Rosario, en la capilla de mi pueblo, que le haga un milagro.

—Es bonita—pensé entre mí, viendo el rostro sereno de Clemencia, rostro criollo lleno de dignidad. Los ojos negros parecían un remanso donde fulguraran luces de estrella, tales eran de luminosos. El talle de la muchacha me pasmó: tenía él al danzar, agilidad y soltura, y en su curva se ilustraba la teoría de la gracia que los estéticos a lo Gouyou, han dado en llamar de “la menor resistencia”.

—Tiene buen gusto este Raúl—continué pensando, al mismo tiempo que mi compañera, como si adivinara mis pensamientos, me decía:

—Qué guapa está Clemencia ahora, ¿verdad?—y en el tono de aquella voz femenina quise encontrar yo un no sé qué de ironía, esa ironía que tan bien saben gastar las muchachas de pueblo en sus escaramuzas con los pollos.

—Sí, está muy bonita—le contesté, dándome cuenta de

que en los labios de mi compañera se dibujaba una sonrisita enigmática.

—¿Y será cierto que le habló Raúl?

—No sé, pero si lo ha hecho, le alabo el gusto.

—A mí me han dicho que ella no lo quiere, no sé si será cierto—dijo entonces ella con saña, como si quisiera meterse en honduras que, la verdad, a mí me estaban interesando.

—¿Por qué no lo ha de querer?—contesté yo, saliendo en defensa de mi amigo.—Raúl es un muchacho magnífico, bien educado, trabajador, digno de ella.

—Pues con todo eso, me han dicho que quiere a otro. Uno que ni caso le hace a ella. Lo que son las cosas, ¿verdad?

No dejó de sorprenderme la noticia. ¿A quién podría querer?

—¿Y quién es él?—pregunté tratando de fingir una indiferencia que no sentía.

Pero ella no se dió por entendida. Escamoteó la pregunta, pero sin querer abandonar el tema, que por lo visto le daba vivo placer, me dijo:

—Dicen que usted le ha compuesto unos versos y que los va a decir ahora.

—Yo no sé quién ha sacado eso. Mire, ahí afuera me salieron con lo mismo. ¿Quién va a estar mejor enterado que yo? ¿Por qué se los había de hacer, si en primer lugar no tengo habilidad, y en segundo no se vería bien?

—¿Por qué no? Por amistad...

—¿Cree usted?

—Sí, y ella también lo sabe y sé que le ha dado gusto, aunque trata de disimularlo. Ya ve cómo es ella...

Aquí terminóse la pieza, dimos algunas vueltas en torno a la sala, y por dos piezas más que siguieron, tuve que soportar la compañía de mi bailadora, que a decir verdad, tenía algo pesados los pies y bastante suelta la lengua. La conversación no volvió a tocar para nada a Clemencia. Mi compañera desfloró todos los temas de la vida pueblerina, llegando en su atrevimiento hasta a poner mano en los de la política, declarándose partidaria furibunda de la revolución.

Concluída la parada, me reuní con Raúl en el recibidor que estaba para esas horas lleno de humo, de alharaca y de viejos. El calor era fuerte, salimos mi amigo y yo a la calle, y allí, nunca lo olvidaré, Raúl me puso una de sus hombrunas manos sobre el hombro y me dijo:

—No me quiere.

—¿Pero ya le dijiste?

—No, pero lo sé bien. Cuando cae uno bien se conoce a leguas.

Con cuánta franqueza contaba su tragedia aquel muchachote, de corazón sano, robusto, sencillo, a fuerza de trato con la naturaleza y con los animales.

—No seas tonto. Las mujeres son así,—dije yo con tono de sábelotodo, basando mis doctos consejos en la gran experiencia que en mis 18 años había adquirido, y en la autoridad que mi estancia en la Preparatoria me daba ante los ojos de mis amigos de la infancia, que no habían salido del valle encantador de Nuestra Señora del Rosario—. Seguramente como si estuvieras arreando mulas, dile que la quieres, que tus intenciones son sanas y que te casarás con ella cuando sea oportuno.

Con consejos vulgares a estilo del anterior, logré reanimar aquella alma grande, pero tímida, le dí impulsos, lo empujé hacia la linda muchacha, y él me prometió hacerlo todo de la manera que yo le aconsejaba, por creerla la mejor.

Para quienes de achaques de amores sepan, para quienes estén enterados de cómo esos achaques nacen, crecen y pasan en las villas donde aun la vida sigue corriendo triste y suave, no parecerá extraño que cuando el baile concluyó esa noche, Raúl Hinojosa, aún no había encontrado tiempo, lugar ni modo para decirle a la bella Clemencia, cuanto en el buche llevaba preparado.

—No hay remedio—le dije, reprendiéndole por su torpeza.—Mañana hacemos una carta irresistible, se la enviamos por correo y así te evitarás toda pena y ella tendrá tiempo para meditar la respuesta, que aseguro será favorable, o yo no sé nada de estas cosas.

Cuando las doce de la noche llegaron, no faltó madre de familia que reclamara a sus niñas. Notóse cierta desanimación en la concurrencia, pero valieron los ardides de Lencho, para detener a dos o tres señoras, a quienes con toda cortesía se acercó para decirles al mismo tiempo que les mostraba su reloj, atrasado de propósito:

—¡Pero qué es eso, Doña Agapita, y usted, Doña Jesusita! ¡Es que querer irse tan temprano! ¡Si apenas se están acostando las gallinas! Miren ustedes, las once y quince, eso es todo....

—¡Jesús, es que las once y quince, si hace años que cantaron los gallos!...



—Cantarían porque se les pegó la gana, pero yo les aseguro que este reloj es legítimo Elgin, y jamás me ha hecho quedar mal desde que lo encargué con unos cupones a Monterrey. Otra paradita, nada más una, y no las volveré a importunar...

Y accedieron las damas y Lencho sacó a bailar a la hija más fea de una de ellas, a la que había estado de plantón toda la noche y por lo mismo, estaba empeñada en retirarse.

Un aplauso estruendoso me llamó la atención, asomé a la sala, y ví que Lencho, abrochándose el saco y estirando el cuello, decía, mientras señalaba con la diestra a un señor de cuerpo más que mediano, regordete, de rostro moreno y algo ajado, de ojos pequeños y brillantes:

—El señor Segundo García, aquí presente, tendrá el gusto de cantarnos "Las Peteneras", en honor de las bellas señoritas de Rosario...

Otro aplauso atronador saludó al ya famoso telegrafista de San Juan. El hombre tomó asiento, pulsó la guitarra, que el músico con sonrisa desdeñosa le prestó a ruegos de Lencho; luego arrancó un registro para admiración de todos los circunstantes y se destapó con los versos de "Las Peteneras", ora bajando, ora subiendo la voz como si por ese solo método quisiera despertar la emoción. Al llegar a lo de "Niña de mi corazón", el telegrafista encogía los ojos, les daba expresión de vivacidad, y es fama que los dirigía adonde mi hermana Hortensia estaba.

Terminóse aquel número, con otro gran aplauso. Luego los socios del Casino pasaron al bello sexo a la mesa, donde se sirvió café con panecillos, se volvió a emprender el baile, y como a eso de las dos de la mañana, una poderosa coalición de mamás se puso en pie, dió la orden de marcha, y no valieron todos los discursos de Lencho ni los ruegos de las niñas para hacer desistir de su intento a aquellas somnolientas señoras.

—Buena la has hecho—me dijo Lencho cuando todo mundo hacía ya los preparativos para la marcha—. Ni quisiste recitarnos los versos a Clemencia, ni siquiera bailaste una sola pieza con esa muchacha. Qué dirá la gente...

Dijera lo que dijera. Ni por un momento había yo querido que mi actitud se fuera a interpretar por la buena pero entrometida gente de Rosario, en sentido que lesio-

na a los intereses de mi amigo. Buenas ganas que había tenido de bailar una pieza o dos, o quizás más con la linda joven. Pero aún más fuerte que mi deseo estaba el sentimiento caballeresco que llamamos el honor y a él me atuve, y fiado en él defraudé las esperanzas de más de cuatro personas que bien hubieran querido verme junto a Clemencia para poder hilvanar al día siguiente cuentos y consejas sin las cuales un baile en Rosario no ha sido un suceso de importancia.

Ni las largas horas de estrujar el cuerpo, ni lo avanzada que era a la hora, calmaron la sangre ardiente de la juventud de Rosario, famosa por su resistencia al cansado meneo de los placeres. No bien hubieron abandonado las bailadoras y sus familias la sala de baile, que quedaba allí entristecida como en todo fin de fiesta, cuando se dejó oír una voz que puso entusiasmo en los pechos decaídos. Y esa voz llena de vitalidad decía:

“A la serenata”.

¡Pues a la serenata! ¡No faltaba más! No faltó quien fuera a despertar a Pancho Romero, el de la cantina “La Feria”, para sacarse una caja de botellas de cerveza, y una vez provistos de ese elemento tan necesario, y conseguida la venia del policía que allí se encontraba, y el consentimiento de los músicos, a quienes se halagó con ofrecimientos monetarios, apagamos las luces del Casino, lámparas que cabeceaban con su charco de aceite allá en el fondo de la taza, y nos echamos a la calle con no poco alborozo.

No habían aún entrado a sus blandos lechos las jóvenes que los tenían, y las que no a sus catres de tablas con un colchoncillo empedernido, cuando nosotros, avivados los espíritus con una botella de cerveza y envalentonados con la presencia del gendarme, nos plantamos frente a la casa de aquella por quien Lencho suspiraba en vano.

Dió el presidente del Casino las órdenes del caso a los músicos, y éstos pusieron mano a sus instrumentos, cuyos sonos llenaron la calle obscura, despertando a los perros somnolientos que protestaron con ladridos contra los perturbadores de su sueño.

La noche era obscura, como queda dicho. Nuestra Señora del Rosario parecía un pueblo desierto, por donde ha pasado la guadaña arrasadora de las Parcas. La charanga aventaba sus notas lloronas en el silencio de la

calle, y nuestros corazones vibraban a su son, llenos de sueños y de esperanzas locas.

La niña de la serenata, como quien no quiere la cosa, saltaría del lecho, y asomaría su faz por algún resquicio de la puerta para ver, aunque ya sabía quién era, o se lo suponía, al "dueño de la serenata". Y Lencho, paseándose frente al grupo que nosotros formábamos, se desgañitaba tosiendo lo más fuerte posible, para que sus tos llevata la nueva de su presencia a los oídos de su dueña.

Un vago sopor iba apoderándose de mis sentidos, resultado muy natural de la magnífica cerveza de Sabinas, en un cerebro poco dado a esos usos. Giraba en torno mío la ronda de mis compañeros. Sus rostros eran confusos, extraterrestres; diríase que asistía yo a un festín de fantasmas, de los cuales emanara una extraña alegría. ¿Por qué me sentía yo fuerte, bueno, alegre, dueño de la creación? Volví el rostro al cielo y noté que las estrellas eran las más hermosas de cuantas jamás hubiera visto. Mis ojos, acostumbrados ya a la sombra, distinguían las hileras de casas a ambos lados de la calle, casas de adobes toscos la mayoría; a veces asomaba alguna, aristocrática, enjarrada y blanqueada, con moreras a la puerta, pregonando en la obscuridad de la noche la opulencia de sus dueños. Recta se tendía la calle, cerrada allá en el fondo por nogaleras que se cruzaban sobre ella y le hacían bóveda llenándola de sombras.

"El palacio" del jefe, llamada así por mal nombre la casa del jefe de estación, y que era la única que en Rosario se enorgullecía de tener dos pisos, se levantaba a nuestra espalda, media cuadra atrás, como si quisiera gritarnos a voz en cuello que allí estaba, toda llena de ansias, la paloma de la casa, la ojerosa y linda Berta, en espera de la amable serenata.

Y tras terminar con lo que el amor de Lencho debía a su dueño, allá fuimos, y con tres vales y una danza llorona, demostramos a Berta que si ninguno de nosotros la amaba, en cambio, no la echábamos en olvido.

¿Cuándo iba aquello a terminar? ¿Esperaríamos a que la aurora, con su suave luz, nos recordara las obligaciones que el día trae consigo, para ir en busca del amable lecho que esperaba en vano? El corazón estaba inundado de dulces sueños. ¿Qué bien se compaginaba la noche con la música de Monclova y con la cerveza de Sabinas! Notamos con beneplácito que la charanga era mejor de lo

que nos habíamos imaginado. Aquellos sonos llenaban el espíritu de una tan vaga poesía, inundaban el alma de un desco tan grande de gloria, que nuestros miembros se agitaban como cuerdas en tensión, buscando expresiones de belleza; y a fuerza de danzar en la obscuridad, imaginábamos que eran nuestras actitudes plásticas dignas de efebos que serenaran su espíritu en la majestad de las selvas y los montes vírgenes.

Pero ni el sentimiento estético estaba desligado de la atracción de la forma femenina, ni era posible que dejara de meterse en nuestros cuerpos mozos la atracción universal de la mujer.

Ella llenaba, sin que lo supiéramos quizás, nuestra cabeza de ilusiones, nuestro cuerpo de estremecimientos. Yo de mí, sé decir que sentía ya en mí ser la presencia de ella, fuera quien fuera, toda belleza, toda bondad; que impulsos muy hondos y fuertes me estiraban a regiones fantásticas de idealidad y hermosura y que unos ojos suavísimos me estaban llamando desde el fondo de un espíritu. Habrá que confesarlo para mejor entendimiento de lo que digo: sentí grandes deseos de hablar en música, es decir, de decir en versos palabras de ternura a una mujer que comprendiera en lo íntimo de sus sentidos la belleza de mis palabras, porque bellas tendrían que ser si eran para ella. Y por compaginaciones y juegos íntimos que no sabré explicar, me llené de la imagen de una mujer que en todo Rosario era alabada más que por hermosa, con serlo mucho, por hacendosa y honesta. Su rostro adquirió ante mis ojos calenturientos de soñar, destellos estelares, sus movimientos, majestad de princesa, sus gestos magnetismo que mi alma ya no sabía eludir.

Era Clemencia, la encantadora, la adorable, la sin par, aquella en quien mi amigo Raúl había puesto los ojos para no apartarlos más. Pero, ¿qué importaba todo eso, si el rostro de aquella mujer completaba en mí la sinfonía majestuosa del pueblo muerto, de la música celeste que sopla en mis oídos más que como sinfonía betoviana, como voces de ángeles? Y malignos debieron de haber sido aquellos ángeles que cantaban canciones saudosas, puesto que me metieron entre ceja y ceja ideas profanas y me arrastraron a decir, todo emocionado, pero con voz fuerte, enmedio de la algarabía que formaban mis compañeros:

—A mí me toca ahora, ¡pues no faltaba más! ¡A ver, señores filarmónicos, que habéis traído a este humilde

pueblo de Nuestra Señora del Rosario la magia de vuestra armonía y el encanto de vuestro corazón hecho música; a ver, vosotros, filarmónicos que sabéis de amores y de sueños, puesto que vais en pos de la juventud, rejuveneciendo esperanzas, hilvanando quimeras y tocando a las puertas de la ilusión. A ver, vosotros, hijos de Apolo, predilectos de las nueve musas, amados de Beethoven y de Mozart, poetas de la más santa de todas las expresiones bellas, que habéis venido a compartir con nosotros el suave perfume de esta noche primaveral y santa, venid con nosotros, y llamemos con voces de flautas y de violines, al corazón de la mujer más bella, más pura y más buena de cuantas adornan el vergel de "Nuestra Señora".

Un entusiasta grito de juventud ebria saludó mis enfáticas palabras, movióse la caravana y fuese a estacionar frente al grueso portón de roble de la casona honrada de don Laureano Rodríguez, ex-Presidente de la Villa, y nido de la angelical mujer que en esas horas llenaba mis pensamientos alocados.

Silbó la flauta, respondió el violín melancólico, el bajo de cuerda dijo no sé qué endechas a la vera de la canción, como sabio que comenta los impulsos de la juventud, y ya mi pecho se había inundado de gloria, cuando, con marrullería gatuna, Lencho se me acercó y me dijo al oído:

—¿Y los versos a Clemencia? Ahora sí los dirás, compadre...

—La bella es digna de versos esculpidos por Díaz Mirón o por Amado Nervo, pero yo te prometo, ¡oh admirable Lencho!, que se harán, y han de ser tales, que los poetas de más fama, el mismo José María González, a quien la voz de la calle pone por los cuernos de la luna, han de quedar pálidos de envidia.

Si continuó la parranda, yo bien poco supe de ella. Mi cabeza daba vueltas sobre un mismo pensamiento: Clemencia.

Llevamos la alegría de nuestra música y de nuestro entusiasmo a todas las bellas durmientes de Rosario; dimos serenata hasta en mi casa, donde el telegrafista de San Juan, visó sus "Peteneras" con lágrimas en los ojos, cuando llegaba a lo de "Niña de mi corazón" y por fin, ya bien entrada la madrugada, el policía dió órdenes de disolución, cada quien se fue por su lado, y yo me eché por la calle de Hidalgo, runibo a mi casa.

Empezaba a aclararse el cielo. Los gallos lanzaban



largos quiquiriquís en los corrales llamando a la vida a sus serrallos.

En la esquina de Nicho me topé con Manuel González, que iba con su carreta de bueyes, única que quedaba en Rosario, por cierto, rumbo al puerto, en busca de carrizo.

—Cho...Manzo...cho—decía el hombre con su voz de bajo, y clavaba en las ancas de Manzo, la garrocha terminada en punta de fierro.

Por fin, allí estaba ya el barandal de madera y alambre de mi jardín. Al fondo, bajo el nogal “nacido”, ví un bulto que trataba de escurrirse en el zaguán al notar mi llegada.

Era mamá. Mamá que, como de costumbre, esperaba la llegada del mocoso de 18 abriles que ya empezaba a despertar a la vida y al amor.

### *Capítulo III.*

Cuando abrí los ojos, el sol estaba ya encaramado sobre la cruz de fierro que corona la iglesia de Nuestra Señora del Rosario. Por la ventana de mi cuarto se metía un delicado olor a lilas, a acacias, a mejorana...qué sé yo. Llegó hasta mí la voz de mamá que llamaba a las gallinas con su “piú, piú, piú” repicado y meloso. La almohada fresca, las sábanas blanquísimas, también frescas, hacían bien a mi cuerpo molido. La cabeza me punzaba horriblemente y decidí permanecer en la cama hasta que el hambre me sacara de ella.

Algo había de honda tristeza en torno mío. Aunque no acertara a precisar qué me causaba aquel sentimiento de pena, yo sabía que el mundo estaba afuera entristecido, que el sol radiante bañaba los racimos y los duraznos de la huerta, sí, pero que los bañaba de cierto modo, achicharrándolos, quitándoles la vida, haciendo por que cayeran del árbol y se aplastaran abajo, sobre la hierba.

Yo sabía que la gente del pueblo iba y venía como de costumbre, que Nicho despacharía a esas horas la carne y el sebo detrás del mostrador, que quitaría sus veinte gramos en cada kilo del café cacacolillo que vendiera a los incautos; que Lencho Flores, haciendo a un lado la modorra y el cansancio, andaría ya para esas horas, recorriendo tendajos, metiéndose en las cantinas, para lle-

va: el chisme en el que mi nombre no había de faltar. Yo sabía que Ulpiana estaría barriendo el pisoneado piso de la iglesia, a la que aún no se le podía dar una encalada desde la visita del Señor Obispo, y que Rita, su hija, se divertiría haciendo gallitos con lo que las velas lloran.

Pero todo ello, todo lo que sabía yo que en Rosario estaba pasando, ¿qué significado tenía? ¿Adónde iba a parar toda esa gente con sus quehaceres, con sus manías, con sus gustos, con sus penas? ¿No era todo acaso tan transitorio? ¿Allí no estaba yo, joven robusto, no mal parecido, según mamá y alguna que otra vecina que le llevaba la corriente, haciéndome viejo sin sentirlo, llenando mi vida de experiencia que a la larga de nada me había de servir?

¡Oh, y qué desilusión esa de la vida que huye, que se escapa de nuestras manos como anguila escurridiza! Ayer no más era yo un mocoso que concurría a la escuela particular de Don Feliciano; metía escándalo y medio con mis hermanas, me huía de la casa paterna por quitame allá esas pajas a fin de darle sustos a mamá, y luego, ya rendido de cansancio, venía a meterme entre las faldas de la mujer querida, para quedar por fin dormido a su vera, acurrucado sobre su vientre, en aquella cama de barrotes dorados que papá le encargara a Monterrey, y que aún estaba allí junto a la ventana de la lila.

¡Y cómo mis pensamientos se fueron tras aquellos días cuya hilación había interrumpido mi marcha a Saltillo! El cuarto de mamá allí estaba igual, con sus cromos de santos, la Mano Todopoderosa, San Antonio de Padua y el Santo Niño de Atocha, este último en su nicho de hojalata con vidrio y rodeado de flores de papel.

Recordaba con viveza aquel extraño terror que San Antonio me inspiraba, y que a veces, en las noches, me tenía con los ojos abiertos, espantado el sueño, y buscando refugio en los brazos de mamá contra la amenaza del santo.

Aquellas noches lejanas de mi niñez eran noches de ensueño, llenas con las consejas de brujas que Petra nos contaba, noches en que al toque de queda nos reuníamos en el cuarto de mamá, donde estaban las camas de mis hermanas, con las puertas bien atrancadas, más por precaución que por miedo y soñábamos todos: mamá en el esposo siempre ausente, Hortensia en el primer novio, Blanca en el vestido nuevo y yo, la cabeza loca, en santos, en aparecidos, en ladrones.

Lanzaban los buhos su "cu, cu" misterioso desde las ramas de los nogales, y mi alma se encogía de miedo y adivinaba en ellos seres fantásticos que vinieran de mundos lejanos a hablarme de la muerte. Y luego, en la obscuridad, allá sobre la montaña, brillaban las lumbres de los pastores en sus majadas. Mamá me había explicado lo que eran aquellas estrellas misteriosas que cintilaban en la faja oscura del cerro, pero mi intuición me señalaba en ellas cosas que venían del mismo reino oscuro de los buhos, que tenían un significado recóndito de cosas ignoradas y que algún día, andando el tiempo, había yo de descubrir y ver de cerca.

Mas por fortuna mía, ni he llegado a esas lumbres jamás, ni he cogido con mi mano y visto con mis ojos los buhos de nuestros nogales. La ilusión ha quedado intacta en mi mente, llena de perfume de misterio, de olor a infancia, a inocencia, a ignorancia.

En mi alma han quedado como el símbolo vivo del ideal que nunca logramos realizar, envuelto en la fragancia de las cosas que nacen y mueren sin explicación, sin el desaire de lo que es realidad.

Sí, y todo eso, la niñez, la juventud, la vida entera, ¿adónde iba a parar? Yo, filósofo empedernido de 18 años, esa mañana estaba allí, tirado cuán largo era, sobre la cama fresca, hilvanando en la mente el pesimismo que ha agotado la savia de la humanidad, y todo por una noche de ensueño, digámoslo de una vez, de amor.

Porque había sido eso, amor loco, lo que se me había entrado muy adentro, durante aquella noche oscura y milagrosa de mi primer serenata en la reja de aquella en quien otro había puesto sus ilusiones. Y era el despertar del ensueño, o la nostalgia de lo que fue y ya no será más, lo que me tenía en aquel estado de descorazonamiento y desilusión.

Mamá vino por fin a sentarse junto a mí, en la cama, y me dijo acariciándome con una mirada:

—Flojo, flojo, ya son las diez. Las muchachas se fueron al Rincón de la Caña, con don Juan. Querían que te llamara, pero estabas tan dormido, que me dió pena despertarte.

—¿Por qué estás tan alegre?—pregunté a mamá, al notar que su rostro había perdido la sombra que día a día lo enlutara.— ¿Hubo carta?...

—No, pero habrá hoy o mañana. Sabes, cuando les eché de comer a las gallinas pasó el cuervo.

—¿El de San Expedito?—pregunté sonriendo.

—No te burles,—dijo ella con tono serio—ya sé que tú, con todo lo que sabes, no crees en mis santos. Vas a ver, incrédulo, vas a ver cómo llega carta de José María...

José María era el hermano mayor. Su entusiasmo, que yo mucho admiraba, lo había hecho meterse a la bola, había luchado contra el orozquismo en Chihuahua, con los voluntarios de Coahuila, y San Expedito, el santo milagroso, el de las polainas romanas, era el encargado de enviar noticias a mamá, por medio de su cuervo, del hijo querido.

—Pero, ¿cuántas veces ha pasado?—pregunté a mamá en tono de burla del que ella no se dió cuenta.

—Dos, dos veces, y las dos graznó.

—Falta entonces que dé otra vuelta, ¿no es así?

—Sí, pero no tardará en pasar.

Aun no acababa yo de vestirme, cuando se oyó el grito del cuervo, saltó mamá de la cama, y salió gritando:

—¡Allá va, míralo, allá va!

Y la buena mujer, segura en su fe, se entregó de nuevo a sus trabajos, pero en ellos había entusiasmo, su rostro era menos sombrío, sus ademanes más sueltos.

¿Qué podía hacer yo en una mañana como esa en un pueblo entristecido como lo es Rosario, después de un baile en el Casino?

—Anda,—me dijo mamá cuando le comuniqué mis deseos de hacer algo para distraerme—a ver a don Tomás Quijo. El pobre estuvo ayer curando a Remedios y me dijo que lo tenías olvidado.

¡Brillante idea! En un día como aquél, en que mi alma estaba enferma de locuras, ¿qué mejor que visitar al loco Quijo, al hombre de las abejas, al irlandés extraño, misterioso para todos, que vivía a su modo la vida, y la vivía a su modo sin importarle la opinión de los demás?

Me quería el hombre porque yo escuchaba sus locuras y sus desvaríos. Había encontrado en mí el buen viejo oyente interesado en el cual depositar sus inquietudes de viejo niño y curioso y me regalaba con miel y galletas, me enseñaba sus estantes de libros empolvados y había llegado hasta a hacerme el honor de leerme algunas traducciones que había hecho del inglés y que conservaba en folios llenos de telarañas en un viejo escritorio.

Como amaba a Swift, filósofo socarrón, había vertido a un castellano, no muy puro por cierto, los Viajes de Gulliver; como adoraba a Goldsmith, había emborriona-

do cuartillas con la traducción del Vicario de Wakefield, páginas lindas de un breviario amable.

Era el hombre personaje que bien encajaría en los moldes de lo novelesco. Su cuerpo era de dimensiones enormes, las carnes enjutas, el rostro huesoso con ojos pardos y bien sumidos, la frente amplísima, serena, el pelo grisáceo primitivamente cortado. Sus movimientos eran prosopopéyicos, rítmicos, se diría que graciosos. Usaba de continuo levitón del más antiguo modelo, pantalón amplio que ondulaba en torno a la flacidez de las piernas, sombrero hongo y cuello de celuloide. Todo ello, agregado a su peculiar modo de hablar con acento inglés, y sumado a sus retraídos métodos de vida, hacían que pareciera ante la imaginación popular, como individuo sacado de una página de Cervantes, y venido a Nuestra Señora del Rosario por quién sabe qué artes del cielo o del infierno.

Era don Tomás Quijo, hombre amante del hombre y de la naturaleza, en la que veía a la maestra de la vida. Sus escasos conocimientos de la ciencia médica, lo llevaban al lecho del enfermo, donde prodigaba hierbas curativas de eficacia asegurada, según quienes lo admiraban y de inutilidad asombrosa, según don Crescencio, el curandero del pueblo.

Pero ni sus dotes literarias, ni sus conocimientos médicos, ni su extraña y misteriosa figura habían ejercido sobre mí la atracción que el tesoro de sus colmenas y su conocimiento sobre las abejas, "animalitos de Dios", como decía él, y a las cuales estudiaba con paciencia de sabio y amor de artista.

Las doradas y zumbadoras abejas eran su familia, su pasión, su único amor. El mundo le atraía por lo que se relacionaba con sus colmenares, por los puntos de sociología que sacaba de él para mejor estudiar la vida de sus animalitos. Muy a menudo lo encontraba yo envuelto en una nube zumbadora e inquietante de abejas. Corrían ellas por los hombros, por los brazos de mi amigo, se le metían entre los cabellos grises, cantaban a su oído los salmos de la vida. Con ellas se pasaba los días enteros el hombre. Apenas si salía a la calle para procurarse algunos alimentos de vez en cuando, o para acudir al lecho de algún enfermo. No tenía más visitas que la mía. Papá me había llevado una vez a ver a don Quijo, para que el hombre me proporcionara los primeros rudimentos de la lengua que el viejo llamaba de



"Goldsmith", y de ese modo había nacido nuestra amistad, que se había estrechado con motivo de mi vuelta al pueblo, cuando la revolución hubo tomado caracteres que hacían peligrosa mi estancia en Saltillo.

Los compañeros de mi infancia se iban a los campos, otros se ganaban la vida en tratos comerciales; sólo yo quedaba ocioso, enmedio de la gran calma de Refugio y huyendo de la soledad, me metía en la casa de don Quijo y allí aprendía cosas y servía de ayuda al viejo en sus trabajos.

Era la casa de don Tomás, una de adobe sin pulir, con ventanas de barrotes de madera, torneados, y con portón que la manía del anciano conservaba siempre entornado. Daba el frente a la calle de Juárez, sobre la que en tiempo de lluvias lloraban las canales de madera, haciendo surcos en las paredes. Por la parte de atrás, la casa estaba rodeada de una barda también de adobe, formando amplio patio en el que conservaba don Quijo sus colmenas. Una puerta de madera y alambre daba acceso a la huerta, poblada de duraznos, chavaCANOS y granados, cuyas flores en primavera daban miel a las abejas y contentamiento a los ojos del viejo que en ellas se recreaba, leyendo a la sombra de los árboles sus autores favoritos.

Quando llamé a la puerta de mi amigo, su voz bien timbrada, de bajo profundo, me contestó en inglés, como era su costumbre, cuando a su puerta alguien llamaba:

—"Come in".

Empujé la chirriante hoja de cedro medio carcomido, y penetré al zaguán, cuarto donde el hombre amontonaba cajones llenos de botellas vacías. Fuerte olor a tierra mojada se me metió hasta el cerebro. Don Tomás tenía la costumbre de regar el piso de tierra del zaguán, mañana y tarde, porque ese olor especial de la tierra húmeda le hacía mucho bien, según él.

—Pase, pase; ahora estoy muy ocupado con Longstroth, pero nomás acabo este capítulo y lo atiendo

Era por demás interrumpirlo. Estaba sumido en su tema favorito, leyendo a los autores que sobre abejas han escrito. Longstroth era el maestro, era para él lo que para los hombres de letras, Cervantes y Shakespeare.

Distinguía en la pieza inmediata, en la que tenía su escritorio, la figura encorvada del irlandés, y me pasé de largo. Salí al patio, algo temeroso de que los "animálitos de Dios" de mi amigo me desconocieran, manifestán-

dome su extrañeza con punzantes piquetes. Pero al parecer las abejas se ocupaban en cosas muy distintas a mi persona. Algunas salían de sus casas, cajones cuadrados, contruídos con esmero sobre modelos modernísimos, de los que se imponía don Tomás por medio de sus libros. Salían arrastrándose, como si buscaran algo por la tierra, se daban algunas vueltas, y luego emprendían el vuelo, moviendo rápidamente sus alitas que doraba el sol brillante, y en línea recta se dirigían a la huerta, pasando sobre la pared vertiginosamente.

Otras llegaban apenas de su última expedición, cargadas con el hurto que a los jardines de Rosario hacían, se internaban en sus casas y allí, según sabía yo, depositaban en sus pequeñas celdas la miel dorada, esencia de flores, quintaesencia de alegría y de sol.

La ciudad de las abejas me llamaba la atención, imaginándomela como un pueblo de seres extraños, que sufrían como los hombres, que tenían sus alegrías, y que trabajaban, impulsados por un espíritu ignoto, ese mismo espíritu que nosotros los hombres llamamos Dios; y el cual no nos comunica sus designios, sino que nos impulsa a obrar como abejas, como "animalitos de Dios".

Me senté en el marco de la puerta, y desde allí tendí la vista sobre la "ciudad eterna", renovada a cada primavera, siempre joven. Medité poco sobre el punto; mis pensamientos eran arrebatados por imágenes vivas que llenaban mi mente de ilusiones alocadas.

Sentía, a pesar de la modorra que a las desveladas sigue, que mis piernas deseaban movimiento, que mis brazos pedían acción, que todo mi sér se elevaba a un plano de actividad ideológica y que ansias muy recónditas se adueñaban de todo mi sér.

Y en medio de estos deseos reprimidos, en medio de toda la agitación interior mía, surgía, todo resplandeciente, el rostro de ella, y punzaba su aparición mi conciencia y me sentía invadido de un amargor agradable.

Viendo que don Tomás no parecía, me metí en el cuarto que le servía de bodega, pues que estaba lleno con cajones, máquinas de coser de modelos antiquísimos, garrafones vacíos, cubiertos de telarañas y de polvo, y otros muchos cachivaches viejos a cual más inservibles. En un rincón, que era el único que no invadía aquella multitud de objetos, estaba un escritorio

enorme, con patas torneadas y caja muy alta que sólo podía alcanzar el hombre encaramándose en una silla parecida a las que ponen a los niños para que coman a la mesa con los grandes.

Allá, empericado, don Tomás se encontraba muy sumido en la lectura, con un par de anteojos cabalgando en la punta de la nariz, con la barba afilada entre una mano, y todo el cuerpo encorvado como un arco.

—Ya, ya acabé—dijo por fin el hombre doblando el libro, que era un volumen amarillento, empastado con hule de mesa, pensando sin duda en mi impaciencia.

—Vengo a echar una platicada con usted, don Tomás, porque estoy aburrido de la vida—le dije a mi amigo, y éste, bajando con cierta dificultad de su trono, se desmontó los anteojos, los guardó en un estuche, me cogió por un brazo, y me llevó al patio.

—Siempre—me dijo en tono serio y clavando en mí sus dos pequeños y azules ojos,—siempre han de ser las abejas las que pongan a los hombres el ejemplo de una vida perfecta. Míralas cómo trabajan siempre, sin volverse contra el que les dió el ser, sin contravenir ninguna de las reglas que la sabiduría divina les ha fijado.

—¡Bah!—exclamé yo con tono incrédulo más bien por abrir la válvula de la conversación de don Tomás, que por contradecirle—también las piedras son felices.

—Blasfemas—saltó con entusiasmo el hombre, que sintió el golpe en lo más vivo—las abejas no son animales sin razón, ellas piensan y sufren como nosotros, tienen inteligencia lúcida y sin embargo, no se entristecen jamás, no se apartan del camino señalado.

—¿Pero qué está usted diciendo? ¿Que las abejas tienen inteligencia?

—Y más que muchos hombres que yo conozco. Cuando nos miran con sus ojos brillantes de trece mil facetas, estoy seguro que nos desdeñan, o que nos tienen lástima. Nosotros somos sus amos, ¿verdad? Eso creemos nosotros, pero no es cierto. Ellas no obedecen más que el mandato supremo que les ordena trabajar, y llevar la vida que llevan, mientras que nosotros nos rebelamos a cada paso.

—Si tuvieran inteligencia, serían susceptibles al progreso, pero sabemos que desde que el mundo es mundo, las abejas han vivido como hasta aquí sin perfeccionar su sistema social, como lo hemos hecho nosotros.

—¿Qué estás hablando? ¿Que no han perfeccionado sus métodos? La *Apis Florea*, especie que no existe aquí, cons-

truye aún sus celdillas en forma cilíndrica. ¿Y por qué? Porque aún no ha encontrado, como las nuestras, que la forma exagonal es la más perfecta de cuantas haya en el mundo. Y si no tuviera el dón de pensar, ¿hubiera adoptado acaso el panal movable de Dzierzon, perfeccionado por el imponderable Longstroth, o las fundaciones de cera inventadas por Meckring, para ahorrarle trabajo y hacer más productivos sus esfuerzos? La abeja es la maestra de la vida. De sus métodos sociales he deducido yo el principio del método, fíjate bien, el principio del método, que daré a conocer al mundo en un volumen y que revolucionará la sociología.

Miré con honda sorpresa a don Tomás. Nunca me había hablado de ese descubrimiento, y a no dudarlo, debía de ser algo interesante como todas sus cosas de viejo loco.

—¿Y qué es ese método?—le pregunté.

—Te diré, en mi cerebro aún no está bien definido, no ha tomado forma perfecta, pero sí te digo que al perfeccionarse, obiará una revolución más importante que cualquier hecho trascendental en la historia del mundo. La idea se me metió en la cabeza una tarde en que estaba viendo trabajar a las abejas. Ellas son mis maestras, tú lo sabes. Supón que vas a aprender taquigrafía; pues bien, yo he ido en busca de la primera lección, pero a su vez, esa primera lección tenía otra primera, y ésta a su vez, otra. Así fuí descendiendo hasta que encontré la primera de todas. Agazapado entre la primera lección estaba el principio del método. Cuando se perfeccione, quien quiera hacer un libro, no tendrá más que escribir una frase, aplicar mi principio, y escribir el resto con facilidad matemática.

—No entiendo bien...

—No importa; ya lo conocerás. Bástete saber que existe el descubrimiento, que nadie lo había hecho antes y que las abejas me lo han enseñado. Las abejas lo aplican, ellas son la verdadera sabiduría. El progreso que ellas logran, es un progreso pacífico, lleno de amor, de miel, de luz... no como ese que a fuerza de balazos y de exterminio, quieren implantar los revolucionarios.

—¿Pero qué tiene que ver la revolución con sus abejas, hombre de Dios?—pregunté extrañado.

—Hay hombres que son como las abejas, que han sabido entender la voluntad suprema y conforme a ella trabajan, humilde, calladamente, honradamente, para el en-

grandecimiento de la especie humana. Y hay otros que son como los zánganos de las colmenas, que meten mucho ruido, trastornan el orden suave de la sociedad y al final de cuentas, se comen la miel.

—Así es que usted cree que Carranza...

—Es el zángano mayor.

No hablamos más. La conversación se metía por los vericuetos de la política, vedada por entonces a aquellos que siendo amigos, querían conservar la amistad, tarea de gigantes en época en que los que no estaban con uno, estaban en su contra.

Baste decir, para justificar mi mutismo, y el cambio que le dí a la conversación, que el nombre aquel del jefe revolucionario, despertaba en mí ideas de gloria, fulgores de entusiasmo, y que en él me habían enseñado a creer los entusiasmos de mi padre y los arranques bélicos de mi hermano José María. La hora del mediodía había llegado llenita de sol. Las colmenas de don Tomás llenaban con sus zumbos la paz del viejo patio, y el viejo, bañado por el sol brillante, se me figuraba un profeta bíblico, lleno de filosofía, que estuviera allí juzgando a la ciudad eterna de las abejas, donde unos trabajaban y otros se comían la miel.

#### *Capítulo IV.*

—Don Juan anda otra vez en las suyas—me dijo mamá cuando llegué a casa.—La pobre de doña Natividad vino desaforada hace rato, porque la quería matar, como siempre. Allí está en la cocina, la puse a moler y cerré la puerta de la enramada para que esté tranquila.

Asomé a la puerta de la cocina y pude ver el cuerpo encorvado y seco de doña Natividad, la mujer del mediero, la madre de nuestra Petra, moviéndose rítmicamente sobre el metate. De vez en cuando se detenía en su faena, enjugaba con la punta del rebozo que llevaba enroscado en el pescuezo las lágrimas que corrían por sus mejillas secas y luego volvía a continuar la tarea. Sobresaltada volvió hacia mí la cabeza cuando se dió cuenta de mi presencia y sentándose sobre los tacones, me dijo:

—Aunque la señora lo mande, yo no voy otra vez. Mira, me tiró con una silleta y si no juygo tan pronto, me mata con el belduque. Ayer lo estuvo afilando pa eso. No-



más me vido que llegaba al nogal bolita, y se volvió, sin hacer caso de lo que le dije: ¿“Pos no eres tan valiente, pos no dices que a ti naiden te espanta”? Pos ven a decírselo a la señora. ¡Gallina!, le grité. Pero ya sabe el diablo con quien se pone...

Don Juan era el hombre más pacífico que he conocido en mi vida. Con afán de buey trabajaba meses y meses, encorvado sobre la tierra de la huerta, sin desmedirse ni en el menor acto. Con sus hijos era siempre jovial, afable, cariñoso. Con su mujer, una miel, con mamá un puro respeto. Y, cosa rara, aquella buena mujer que desde San Luis Potosí lo había venido acompañando con fidelidad de perro, se convertía de pronto, por obra y gracia del bravo sotol coahuilense, en el blanco de sus iras, y en el objeto de sus venganzas fingidas. Cuanto encontraba a la mano el hombre lo arrojaba a la cabeza de doña Natividad. Le echaba en cara afrentas que nunca había cometido, hasta llegaba a tener celos de ella (¡la pobre vieja!) y juraba vengarlos con sangre.

Sólo en la casa de mamá, al otro lado de la huerta, encontraba refugio seguro la mujer. Allí no llegaba don Juan más que en són de paz. Antes de pisar el patio de la casona sagrada, se componía el saco, se sacudía el polvo de los huaraches, afirmaba sus piernas y, con la gorra en la mano, se aproximaba al zaguán, donde mamá lo esperaba, con el ceño fruncido, para decirle:

—Pero don Juan, ¿será posible?

Y el hombre se deshacía en cumplidos y disculpaba sus faltas sin alzar los ojos del suelo.

No pasó mucho rato sin que en la puerta de la enramada, sonara suavemente un batir de golpes de mano.

—Quen estai—dijo doña Natividad, con tono firme, asegurada por nuestra presencia.

—Yo, soy yo, ¿no me conoces?—se dejó oír la voz de don Juan, muy quedamente, como si quisiera evitar que alguien más que su mujer lo oyera.

—¡Abre!

—Anda en malora.

—Jijos de un Cristito—se oyó el juramento peculiar del viejo—. ¿Pos por qué no abres? ¿Qué te he de hacer si ya estoy bueno?

—Abre—me dijo mamá.

Yo atravesé la cocina, quité la aldaba de la puerta y abríla de par en par.

—Don Juan, ¿pero será posible?—dijo mamá con tono

enérgico al mismo tiempo que el mediero, perplejo, daba un paso hacia atrás, se quitaba la gorra humildemente y bajaba los ojos.

—¿Es posible que esta pobre mujer tenga que venir desalada a mi casa para que no la mate usted?— continuó mamá.—Si tendré que llamar al gendarme para que lo manden a usted a Monclova y lo castiguen allí. Ya era tiempo que dejara usted ese maldito vicio. Es lo único que lo echa a perder.

—Señora, yo no le hice nada. Mitotera que es ella. Mire osté, señora, el belduque con que la asusté. Es un cacho de cuchara afilado; ansina le hice (con un impulso del arma hacia delante.) ¡Es más asustona! Luégo empezó a jullir gritando.

En efecto, si el arma que don Juan mostraba era la misma que tanto susto había producido a doña Natividad, la verdad era que bien se merecía la mujer el calificativo de "mitotera". Porque no se trataba sino de un mango de cuchara, que a fuerza de afilarse, había adquirido cierto aspecto de arma blanca, con la cual no podría ni siquiera rebanarse un queso fresco.

—Aunque él diga todo eso pa enredarla a usté, no se lo crea. Traiba un belducón grandote y desde hace mucho me lo tiene prometido. "Te he de sacar las tripas", me dijo y me las sacará —terció la mujer temblorosa aún.

—No te las sacará—le dijo mamá, calmando sus inquietudes,—que yo estoy aquí para no dejarlo.

—Hágame el favor de darme ese cuchillo, y a ver si ya va dejando el vicio—dijo mamá encarándose con don Juan quien alargó el arma respetuosamente hasta ponerla en sus manos. Luego, señalando a doña Natividad, dijo en tono de súplica:

—Señora, usté que es tan buena, dígale que se venga conmigo, quiora que venga Petra le voy a mericar un vestido de indiana anca Don Timoteo.

—Pa nada quero yo nada—saltó la mujer.—Lo que has de hacer es dejar el vino porque a lotra que miagas me voy pa San Luis.

—Ya lo oye usté, Doña Carmencita; es ella la que comienza siempre amenazando...

—Bueno, váyase usted a acostar; Doña Natividad aquí se queda hasta que esté usted bueno. Vaya con Dios...

No sin muchas caravanas y políticas despedidas se alejó Don Juan, volviendo su mujer a la interrumpida tarea de moler el nixtamal para la cena de esa noche, que la

comida ya se había hecho de manera extraordinaria, es decir, yo apenas si había probado una rica empanada que mamá me guardara, y mis hermanas para esas horas se habrían puesto las botas en el Rincón de la Caña, donde los hijos de Don Juan asaban para sus visitantes, ricos chivitos y tatemaban aún más ricas calabazas. Mamá, como de costumbre, habría engañado el hambre con cualquier cosilla, pues que su impaciencia no la dejaba lugar para más, esperanzada siempre en recibir misivas del ausente.

Era la hora de la siesta. Roncaba todo el pueblo de Nuestra Señora del Rosario, envuelto en quietud. Sobre las arenas de las calles hacían visos los rayos del sol, y los gallos, siempre los gallos, lanzaban sus clarinadas tristes, clarinadas que nunca llegamos a olvidar.

Era la hora suprema del aburrimiento para el muchacho que ha conocido la ciudad bulliciosa, inquieta, febril, la ciudad donde no se duerme siesta porque los hombres temen unos de otros que se les gane la delantera en el negocio, en el placer, en todo. Y para mí, muchacho desocupado en un pueblo de desocupados, pero de otra manera, porque los demás, caída la siesta, se irían, cabalgando en sus rocinantes, a echarle un vistazo a la siembra, se reclinarían detrás de sus mostradores esperando a algún descarriado marchante... hasta cuándo terminaría todo aquello, aquel deambular en las puestas del sol por las calles casi desiertas, aquel entrar a esta tienda, a aquel billar, echar una platicada sobre cualquier asunto y volver sobre mis pasos para continuar el no interrumpido círculo de almorzar, comer, cenar... Y luego ni un mal libro. Ya había devorado las Hazañas de Rocambole, que me prestara don Panchito Romo, la única persona leída en todo el pueblo, el único hombre que en Rosario había leído el Quijote. No había remedio. Para ir al Rincón de la Caña, en busca de mis hermanas y sus amigas, que sin duda alguna habían ido con ellas, era necesario cuando menos, un mal rocín, y la casa nuestra no tenía en cuestión de bestias más que las dos mulas de arado, y un muy gastado borrico en el que Don Juan y sus hijos, solían hacer viajes al Rincón. Tomé como último recurso el hacer lo que a esas horas hacía todo Rosario: dormir la siesta y para lograrlo más a mi gusto, tendí una manta debajo de un nogal, y me eché sobre ella.

¡Qué lindo fresco aquel que abanicaban las ramas del nogal mecidas por un viento suave! ¡Qué olores más bue-

nos aquellos que llegaban hasta mí del huerto, todo lleno por entonces de flores!

Los granados y los damascos, los duraznos y los chavacanos, todos estaban, unos cubiertos de flores, otros con los renuevos de la primavera encima de sus ramas.

Llené mi mente con el dulce frescor de la primavera, recreé el oído con el rumor del uso que a mis pies corría, alegré la vista con la lejanía florida de las arboledas, y ya me preparaba a cerrar los ojos para sumirme en blando sueño, cuando he aquí que hasta mí llegó la voz de mamá que decía:

—Pasa, está debajo del nogal.

Era Raúl.

Bien recuerdo cómo saltó mi corazón. Mi corazón traidor se dió cuenta del significado de aquella visita. Tuve impulsos de correr, de ir a ocultar muy lejos la vergüenza, pero ya era tarde. Mi amigo estaba allí, coloradote, lleno de vida, sonriendo encima de mí y diciéndome:

—Te esperé todo el día. Como no fuiste te vine a buscar. No se te habrá olvidado...

Me calmé un tanto. Raúl no mostraba ni en su semblante ni en sus palabras que estuviera disgustado conmigo. ¿Sería posible que nadie le hubiera relatado lo ocurrido la noche anterior? Por fortuna para mí, Raúl no había querido acompañarnos en la serenata, por tener que levantarse temprano al cumplimiento de sus quehaceres. Pero las malas lenguas, y en especial la de Lencho, ¿acaso no habían ido ya con el chisme hasta la casa de mi amigo?

—Sí, sí me acuerdo... lo que pasa es que tuve que ir a ver a Don Quijo—le contesté.

—¿Entonces tú crees que está bueno hacerla ahorita?

—La carta, dices, la carta, ¿no es verdad? Pues hombre yo creo que sí. ¿Por qué no? a ver, ¿trajiste papel y sobre?

—Sí, aquí está—dijo Raúl poniendo una rodilla sobre mi improvisado lecho y echando mano de un paquetito que llevaba en el bolsillo y que no era otra cosa que un pliego de papel, del que vendía Nicho y que ya había logrado capturar más de cuatro corazones en el pueblo. Como que iba adornado muy poéticamente con una palomita color de rosa, trepada sobre un ramo verde subido.

Mis refinados gustos artísticos (que yo creía tenerlos) se rebelaron contra el papelito aquél, pero sin meterme en críticas fuera de razón corrí hacia la casa, procuréme

tinta y pluma y un libro pesado (uno de los tomos de Rocambole) para apoyar el pliego, y recostado sobre mi manta, me dispuse a declarar con el arte debido, cuanto mi amigo ocultaba en el corazón.

Acallé la voz del mío, que por cierto no era ya ni muy fuerte ni muy imperiosa, tal vez por razón de haber pasado el sueño, y sacando de mi sér cuanto pude de sentimientos caballerosos y nobles, empujé la pluma y la estampé sobre el papel, dejándola correr, con caracteres firmes y elegantes, poniendo estas palabras de rigor:

“Distinguida señorita:”

Aquí me interrumpió Raúl diciéndome:

—¿Y no crees, Rafail, que se vaya a disgustar?

—¿Por qué lo ha de hacer? Es un honor el que tú le haces. Por lo contrario, deberá agradecértelo. Estoy seguro que le dará gusto en vez de enfadarse.

—Pero tú ya la conoces. Es ella muy seria.

—Eso no importa, confía en mí. Yo he visto caer otras más fuertes... Allá en Saltillo...

—Entonces dile algo muy comedido que no le vaya a parecer mal.

—Déjamelos a mí.

“Distinguida señorita”—dije leyendo, y luego, al mismo tiempo que escribía... “Desde el feliz momento en que la ví a usted, la amé”.

—Pero si siempre nos hemos visto. Cuando estábamos así de chiquitos ya jugábamos juntos —interrumpió Raúl.

Era cierto. No me había fijado en el detalle. Pero sin darme por vencido, dije:

—Eso no importa. Así se hacen todas las cartas. ¿Por qué nos hemos de atrever a cambiar los más sagrados usos de Rosario? Además, tú la viste un día con distintos ojos, ¿no es así? Llegó un día en que ya no la viste como compañera de juegos...

—Sí, es verdad—dijo mi amigo ya vencido, como todo buen enamorado—. Ya te lo he dicho. En las noches que jugábamos en la plaza a las escondidas era yo muy dichoso, porque ella nada sabía. Los dos nos metíamos debajo de los geranios, aquellos grandotes, y allí estábamos callados, sin respirar, por mucho tiempo, para que no nos encontraran. Sobre las matas pasaba yo momentos que no comprendes, no... La sentía a mi lado palpar, moverse de un lado a otro al cambiar postura, y



algunas veces se acercaba a mí para decirme algo y sus cabellos tocaban mi cara...

—Pero eso se acabó—interrumpí yo con intenciones de cambiar el rumbo de aquella conversación que era la misma, exactamente la misma con la que mi amigo me había regalado los oídos en más de una ocasión.

—Sí,—volvió él a la carga—. Una noche ya no quiso jugar, dijo que ya era grande, que se iba a bajar el vestido porque así se lo había dicho su mamá, y que ya no se veía bien que jugara en la plaza. Al baile que hubo casa de Don Timoteo fue ella con vestido largo y la sacó a bailar Lencho, y yo me atreví a sacarla porque no sabía bailar...

—Y yo te enseñé, y todo.

—Sí—dijo Raúl suspirando.—Y de nada me sirvió, porque nunca le ha gustado bailar conmigo. Hasta dijo que era muy pesado.

—Para bailar...

—Quién sabe con qué intención lo diría.

Y en los ojos de mi amigo vibró el hondo recuerdo de una afrenta, la desazón de un mal recuerdo, y sentándose a mi lado, dijo:

—¿Tú crees que está bueno escribirle?

—Hombre, sí. Si yo estuviera en tu lugar...

—¿Qué...?

—Le hablaba cualquier noche en la plaza o en un baile, porque no hay otros lugares. Estos pueblos medioevales siguen rindiendo pleitesía a la vieja costumbre de hacer las cosas como si tuviera uno siglos de vida. Allá en Saltillo se hacen las cosas de otro modo. Yo, por ejemplo, le hablé a una compañera de colegio al volver una esquina. Así se desengaña uno luego, y se quita de batallar. Aquí no. Si le hablas a una muchacha, te dirá indudablemente que no. Tendrás que repetir la declaración, para que te pida tiempo para pensarlo. Y tras pensarlo mucho, te dirá lo que pudo decir desde el principio, que si prometes serle fiel tendrá mucho gusto en corresponderte, y que le des una prueba de tu amor antes de pasar adelante. Todo eso es tedioso, pero no hay remedio, hay que ajustarse a esta atmósfera de ensueño...de placidez que sin duda reinará mientras no lleguen aires de fuera.

—¿Y a tí te disgusta todo esto?

—A veces sí, y a veces no. Cuando la juventud hierve en impaciencias, pide acción, movimiento. Pero cuando se ve con ojos de filósofo el panorama de la vida, cuán be-

llo parece este recato en la mujer, cuán agradable su mojigatería. Es ella en Rosario la gran sacerdotisa en el amor. No hará una sola cosa fuera del ritual sagrado de Venus, que le fue legado por sus abuelas, aquellas santas matronas que dieron vida a nuestra vida. Todo el día permanecerán metidas en sus casas, muy enredaditas en regar los patios, en echarle de comer a las gallinas y a los marranos, en sembrar tiestos de matas. Inútil será que queramos sacarlas de su retiro. Sacrilegio sería.—El día es para trabajar—se dicen ellas en su conciencia. Cuando está para morir la tarde, hablando en lenguaje poético, ya que el tema se presta, harán a un lado el sayal casero y echarán sobre sus cuerpos mozos, las galas propias de su hermosura. ¡Con ellas saldrán a la puerta de su casa, o harán una que otra visita a las amigas de la vecindad. En la noche no les cabe el gozo en el cuerpo. Se agitan, vibran como las cuerdas de una guitarra, porque tienen la conciencia de que el amor se aproxima, y esto les hace cosquillas. Y así, vibrantes, se tejen por las calles llenas de luna, lanzan su sonora carcajada retando al “hombre”; inundan la plaza donde la precaución de Don Panchito puso bancas de fierro y mandó quitar el farol de gas del otro ayuntamiento... Bueno, ¿para qué contarte lo que sabes mejor que yo? ¿No es todo esto bello, romántico?

Raúl había escuchado mis locuras sumido en manso silencio. Como nunca había salido de Rosario, como jamás había sentido el hálito del modernismo que en las ciudades grandes había modificado por completo los rituales de Venus, sabía sentir y vivir aquella atmósfera suave, dulce, apacible de Nuestra Señora del Rosario, por la cual suspira uno en vano cuando lejos de ella se encuentra.

—Yo podría escribirle a Clemencia cosas muy bonitas, ¿pero para qué? ¿Qué ganaríamos... digo qué ganarías tú? Le daría risa. Habrá que proceder conforme manda la tradición, habrá que decirle como ya lo he escrito, que desde el primer momento en que la viste la hiciste dueña de tu amor, porque si no lo hacemos, no le parecerá natural, y hasta le entrarán sospechas.

—Bueno, como tú quieras.

—Entonces, íbamos en que “la amé”. Sigo... “Me atrevo a dirigirle la presente, en la esperanza de que sabrá dispensarme si alguna incorrección llego a cometer. Si hoy me dirijo a usted es porque mi corazón, que por mucho tiempo había callado, no puede continuar callando lo

que quisiera decirle a usted, que la amo. Con toda humildad le ruego no aventure una negativa que me podría costar la vida, antes de tomar en cuenta que soy suyo, completamente suyo, que de la suya depende mi felicidad y que su amor es lo único que anhelo en mi vida.

“Contésteme usted, se lo suplico, porque de su contestación depende que sea el hombre más dichoso o el más infeliz del mundo”.

Leí en voz alta la misiva, mirando de reojo los efectos que causaba en el rostro de Raúl. Parecióle algo exagerado lo de “costar la vida”, pero yo supe convencerlo de que estaba allí como de perlas y que era de enamorados hacer uso de la hipérbole al comunicarse con la dueña de su corazón. En cuanto a lo demás, todo pareció muy bien a mi amigo, a no ser lo relativo a la pequeñez de la carta. El hubiera querido decir más, decir mucho, todo lo que había sufrido por los desdenes de la ingrata, todo lo que él pensaba del futuro lleno de luz que se les esperaba en caso de una contestación favorable. Le hice ver, dejándolo satisfecho, que no era cuerdo extenderse mucho en punto que quizás a ella no pareciera acertado traer a cuentas, tal como el de los desdenes, ni mucho menos en proyectos rosados que a la mejor no agradarían a una joven de la seriedad y cordura de Clemencia.

Convencido de que mi mal pergeñada carta estaba bien como estaba, sin sobrarle ni faltarle coma, Raúl estampó su florida firma sobre el papel, doblólo con tiento, con cariño, y lo metió en el sobre.

—Ahora—le dije—buena suerte.

—Se me había olvidado lo principal—dijo mi amigo.—¿Cómo voy a poner la carta en el correo?

—Hombre, muy sencillo.

—Es que Tencha se dará cuenta de que le escribo a Clemencia, y se lo contará a todo el mundo.

—¿Y eso qué le hace? Tendrán que saberlo todos.

—No, es muy penoso.

Levantóse mi amigo todo inquieto, dió algunas vueltas en torno a mi improvisado lecho, y por fin, deteniéndose frente a mi cabecera, me dijo:

—Rafail, tú eres mi amigo. No hay más remedio que pongas tú la carta.

—¿Yo?—salté extrañado.—Pero entonces si que dirán todos que yo le he escrito a Clemencia!

—Mejor—dijo Raúl con entusiasmo.—Así todos estarán

pendientes de tí y yo podré pasarle por la puerta, y platicar con ella en la plaza, sin que nadie se meta.

—¡Hombre, eso nunca!—contesté maquinalmente, pensando en el lío que se armaría en todo Rosario si se supiera que había escrito yo una carta a Clemencia al día siguiente de haberle llevado serenata. Bueno, aquello era imposible.

—No hay remedio—insistió Raúl.—La llevas, o no eres mi amigo.

—Sí lo soy, hombre, pero es que eso que me pides...

—Es cosa de amigos.

Porfié en vano. Esa misma tarde, aun siento al recordarlo un extraño estremecimiento, me encaminé a la oficina de correos, y sudando la gota gorda y cambiando una y otra vez de color, deposité la misiva que, como se verá más tarde, estaba destinada a causarme no pocos sinsabores.

Tencha me extendió el timbre que le pidiera, con toda naturalidad, pero pese a mis hábiles maniobras, el condenado sobre dejó ver a las claras la calidad de lo que llevaba dentro. Entonces sí que el rostro simpático de la solterona se iluminó de júbilo, sus ojos se posaron picarescos sobre el mío, y yo, todo turbado, no sabiendo ni qué decir, ni qué hacer, dije:

—Ya la vi anoche, no dejó una sola pieza...

Pobre de mí. La solterona, como de costumbre, había hecho uno de los más famosos plantones de su vida, en el baile del Casino.

Puse la carta por fin en la caja destinada a buzón, y balbuciendo un "pase buenas tardes", salí a la calle desde donde escuché la voz chillona de Tencha, que me llamaba.

—Mira—me dijo desde la puerta, mostrándome una carta.—Es para Hortensia, ¿no quieres llevársela?

Tomé la carta.

No me cabía duda. Era del telegrafista de San Juan, que había madrugado tanto como Raúl en sus afanes amorosos. Por lo visto la atmósfera de Nuestra Señora del Rosario había amanecido preñada de romanticismo. La mocedad, como es uso y costumbre en días que siguen a un baile en el casino, repasaba en su mente los sucesos de la noche anterior: el apretón de manos, la mirada, la palabra melosa, el "te quiero", el "me lo juras", el "deme una prueba de amor", el "se está usted burlando de mí", y acalorada la imaginación con todo ello, se hacía

el consiguiente gasto de papel amoroso, la oficina de correos recaudaba en timbres más que de costumbre, las alcahuetas se ponían en movimiento, y todos, desde el Gobierno Federal, hasta el muy humilde de Rosario, hacían su agosto gracias al amor.

### *Capítulo V.*

San Expedito cumplió su palabra. Al día siguiente mamá, con mano temblorosa, abrió dos cartas, ambas selladas en Monclova.

—Esta es de José María—dijo reconociendo en una de ellas la letra de mi hermano. Su voz vibraba de entusiasmo, sus ojos adquirían fulgores de alegría—y ésta—dijo examinando la otra,—es de tu papá.

La una evocaba recuerdos muy dulces, la otra muy tristes. Una era el amor, la otra el pasado...

Con ese instinto que nos empuja a saborear hasta el más insignificante detalle de aquello que mucho nos agrada, cogió mamá la carta de José María, leyó con fruición la fecha estampada en el sello, letra tras letra, y dijo:

—¡Ya está en Monclova!—Era aquel un grito de júbilo reprimido. Luego rompió el sobre, sacó la carta, la extendió y empezó a leerla.

—¡Va a venir!—, exclamó apenas había leído las primeras líneas.—Petra... Petra... empezó a gritar.—¡Muchachas!... continuó llamando a mis hermanas.

—Miren—dijo mostrando a Petra y a mis hermanas el párrafo dichoso, cuando aquellas hubieron acudido al zaguán donde nos encontrábamos.

—“Llegamos ayer y mañana espero poder ir a darles una vueltecita”—leyó mamá, señalando con el índice las letras del párrafo, mientras que Petra, Hortensia y Blanca, seguían con los ojos el dedo que corría.

—¿Ves, incrédulo?—me dijo—y tú que no crees en San Expedito.—Y sin esperar mi contestación, se volvió hacia mis hermanas y les dijo:—A ver si van preparando alguna cosa. Y hay que limpiar toda la casa; que quede como aquí un objeto, puso allá otro. Su taconeo rápido, repicado se oía por todas partes; su voz serena, aunque avivada a Mencho.

Primero corrió a la cocina, señaló cuanto había que



hacer ahí para que el cuarto quedara como eran sus deseos. Salió de la cocina, cruzó la banqueta que media con el zaguán, recorrió todos los cuartos, dió órdenes, quitó aquí un objeto, puso allá otro. Su taconeo rápido, repicado, se oía por todas partes; su voz serena, aunque ahora avivada un tanto con la emoción, sonaba tan presto aquí, tan pronto allá. Así la vi ir y venir de un lado para otro, moverse continuamente por toda la casa, por el jardín, los corrales, la huerta, por todas partes.

Por fin, ya rendida, para eso del medio día, vino a sentarse debajo del nogal nacido, en medio del jardín, junto a aquel maravilloso "delirio de la noche" que el cura de Cuatro Ciénegas le enviara como presente muy especial en la pascua del año anterior.

Le ví clavar los ojos en el cielo que a esas horas brillaba con las irisaciones del sol, y comprendí que su mirada era de éxtasis.

Por fin lo iba a tener junto a ella, a aquel muchacho que se separara de nuestro lado apenas había cumplido los once años de edad.

Mi padre había querido derrochar en él el lustre que su mucho dinero le pudiera proporcionar. Lo había, pues, arrancado de la casa materna, para enviarlo a los Estados Unidos, donde no solamente aprendiera el inglés, sino ciertas cualidades de perseverancia, de fortaleza, de apego a las cosas de la vida práctica. Pero ni todo ello había sido capaz de arrancarle aquel interés por el sueño, aquella ansia de ilusión, aquel amor de lejanías insondables que Nuestra Señora del Rosario prende en el alma de sus hijos. Y todo ello con sus grandes extensiones peladas, cenicientas, quemadas por el sol. Aquellas lejanías que si tienen de vez en cuando vegetación, es ella de lechuguilla pálida, de grises sabandoques, de cenizos enterrados... de alguno que otro manchón verdegueante de gobernadora y mezquite... Y luego las montañas calvas, evocadoras de insomnios interminables, de inmensidades filosóficas...

Y así, mi hermano había vuelto de los Estados Unidos, lleno de recetas para hacerse feliz, para aumentar el mundo propio en medio del cual giraba, como que había sido instruído en la escuela universalmente aceptada del profesor Marden. Había terminado una amplia y bien fundada carrera comercial y eran las intenciones de papá enviarlo a la Ciudad de México, donde, con las relaciones comerciales que allá tenía él, y con lo mucho que mi

hermano valía, pudiera el muchacho abrirse paso, llegando quizás a rehabilitar la ya perdida hacienda de la familia.

Pero si la escuela americana había enseñado a mi hermano los métodos más seguros y rápidos para buscar el propio medro, él no supo desdeñar el provecho de los otros, puesta su vista en las insondables lejanías que abriería a sus ojos nuestra Señora del Rosario.

Y como aquellos eran tiempos en que en todos los ámbitos del país la gente moza vibraba al toque de llamada de los ideales de renovación, mi hermano puso oído a la dulce voz, y sin pensarlo mucho, pero bien decidido a ello, envió cierto día memorable una carta a papá en la que sin rodeos le comunicaba que se iba a la revolución.

No fueron pocos ni escasos los ruegos y las amenazas de papá para hacer a José María desistir de aquellos planes que echaban por tierra los suyos, ni bastantes las lágrimas derramadas por mamá para volver al hijo "mitotero" al redil. Como muchacho práctico y de buen sentido, ni corto ni perezoso voló a Saltillo, se puso a las órdenes de Don Venustiano, y con él se trasladó a Ciudad Juárez a la toma de esta plaza por el maderismo.

Volvió más tarde, terminada la "bola"; se refirió del ejército escuchando los ruegos de mamá y las amenazas de papá, y en la casa paterna pasó algunos días, muy breves, porque su ansia de correr mundo no lo dejaba en paz. A Saltillo fue nuevamente. Hicimos el viaje juntos. Iba yo al Ateneo, a cursar la Preparatoria, y él a ocupar un puesto en el gobierno, acudiendo al llamado que Don Venustiano le hiciera.

Poco después, y dejándome entregado a la noble tarea de comprender el binomio de Newton, José María salió para la Capital de la República, al cumplimiento de una misión que no me fue revelada, volviendo más tarde a Coahuila, solamente para unirse al cuerpo de "Voluntarios" con el que asistió a la campaña contra el orozquismo.

Encendida la revolución carrancista, mi hermano regresó a Coahuila. Lo ví por unos momentos en Saltillo, me proporcionó algún dinero, y nos separamos. El, para seguir la suerte del movimiento; yo, para ir a encerrarme a Nuestra Señora del Rosario, una vez que mis inclinaciones no me empujaban a secundar los bélicos arranques de mi hermano mayor.

Sacando a mamá de sus meditaciones, me acerqué a ella, y alargándole una carta, le dije:

—Mira, del gusto se te ha olvidado la carta de papá.

Y así había sido. La pobre misiva, escapada de sus manos temblorosas, había caído al suelo, de donde la levantó mi amor de hijo y mi curiosidad.

El contenido de la carta era el mismo de todas. Que estaba muy bien de salud y que esperaba nosotros gozáramos también de la misma gracia, y que tan pronto como tuviera tiempo vendría a darnos una vuelta. Incluso venía una orden para que Nicho entregara a mamá cierta suma de dinero mensualmente, porque “las cosas andan de tal modo, que probablemente no pueda siempre estar cerca de ustedes”.

Mamá leyó la carta con indiferencia, la dobló, y se la puso en la bolsa de su delantal. No tuvimos tiempo ni para comentarla, ni para tomar providencia alguna sobre el cobro del dinero, porque en esos precisos momentos se presentó Chonita en la puerta del barandal.

Era nuestra vecina, mujer hasta de cincuenta años de edad probablemente, aunque muy bien los disfrazara, ya tiñéndose las canas con qurote quemado, ya dándose frecuentes manos de polvo de arroz, o bien apretando el paso y estirando el busto más de la cuenta. Para nadie era un misterio que Lola, su hija, era de mi misma edad, con días más o menos de diferencia; pues bien, Chonita aseguraba y lo hubiera jurado en caso necesario, que su hija era dos años menor que yo.

La casa de Chonita y la nuestra quedaban una frente a la otra, teniendo de por medio la estrecha calle del Uso Mayor, nombre que más tarde fue cambiado por el más patriótico de Hidalgo. La nuestra era relativamente nueva, estaba construída con adobes, es cierto, porque otro material no se conoce allí, pero toda ella forrada con una capa de piedra tosca, otra de mezcla y no pocas de cal, y con sus ventanas de vidrios, y su gran portón al frente y su barandal y su jardín, podría dársele el nombre de palacio, de compararse con la de nuestra vecina. Porque la de Chonita, que apenas si tenía dos cuartos al frente y una raquítica cocina hacia atrás, ni tenía en la fachada otra cosa que los adobes pelones, ni su única puerta era más que la clásica de dos hojas de madera tosca. Y para darle aún mayor aspecto de ruindad, la sala, que estaba en la esquina, carecía de parte de su techo, que en ciertos fuertes guaceros había venido abajo.

La catástrofe por cierto, perdíase en las lejanías del tiempo, que noticias de ella me habían llegado por la leyenda más que por la historia. Y tema favorito era el de la buena mujer, contar sus sueños, dándoles aspectos de realismo, sobre la reconstrucción de aquella sala.

—Ya va Manuel a echarle techo a la sala—decía.—La vamos a blanquear por fuera y a ponerle ventanas de fierro.

Y los años pasaban y la sala de Chonita continuaba sin techo, pasto de las lluvias y madriguera de ratas, gatos y sabandijas. Lola, la hija, había crecido en medio de aquel soñar. También ella solía platicar a sus amiguitas, cuando era niña, de aquellas misteriosas ventanas de fierro y aquel techo que nunca llegaba. Ya crecida, la muchacha había creado belleza, su carita sonrosada tenía cierta gracia, cierta dulzura, su talle era fino, su porte digno. Los sacrificios que se hacían en aquella casa para traerla bien vestida, para darle todos esos objetos indispensables a las niñas “elegantes” de pueblo, no son para contarse.

Manuel, el padre, con lo que levantaba en la labor, apenas si tenía para el sustento, recurriendo al primitivo método del cambalache, para conseguir en cambio de sus fanegas de frijol y trigo, la carne, la leche, el café inevitables. Si Rosario había ido progresando a paso de tortuga, recogiendo aquí una idea que hallaba oculta entre los pliegues de algún editorial, o la iniciativa de algún viajero de los que de tarde en tarde se hospedaban en la casa de Doña Jesusa, Manuel se había quedado a la zaga. Así como nunca pudo aceptar la navaja Gillette, ni demás adelantos caseros que por entonces habían empezado la conquista de Rosario, tampoco pudo abandonar el paciente aunque eglógico método de traslado de la carreta y los bueyes, con los que hacía muy a menudo viajes al Puerto del Carmen, en busca de carrizo que más tarde vendía en el pueblo para los techos de las casas. Y con ello, el pobre hombre se conseguía así fuera con penas, aquel dinero que a la postre venía a transformarse en polvo de arroz para Chonita, en zapatillas nuevas y vestido de seda para Lola.

Pero el techo de la sala y las ventanas de fierro seguían siendo un sueño. Pernoctaba la carreta llena de carrizo, a la puerta de la casa, y por la mañana aquel material que muy bien pudiera emplearse en el remiendo de la sala, era conducido adonde el comprador deseaba, lle-

vándose tras de sí las miradas de Chonita con uno que otro suspiro.

La familia de Manuel González y la nuestra, como buenas vecinas de pueblo, habían siempre andado a la greña. Cuando mis hermanas tenían algún disgusto con Lola, por quitame allá esas pajas, Chonita tomaba por su cuenta el asunto y al paso de Hortensia o de Blanca, lanzaba pullas e indirectas y buscaba la manera de enredarse en dimes y diretes con mis hermanas, para hacerles ver cómo Lola estaba siempre en lo justo.

Los desocupados, mientras platicaban en cuclillas, junto a la tienda de Nicho, al amor del sol, despellejaban al prójimo y hacían burla de nuestros vecinos contando cómo a la hora del mediodía ponían en movimiento platos, sartenes, cuchillos y cucharas, metiendo con todo ello un estruendo tal, que quien pasaba por la calle se creía, y así lo aseguraba, que en casa de Chonita se estaba celebrando un banquete. Al oír ruido de pasos en la calle, dizque Chonita exclamaba:

—La fritada en esta charola,—o.

—Sirvele a tu papá la “pechuga”—sugiriendo al desocupado transeunte que dentro de aquella casa humilde se hacían honores a un rico cabrito en fritada o a un sabroso capón al horno.

Y dizque en realidad, allí dentro de la mansión de Chonita, no se comía otra cosa, a mañana, tarde y noche, que los humildes aunque nutritivos frijoles, sobrando, por de contado, el estruendo de cubiertos y vajillas.

Como no faltó quien llevara a Chonita razón y cuenta de la burla que en el pueblo se hacía de ella y de Lola, y que llegaba al grado de que los tertulianos de Nicho, al ver pasar a la muchacha decían en voz falsete: “Hija, pásame la pechuga”, la mujer creyó que mis hermanas, en especial Blanca, habían sido las autoras de la ya famosa historia.

Con tal motivo hubo un pleito grande al que, involuntariamente, fue arrastrada mamá, como esas naciones que hacen gala de su neutralidad en tiempos de guerra, y que razones de amistad o parentesco arrojan al centro de la hoguera.

Desde entonces quedaron cortadas las relaciones amistosas entre las dos familias, pero por fin, cansados los contendientes de aquella lucha de silencio, que resultaba por demás pesada e inútil y una vez comprobado que la historia no había sido inventada ni por Blanca ni por



Hortensia, sino por un agente de pieles que tenía fama de guasón y que no había vuelto al pueblo desde la vez en que escapó debiéndole a Doña Jesusa un mes de alojamiento, se reanudaron las relaciones y siguieron su curso normal como lo muestra la conversación que debajo del nogal nacido, tuvieron Chonita y mamá, conmigo por testigo:

Chonita:—Manuel va para Monclova, Doña Carmencita, y me va a traer unas estampas de Nuestra Señora de Zapopan. Ya sabe que una es para usted.

Mamá:—Gracias, Chonita. Mire, aquí le tengo un codito del delirio, a ver si prende. Es muy delicado, pero quien quita y que ahora tengamos suerte.

Chonita:—Ya el botón está para abrir. (Acercándose al delirio.)

Mamá:—Abrirá uno de estos días si Dios quiere, para que lo vea José María.

Chonita:—¿Va a venir?

Mamá:—Como lo oye. Hoy me escribió y en el tren de mañana llega.

Chonita:—Ahora si estará contenta.

Mamá:—Usted figúrese nomás. Tanto tiempo esperando.

Chonita:—¿Y no le manda decir cómo se pondrá la “bola”?

Mamá:—(Suspirando.) A mí no me dice nada, pero creo que pronto tendremos fandango. Dicen que Huerta ha mandado muchas tropas para que persigan a Don Venustiano.

Chonita:—¡Ni figurarse que fueran llegando los pelones! Dicen que son tan malos, que levantan levas y hacen males a las muchachas, y matan a todo mundo.

Mamá:—Pues eso dicen. Yo no me los figuro sino como gentes muy malas que andan persiguiendo a mi hijo, y que no les ha de faltar modo de matarlo.

Chonita:—Pero, ¿para qué piensa así, Doña Carmencita? Dios y Nuestra Señora del Rosario lo han de proteger.

Mamá:—Andando entre las balas...

Chonita:—¿Pero no sabe usted que los hombres tiran las balas y Dios las reparte?

Mamá:—Pero las reparte entre los que andan peleando, no entre los que se están en su casa.

Chonita:—Ya ve cuando vinieron los orozquistas, ¿qué pasó? Todos decían que pasaban el puerto, pero nosotros

dijimos: "no pasan", porque sabíamos que los voluntarios de Coahuila lo defendían, y no pasaron.

Mamá:—¡Y qué día pasé! José María estaba allí. Yo oía la ametralladora, y me parecía que cada bala iba a su corazón.

Chonita:—Y ya ve cómo no pasó nada.

Mamá:—Y luego que volvieron huyendo, usted se acuerda, todos enterrados los pobres, llenos de sangre muchos, sin querer detenerse ni para tomar agua, porque temían que los alcanzaran; yo hubiera querido preguntarles por mi hijo, pero quién iba a saber de él. Ellos eran sus enemigos. Uno se detuvo aquí y le dí agua. Venía herido y se quejaba mucho. ¡Qué días pasamos!...

Chonita:—Y esa tarde llegó José María, ¿verdad?

Mamá:—Sí. Pero ahora, figúrese usted nomás, que Emilio y Arnulfo, los hijos de mi tía Agapita, usted sabe, los de San Buena, se han ido con los huertistas...

Chonita:—Así ha sucedido en esta bola, qué quiere. A mí me han dicho que han peleado padres contra hijos, hermanos contra hermanos...

Mamá:—¡Si será el fin del mundo!

x x x x

Esa noche hubo luna llena. Para el que nunca haya estado en Rosario, ello parecerá cosa de poca importancia, y hasta quizás un toque de romanticismo del autor, quien muy lejos está de apartarse de lo que significa la realidad para hacer uso de recursos gastados ya por cuantos novelistas han sido. Noche de luna llena en Rosario significa más que un poema, una sinfonía. Porque apenas aparece el disco redondo y amarillento sobre las nogaleras del camposanto, y desgrana sobre los tejados y sobre las dos desmedradas torrecillas de la iglesia sus collares de perlas mortecinas, se puebla Rosario de rumores, despierta de todas partes el himno melancólico de la juventud que ama o espera ser amada, y pronto las calles sienten el repicar de los tacones breves, y la plaza, envuelta en una magia de claro-oscuros de lienzo impresionista, se llena de muchachas y de galanes. Si el galán es atrevido, se acerca a la banca donde la preferida o novia, espera, dice un entrecortado:

—Me permiten ustedes (porque ella estará acompañada) y se sienta a la vera de ella y empieza la charla insubstantial que dice tantas cosas.

Pero aquellos desdichados que aun saben sonrojarse ante una muchacha bonita, aquellos a quienes tiemblan las

piernas al acercarse a una mujer, pasarán junto a ella del brazo del amigo, reirán indiferentes como que de cosas muy ajenas se ocupan, y, decididos a sentarse a su lado, desperdiciarán todas las oportunidades de la noche, para ir a estirarse los inocentes cabellos cuando se metan al lecho.

Pues, esa noche era de luna en Rosario. No bien hube cenado más que de prisa, cuando me llamó Blanca al bazar para decirme:

—Oye. En todas partes saben que le mandaste una carta a Clemencia. Las Martínez me lo dijeron y Lola vino a contármelo hace rato. Ya le fueron a decir a ella, pero sé que no fue al correo.

—Yo no le mandé nada. Era de Raúl.

—Tú la pusiste.

—Sí porque él no tuvo valor, ya saben cómo es.

—Pues buena la has hecho. Porque todos creen que es tuya, también Clemencia.

—Ya se desengañará.

No hablamos más. Me dirigí a la plaza, silbando un sonecillo que por entonces andaba muy en boga, y haciendo por creer que nada me importaba el asunto de la carta de mi amigo Raúl.

—Aquí viene Rafail. Hasta que te pescamos. —Con estas palabras me recibieron mis amigos... Napoleón, Juan José, Miguel, Rogelio, qué sé yo... todos... que estaban ya en el centro de la plaza, apoderados de dos de aquellas bancas de fierro que con el producto de una función teatral, en la que se llevó a escena "Flor de un Día" y "Espinass de una Flor", encargara a Monterrey don Laureano Rodríguez, el Presidente reaccionario ya destronado, y padre de Clemencia.

—¿Conque le hablaste a Clemencia, verdad?

—Se destapó uno.

—Y muy callado lo tenías.

—Estos pajaritos muertos...

—¿Y la quieres mucho?

—Apláquense, caballeros—logré decir, haciendo que se escucharan mis palabras—atended, y en pocas palabras os pondré al tanto de lo que ansiáis saber, y saciaré esa noble sed de verdad que arde en vuestros corazones.

—Que hable.

—Que hable.

—Que hable.

Tomé postura de orador frente al grupo de gente jo-

ven, tosi a manera de Lencho Flores, cuando decía el discurso oficial en las celebraciones patrias, y dije:

—Habéis de saber, incomparables caballeros, que en la muy leal ciudad de nuestra Señora del Rosario, que Dios guarde, vivè una joven cual ninguna bella, haciendo sa como pocas, y sin tacha ni mengua en su decoro.

—¡Bravo!—saltó uno.

—Venían a cortejar a la encantadora joven los más apuestos caballeros de las ilustres villas de Sacramento, Nadadores, San Buena Ventura y hasta de la noble y señorial villa de las Cuatro Ciénegas, ardiendo en impaciencias por conquistar su blanca mano y llevarse en prendas de su amor el corazón de la bella.

Pero la joven, honesta cual Penélope, virtuosa y recatada como esas mujeres que nos pinta don Miguel de Cervantes en sus Novelas Ejemplares, ni dió acogida a las palabras de sus amadores, ni esperanzó con una sonrisa o una palabra amable a los forasteros. Y así vivió por años la virgen, encerrada a siete llaves en la torre de marfil de su pureza. El nombre de la doncella, vosotros, como los astros del cielo y las florecillas del campo, lo sabéis. Es Clemencia.

—¡Ah!...¡Oh...! (y otras exclamaciones.)

—Pues he aquí que un día, uno de aquellos bravos mozos de Nuestra Señora del Rosario sintió encendido el pecho en amor por la linda joven, y no queriendo encomendar a la torpeza de la lengua lo que mejor podría expresar la pluma, formuló una carta amatoria, la selló con delicadeza extremada, y fue a depositarla en la Oficina de Postas, que como bien sabéis, atiende con pericia Tencha, la buena Tencha Hernández.

Ese galán, ese caballero enamorado...

—Tú fuiste, no te estés haciendo, letrado...

—No fuí yo, o más bien, sí lo fuí.

—Eso es, tú fuiste.

—Si ya lo confesó.

—No he confesado nada. Esa carta la puse yo, a nombre de un muy querido amigo mío, cuyo nombre no os revelaré, pero que quizá en vuestra sutil perspicacia llegaréis a adivinar.

—Embustero, es tuya la carta—exclamó uno.

—Si no se lo hemos de contar a nadie, quedará en secreto—dijo otro.

—Tú fuiste el de la serenata de la otra noche.

—Lencho dice que le dijiste que ibas a hacerle unos versos a ¡Clemencia.

Oímos voces femeninas a lo lejos, por el lado de la cárcel. La mesnada de jóvenes valerosos guardó silencio, para escuchar en el viento la voz del amor que se acercaba. Sólo el suave viento metía ruido en los árboles de la plaza, meciendo las copas de las moreras y tejiendo las ramas de los rosales. Un burro que por allí andaba descarriado, trituraba hojas tiernas de coyoles y su sabroso masticar era agradable al oído.

—¡La luna!— dijo en voz baja uno de mis amigos. Sí, allí estaba la luna amarillenta, hinchada, sobre las torrecillas de la iglesia, y en esos momentos las moreras se platearon por el lado de la luna, obscureciéndose la parte oculta de la copa. Fue toda la plaza entonces como un parque de ensueño, lleno de cenefas de plata y encajes floridos de luna.

Pronto se pobló de rumores, de voces, de risas. Parvada tras parvada habían llegado las muchachas. Ahí estaban ya mis hermanas y Lola, Clotilde, Sara, Rosario, Amalia...ahí estaban todas. Unas habían buscado acomodo en las doce bancas de fierro, otras se habían reclinado sobre el prado, y otras aún, en ronda alegre, daban vueltas y más vueltas por los corredores de la placita, agitadas, pienso yo, por ansia febril.

Nosotros escuchamos sus voces, como de reclamo. Luego, sin perder la noción de su presencia, hablamos de otras cosas.

Lencho Flores, con el desparpajo que le era habitual y al que le daba derecho la Secretaría del Ayuntamiento, no perdió pisada, yendo a sentarse en la banca que ocupaba el objeto de sus ensueños y algunas de sus amigas que presto emprendieron el vuelo, dejando a la pareja entregada a sus pláticas íntimas.

—Raúl, que llegó en esos momentos, me tomó del brazo y mientras emprendíamos la vuelta por la banqueta exterior, me decía:

—¿Qué has sabido? ¿Tú crees que leyó ya la carta?

—No—le contesté secamente, y sin duda el tono en que pronuncié esa palabra fue demasiado duro, porque mi amigo, echandome uno de sus fuertes brazos sobre el hombro, me dijo:

—Ya sé lo que andan diciendo. Que tú fuiste el de la carta. No te apures, hombre; ¿a tí qué mal te hace todo



eso? Sin que nadie se las espante leerá mi carta y quién sabe... está tan bien escrita...

—¡Ah!—dijo como recordando bruscamente —me contaron que le habías llevado serenata a Clemencia. ¿Cómo no me habías dicho nada?

Noté que estas palabras no llevaban ni gota de malicia. Nada, eran francas, sin rebuscamiento, emitidas como se habían formulado en el pensamiento.

—Sí, se me pasó decirte—le contesté.—Después del baile nos fuimos de parranda, tú sabes... luego, todos llevaban serenata a sus novias y sus pretendidas. Nomás yo no tenía a quién y me dije:—pues a Clemencia, para que no diga Raúl...

¡Ah, Dios Santo, y que trabajo me costaron aquellas palabras preñadas de mentira, con qué sacrificio contesté a la verdad con el embuste, cómo correspondí a la franqueza de mi amigo con mi doblez! Estuve tentado a decirle francamente:—No creas cuanto te digo, ¡oh digno, bueno y noble amigo Raúl!: tú que no has salido jamás de este glorioso valle de Nuestra Señora del Rosario, no puedes saber lo que es la maldad humana; aquí, donde nunca ha ocurrido el vergonzoso caso de un divorcio, de un marido engañado, de una doncella deshonrada, aquí en este primitivo valle de pureza, crecen los hombres como si fueran niños, y mueren con una sonrisa de inocencia en los labios, como ángeles que sólo han rozado con sus alas los senderos lodosos del mundo. Te estoy mintiendo; fue un rato de locura; fue un momento de ofuscación lo que me llevó a traicionarte, lo que me hizo llevar la mágica voz de la serenata de ensueños a la ventana de la mujer que tú quieres con honradez.

Luego, repentinamente, al pasar frente a una banca adornada con su ramillete de muchachas, Raúl me dijo en voz baja:

—Ahí está. Saluda.

—Y tú también—le dije. Y luego, como con estudiada precisión, recitamos los dos un

—Buenas noches—

llevándonos las puntas de los dedos al faldón del sombrero. Un coro de voces contestó a nuestro saludo con otro

—Buenas noches—

glorioso. Allí, entre aquel coro de voces cristalinas iba el arpegio de su voz divina. Pero, ¿cuál era? ¿Aquel suave, opaco, como si su dueña se sintiera emocionada, o aquel

brillante, sonoro? ¡Quién sabe! Lo cierto es que la presencia de la joven no dejó de inquietarme. La noche, con su luna, con su claridad, parecía despertar en mí sensaciones que el día adormece. Pensé en el rostro de Clemencia con deleite, encontrándolo hermoso y agraciado. La hora, la ocasión, el sitio, eran propicios para el ensueño. Así sucede, sí, a veces nos embriagamos de vino, a veces de luna, a veces de amor...

Apreté el paso arrastrando tras de mí a Raúl, como si quisiera huir del hechizo, y sin detenerme ante las voces de mi amigo, fui a buscar refugio al otro extremo de la plaza, donde nos hicimos dueños de una banca que acababa de desocuparse.

Ahí permanecemos por algunos momentos. Raúl estaba ansioso por buscar la oportunidad para sentarse al lado de Clemencia, la que presto se presentó. La joven, en compañía de Lola, pasó a poco por donde nosotros estábamos, y ambas fueron a sentarse en banca próxima.

—Esta es la oportunidad—dije a mi amigo.

—Sí, pero vamos los dos. Tú platicas con Lola.

Imposible la resistencia.

Fuimos los dos, murmuramos un

—¿Nos permiten ustedes?—

y conseguida la venia, tomamos asiento; Raúl, que como nunca estaba valeroso, junto a Clemencia y yo a la vera de Lola, mi vecina.

Pasó una ronda de muchachas y saludó a sus amigas desde lejos con "adioses" maliciosos y con risas alegres y significativas.

Ello, traducido a lenguaje hablado, quería decir a mi entender:

—Adiós, Clemencia, ya tienes ahí a Rafael, el de la carta.

Sí, ahí estaba yo, mas no en calidad de enamorado, como se suponía ya en el pueblo, sino de padrino de mi amigo, haciéndole plática a Lola, con quien maldita la gana que tenía yo de platicar.

Mientras nosotros hablábamos del baile último que, como siempre, daba tema de conversación hasta que ocurriera otro, Clemencia y Raúl permanecían callados la mayor parte del tiempo. Apenas si de vez en cuando murmuraba él:—

—Qué bonita luna, ¿verdad?

Y ella contestaba:

—Muy bonita.

Vosotros, pobres mortales, que nunca habéis visto a una mujer bella y sencilla en una de esas plazas bañadas de ensueño, viendo el correr de las horas en calma dulce, no sabéis lo que es belleza. Y vosotros, los que nunca habéis contemplado cómo los ojos de esa mujer se ensimisman en la luna, mientras esperan la palabra del galán que ha de sacarla de su abstracción, no sabéis de emociones hondas.

Yo de mí sé decir que esa noche, al ver los ojos negros y grandes de Clemencia extasiados en el infinito luminoso, comprendí que no existían otros en toda la creación tan expresivos, tan lindos y tan buenos.

Se arrastró la conversación de monosílabos por más de media hora. Yo, sin siquiera pensar en ello, más atención ponía a lo que Raúl y Clemencia se decían, que a mi propia plática. Por fin, deseoso de cambiar una palabra siquiera con aquella, me atreví a decirle, sacando el cuerpo hacia adelante.

—¿Hacia mucho que no venías a la plaza, verdad?

—Sí, mucho—contestó ella bañándose con su mirada luminosa.

—Nosotros nos preguntábamos qué te pasaría, ¿verdad, Raúl?

Mi amigo asintió con la cabeza.

—Es que estaba terminando unas costuras—contestó la joven.

—Y, ¿te gustó el baile?

—Sí, estuvo muy bonito.

Eso fue todo. Las mismas palabras de siempre, las mismas que a esa hora se estaba cambiando la juventud de Rosario. Pero, sin embargo, ¡qué bien sonaban con aquella voz suave, pero sonora!, ¡qué expresión alcanzaban en aquella boca de Clemencia! Parecía como que tenían sentido muy distinto al que los mortales les daban. A mí, me parecían palabras de amor. Porque en el tono que Clemencia les daba, ahora lo sé, se pronuncian las palabras sublimes “te quiero” y “soy sólo tuya”.

Y luego, continuó la plática. Lola, en voz muy baja, y aprovechando un momento en que Clemencia y Raúl hablaban, me dijo:—

—Ya sabe que le mandaste una carta.

—¿Clemencia?—dije sobresaltado.

—Sí, y también sabe que le llevaste serenata. Ahora le dimos muchas bromas contigo. Parece que le gusta.

—Pero si yo....

Aquí me cortó la palabra la propia Clemencia, al decir en voz alta:

—¿Nos vamos, Lola? Ya se está haciendo noche.

—Es muy temprano, aún no dan la queda—dije yo

Pero de nada valieron nuestros ruegos. Se despidieron de nosotros nuestras compañeras. No me atreví a estrechar con fuerza la mano de Clemencia, y al oír que su boca decía familiarmente:

—Hasta mañana—

creí que se refería a un futuro próximo, lleno de amor y de luz.

Pocos momentos después las dos sombras se alejaron, por el lado de la cárcel hasta perderse a lo lejos. Las voces fueron muriendo. Poco después la plaza estaba sola, bañada de luna, plena de quietud. Raúl y yo permanecíamos callados. De repente sonó el toque de la queda. Con diez campanadas anunció Pancho Flores a los pacíficos vecinos de Nuestra Señora del Rosario, que era llegado el momento de abandonar los cuidados del mundo, para entregarse a las delicias del sueño

### *Capítulo VI.*

La queda no puso en quietud la casa de mamá. Eran vísperas de día gordo y aquella mujer, olvidada de su tragedia interior, había puesto en movimiento a todo mundo y en “retortero” a toda la casa. El tradicional día de “matar marrano” con su ritual complicado, con su ajetreo constante, con sus emociones pueblerinas, había unido su rumbosidad al de la llegada del hijo ausente y ello de por sí era más que motivo para que las mujeres de mi casa, y hasta los hombres, sintieran el cosquilleo de las cosas insólitas.

En la cocina Petra se ocupaba en preparar las tripas para el chorizo, en remojar las hojas de maíz para los tamales, en lavar bateas, en fregar los cazos de cobre. Guardado, que desde temprano había dado cita al matancero, renqueando, pero activo, ponía toda su voluntad en alivianarle la carga a Petra, mientras que mis hermanas, ya de vuelta del paseo lunar, lavaban la loza de china y luego sacaban del baúl manteles y servilletas o cubrían el tocador y la consola con toallitas bordadas.

Sería la media noche cuando mamá dejó de traficar. Antes de meterse en su pieza, vino a mi cama, como era su costumbre, me besó en la frente y me dijo:

—A ver si te levantas temprano. Sería una vergiienza que te encontrara dormido tu hermano.

—Me voy a ir con él a la bola—dije por hacerla enojar.

—¡Nomás eso me faltaba!—exclamó ella, también riendo.—Con uno tengo para que me haga batallar. Si tú te vas, me voy contigo. Tú aquí te quedas, enamorando muchachas...

—¿Qué, tú también sabes?...

—Yo todo sé—dijo mamá sonriendo. Y dándome el último beso, se retiró a su cuarto. Ahí se arrodilló frente a sus imágenes, rezó por un cuarto de hora, y luego se metió en su lecho. Poco después, toda la casa estaba sumida en quietud, lista para recibir a mi hermano José María.

Cuando desperté, oí en la pieza contigua, la de mis hermanas, un murmullo de voces. Puse atención y oí que Hortensia decía:

—¿No ha gritado?

—No—contestó Blanca.

—¿Ya será hora?

—Yo creo que sí, aunque todavía está obscuro.

—¿Ya se levantaría mamá?

—Sí, hace mucho.

—Ya me voy a tapar los oídos.

—Miedosa.

Por la ventana de mi cuarto pasaron dos sombras. En las voces que hasta mí llegaron las reconocí. Una era la de Guardado, otra la de Mencho, el matancero. La voz de mamá llegó hasta mí. Decía:

—Por aquí. El cazo de los chicharrones sobre estos adobes y acá la batea.

—¿Oyes?—sonó la voz de Hortensia,—ya lo van a matar.

—Bueno, mujer, que lo maten, no seas mitotera.

—¡Guardado, Guardado!—se oyó a lo lejos la voz bien timbrada de Petra.

—Voy, muchacha—contestó Guardado, también a lo lejos.

Después todo quedó en silencio.

¡Día de matar marrano! ¡Qué tropel de recuerdos invadió mi mente! Aquellos días de la niñez venían a mi



encuentro, llenos con la fragancia de las cosas extraordinarias, a despertar en mí emociones que se pierden para los que ni son ya niños, ni aman las cosas de la niñez. Aquellas voces en la sombra, aquel temor de Hortensia, aquel traficar en medio de la madrugada, debajo de los nogales enormes, ¡cómo me llevaban muy lejos, a los tiempos en que yo también, metido entre las cobijas de la cama de mamá, me tapaba los oídos para no oír el desgarrador grito del marrano, lanzado cuando recibía certera puñalada en el corazón!

No pasaron ni cinco minutos sin que se oyeran dos gritos. Uno de muerte, otro de terror. Uno del marrano, hermoso cuino que engordara mamá para el día en q' volviera José María y el otro de Hortensia, que por un descuido, la había pescado el momento sin taparse los oídos.

El grito del cerdo resonó lastimero en mis oídos. Al principio fue estentóreo, después, ya en la agonía, bajó la intensidad, y luego fue muriendo hasta convertirse en un murmullo. Por fin murió. Todo volvió a quedar en silencio. El momento del sacrificio había pasado. Hortensia quedaba temblorosa sobre su cama. Blanca, la valerosa, riendo de ella.

Cuando me levanté y salí al patio, ví a lo lejos, alrededor de una lumbre, las figuras de Mencho y Guardado, de mamá y de Petra, en continuo movimiento. Me acerqué al grupo. El marrano, cuan largo era, se encontraba ya panza arriba sobre unos cajones, mientras que Mencho, con su gran cuchillo de matancero, le quitaba los pelos, hasta dejarlo liso como piel bien rasurada.

Ante mi vista se sucedieron las distintas operaciones de ritual. Pronto empezó el cazo de los chicharrones a lanzar olores apetitosos; las piezas del marrano fueron trasladadas a la cocina y colocadas en inmensas bateas de palo de una sola pieza, mientras que Petra echaba grandes tortillas que, calientes, servirían para envolver los primeros chicharrones, manjar mañanero rico al paladar.

Apenas salió el sol, empezó a enviar correos a todas las amistades del barrio, con bocaditos: un pedazo de carne de lomo con no pocos chicharrones calientes, un trozo de costillas para el asador, una buena tajada de pierna. Mis hermanas, Guardado, todos servían de mensajeros para aquella clásica y bondadosa costumbre de mi pueblo.

Sólo una casa, la que allá a la salida del pueblo se di-

visaba, con sus grandes ventanas de hierro floreado, y sus lilas copudas, quedaba fuera del alcance de la renquera de Guardado. Y allá fui enviado yo, con un platón lleno de carne, de chicharrones...

Envuelto en los olores deliciosos llegué al portón de la casona, arca donde encerraba don Laureano Rodríguez la joya más preciada del pueblo. Llamé con los nudillos de la mano a la gruesa hoja del portón y no tardó mucho sin que una voz sonora, plena de vida, de optimismo, según la oí yo, contestara desde lejos:

—¿Quién es?

—Yo...

Y sin tener aún tiempo para saborear la dulce voz, apareció su dueña al otro lado del patio cuadrangular, debajo de una tupida enramada de parras.

¡Era Clemencia!

Venía ella fresca, lozana, con el rostro rebosante de salud, con el cuerpo moviéndose rítmicamente, musicalmente...

Estaba vestida muy sencillamente, con una bata case-ra de muselina, ceñida a la cintura con un cinto delgado de charol. El pelo negro en gruesa trenza tejido, caía por la espalda, dejando al descubierto la frente amplia y blanca de la joven.

—Buenos días—dijo ella aun antes de que tuviera yo tiempo de saludarla. Me pareció advertir que en los momentos de verme, como que se había turbado, y adiviné en ella un impulso de detenerse, de retroceder quizás. Pero era tarde. Avanzó hasta el portón, y ahí, tendiéndole el platón que en mis manos llevaba, le dije:

—Aquí le manda mamá a Doña Jesusita. Es un bocadito de marrano.

Tomó ella el obsequio, me dió las gracias en nombre de su madre y permaneció a mi lado, muda, como si esperara algo.

Yo, mientras tanto, viendo la oportunidad que se me deparaba para hablar con la joven, pensé en sacarla de su error, decirle que la dichosa carta que había puesto en el correo, no era mía, no, sino un simple encargo de amigo.

—Clemencia—dije entonces, y sin poder pasar adelante en mis intentos, agregué:—hoy viene José María.

—¡Qué bueno!, dijo ella, dirigiendo su vista al otro lado de la calle.

—Tu mamá ha de estar muy contenta.

—Tú figúrate..

De pronto sonó allá dentro la voz de Don Laureano, que llamaba a su hija:

—¡Clemencia, hija, Clemencia!—gritaba el hombre.

—Te están llamando—le dije a la muchacha—hasta la noche. Porque vas a la plaza, ¿no?

—Yo creo que sí,—contestó ella. Su voz temblaba.

—Adiós...

—Adiós. Me saludas a tu mamá y a las muchachas, y que muchas gracias...

Preparado que hubo sido el almuerzo, mamá y mis hermanas dejaron a Petra y a Doña Natividad en los quehaceres de la cocina para arreglarse ellas un poco y estar listas para recibir a José María. No tardaron en llegar Don Juan y sus cuatro hijos, que habían hecho el sacrificio de echarse encima las ropas domingueras, como lo exigía la ocasión. Chonita asomaba de cuando en cuando la cabeza a la puerta, echaba la vista calle arriba y se ocultaba después, presurosa, para repetir la operación momentos más tarde.

Don Juan y sus hijos se habían alineado junto al nogal “nacido”, y desde ahí observaban callados el ajetreo que reinaba en la cocina y las idas y venidas de las mujeres que atravesaban presurosas el zaguán una y mil veces.

El silbato de la locomotora, que por fin se dejó oír distante, al salir la máquina del Puerto, aumentó el alboroto en la de por sí activa casa de mamá.

—Ya salió del puerto—dijo Don Juan.

Sus cuatro hijos asintieron moviendo la cabeza de arriba abajo. Wenceslao, Agustín, Pedro, Roque, los cuatro mozos fornidos como robles, no podían ocultar su contento. José María era de su camada, aproximadamente. Con ellos había jugado y travesado de niño, con ellos había crecido fuerte y feliz en la enorme huerta de mis padres.

—Dicen que ya es capitán, ¿no tú?—preguntó Agustín a Wenceslao.

—Creo que sí,—contestó el muchachote, moviendo la cabeza y poniendo entre palabra y palabra un prolongado silencio.

—Pos dicen que es valiente—dijo Roque,

—Yo me he de juir con él si no me dejan—dijo Agustín, el menor y el más inquieto, soportando la mirada de reprensión que le dirigiera Don Juan.

—Epa, si no es cosa de juego—saltó Pedro.

—Pos por eso he dir—dijo con firmeza el muchacho.

Agustín tenía aire marcial. En la escuela, cuando Don Feliciano hacía paradas en los días patrios, Agustín era siempre el jefe, por ese garbo de su cuerpo, por esos movimientos rítmicos de sus piernas que parecían de palo.

—Es una gallina, quia dir—dijo Pedro.

—Lo han de ver y no lo han de creer. Apoco uno porque es pobre no siente..

—¿Qué sientes tú, a ver? Le tienes miedo a un belduque. Te asustas con tu sombra.

En eso se dejó oír nuevamente el silbato de la locomotora, ahora fuerte, como si estuviera a las puertas del pueblo.

—Ya está en el cortacamino—dijo Don Juan, como si su misión fuera anunciar el avance del tren.

—Nuevamente sus cuatro hijos asintieron con movimiento de cabeza. Cuando allá a lo lejos, a la entrada de la calle real apareció un coche, mamá salió gritando:

—¡Allá viene!

—No, señora. José María no puede venir en el coche de Chinto. Ya sabe que están algo mal.

—Es cierto, se me había olvidado.

Las mujeres de la cocina habían abandonado sus trabajos. Guardado estaba en primera fila, rascándose los pocos pelos de su barba, frunciendo las cejas, con gravedad, como era su costumbre. Mencho, el matancero, todavía con las mangas arremangadas y los brazos brillantes de manteca, se había agregado a la comitiva. Mis hermanas, dentro de sus vestidos sencillos de muselina, vibraban de impaciencia. Yo, humildemente, como hijo a quien no se hace aprecio, porque el héroe se acerca, permanecía a la vera de mamá.

—¡Aquél sí es!

—¡Sí, es el coche de Pablito!

—¡En ese viene!

—¡No voltió en la esquina!

Sí, el coche, balanceándose al tropezar con las piedras de la calle, proseguía su marcha hacia nuestra casa. Los caballejos desgarrados entrecruzaban las piernas y alzaban una gran polvareda que hacía imposible se pudiera distinguir quién venía dentro del coche.

Los caballos, para bien suyo, llegaron por fin a su destino, se detuvieron sin muchos esfuerzos del cochero, y una vez puesto en reposo aquel vehículo saltarán y desgarrado (que otros mejores no había en el pueblo,) saltó de él

José María y corriendo, fue a echarse en brazos de mamá.

Andaba entonces mi hermano en los veinticuatro años de edad, tenía un cuerpo alto, bien formado. Su carácter era alegre, sus modales finos, su sonrisa amable. Poseía un especialísimo dón de gentes que le atraía amistades, lo hacía indispensable en todas partes.

—¡Qué prieto vienes!—dijo mamá sollozando de gozo.

—Son las asoleadas—contestó José María con naturalidad.

—¿Y cuándo te vas a ir?—preguntó mamá, pensando antes de saborear el bien que le llegaba, en el momento de perderlo.

—Pero mamá, si apenas voy llegando...

Tan luego como pudo desprenderse de aquel estrecho, largo abrazo de mamá, que parecía interminable, Chema, como le decían sus compañeros de escuela, abrazó a Hortensia, a Blanca, a Petra, a todos... Para cada uno tenía una palabra halagadora, una frase de cariño.

—Es la imagen viva de su papá—decía aparte Don Juan.

—¿Y ontará el uniforme?—preguntaba Agustín a sus hermanos.

Por fin me llegó el turno. Con un abrazo fuerte me oprimió Chema contra su pecho, al mismo tiempo que me decía, con el airecillo burlón que gustaba emplear cuando bromeaba conmigo:

—Ya eres un hombre. Parece increíble cómo te has puesto de fuerte. Estás perdiendo aquí el tiempo, ¿porqué no te vas a la bola?

—No me lo echas a perder,—interrumpió mamá. ¡No más eso me faltaba!

Eso fue todo. No fue sino un relámpago aquel instante en que sobre mí se posaron las miradas de todos. Volvió a reinar el héroe y sólo el héroe. Yo andaba a lo lejos, como deslumbrado por la gloria del joven apuesto, aquel que estarían deseando ver para esas horas todas las muchachas del pueblo.

Y no era aquello envidia, no. Era un sentimiento de pequeñez, de ineficacia. Porque ni mi propia filosofía, ni mis elucubraciones de muchacho enamorado de la belleza y de la armonía plástica de los grandes movimientos sociales, me hacían rechazar el imperativo de una guerra justiciera, que viniese a remover lo que de estancado había en los antiguos regímenes políticos. Y sin embar-



go, ahí estaba, sumido en la humilde quietud de la bucólica Rosario, pasando las horas y los días en contemplar las planicies de ensueño, amodorradas bajo el tibio sol de primavera.

¿Me despreciará José María?—me solía preguntar a mí mismo, especialmente en esos días en que giraba en torno suyo, no digo la casa y sus moradores y sus sirvientes, sino gran parte del pueblo entero.

Descendíamos nosotros de una familia liberal militante. Mi abuelo había combatido por la Reforma, mi padre luchó contra Garza Galán en Coahuila, mi hermano militó con Madero en 1910. ¿Era yo acaso la degeneración de aquella rama de aguerridos luchadores, paladines siempre de la causa del pueblo? Esa pregunta vibraba en mi cerebro, me seguía por todas partes, me volvía loco.

Durante la estancia de José María en casa, se recrudecieron mis dudas. ¿Qué diferencia encontraba entre él y yo! En torno suyo iban y venían jóvenes y viejos, lo halagaban, le hacían preguntas, a las que él contestaba con voz firme y aplomo severo, como si fuera un ducho político y viejo soldado.

Cierto día, cuando en la casa se dormía la siesta, José María y yo salíamos a la huerta, sin más objeto que el de sacudir el sueño, que a esa hora cae pesado sobre los cerebros.

Caminamos juntos por los largos y rectos andadores que pasaban por debajo de los duraznos floridos, cruzaban las naves de la viña y paraban al pie de la pared de adobes que daba cerco a la propiedad.

—Carranza—me dijo José María, hablando conmigo por primera vez acerca de la revolución y sus hombres,—no solamente es cerebro liberal de esta revolución, sino su imán más fuerte, la fuerza que atrae hacia sí a todas las voluntades y las amalgama en un sólo conjunto homogéneo. Sus ojos, que medio se ocultan tras de unos anteojos verdes, tienen la fuerza atrayente más grande que han conocido los siglos. La revolución apenas empieza, quizás el hombre se vea en muy grandes peligros, pero nada ni nadie le evitará que cumpla su destino y ponga al país en el camino de una nueva vida. El lo llenará todo, vas a ver. Será el poder omnipotente. Su nombre llenará a la nación de un extremo a otro. Todo lo que suceda será porque él lo hace o lo inspira. Hasta las piedras van a sentir la influencia suya.

Continuamos andando. José María mostraba en su ros-

tro moreno y bien cortado, una convicción profunda, una fe sin límites. Era indudable que el hombre de que hablaba era lo que él decía ser, al menos para él que tan bien sabía sentir.

Aquellas palabras me hicieron mella. No había para qué dudarle; la nación se llenaría con el nombre del patriarca de Cuatro Ciénegas, aquel viejo amigo y compañero de mi padre, a quien jamás había visto yo el rostro.

—¿Y crees tú que triunfe la revolución?— pregunté a mi hermano con cierta timidez.

—¡Triunfar!—dijo José María con sorna, y viéndome con cierta lástima.—Ha triunfado desde antes de nacer, porque estaba ya en el alma del pueblo. Don Venustiano la organizará, porque es el hombre destinado a ello. La revolución es un movimiento histórico ineludible. De no haber existido Carranza, otro se habría puesto al frente de ella.

—Yo quisiera conocerlo—murmuré apenas atreviéndome a expresar un deseo desde mucho antes sentido.

—Cuando venga a Monclova vas a verme y te lo presento; a mamá le diremos cualquier cosa.

Nos sentamos a la sombra de un copudo granado. A nuestros pies corría el uso. Poco después pasó el aguador, con el azadón al hombro, los pantalones de mezclilla arremangados.

—Buen solecito, ¿verdad?—dijo sonriendo.

—Regular, sí—contestó mi hermano, y el hombre siguió su camino.

Alborotadas iban y venían grandes parvadas de palomas, bañaban sus alas en el agua cristalina y ascendían haciendo arabescos con sus giros.

Poco a poco, como temeroso, vimos que se acercaba a nosotros Agustín, el hijo menor de Don Juan. Venía descalzo, sin sombrero, y con un pantalón de mezclilla y blusa del mismo material, por todo vestido.

—¿Qué andas haciendo, Botín?—le preguntó mi hermano cariñosamente.

—Nada—contestó aquél, sentándose a nuestro lado.

—¿Habrà mucha fruta este año?—volvió a interrogar mi hermano.

—¡Quién sabe!—dijo Agustín con un gesto en los labios, con el que dió a entender que muy poco o nada le importaba a él la fruta de la huerta.

—Has crecido mucho—dijo Chema, por decir algo— ¡Eres ya un hombre!

Agustín era un poco mayor que yo, un año quizás, y aunque se había quedado chaparro y desmedradillo, tenía gran fuerza y era ágil en extremo.

—Soy hombre y no me dejan quiaga lo que quiero—dijo amargamente el muchacho.

—¿Qué quieres hacer, hombre de Dios?

—Írme a la bola, pero papá no me deja.

—¿Tú también eres carrancista?—preguntó Chema cariñosamente, poniendo una de sus francas manos sobre el hombro del muchacho.

—Hasta los perros lo son aquí.

Y así era la verdad.

—Si vienen los mochos hemos de juir al cerro, o nos llevan de leva, dijo Agustín, tratando de convencernos de la justicia de sus pretensiones. —Si juimos vamos a vivir como animales al monte y si nos cogen, nos llevan contra nuestro gusto. ¿No es mejor irse de una vez adonde a uno la gusta?

—Tú piensas muy bien, Agustín,—dijo mi hermano,—pero has de considerar que Don Juan está ya muy viejo y ustedes tienen que ayudarle a llevar la carga.

—Ay están los otros tres, que son pacíficos —contestó Agustín, refiriéndose a sus hermanos. Yo quiero ir a pelear con Carranza también, como los hombres y he dir nomás que llegue, y si no lo he dir a buscar.

—¿Pero no le tienes miedo a la muerte?

—No. Y quién sabe si llegue a ser algo. No se va uno a pasar toda la vida aquí, encerrao. Nunca sale uno de nada en este pueblo.

—Pero, es que todo mundo está aquí muy pacífico—dijo Chema.—En Rosario se puede decir que no hay más que gente contenta con la vida.

—No tienen ambiciones, es lo que pasa. Muchos se han ido a la bola. Ay está Juan el de Doña Tomasa, y Jesús Hidalgo, y muchos. Toño García dicen que ya es Teniente o algo.

—Pero, fijate en una cosa, Botín. Tú, no quieres ir a la revolución porque comprendes su significado, no. Lo único que deseas es satisfacer tus ambiciones.

Se rascó la cabeza el muchacho, estuvo contemplando cómo corría el agua cristalina y después de una gran pausa, dijo:

—Yo sé todo eso del bien del puebl'o y me gusta, pero lo que más me gusta es salir de aquí. Tengo ganas de ver mundo, y de hacer algo...

Otra vez quedó pensativo. Sus ojos pequeños y negros, parecía como que contemplaban en el agua imágenes seductoras, un porvenir brillante.

—Ay está Jesús Hidalgo. Se fue a la bola porque estaba decepcionado porque Joaquina no le correspondió nunca.

—¿Y eso qué?—pregunté yo como picado de una súbita idea.

—Pos nada, que la revolución es pa todos. Pa los ambiciosos, pa los decepcionados, pa todos.

Momentos más tarde, cuando emprendimos José María y yo la vuelta a la casa, dije a mi hermano:

—¿Qué te parece Botín?

—Hay en él madera para mucho—contestó Chema, meditando.—Lo que ha dicho en su inocencia o en su simplicidad, es quizás una verdad enorme, digna de uno de los siete sabios de Grecia. La revolución es lo que él dice. El refugio para todos los que ansían algo mejor, los que han sufrido, los que esperan, los que nunca están contentos en el mundo. Ella está formada con la parte mejor de los pueblos. Todo el inmenso pasado se aproxima en tropel, las pasiones se agitan, los impulsos nobles y los perversos alcanzan las cumbres de la grandeza o de la crueldad. A ella no van únicamente los que la comprenden; quizás pocos sepan sus postulados. Van los que sienten ansias de justicia, van los que sienten ansia de gloria, van los descontentos, lo mejor de la humanidad.

Cuando llegamos a casa, mamá salió a recibirnos. Su rostro denotaba una gran pesadumbre. Corrió hacia nosotros, abrazó a José María, lo besó con rabia y luego puso en sus manos una carta.

Abrióla mi hermano, la leyó de prisa, y luego dijo:

—No te apures, ya ves, no me iré sino de aquí a tres días.

—Pero te llaman...

—Sí, que regrese a Monclova, a cumplir una comisión.

El pliego de la carta extendido aún en la mano de Chema, me llamó la atención. Incliné la vista hacia él y pude ver la gran firma, hecha con caracteres firmes y retendidos:

“Carranza”.

*Capítulo VII.*

Desde el principio de la revolución maderista habían quedado bien demarcados en Rosario los dos campos de combate indispensables: el de los revolucionarios y el de los científicos. El telegrafista de la estación, quizás el hombre más pudiente del pueblo, Don Prudencio Rosales, gran propietario de tierras, Juan Manuel Alvarez, dueño de dos cantinas y una tienda, y don Laureano Rodríguez, padre de Clemencia, y hasta hacía poco perpetuo Presidente Municipal de la villa, puesto que tenía asegurado más que por la voluntad popular, nunca respetada, por su condescendencia con los señores antes mencionados, era lo que podía llamarse el núcleo del partido científico en Rosario. Formaban una cauda de satélites, más bien arrastrados por la magnitud de los astros, que por convicción propia, los peones y medieros del grupo de científicos. En el otro campo se encontraban algunas familias de abolengo revolucionario, bien marcado por la tradición, y la gran mayoría del pueblo, unida quizás por instinto de clase, a las masas sufridas de otras regiones, mejor que por propio sentimiento de injusticia. Porque si hemos de ser francos, habrá que decir que en Rosario no existía problema agrario, puesto que las vastas tierras del Valle, a excepción de las que poseían y tenían bien cercados los dueños de agua, estaban a disposición del primero que quisiera meterles mano y encomendar la cosecha a la piedad de Dios, por cierto muy benigna siempre. Y también es cierto que si la autoridad suprema del lugar, como la de la República, permanecía inamovible, a los pacíficos ciudadanos del pueblo poco les importaba ello, ya que no se hacía sentir en forma dictatorial, sino que, por el contrario, era Don Laureano hombre de bondadoso corazón y dado más a ayudar al pueblo que a molestarlo.

La buena gente de Rosario, como bien decía José María, era si no la más feliz del mundo, cuando menos, una de las menos ambiciosas de la República. Había quien nunca salió de los límites del Valle, habiendo vivido en su calma sin el menor deseo, sin la más pequeña ambición de salir de sus límites. No había quien no tuviera s pequeño o grande solar, su huerta de frutales, sus sembradíos de temporal.

Pasaban los años y el pueblo era el mismo. Las casas ni más tierrosas, ni más nuevas. Siempre lo mismo, por-



que tal parecía que sus dueños desearan respetar lo que la mano de sus antepasados había hecho, limitándose a hacer aquellas obras que las conservaran tan sólo en su estado habitual.

Si de vez en cuando algún jovenzuelo ansioso daba señales de sobresalir, y era hijo de gente pudiente, se le enviaba a Saltillo, quizás más tarde a la Ciudad de México, y allá en la urbe se quedaba, perdiéndose para Rosario. Si era pobre, colgaba el pico, se inclinaba sobre la tierra humilde y buena, y se olvidaba de sus sueños.

De esta manera, esa lucha feroz que en otras regiones de la República había llegado a alcanzar marcados caracteres de violencia entre los dos grupos antagónicos, en Rosario se había limitado a una simple guerrilla de la que no había resultado ni un sólo asesinato, ni un sólo incendio. Hay que tener en consideración, para que se entienda más tarde el significado de todo esto, que las pasiones no habían tenido tiempo de encenderse, sino en los lugares directamente tocados por la contienda. De ese modo, las familias de los dos bandos continuaban como siempre, concurriendo al casino en las noches de baile, las muchachas se reunían como siempre, en la plaza durante las noches de luna, y los hombres, si se veían con cierto recelo, seguían juntándose en la tienda de Nicho para echar la platicada, o en la improvisada plaza de gallos, donde los domingos se perdían pequeñas fortunas, siempre evadiendo el punto delicado de la política.

El carrancismo apenas si estaba en pañales por aquellos días.

Los científicos, seguros en el éxito de las fuerzas federales, casi no consideraban de importancia el movimiento, reducido a una pequeña porción de Coahuila, Chihuahua y Sonora, y por lo tanto, seguían "favoreciendo" con su amistad a sus contrincantes políticos y tratando con benignidad a la gente del pueblo.

Entre ésta como que había ocurrido un despertar. No habían sido pocos los de "arriba", así llamado el barrio de la gente humilde, que habían ido a reunirse ya con Don Venustiano o con los "Voluntarios de Coahuila", grupo a que pertenecía mi hermano. Y era cosa bien probada que si poco o nada odiaba ni temían a los científicos del pueblo, el solo nombre de los mochos infundía arrestos de lucha a los valientes y cierto temblor de piernas a los que no lo eran.

Los viajeros, que llegaban de Monclova de vez en

cuando, contaban horribles historias de destrucciones, incendios, levás y violaciones de doncellas, de la desolación que a su paso dejaban por todas partes los mochos.

Los niños temblaban a su solo nombre. Las mujeres, en tertulia, se pintaban con horror los rostros quemados de los federales, con esa credulidad de quien no ha tenido cerca el objeto de sus temores.

Porque en Rosario nunca habían asentado su planta los mochos, a no ser una vez que pasaron rumbo a Cuatro Ciénegas. Ni los oroquistas que por ahí se habían andado en cierta ocasión, habían infundido el terror que los federales.

Ello, unido al prestigio que Don Venustiano tenía entre la gente del pueblo, había logrado levantar los ánimos de los pacíficos habitantes de Rosario, y lanzado a las filas de la revolución a muchos de sus hijos.

La pacífica Villa había perdido su calma. Ya no era la solitaria enmedio de aquel círculo de serranías perforadas tan sólo por los cañones del Carmen y del Peñón, que daban acceso y salida al tren de Monclova a Cuatro Ciénegas, y que se complacía en soñar con los tiempos idos, con las cosas muertas y con el futuro tranquilo. Ahora tenía en su seno madres con hijos ausentes y en peligro constante; ahora tenía padres que echaban de menos el robusto brazo del hijo lejano; ahora Nuestra Señora del Rosario era muy otra, porque bajo la aparente capa de su tranquilidad empezaban a agitarse las pasiones, a encenderse los odios y a germinar ideas de venganza.

Y aquella lucha interior, que quemaba las entrañas, había de salir a flote, para no dejar piedra sobre piedra de lo que antes había sido emporio de la paz y asiento de dulzura.

Ello sería obra del Destino, como creen los fatalistas; ello sería producto del proceso histórico que hace y deshace a los hombres conforme a las leyes divinas, como creen los filósofos de la historia; ello sería obra de la injusticia o de la venganza, pero ello, en la imaginación y en la conciencia de todos, sería obra únicamente de un hombre, aquel que, según mi hermano José María, estaba destinado a conmover con su nombre y sus hechos al país entero, y a hacer su voluntad sobre la mártir patria.

Ninguno sino su nombre sonaba ya en todas las bocas. Su figura de profeta bíblico era evocada con odio o con

ternura; para unos era la destrucción, para otros la esperanza; pero él, siempre él, caminaba solo y erguido entre las muchedumbres, con el ancho pecho dando frente a todos los vientos; sañudo en su destino, fuerte en su idea, como roble que agitan, pero no derrumban las tempestades. El: ¡CARRANZA!

### Capítulo VIII.

Blanca me cogió a solas una de esas noches, mientras me ocupaba yo en hilvanar sueños junto al barandal de nuestra casa.

—Te lo dije,—comenzó —que iba a resultar mal lo de la carta.

—¿Qué pasó?—pregunté interesado.

—Casi nada, que Clemencia está furiosa.

—¿Ya fue por la carta?

—No, se la mandó Tencha y tuvo que abrirla.

—¿Y por qué está furiosa?

—No te hagas. Mejor que nadie lo sabes tú. ¿Crees que es muy bonito eso de que todo mundo se entere de que le han escrito a uno una carta, para que resulte que fue una burla?

—Pero, ¿qué tienes?...eso no fue burla.

—Pues es peor que si lo fuera. Cuando abrió la carta y vió que era de Raúl, dice Lola que se soltó llorando y que no quiso comer en todo el día.

—¿De veras?—dije sin poder ocultar mi vanidad.

—Sí, pero no te alegres, no lo ha sentido porque Raúl le haya escrito y no tú, sino porque entre tú y tu amigo, con sus tonterías, han hecho burla de ella. Y no se lo merece. Tú sabes lo buena que es.

Empecé entonces, y sólo entonces, a comprender toda la enormidad de nuestro disparate. Pues era cierto. ¡Cómo se irían a reír de la pobre muchacha los que supieran cuanto había pasado! Muchos lo sabían ya.

Si en el fondo de mi corazón no me sentía culpable, en cambio ¡qué remordimientos tan amargos empezaban a invadirme! Aquel llanto de Clemencia, dulce como era para mi vanidad, no dejó de causarme inquietudes muy hondas.

—Si tú le hubieras escrito—contestó Blanca, implacable,—te hubiera mandado unas calabazas muy merecidas,

y ahí hubiera terminado todo. Pero no, con tu imprudencia hiciste que todo mundo creyera lo que no fue cierto. Ahora has puesto mal a tu amigo, te has puesto mal tú, y la pobre no quiere ni que la vea la gente, de vergüenza. Ya viste, anoche no fue a la plaza por eso, ni quería ir mañana al día de campo de José María. Tuvo que ir mamá a convencerla. A mamá no le dijo nada, porque es muy resignada, pero sabe Dios el concepto que tendrá de tí.

—Yo lo hice por ayudarle a Raúl—logré musitar avergonzado.

—Sí, y ya ves lo que te costó; yo te lo dije desde un principio,—dijo Blanca, dulcificando la voz, sin duda al notar mi compunción.

¿Qué podría hacer yo para remediar aquel daño involuntario? ¿Sería lo apropiado decirle a ella claramente cuanto había pasado, disculpar nuestro error, y pedirle perdón por todo?

—Si no le hubieras llevado aquella serenata—me interrumpió Blanca, en mis pensamientos,—no hubiera estado tan malo. Pero no, le llevaste serenata, le dijiste a Lencho que ibas a hacerle unos versos, y luego, para remachar el clavo, vas al correo a ponerle una carta.

Todo aquello era cierto. Permanecí callado, como culpable que me sentía, en espera de nuevas recriminaciones.

—Si la quieres, está bien, ¿por qué no le dijiste claramente a Raúl que eras su rival? Entre él y ella no hay nada, así es que tú no tienes obligación de respetar algo que no es suyo. Pero vale más jugar limpio siempre.

Aquella muchacha casquivana había dado en el clavo. Todas sus palabras eran dirigidas a la llaga. Entonces no sólo había sido yo un necio, sino también un cobarde. Porque si era cierto que no me sentía yo enamorado de la joven, también lo era que sentía hacia ella una fuerte atracción, y que esos sentimientos los había reprimido por caballerosidad hacia mi amigo.—Pero, ¡qué caballerosidad aquella tan singular!—me pensaba. Era como uno de esos favores que, por no ser completos, se truecan en daño. Había, pues, que deslindar el campo de una vez por todas. O decirle a Raúl que de allí en adelante pretendía yo el amor de Clemencia, o abandonar para siempre mis aun no formuladas pretensiones.

Pero el problema no estaba tan sólo en formar esa re-

solución. ¿Acaso estaba yo seguro de que sentía por Clemencia algo más que una simpatía muy fuerte, una inclinación poco común, pero al fin y al cabo, inclinación solamente? ¿Estaba acaso seguro de que una vez hecha a mi amiga la terrible confesión, Clemencia sería para mí la única, la indispensable?

En esa angustia de la incertidumbre encontraba tormento mi espíritu. Yo, siempre amigo de la línea recta, me veía ahí siguiendo un sendero tortuoso que de no ser algo mío me hubiera repugnado siquiera contemplar.

Esa noche sentí una piedad muy grande hacia la pobre muchacha. Frente a mí tenía sus luminosos ojos negros, mirándome con enojo, envolviéndome todo en una cortina de amargura. Y sus facciones de virgen pueblerina, tranquilas y suaves, estaban ahí frente a mis ojos, cobijadas por un manto invisible de dolor.

¡Ah, cómo sentí hondos deseos de ir a besarle la orla de su vestido de santa, y pedirle mil veces perdón, por el inmenso daño que le había hecho!

Muchacho en la edad de los romanticismos, esa noche forjé en mi mente sueños extraños, en los que me veía pidiendo perdón a la joven, y dándole el último adiós, decidido en el alma a ir a purgar mis faltas a los campos de batalla, al lado de mi hermano José María, el héroe aquel a quien se ofrecía al día siguiente un gran día de campo en el Cañón. Luego me veía, tendido sobre el campo de batalla, con el pecho destrozado por cierta bala, pero con alientos aún y luz en los ojos para ver que a mí se aproximaba la sombra leve y pura de la santa, me tomaba entre sus manos la cabeza y me besaba en la frente.

Creo que me pasé toda la noche sin dormir. La imagen de ella siempre estaba delante de mis ojos. Su voz dulce de trino zumbaba en mis oídos. Tuve calentura. Mi frente ardía. Todo yo sudaba en mi cama como si tuviera fiebre.

¿Era ello resultado de mi fantasía soñadora de adolescente? ¿Era esa edad florida y amarga en que los dolores se sienten como espinas, en que las sombras aparecen como tinieblas insondables, esa edad que todo lo agranda, como foco de aumento, y gusta de recorrer fantásticos mundos ilusorios?

Tal vez. Lo cierto es que aquella noche quedé perdido de amor por Clemencia. Y no podía ser de otro modo, después de los sueños que había tenido mientras velaba



en mi cama hecha un horno. Si en esa edad de la adolescencia nos enamoramos de una sombra, de un fantasma, con cuánta más razón de una joven de la hermosura de Clemencia, de la bondad de Clemencia, de la gracia indiscutible de Clemencia.

Aquellos que se encuentren en esa edad dichosa, o desdichada, y aquellos que recuerden los días de esa edad, no tendrán por recurso novelesco este trozo de realidad que pongo en estas páginas. Ellos tendrán por cierto, y muy cierto, que esa noche, enmedio de aquel enjambre de fantasías y ensueños, mi corazón quedó prendado de amor, si es que no lo estaba ya, por la niña-santa de don Laureano Rodríguez. Y así fue como, al llegar la madrugada del día siguiente, mamá, que fue a despertarme porque se acercaba la hora de la partida, me encontró con los ojos abiertos y me dijo:

—Pero qué milagro. Rafail, tú que eres tan dormilón...

No solamente estaba despierto, sino calenturiento, pálido, tembloroso.

—¿Te sientes mal?—me preguntó mamá.

—No, no dormí bien. Eso es todo.

—Pues, arriba, José María y las muchachas ya se están vistiendo. Agustín trajo ya los caballos y los burros.

En las piezas contiguas se oía que alguien metía ruido. Eran mis hermanas que se alistaban para el día de campo que al héroe se ofrecía en aquel pequeño paraíso terrenal que se llama sencillamente el "Cañón" y en el que encuentran solaz las buenas gentes de Rosario, cuando deseos sienten de echar a volar una cana.

La caminata es hecha a lomo de bestia, que vehículos de ninguna especie tienen acceso ahí, angosta como es la vereda que al margen de precipicios se desliza junto a uno de los costados del cañón.

Los hombres hacen el viaje a caballo, las mujeres en burro, enmedio de los gritos y escándalos de las que no se pueden nunca acostumar a ese primitivo método de locomoción.

Como no era yo jinete, ni cosa que se le asemejara, Agustín había conseguido para mí la bestia más mansa de todo el pueblo, un pequeño caballejo desmedrado, y a tal grado flaco, que aun cuando me tuviera mala voluntad, no hubiera podido hacer nada en mi contra. A José María, por el contrario, se le había traído el magní-

fico potro negro del policía, famoso por su noble porte y su briosa condición.

Chema se había puesto un pantalón de montar, de cordobán, unos "tacos" relucientes, una camisa de mangas y cuello amplio, atada a la cintura con un cordón y el clásico sombrero texano de los carrancistas. Todo ello llevado con soltura, sin pretensión, como quien está acostumbrado a ello.

Yo, por mi parte, llevaba el pantalón más viejo que había encontrado a mano, camisa ordinaria y sombrero hui-chol.

Todo esto, unido a la desmedrada y pobre figura de mi trotón, y al poco o ningún garbo con que montaba yo a caballo, hacían de mí y del compañero que llevaba entre las piernas, un conjunto muy poco envidiable.

¡Cuán marcada vi en esa mañana fresca y bien oliente la diferencia entre el héroe y el humilde muchacho de quien todos se olvidaban cuando aquel va a su lado!

Ayudamos a mis hermanas y a Petra a montar en sus burros. Blanca tenía especiales habilidades para montar, pero Hortensia era para eso la inutilidad en persona. No fueron pocos los gritos que dió al verse sola sobre el lomo del paciente asno, ni escasos los melindres cuando empezó la caminata.

Nos dirigimos todos a la casa de don Laureano, lugar donde se había dado la cita. Cuando llegamos frente a la enorme y maciza casona, ya se encontraba debajo de las lilas un numeroso grupo de excursionistas. Unos, encajados en hermosos pollinos, otros, en caballos de todas categorías y estampas y otros más en mulas.

No fue poca la grita con que se nos recibió.

—¡Que le apuren a Clemencia!—sonó una voz.

Creí que se le llamaba porque yo había llegado, y quizás la dueña de aquella maliciosa voz tuviera esa intención.

—Aquí estoy ya—oí que decía la voz de Clemencia. La joven, de quien no pude ver más que el bulto, una vez que la claridad del día apenas si empezaba a iluminar una parte del cielo, allá por el Puerto del Carmen, subió en el caballo que se le había preparado, y una vez que todos estuvimos reunidos, empezó el desfile por las calles que conducen a las Compuertas primero y luego a la boca del Cañón.

En medio de risas y cantos avanzó la multitud de paseantes por el camino tierroso goteado por mequitales y

chaparros, y junto a la acequia, por donde venía del Cañón al pueblo el agua cristalina de regadío y del uso. De pronto una de aquellas voces se destacó brillante dentro del coro general y las notas emitidas obligaron al resto a bajar el vuelo. Era una voz de tenor, bien timbrada y voluminosa.

—*Si Adelita se fuera con otro*

*Le seguiría la huella sin cesar—*

decía. Tomaba un poco de descanso, para continuar con las estrofas de aquel himno de la revolución:—

—*En los mares, por buques de guerra,*

*Y en la tierra, en un tren militar.*

Sonaba entristecida la canción en medio del monte, se elevaba, cogía vuelos y volvía a repetir las estrofas, poniendo al final de cada una de ellas un énfasis emocional, profundo.

—¿Quién canta?—me preguntó José María.

—¿Qué, no conoces la voz?

—No.

—Es Botín.

Adivinar quería con el alma dónde iba Clemencia. A esas horas era imposible reconocer aquellos fantasmas, a no ser que se acercara uno a ellos hasta tocarlos.

¿Cómo iría ella? ¿Acaso su rostro estaba entristecido? ¿Acaso se había pasado la noche en vela como yo? Espoleé a mi cansado rocín, en vano. Uno de los mayores imposibles hubiera sido hacerlo marchar a una velocidad más grande de la que llevaba. Mi hermano espoleó al suyo y el potro dió un salto, pasó como una saeta al costado de la comitiva, para ir a ponerse al frente de ella, donde iban algunos de los amigos de Chema.

—¡Rafail, Rafail!...—oí que me llamaban de lejos. Inmediatamente reconocí la voz. Era la de Raúl.

—¡Aquí voy!—contesté también gritando.

Momentos después mi amigo, caballero en mansa, pero fuerte mula, se colocaba a mi lado, y como quiera que mediaría entre nosotros y el resto del grupo un trecho considerable, ya fuera hacia atrás, ya hacia adelante, tuvimos oportunidad para hablar de lo mismo de siempre, de Clemencia.

La protectora obscuridad de la madrugada vino en mi auxilio, que de no haber sido por ella, dudo que hubiese podido ver de frente el noble rostro de Raúl, a tal grado sentía mi bochorno interior.

—Rafail, me contaron que Clemencia ya recibió la carta,—empezó diciendo mi amigo.

—Sí, también a mí me lo dijeron—contesté.

—¿Quién te dijo?—preguntó el muchacho, gozándose en esas pequeñas curiosidades que tanto agradan a los enamorados.

—Blanca—contesté.

—Y Blanca no sabe...

—Sí, dice que se enojó mucho.

—También eso me dijeron—dijo mi amigo. Su voz llegaba a mi oído doliente, velada por una emoción honda que no era posible ocultar.

Sentí lástima por él. En verdad, comprendía yo que Raúl sí era formal en sus intenciones. Que él y no yo era merecedor al cariño de la santita de don Laureano, porque Raúl no era un soñador, sino hombre formal, que enderezaba sus pasos por los caminos de la conducta humilde, pero segura, trillada, pero recta.

—Tú no puedes suponer—dije a mi amigo con tono cariñoso—que la causa de ese enojo hayas sido tú. Si alguien ha sido culpable, ese fui yo.

—¿Y tú por qué?

—Tú sabes... la gente creía que yo era el interesado.

Para cuando divisamos frente a nosotros la boca del Cañón, ya había logrado yo poner un poco de calma en aquella inquieta cabeza de mi amigo, convenciéndolo de que yo, y sólo yo había sido el causante de sus males, y de que si continuaba como hasta ahí, firme en sus propósitos y dando cada día mayores pruebas de su constancia, llegaría sin duda uno en que la muchacha, rendida ante tanto cariño, no tendría sino que abrir de par en par las puertas de su corazón.

No fue poco el trabajo que me costó pronunciar aquellas palabras. Confieso haber obrado no solamente contra lo que creía digno, sino también contra mi corazón, que parecía rebelarse a cada palabra de consuelo dirigida a Raúl. Pero no tuve valor, no pude soportar el espectáculo de aquel muchachote bueno y confiado, que en mí ponía su esperanza, ya que siempre había visto en mí a un hermano al que debe acudir en los momentos de duda.

La enorme boca del cañón se presentó entonces a nuestra vista, majestuosa y firme. A la luz del alba que ya había iluminado todo el cielo, las enormes rocas que a ambos lados del sendero se levantaban, parecían gigantes

que guardaran algún tesoro de leyenda. La montaña, partida como por golpe de algún Hércules formidable, se levantaba hasta perderse en las nubes que volaban en su cima, y ponían en el ambiente un hálito de solemnidad religiosa. Era la naturaleza en pleno desarrollo. Era la montaña que se contempla como una cinta azul con esmaltes de oro, desde Nuestra Señora del Rosario.

Y por aquella boca enorme se metió la caravana, sumida casi en religioso silencio. Los cantos habían cesado. Sólo voces en sordina se amontonaban a los flancos de la montaña y se volvían convertidas en un eco vago, lejano, que iba rebotando y rebotando hasta perderse a lo lejos.

Volví la vista hacia atrás. Allá, tendida enmedio del Valle, se veía Rosario. Apenas si podían distinguirse unas cuantas figuras geométricas, las casas, enmedio de la mancha oscura que formaban las nogaleras.

Empezó la senda a estrecharse. Pronto nos fue imposible caminar de dos en fondo. De ese modo se extendió la caravana. De pronto sonaba el grito de alguna concella asustada ante el peligro de un barranco. A veces algún asno testarudo se amachaba sin causa alguna, y era necesario que se le propinara una tunda de azotes para que se decidiera a continuar la caminata.

Pronto se bañó la cima de la montaña con la luz del Sol, y el Cañón quedó inundado de luz, apareciendo claramente a la vista azorada de los viajeros, allá al fondo, a gran distancia, el arroyo seco que en tiempos de lluvias muge como fiera embravecida a las puertas de Rosario, y sobre nuestras cabezas la faja de piedra de la acequia que trae desde el fondo del cañón hasta el pueblo el agua de los manantiales purísimos.

Si el valle de Rosario es gris y triste, el Cañón es un oasis.

Se respiran los hálitos suaves de la vegetación exuberante, cargados de humedad. Florecen a los flancos de las montañas innúmeras plantas silvestres; se tejen por todas partes las ramas de las vides; los pinabetes que en Navidad proporcionan ramazones para los nacimientos, ponen allá en la cima, una tupida alfombra de follaje. De vez en cuando hay motas de nogales, a cuya sombra descansan los escasos viajeros, y con cuya fruta, arrancada a las ramas en los días de campo, hacen los postres de nogada las cocineras de Rosario.

El Cañón es lugar muy poco frecuentado, una vez que se encuentra no solamente lejos de la vía férrea que atra-



vieses el Valle, sino en lugar tan apartado de todo comercio humano, que a no ser por los leñadores que van a él en busca de su mercancía, y de los que hacen morrillos de los gruesos cipreses, sería en todo tiempo lugar desierto y olvidado de la mano del hombre. Ni una sola ranchería, ni una sola majada da su nota de vida al gran trecho culebreante del cañón, que se va metiendo y metiendo hasta el corazón de la cadena de montañas.

Pero en día de excursión aquello se llena de vida. ¡Cómo rebotan, en los dos flancos del Cañón las risas y las canciones y los gritos de horror!

Entonces sí que aquel lugar solitario y bello siente el soplo de la vida y parece como que se agita al paso del hombre. El paraíso se puebla de mujeres hermosas. Arrulla la voz del amor, la eterna cantinela del amor, y todo es alegría y felicidad.

La caravana va culebreando por el sendero, que de repente baja, cruza el arroyo pedregoso para meterse por el lado opuesto o seguir bordeando el cauce seco, ora ascendiendo hasta pasar sobre resbaladeros formidables, ora bajando hasta ir al nivel del arroyo.

Por demás está decir que en tiempos de lluvias, cuando el arroyo va crecido, el camino es intransitable. Años atrás se había construido un puente sobre el arroyo para que por él pasaran los leñadores y los dueños de ganados que, allá en el fondo del Cañón, se apacentan solos, sin necesidad del cuidado humano, pero ni fue suficiente su fuerza para resistir a las aguas de la avenida, ni sirvió de otra cosa que de inútil gasto.

Así fue como, en uno de aquellos pasos del arroyo, en que toda la caravana perdía su formación para ensancharse cuando deseaba, me encontré de pronto frente a Clemencia.

—Buenos días—saludé con cierta timidez.

—Buenos días—contestó ella con voz débil, como si estuviera enferma.

—¿Verdad que esto es encantador?—pregunté.

—Sí—fue toda su contestación.

Luego, azotando con fuerza su caballo, se alejó de mí y de mi pobre cabalgadura, que por desdicha mía, no podía ni siquiera darse ánimos para emprender la persecución de la joven.

Está muy enojada conmigo. ¿No me lo perdonará nunca?—me pregunté angustiado.

Y en pensamientos de ella y en recuerdos de ella, nos

aproximamos por fin al lugar de reunión. Hasta nosotros empezó a llegar distinto el ruido de la cascada.

Era un ruido sordo, ensordecedor.

—¡Miren un ojo!—gritó una vez de mujer.

Era un ojo de agua. Luego vimos otros más, pequeños charcos que escurrían su lloro para enviarlo a formar, entre todos, la cascada que, desde un barranco, se despeñaba sobre el arroyo.

A la sombra de grandes nogales, cuyas copas reverdecidas formaban palio fresquísimo, echamos pie a tierra. Cada quien desensilló su cabalgadura y la de alguna de sus compañeras, fue a atar entre el zacate a las bestias y volvió al campo donde las muchachas, molidas por la caminata, se habían tirado sobre la yerba.

Pero el ansia de la juventud no daba tregua a los miembros. Pronto se levantó de nuevo la parvada y en grupos más o menos pequeños, se desparramó por las lomas vecinas, por las cañadas llenas de vegetación, y a cuyo fondo corría siempre el hilo de plata del agua que iba a unirse a la cascada. Sólo unas cuantas de las jóvenes, con especialidad aquellas cuya edad no les permitía ya andarse en cabrioleos por los montes, quedaron en el campo preparando los chivitos que a propósito habían sido llevados para la fritada o el asado.

—Raúl—dijo Tencha a mi amigo, con el que tenía mucha confianza—tú y Cleto me traen unas brazadas de leña, ¿quieres?

—Con todo gusto—contestó mi amigo, dirigiéndose cerro arriba, acompañado de Cleto.

Lo seguí con la vista. Iba el muchachote con un mecate al hombro, y una pequeña hacha en la mano. Si le hubiera salido al encuentro un oso, lo hubiera derribado. Así lo pensé yo en esos momentos, no sabré decir por qué, y el pensamiento me causó algún daño.

Confesaré de una vez que la partida de mi amigo me llenó de alborozo, aun sin quererlo, aun tratando de evitarlo. Así—me pensé—podré estar más cerca de Clemencia, quizás hablarle, y darle una disculpa.

—¡A la cascada! —sonó una voz entusiasta, y un coro de voces contestó:

—¡A la cascada!

Maquinalmente seguí al grupo que pronto se extendió por la vereda en dirección al ruido que de lejos llegaba, mas no tan maquinalmente que no pudiera ver que Clemencia iba entre nosotros. Iba vestida la muchacha con

un traje sencillísimo de indiana floreada, y llevaba sobre su cabeza un huichol echado hacia atrás y adornado con un listón que en forma de toquilla rodeaba la copa y caía en moño hacia la derecha. Si su rostro me pareció como siempre bellísimo, en esa mañana florida creí ver en él cierta expresión de tristeza.

Bajamos todos el último tramo de la vereda y salimos al arroyo, sobre cuyas piedras caminamos todos, cogidos de las manos, para no caer al agua que, aunque poco profunda, se extendía ahí a lo ancho del arroyo. Una vez que hubimos pasado al lado opuesto, aparéció ante nuestra vista la cascada.

El espectáculo era para despertar en el alma ideas de grandeza, para anudar la garganta en una emoción honda y sencilla. ¡Cómo se despeñaba la cortina plateada del agua, irisada con los rayos del sol que sobre ella caían en lluvia de oro! Sobre el agua estancada que estaba a sus pies, caían los chorros luminosos cantando y riendo.

Costeando el arroyo, y pasando sobre algunas peñas con peligro de caer al agua, era posible meterse detrás de la cortina luminosa, y permanecer debajo de ella sin mojarse.

—¿Quién quiere meterse?—grité cuan recio pude para que se me escuchara enmedio del gran estruendo, señalando el camino.

—¡Yo!—se oyó un coro general.

Sólo Clemencia se resistía a aceptar la invitación, pero casi arrastrada por sus amigos, tuvo que acceder. Empezamos a saltar sobre las piedras del arroyo nuevamente, cogidos en cadena, y fuimos costeando el Paredón hasta ponernos a corta distancia de la cascada. Allí empezamos a flaquear los más débiles. No pocos fueron los que emprendieron la retirada, en la imposibilidad de seguir adelante. Los más, ya fuera por amor propio o ya porque iban demasiado adelante para retroceder, encontrando iguales los peligros del avance que los de la retirada, prosiguieron en sus intentos y, sanos y salvos, a no ser por Lola, que metió todo un zapato al agua, llegamos con felicidad a la meta.

El ruido ahí era ensordecedor. Para hacerse oír era necesario levantar la voz, y aun así las palabras más bien se entendían por las modulaciones de la boca, que por sus sonidos. Un fresco agradabilísimo nos invadió por todas partes. El suave olor a la tierra húmeda y a los líquenes que se prendían a las paredes de la covacha, em-

briagaba los sentidos. Aquello era novedoso, y por lo tanto provocador de risa entre la juventud. Clemencia reía también con sus compañeras. Su rostro como que había perdido la sombra de tristeza que parecía encubrirlo. Poníamos las manos en el agua que caía y llenas sus covachas, de ahí bebíamos con fruición el agua dulce e incomparable de que tanto se enorgullecen los buenos vecinos de Rosario.

Tenía la cueva aquella una entrada que, dando pequeña vuelta, iba a desembocar al lado contrario del que seguimos en nuestra entrada, y ya fuera de la cortina de las aguas. Por ahí, y sin que lo sintiéramos, fueron desapareciendo nuestros compañeros. Clemencia había quedado extasiada contemplando el arco iris que atravesaba de parte a parte la cortina de la cascada, y en esa ocupación, no se dió cuenta de que nuestros compañeros se ausentaron dejándonos solos, en aquel escondite mágico de la naturaleza. Cuando volvió el rostro y me vió, reclinado sobre el muro del fondo, sus ojos se mostraron sorprendidos. Volvió la cara a todos lados y dándose cuenta de que estábamos solos, se aproximó a mí y acercando su boca a mi oído para que pudiera escucharla, me preguntó:

—¿Dónde están?

—Se fueron—le contesté, valiéndome del mismo ardid.

Permaneció serena. Yo la conocía bien, y sabía que no era melindrosa ni inclinada a dar proporciones alarmantes a una sencilla situación como aquella en que nos había colocado el azar.

Si el lugar era propicio para que dijera yo a Clemencia cuanto tenía en mi mente, en cambio aquel ruido de la cascada, que entonces me pareció infernal, hacía imposible toda plática. Permanecimos los dos parados unos momentos, sin saber qué hacer y por fin, acercándose a mí nuevamente, me preguntó:

—¿Por dónde nos vamos?

—Por aquí—dije yo, mostrando el camino que habían seguido nuestros compañeros. Pero como el agua estaba ahí profunda, y temí que Clemencia resbalara sobre las piedras, la cogí por una mano y empecé a andar, arrastrándola tras de mí.

Una dulce embriaguez llenó mis sentidos al contacto de aquella mano suave y firme. En un momento temí que cayera, y volviéndome hacia ella, la cogí por la cintura con

fuerza, la alcé en peso y la coloqué en la piedra siguiente.

—Gracias—me dijo ella,—y como ya habíamos salido a la luz, noté con hondo placer que su rostro se ponía colorado.

Cuando salimos al arroyo notamos con disgusto que todos nuestros compañeros habían desaparecido.

—¡Lola, Blanca!,—gritó con fuerza Clemencia. Nada. Ninguna voz contestó a la suya.

—¿Ahora qué hacemos?—me preguntó sencillamente, y sonriendo ya, como si el peligro nos hubiera unido, haciéndola olvidar mis ofensas.

—Vamos al campo—le dije.

—Pero qué dirán—dijo ella bajando la vista.

Era cierto, había que pensar en alguna estratagema para no llegar juntos.

—Pues aquí nos separamos—le propuse. Ya sabes la vereda. Tú te vas por ella, y yo doy la vuelta por el lado del cerro y llego como que nunca nos hemos visto.

—¿Y las muchachas no dirán nada?

Yo creo que no se han dado cuenta de que te perdiste, son tantas... pero en todo caso no dirán nada.

Temí molestarla entonces, impaciente como estaba por volver al lado de la comitiva, con las palabras que tenía preparadas para ella y así, viéndola alejarse, me senté sobre una piedra, y ahí permanecí por largo rato, envuelto en una nube de ilusiones. El haber estado con ella, el haberla tenido conmigo, solos los dos, el haberla tomado por la cintura y sentido su mano en la mía, habían operado en mi cerebro una emoción enorme. Casi desfallecido estuve ahí, no sé cuanto tiempo, sin otros pensamientos que los de ella, sin más ambición que la de volver a verla y darme cuenta de que nuestro secreto, aquel secreto que era sólo nuestro, brillaba en sus ojos al mirarme, como si quisiera decirme:

—Tú y yo estuvimos solos, y nadie lo sabe. ¿No es esto muy bonito?

Por fin me levanté de mi duro asiento, escalé barrancos, me rasgué el pellejo entre los chaparros, y fui a desembocar al campo, por el lado del cerro, en los momentos en que mis compañeros de excursión formaban una gran rueda en torno a una improvisada mesa sobre el zacate y ahí saboreaban los trozos de chivito asado o en fritada.

Durante todo el tiempo que duró la comida busqué los



ojos de Clemencia, pero nunca se cruzaron nuestras miradas. Más tarde, cuando ella y Lola se daban pequeños vuelos en un columpio improvisado, vi que Raúl se les acercaba, tratando de entrar en pláticas con ellas. Desde lejos veía yo el grupo, reclinado sobre la silla de mi caballo, a los pies de un nogal. Entonces sí que los ojos de Clemencia dirigieron hacia mí su luz. Los sentí relampaguear un momento sobre mí. Aquella mirada me hizo estremecer de arriba abajo. Fue un segundo. Nada más, y sin embargo, todavía la siento sobre mí.

Apenas habíamos empezado por la tarde algunos juegos, en rueda, tales como el de "de la mar ha venido un navío cargado de ...." cuando alguien anunció que hacia el fondo del Cañón estaba lloviendo.

El cielo empezó a oscurecerse por aquella parte.

—Si no nos vamos, nos coge la avenida—dijo uno de los caporales que había enviado con nosotros Don Laureano.

A toda prisa empezamos a ensillar nuestras cabalgaduras y momentos después ya estábamos en marcha, a toda prisa, hasta donde lo permitían la calidad de las muchas malas bestias que tomaban parte en la comitiva.

Si la situación no era del todo bonancible, una vez que existía la amenaza de que nos alcanzara el agua estorbándonos el paso sobre el arroyo, nosotros como que nos desatendíamos del peligro, más que por propia voluntad, por fortalecer los decaídos ánimos de las mujeres, y entonces cantábamos canciones alegres y lanzábamos gritos de júbilo que iban resonando a lo largo del Cañón.

No habíamos caminado ni la mitad de la distancia que media entre la cascada y la boca del Cañón, cuando empezó a oírse, lejano, el mugido sordo de la avenida. Por fortuna la lluvia no nos había alcanzado. Seguía cayendo allá a lo lejos, sobre la montaña, conforme lo atestiguaba una peculiar obscuridad del cielo que hacia el Norte reinaba sobre los cerros. En los ojos de las muchachas se retrataba el terror. Tener que pasar la noche en aquellos lugares, donde no había ni una sola mala choza para refugiarse, era algo que ponía terror en sus corazones.

Para distraerlas, el caporal de don Laureano hacía gala de sus sagacidades detectivescas.

—Por aquí pasó hace cinco minutos una vaca negra con un becerro colorao.

—¿Y cómo lo sabe?—decía asombrada una de las muchachas.

—¡Ah!...—contestaba el hombre rascándose la barba rala—eso es muy sencillo pa los hombres de campo.

—A ver...

—Aquí van las huellas de una vaca y de un becerro, ¿las ven?—decía, mostrando a un lado de la vereda lo que indicaba.

—Sí, pero ¿cómo sabe que pasaron hace cinco minutos?

—¡Ah!—volvió a decir rascándose la barba y poniendo una cara de sábelotodo. Porque las primeras pisadas están húmedas, lo que quiere decir que acaba de pasar el arroyo.

—¡Es verdad!...—exclamaban las muchachas asombradas.

—Pero, a ver, ¡a que ahora sí queda mal! ¿Cómo sabe que la vaca era negra y el becerro colorado?—saltó una.

—¡Ah!...—volvió a decir el hombre.—Eso es muy fácil. Se lo voy a decir pa que vean que no miento. ¿Ven esos pelos negros en los chaparros, a la altura del caballo, junto a las huellas? Pos son de la vaca. Y los pelos coloraos, más abajo en los chaparros? Pos son del becerro.

—¡Es usted un portento!

—¡Todo lo sabe!

En esas y parecidas pláticas se pasaba el tiempo. El mugido de la avenida iba acercándose y acercándose. Hubo un momento en que ni nuestras canciones ni las sagacidades del caporal fueron bastantes a contener el terror del bello sexo. Una niña que iba muy oronda en su borrico, empezó a llorar. Los caballos se encabritaban por quitame allá esas pajas. Los burros lanzaban clarinadas largas...interminables.

—Pos nos cogió, amigo—me dijo por lo bajo el caporal.—Si no es mucha la podemos pasar, pero si es mucha, nos quedaremos deste lao.

José María, que durante la excursión había hecho gala de sus conocimientos en equitación, iba al frente de la comitiva, en su magnífico penco negro, abriendo la marcha. Yo, por obra y gracia de mi sagacidad, había logrado colocarme cerca de Clemencia, a quien veía serena, al parecer.

—¡Ay está ya!—, me dijo el caporal, volviendo la vista arroyo arriba.

Y luego gritó con fuerza:

—¡Alto!

Inmediatamente se paró la caravana.

—Que pase la punta y ya veremos,—dijo el hombre con tono de general, una vez que las circunstancias y su mucha práctica le ponían en esa ocasión la batuta en las manos.

Un enjambre de preguntas voló a los oídos del caporal.

—¿No podremos pasar?

—¿Es muy fuerte la avenida?

—¿Cuándo bajará el agua?

—¿Nos quedaremos a dormir aquí?

Desde la vereda en que nos encontrábamos podíamos ver a nuestros pies el arroyo. De pronto vimos a lo lejos la punta de la avenida.

—No es muy fuerte—dijo el caporal.

El agua venía avanzando apresuradamente, escurriéndose, lodosa, entre las peñas, inundando los pozos que de vez en cuando tenía el arroyo. Pronto pasó debajo de nosotros. Llevaba pequeños cipreses que había arrancado de cuajo, trozos de palo medio podridos, toda clase de basuras.

—La podemos pasar. No se asusten,—dijo el caporal, y nos volvimos a poner en marcha.

—¡Aprisa!—gritó el hombre—porque va a subir más tarde si sigue lloviendo.

Entonces bajamos la empinada cuesta, y pronto estuvimos junto al arroyo. Mi hermano echó al agua su potrero. El agua le llegaba apenas a la panza al noble bruto, de lo que colegí que al mío probablemente lo taparía.

Con felicidad fueron pasando las bestias, con sus cargas humanas encima. Los hombres cogían del cabestro a las cabalgaduras de las doncellas, arrastrándolas tras sí. Las que iban en burro, sin embargo, tuvieron que consentir, pese a su melindrosidad, en que los hombres las pasaran en sus caballos, cogiéndolas por la cintura.

Gritos de terror aquí, exclamaciones de júbilo allá al vadear el paso con felicidad, un estruendoso “arre” de este lado, un “agárrese fuerte” por el otro, se unían al estruendo del agua que corría, empeñosa por llegar a Rosario, sin duda para asustar al pueblo con sus mugidos.

Llegó el momento de pasar nosotros. Con mil esfuerzos hice que mi caballo se pusiera delante del de Clemencia, cogí con la diestra las riendas del caballo de mi compañera, con gesto de héroe, y a fuerza de espuela o-

bligué al mío a que se metiera al agua. Al principio todo fue bien, pero una vez enmedio de la corriente, tal era la fuerza de ésta, que las patas de mi trotón empezaron a flaquear. Estiré fuertemente de la rienda para "levantarlo" y aunque se enderezó un tanto, volvió a flaquear. Claramente sentí que mi caballo empezaba a ser arrastrado por el agua. Volví la vista hacia Clemencia y noté que su rostro estaba pálido.

—¡Suéltame!—gritó ella—sin duda en la esperanza de que solo, mi caballo pudiera ganar la orilla.

Pero yo apreté con más fuerza entre mi mano la rienda de su caballo, temeroso de que otro de los jinetes la sacara de aquel atolladero, quitándome la honra de haber sido yo el que la salvara.

De pronto ví que uno de mis compañeros, caballero en brioso corcel, se desprendía de la orilla ganada y avanzaba hacia nosotros. Llegó veloz, tomó por la cintura a Clemencia, sin siquiera pedirle su consentimiento, la colocó sobre la silla de su potro y regresó victorioso a la orilla.

En los momentos en que contemplaba mi derrota sentí que se escapaba el caballo por debajo de mis piernas. El agua lo arrastró veloz, y fue a depositarlo en una isleta de donde logró pasar a tierra firme, con felicidad.

Por fortuna mía durante mi estancia en Saltillo, había aprendido a nadar, que de otro modo pienso que la corriente me hubiera arrastrado hasta donde se le hubiese pegado en gana, arrojándome a la orilla como a mi rocín, o quizás quitándome hasta la vida.

Así fue como, de unas cuantas brazadas, me puse en lugar seguro ante los asombrados espectadores que contemplaban la escena.

Es para suponerse el estado en que quedé al final de la hazaña. Si de por sí mi aspecto no era nada majestuoso antes del chapuzón, después de éste y cuando ya subí nuevamente en mi rendido caballo, pienso que si bien no fuí saludado con un coro general de risas, fue solamente porque a los demás aun no se les bajaba el susto, y porque la probabilidad de nuevos peligros los convertía en seres huraños y poco inclinados a las bromas.

Ahí iba yo, pues, todo escurrido, al final de la comitiva, esperando con ansiedad que el aire fresco que soplabá ya a esas horas, se apiadara de mí, secando mis bien mojadas ropas. Y meditando en aquella triste situa-

ción, caí en la cuenta de que había hecho el papel de un héroe a medias, que debido precisamente a sus heroicidades cae en el más espantoso ridículo.

La prenda amada, la bella joven por quien había expuesto quizás el pellejo, ya que nadie dejaba de comprender que sólo por ella me puse en peligro, había sido arrancada, se puede decir que de mis brazos, por el héroe del día, el verdadero héroe, el fuerte, el admirado... José María.

Desde mi puesto en la retaguardia de la caravana podía verlo de vez en cuando, caminando siempre al frente de la comitiva, tranquilo, confiado en sí mismo. Hasta mí llegaban de vez en cuando sus risas optimistas. Por un momento pensé con placer en su próxima partida.

—Mejor se hubiera ido antes—me dije en un instante de ofuscación.

Para cuando llegamos a la boca del Cañón, habiendo pasado ya todo peligro, mis ropas se encontraban más o menos secas, aunque en el consiguiente estado de desgracia.

De pronto apareció a nuestra vista el extenso valle de Rosario. La tarde empezaba a caer. La sombra azul que arrojaban los cerros, se metía valle adentro, formando grandes oasis de frescura. Más allá, sobre el pueblo, se veía una enorme formación de grullas que, según el decir de la gente informada, venían de las lagunas de Cuatro Ciénegas. Nunca me he tomado la molestia de indagar la veracidad de ese aserto, ni de preocuparme por averiguar el punto de su destino. En enorme triángulo obtuso formadas, iban ellas, sin perder por un instante la línea recta, como soldados en parada.

Poco a poco el caballo de Clemencia, sin que nadie más que yo (y quizás Raúl) lo notara, fue quedándose atrás. Por fin, hubo un momento en que hasta los más tardos burros lo hubieron pasado. Espoleé a mi caballejo cuan fuerte pude, pero si no se movió por ello ni un ápice más aprisa, en cambio, el de Clemencia quedó completamente parado y pude llegar hasta ella.

—Me está esperando—me dije con júbilo no contenido, Y en efecto, así era. Me estaba esperando.

—¿Se cansó el caballo?—le pregunté yo por decir algo.

—Sí, contestó ella, a sabiendas de que mentía y de que yo sabía su mentira.

—¿Te gustó el día de campo?



—Sí, pero qué susto verdad?—dijo ella mientras que nuestras cabalgaduras emprendían la marcha a paso lento.

Ni por pienso se volvió a referir al accidente. Yo sentía dentro de mí cierto bochorno; la conciencia de haber quedado en ridículo. Ella, según lo comprendí con alegría, deseaba hacerme olvidar el lance, y al efecto, dirigía la conversación por rumbos apartados. Su voz era amable. La mía inquieta. Sus ojos, cuando se posaban en mi rostro, eran dulces, suaves, tranquilos.

Así caminamos mucho rato. Ella hablando cosas sencillas y de la vida diaria, yo contestando con vulgaridades.

En un momento pude distinguir a Raúl, allá en la mitad de la caravana. Volvió el rostro hacia nosotros. No sabré definir la expresión de aquel rostro. Luego picó espuelas a su caballo, y fue a reunirse con José María, por quien no sentía yo en esas horas ni el más ligero asomo de envidia.

Cuando llegamos al pueblo, la noche había invadido a Rosario. Los ojos amarillentos de las ventanas saludaron nuestro regreso.

### *Capítulo IX.*

Pasaron los días y llegó inexorable el de la partida de mi hermano.

La noche anterior había abierto el "delirio" de mamá y a su torno se había reunido lo más granado de Rosario: las amigas de mamá, envidiosas de aquella extraña planta que se enroscaba en el nogal "nacido" y tenía por rarísima costumbre abrir su flor en medio de la noche, como si ocultarla quisiera al ajetreo del mundo, tal es de pura y delicada; las amigas de mis hermanas, también ansiosas de contemplar la maravilla simbólica, y algunos amigos míos, que acudían al ruido como mariposas adonde hay luz.

El jardín se llenó de rumores. Clemencia estaba ahí, esperando el momento, al lado de Blanca que se empeñaba en hacerla reír.

—¡Vengan, vengan!—llamó de pronto mamá, indicando que había llegado el instante esperado.

Formóse un círculo alrededor de la planta. El gran botón del delirio empezó a estremecerse. Poco a poco fueron abriéndose los pétalos y en medio de exclamaciones de sorpresa y de elogios mil, el botón quedó convertido en enorme flor, blanca e inmaculada, orgullosa de su belleza, olímpicamente serena.

—¡Es admirable!

—¿Y nomás en la noche abre?

—Parece de porcelana.

—O de cera.

—Y lo curioso—dijo Chonita en voz baja a doña Jesusa, la del mesón—es que no prende en ninguna parte.

—Nomás aquí, eso dicen—contestó la mujer.

—A mí se me han secado todos los piesitos que me ha dado doña Carmencita.

—Dicen que el señor Cura de Cuatro Ciénegas le dijo a Doña Carmencita que no prendería en ninguna parte.

—¿Qué no harán estos curas?

Yo no sabré explicar el fenómeno, pero tengo por cierto que el “delirio” de mamá, nunca llegó a producirse en Rosario. Permaneció y permanece abrazado al nogal “nacido”, y allí, año tras año, abre sus flores lindísimas, majestuosamente, atrayendo sobre mamá envidias y resquemores.

No ha faltado gente supersticiosa que achaque el hecho a un pacto demoníaco, pero en cambio, aquellos que conocieron la religiosidad de “Doña Carmencita”, la hermana mayor de la Hermandad de San José, por supersticiosos que sean, jamás han dado entrada a tal suposición, y más bien buscan en el reino de los fenómenos naturales las causas de aquella manifiesta esterilidad del “delirio”.

Esa misma noche, y una vez que se hubieron retirado las visitas, mamá cortó la flor, la puso en un vaso de agua, y se la llevó a la iglesia, colocándola en el altar de San José, propietario perpetuo, por voto contraído, de aquellas lindas flores.

La partida de mi hermano, al día siguiente, como que llenó de luto la casa de mamá. Si José María puso todo el dón de su palabra fácil en juego para convencer a la mujer de que no correría ningún peligro y de que pronto volvería a verla, una vez que pensaba permanecer en Monclova por tiempo indefinido, en cambio, el corazón de mamá, corazón de madre que sabe más que la inteligencia y que la razón, estaba inconsolable.

—No te volveré a ver—dijo mamá, arrancando lágrimas de nuestros ojos.

—Pero mamá—saltó José María riendo,—¿tú crees acaso que todo mundo está confabulado para matarme? Los pelones están lejísimos de Monclova, y no llegarán nunca. Tenemos mucha gente en Paredón y en Espinazo, y en toda la línea.

Aquellos nombres y aquellas palabras nada significaban para mamá.

Prendida en estrecho abrazo al cuerpo del hijo mayor, quizá el más querido, lloraba y decía de vez en cuando:

—¡No te volveré a ver!

En el coche que condujo a Chema a la estación, tomé asiento yo, mientras que mis hermanas y algunas de sus amigas y amigos nuestros, hicieron el viaje en expreses saltarines.

—Que no se te vaya a meter la ventolera de irte a la “bola” —me dijo Chema en el camino—. Esta guerra es necesaria, pero terrible. Mamá necesita que la acompañes, que veles por ella. Yo no sé si llegarán los muchachos, pero es probable que sí lleguen. Tú sabes, nosotros no tenemos gran cosa de gente. Don Venustiano quizás tenga que huir por lo pronto, quizás a Chihuahua, quizás a Sonora, donde tiene amigos, y mientras tanto, esto quedará desamparado. Ni papá ni yo podemos sacar a la familia de aquí por ahora. Quizás los pelones levanten leva y si así sucede, te irás con los demás al cerro para que estés cerca de la familia. Si comprendes que corre peligro, entonces... bueno, ya eres un hombre y sabrás lo que haces.

Aquellas palabras me llenaron de inquietud. Luego era cierto que había peligro. Luego aquel Valle querido de Nuestra Señora del Rosario probablemente se vería lleno de federales y retumbaría quizás el estruendo de las armas.

Luego José María cambió de actitud. Bromeó conmigo, me dijo que ya lo sabía todo, que estaba yo perdidamente enamorado de Clemencia, y que la joven era muy guapa y muy digna de amor. Todo ello me llenó de alegría, primero, pero pronto ella se trocó en amargura. Vino a mi mente la imagen de Raúl, su rostro noble, su mano franca, y empecé a sentir hondos remordimientos nuevamente.

Por fin llegamos a la estación. Llegó el tren con media hora de retraso y continuó su marcha hacia Monclova, llevándose a José María, el joven héroe por quien lle-

gué a sentir envidia durante los días de su estancia en Rosario. Volvimos al pueblo. No pude evitar un sentimiento de tristeza. Sobre el glorioso porte del joven militar, sobre su alegría nunca desfalleciente, sobre su sano optimismo y sobre sus puros ideales, veía yo cernirse el negro peligro de la muerte, el horror de la lucha fratricida. En esos momentos sentí hacia él muy honda simpatía, un cariño intenso. El héroe había dejado su lugar al hermano, más que al hermano, al hombre.

Cuando llegamos a casa, mamá me estrechó fuertemente entre sus brazos y, llorando, me dijo:

—Tú no te irás nunca de mi lado.

Los días siguientes se pasaron en calma absoluta. Las noches de luna habían terminado y con ellas, el más favorecido pasatiempo de la juventud de Rosario. Pareció como que el pueblo había reconocido sus momentos de locura y se había entregado afanoso a sus trabajos.

Buscando refugio contra aquella ola de tristeza que todo lo envolvía y que parecía anunciar días de tempestad, fuíme una de aquellas tardes serenas a visitar a mi amigo Don Quijo.

Lo encontré como siempre, atareado en su reino interior. Me recibió con su misma sonrisa enigmática, estrechó entre las suyas mis manos, y me dijo:

—Ya sé que estuvo aquí José María. Ni siquiera vino a visitarme.

Y era verdad, Chema se había olvidado del pobre viejo.

Luego, volviendo a su tema constante, al parecer olvidado de la leve ofensa, me hizo sentar junto a la ciudad eterna y señalando las colmenas, habló:

—Quería verte, porque acabo de hacer un descubrimiento estupendo.

Sus ojos verdes y pequeños brillaron fuertemente. Todo su rostro pareció iluminado por una sonrisa de triunfo.

—¿Y qué es ello?—pregunté interesado, esperando una nueva locura de mi amigo.

—Acabo de confirmar que las abejas tienen un lenguaje y hacen uso de él. No sabré decir si es hablado o mímico, aunque el ruido que emiten al unirse, me hace creer que es hablado.

—¡Pero eso es admirable!—contesté positivamente entusiasmado, aun cuando tenía en mi ánimo muchas dudas respecto a la veracidad de aquel descubrimiento.

—¿Y cómo lo ha descubierto usted?—pregunté.

—Verás—dijo Don Tomás acomodándose bien en su

asiento.—Por principio de cuentas, cogí dos abejas, les puse una pequeña marca en el vientre, las llevé a mi cuarto de trabajo, y las coloqué sobre mi escritorio, donde previamente había puesto unas cuantas gotas de miel. Después—continuó Don Quijo entusiasmándose—me puse a observarlas. Por algunos segundos estuvieron dando vueltas alrededor de la miel, luego cargaron cuanta les fue posible llevar, y emprendieron el vuelo.

“Si regresan solas”—me dije,—“es que no pueden comunicar a sus compañeras el secreto del tesoro, pero si vuelven acompañadas, es que han logrado dar cuenta de él”. Esperé algún rato, y al cabo llegaron solas.

—¡Ah!—exclamé entonces...

—Un momento—me dijo Don Tomás, acercando su silla a la mía.—Volvieron a llevar miel a la colmena y yo volví a esperarlas. Al rato regresó una sola. La otra, por razones que ignoro, no hizo ese viaje. Pero al siguiente acompañaron a mis dos animalitos otros cinco, y todos hicieron su agosto.

—¡Habían hablado!—dije yo con entusiasmo.

—Sí, habían podido comunicar sus pensamientos.

—¿Y usted cree que la prueba sea completa?

—Sí—dijo el hombre con fe—pero me resta ahora entender ese lenguaje.

Pero eso es imposible, Don Tomás,—le dije incrédulamente.

—Todo parece imposible—contestó mi amigo.—Aristóteles, al escribir su “Vida de los Animales”, cuán lejos estaba de esperar lo que Longstroth, Mekring, Cheshire, Root y Francois Huber, han descubierto sobre la vida de estos pequeños “animalitos de Dios”. Mira, por ejemplo, cuando las abejas vuelven con miel al panal, hacen un murmullo y cuando se preparan para emigrar en seguimiento de la reina, hacen otro. Con estas y otras observaciones que he ido acumulando, y las que haré dentro de poco, quizá llegue a entender su lenguaje.

Indudablemente, me pensé, este Don Tomás es un loco sabio. Si es cierto que gasta su vida en estudiar a las abejas, también lo es que la gasta a su antojo y quizás con algún provecho para la ciencia.

Cuando volví a casa esa tarde, llevaba en el cerebro suaves pensamientos de paz. Aquellas visitas a Don Quijote tenían efectos sedantes. ¡Ah, el contacto con la naturaleza, con los animales, cuánto bien produce al hombre batallador!



De propósito dí un gran rodeo por las afueras del pueblo. El sol se había puesto ya. Todas las chimeneas de Rosario despedían gruesas columnas de humo, anunciando a las claras que se preparaba la cena. Por el camino del rancho de Don Jaime, adonde había ido yo a salir, pasaban de cuando en cuando labradores enhorquetados en sendos burros, en mulas de silla, y uno que otro, los más afortunados, en caballos.

¡Qué hermosa tranquilidad la de aquella hora que en los pueblos como Rosario adquiere la solemnidad de algo que muere!

Sin quererlo, sin pensarlo, nos va inundando entonces una piedad inmensa, una nostalgia indefinida. Es algo muy manso, muy suave: como que llega hasta nosotros la voz de un sér querido que no existe; como que añoramos cosas que nunca hemos poseído; como que nos inunda la esperanza de alcanzar algo que no sabemos ni siquiera precisar.

Yo no sabré explicarlo, pero entonces sentimos que el "yo" deja de tener sentido, que somos parte de la naturaleza solamente, que existimos en ella como el pájaro, el árbol y el torrente. Sí, q' formamos parte de la armonía universal y eterna, que somos brillo de estrella, pétalo de rosa, gota de rocío, todo.

Entonces nuestras almas están propicias al amor de Dios, y se refugian en la torre de la iglesia donde la campana toda a gloria, o en el altar del templo donde rezan los cirios. Entonces sí que quedamos estáticos ante la majestad de una rosa, la caprichosidad de una nube. Entonces es la hora del amor santo e impersonal: es la hora en que en los ojos de la mujer querida se ve como un vislumbre de la gracia de Dios.

Y con todos esos sentimientos suaves metidos en el corazón. pensé en la belleza de la paz, en el encanto de la paz, en la bondad de la vida tranquila. Y por asociación de ideas, vino a mi mente el recuerdo de Clemencia, y su recuerdo y la tranquilidad solemne de la tarde me hicieron olvidar la tragedia del momento, que allá por el rumbo de Monclova se manifestaba en el estruendo del cañón, y que dentro de mí asomaba en los ojos de la mujer por quien mi amigo el bueno suspiraba en vano.

*Capítulo X.*

En rueda nos encontrábamos sentados en el jardín de nuestra casa una de aquellas noches en las que parecían latir siniestros augurios, mamá, mis hermanas, Chonita y Lola, y un poco más lejos Guardado, que de vez en cuando metía la cuchara en la conversación, cuando sonó distante, por el camino de Cuatro Ciénegas, un prolongado toque de clarín.

—¡Alabado sea Dios!—exclamó mamá estremeciéndose.

—¿Serán los mochos, Doña Carmencita?—preguntó Chonita levantándose como si se prepara a emprender la retirada.

—Son carrancistas—dije yo entonces—¿no ven que vienen de Cuatro Ciénegas?

—Ha de ser Juan Romo—medió Guardado—quesque anda levantando una partida pa detener a los mochos en el Puerto.

Hortensia y Blanca, medrosas, se habían arrimado a mamá, mientras que yo, sintiendo en el corazón el alegre toque del clarín, me aprestaba a salir a la calle para informarme de lo que sucediera.

—Estate quieto—me dijo mamá—¿qué necesidad hay de meterse en eso?

—Pero, mamá, si son carrancistas—repliqué con tono persuasivo—, y sin esperar más, tomé mi sombrero y me eché a la calle.

Encontré a mucha gente sacada de sus casas por la misma curiosidad que me había sacado a mí de la mía.

—Es Juan Romo—me dijo alguien cuyo rostro no me ocupé en reconocer—ese sí que es puro hombre.

Junto a la puerta de la Presidencia se había reunido ya un enorme grupo de curiosos, hombres y niños, que metían escándalo y se hacían lenguas del valor de Romo, el héroe que se acercaba, y que aun no había dado ninguna prueba de su heroísmo. Sin embargo, su nombre sonaba ya a epopeya en los oídos de la multitud, que adivinaba en él, con su admirable intuición, a un paladín suyo.

—¡Ay vienen pacá!—llegó gritando un muchacho—. Son muchos y train ametralladoras.

Sonó de pronto un sonoro galope de caballos que avan-

zaban por la calle Real. Pronto apareció en la bocacalle un jinete que siguió hasta donde estábamos nosotros y que gritó tan pronto como hubo parado en seco su caballo:—

—¿Ontá el Presidente?

Hubo un murmullo entre la multitud, pero nadie formuló una respuesta categórica, una vez que nadie sabía a punto fijo en qué parte se encontraría a aquellas horas el honorable Presidente de Rosario, Don Pablito Rosas, muy dado a abandonar el tranquilo hogar durante las noches para eternizarse en la jugada o en casas de no muy buena fama.

—Que venga el Presidente, el jefe quiere verlo—dijo entonces el jinete bajándose de su caballo.

De pronto se oyeron voces que repetían:

—¡Aquí viene, aquí está, ábranle paso!

Hasta el jinete logró llegar, abriéndose paso a empujones, no el Presidente de la villa, sino Lencho Flores, el Secretario.

—¿Qué es lo que pasa?—preguntó Lencho.

—Quero ver al Presidente—contestó el carrancista.

—Yo soy Florencio Flores, Secretario del Ayuntamiento, para lo que pueda servir—murmuró entonces Lencho, sacando fuerzas de su débil estructura.—¿Desean algo?

—El jefe quiere pastura pa las bestias y cena pa los soldados—dijo el jinete, haciendo sonar las grandes espuelas que adornaban sus tacones y quitándose el sombrero tejano. Con un gran paliacate rojo se limpió el sudor que le chorreaba por el rostro y agregó, como si quisiera justificar su “deseo” antes expresado:

—Uicimos una jornada muncho muy larga, y estamos cansados.

Aun no tenía tiempo Lencho para formular una respuesta, cuando dijo el soldado.

—¡Ay están ya!

En efecto, en esos momentos acababa de desembocar en la plaza la gente de Romo. Se desparramó la multitud, abriendo paso a los cansados caballos. Frente a la puerta de la Presidencia, hasta donde me había logrado colar poniéndome al lado de Lencho, bajó de su caballo el cabecilla, entregó las riendas a un jovencito como de 14 años de edad, que sin duda era su asistente, y dirigiéndose a nosotros, dijo:

—¿Qué tal, muchachos? ¿Hay por ay algo de cenar?

Pronunció el hombre aquellas palabras con voz firme,

pero amable. No había en ellas ninguna ostentación de mando. Eran más bien la petición de un hombre que ha caminado mucho y se siente desfallecer de hambre.

Juan Romo, que desde el levantamiento maderista había dado señales de actividad, quemando algunos puentes en el ramal y tiroteando de vez en cuando a la guarnición de Cuatro Ciénegas, era un hombre de edad madura, rostro tostado por el sol, pelo y bigote salpicados de canas, y en toda su persona se notaba ese airecillo peculiar de la gente de campo que a fuerza de ser franca, llega a los límites de la tosquedad.

—Doña Jesusa podrá darle de cenar a usted y a los oficiales—dijo Lencho, contestando a la pregunta del cabecilla,—pero para la tropa...

Aquí se rascó la cabeza como si quisiera estimular una pronta solución.

—La tropa tiene con una vaca—dijo Juan con naturalidad—no semos muchos.

Con una vaca —repitió Lencho.

—¿No tiene en el corral nada Don Prudencio? —preguntó Romo con tono malicioso.

—Creo que sí tiene—dijo Lencho por lo bajo, como si quisiera que sus palabras no fueran oídas sino por el cabecilla.

—¡A ver, Pedro!—gritó Romo.

Bajó de su caballo un hombrazo robusto y vestido con pantalón y chaqueta de kaqui desteñido y se acercó a nosotros.

—Anda ca Don Prudencio y dile que me mande una vaca. Y manda a los muchachos por rastrojo ca Don Laureano.

Pronto se oyó nuevamente un tropel de caballos. Eran los carrancistas que iban a echarle un préstamo forzoso de vaca y rastrojo a dos de los científicos más connotados de Rosario.

Dió Lencho instrucciones a dos o tres muchachos del pueblo para que abrieran el corral de la Presidencia, a fin de que ahí se alojaran por la noche soldados y recuas y poco después, con palmaditas en el hombro de Romo, le decía:

—Pase a la Presidencia y tome asiento. Los paladines del pueblo merecen las atenciones de los servidores del pueblo de Rosario.

Entró Romo al edificio y nosotros trás él. Lencho tuvo la precaución de entornar la puerta una vez que hubo

encendido la lámpara de gas que sobre la mesa del Presidente se encontraba, y logró que sólo quedaran en la sala personas para él de toda confianza, entre las que tenía yo la honra de contarme.

El cabecilla arrojó el texano sobre una silla, se echó sobre el sillón presidencial y puso sobre la mesa sus dos piernas, no sin causar graves desperfectos con las espuelas. Lencho estaba encantado con la franqueza de Romo. Palmaditas tras palmaditas el Secretario puso su habitual ingenio en conquistarse las simpatías del revolucionario, y a tal grado se esforzó en ello, que en menos de quince minutos se había apoderado de ellas. Personalmente le puso delante un jarro de agua que Juan bebió con bestial fruición; hízolo que se levantara por un momento de su silla, para colocar sobre ella blando cojín; envió correo tras correo a Doña Jesusa, apremiándola para que enviara la cena que Romo quiso se sirviera allí mismo en la presidencia por considerar que “un servidor del pueblo está mejor en la casa del pueblo”.

Nosotros, los jovenzuelos que habíamos logrado colocarnos hasta muy cerca del cabecilla, cuchicheábamos por lo bajo, haciendo comentarios largos y tendidos sobre la persona de Juan y sobre los probables proyectos que lo habrían hecho abandonar sus regiones de Cuatro Ciénegas.

De pronto el revolucionario echó sobre nosotros su mirada y dirigiéndose a Lencho, dijo:

—¿Quénes son éstos?

—Amigos nuestros, y de la causa—contestó Lencho.—El señor —continuó señalándome—es hijo de don Jacinto Hernández y hermano de José María Hernández, a quienes conoce usted bien.

—¡No he de conocer!—dijo Juan clavando en mí sus ojos bonachones.—Con Don Jacinto trabajé yo hace años. Si todos los amos fueran como él, no hubiéramos tenido “bola”. Chema estaba así de chiquito—dijo, señalando a la altura de la mesa—y ya era muy hombre. ¿Conque usted es hijo de Don Chinto? Pos vengán acá esos cinco, amigo.—Acerquémeme a Romo, quien estrechó entre su mano fuerte y callosa la mía, un tanta afeminada.—Le dice a Doña Carmencita que Juan Romo le manda saludes, y a las muchachas, que han de estar lindas de grandes—continuó Juan Romo, conquistándose por completo mi simpatía con esas palabras que siempre llegan al corazón.



—¿Es verdá—me preguntó—que los Rodríguez de San Buena andan levantados con los huertistas?

Pos qué diablos, en esta guerra se ven tantas cosas—dijo Juan con tono filosófico.—A la buena le toca a José María fusilarlos, y son sus tíos, ¿no?

—Sí, son primos de mamá.

En eso llegó la cena en una humeante vianda de cuatro pisos. Fue puesta por Lencho casi con maternal solitud sobre la mesa, y en menos que se cuenta, Juan Romo la hizo desaparecer de nuestra vista, tal era el hambre que llevaba el defensor del pueblo.

No valieron ni preguntas de Lencho, ni insinuaciones de los allí presentes para hacer que el cabecilla diera a conocer sus planes.

—Antes de amanecer nos vamos—fue todo lo que se le pudo sacar. Hasta nosotros llegaba el ruido de la soldadesca que metía escándalo en el corral de la Presidencia. En grandes hogueras que habían formado, asaban los trozos de carne que, salcochados, pasaban al estómago hecho a toda clase de manjares. Los caballos engullían con igual apetito, los haces de rastrojo, reñían entre sí, o lanzaban clarinadas ululantes.

El pueblo se había puesto en movimiento. Juan Romo recibió la visita de lo más granado del elemento adicto a la revolución.

Empezaron a correr por todas partes extrañas historias sobre el objeto de la llegada de los revolucionarios y la alarma, que al principio tenía sólo caracteres de curiosidad, fue cediendo lugar al temor.

—Van a defender el Puerto, porque vienen los mochos—decían unos.

—Juan trae instrucciones de colgar a todos los científicos—decían los más amarillistas.

—No, hombre—pugnaba otro,—van a Monclova, porque allá está la “pelotera”.

Fuera cual fuese la misión del cabecilla, lo cierto es que su presencia en la pacífica Rosario llenó de inquietudes el vecinadario y puso en el ánimo de todos el temor de nuevos acontecimientos. Aquella era la revolución y no los díceres que abultados o descoloridos, llegaban de otras regiones. Si no, que lo dijeran los científicos del pueblo, a quienes, con sus buenas maneras y con la sonrisa en los labios, había quitado Juan Romo, antes de partir, ganado, monturas y caballos.

Aquella noche sí que durmió Rosario en perpetua zo-

zobra. Y no porque temiera algún desorden o atentados, no; pero la presencia de elementos extraños, de hombres armados con armas que sirven para matar hombres, había operado un extraño cambio en la monótona paz de la villa. Al día siguiente, los azorados vecinos de Rosario se dieron cuenta de que Juan Romo había volado. De no haber quedado como prueba de su aparición el patio de la Presidencia lleno de cañas trituradas y de huesos de res, y sobre la mesa presidencial, los restos de opípara cena, se hubiera tenido aquella como efecto de alucinación general.

Don Pablito Rosas se encontró al día siguiente con que su oficina se hallaba patas arriba, toda llena de colillas de cigarro de hoja y algunos lechos improvisados que Lencho había puesto para comodidad de Romo y sus oficiales. Harto trabajo costó a Lencho convencer al Presidente de cuanto ahí había ocurrido, y de lo que Don Pablito no se había dado cuenta, atareadisímo como se encontraba desvalijando al prójimo y dejándose desvalijar.

Muy temprano fue a despertarnos Don Juan, el mediero y Doña Natividad.

—¡Señora, señora, se fue!—decía la mujer llorando, desde el patio.

—¡Cállate!—le decía Don Juan —déjame hablar a mí.

—¡Se lo llevaron al probecito!—continuaba la mujer en medio de sollozos y lágrimas...

—¿Qué ha pasado, Don Juan, por Dios?—preguntó mamá asomando a la ventana de su recámara.

—Pos nada, señora, esta mujer que...

—Sí, nada— continuaba gimiendo Doña Natividad—como a tí no te hace fuerza.

—Diga usted, Don Juan, ¿qué sucede?—insistió mamá.

—Pos que se jué Agustín con la tropa.

Aquellas palabras azuzaron aún más el sentimiento de la madre que empezó a llorar fuertemente. Salió mamá hasta ella, la hizo pasar a la cocina y mientras le servía una taza de café caliente, trataba de consolarla diciéndole:

—Cálmese, mire que he de ir a Monclova y ahí lo verá José María. Yo le voy a escribir para que lo devuelva.

—Es igualito que yo—decía Don Juan con cierta vanidad—le gusta la pelotera. Ansina era yo de muchacho cuando pelié con Don Benito contra los gabachos.

—¿Pero saben que se fue, o son cuentos?—preguntó mamá.

—No, contestó la mujer, que se había serenado un tan-

to—si hacía mucho que se estaba alistando y ya se lo había dicho a sus hermanos, que se iba.

—Anoche lo vido Pepe Carrillo, cuando se metió entre los soldados. Que llevaba un caballo de Don Crescencio.

Botín se ha ido a correr mundo—pensé, oyendo la hazaña del muchacho.—Ya se salió con la suya. Ahora sí que estará contento, enhorquetado en el buen caballo de Don Crescencio, respirando el aire de la libertad, echando la vista hacia el porvenir que le ha de deparar o una merecida gloria o una decorosa muerte.

Botín se había ido, pero yo... Encerrado en la jaula de Rosario, veía pasar los días en monótona sucesión, escuchando los rumores de la lucha que, como oleaje muerto, llegaba hasta nosotros, hilvanando pensamientos de amor y pensamientos de gloria en las tardes quietas, llenas de sombra, perfumadas. Acechando en cualquier esquina, a la vera de algún amigo, el paso de Clemencia, para quitarme ante ella el sombrero y recrear mis ojos en su esbelta figura, en su rostro de virgen inmaculada.

Y a medida que aquel súbito amor iba creciendo, los días eran para mí más largos, las noches más amargas, porque durante ellos tenía que soportar la vista de Raúl, con su rostro velado siempre por recóndita tristeza, y porque durante las noches la imagen de Clemencia, aunque dulce, punzante, me hacía permanecer en vela, esperando que los gallos dieran el toque de la madrugada y a que la luz del día borrara de mi mente el mundo de fantasmas que la poblaban.

Raúl no me hablaba ya de Clemencia como antes. Platicaba conmigo de sus ocupaciones, de la revolución, de todo, menos de Clemencia. Parecía haberse resignado a perderla, o al menos, estar dispuesto a esperar que el tiempo obrara algún fenómeno en su favor. Cuando veíamos los dos pasar a la joven, notaba que los ojos mansos de mi amigo se iban tras ella, y su expresión era tan suave, tan dulce, que tentado estaba a decirle:

—Quédate aquí y hazla tuya. Yo me voy muy lejos, a donde no pueda hacerte daño.

¡Cuántas veces me era posible, rehuía yo el trato con mi amigo, y él, habiéndose dado cuenta de ello, procuraba también distanciarse, más bien por ahorrarme molestias, que por propia satisfacción. Si él había llegado a comprender que entre los dos existía una rivalidad a veces disimulada por mi parte, a veces manifiesta, jamás me lo dió a entender, sino que, por lo contrario, trataba

de ocultarme hasta el más ligero asomo de contrariedad y seguro estoy de que de haber tenido yo el valor para confiarle mi secreto, él, como corazón noble que era, hubiera disculpando mi fraqueza y hasta quizás apartándose de aquellas pretensiones que eran el eje de su vida.

Y esta actitud suya tan noble, tan amistosa, era lo que mayores cuidados me daba y era lo que causaba mis insomnios. Hubiera querido ver a mi amigo indignado con mi conducta; me hubiera gustado sentir el azote frío de sus recriminaciones; hasta hubiera gozado con recibir el duro castigo de sus puños de atleta.

En ello hubiera encontrado una válvula de escape a mis comprimidas ansias, en ello hubiera hallado quizás la disculpa que dar a mi traición.

Si no había tenido oportunidad para hablar con Clemencia desde el paseo al Cañón, oportunidad que por cierto no había buscado, en cambio, cuán grande era mi alegría cuando en casa se hablaba de ella, cuando mis hermanas discutían entre sí a sus amistades y por casualidad tocaban a Clemencia. Entonces sí que era yo todo oídos, entonces sí que mi corazón como que dejaba de palpar para que todo se llenara con el nombre de ella.

—Clemencia está haciendo un vestido rosa—dijo Blanca cierto día.

—Y le ha de quedar muy bonito—dijo Hortensia.

Y ante mi imaginación apareció el cuerpo de la joven con su vestido rosa que mi fantasía formara.

—¿Y qué ha habido de lo de Raúl?—me preguntó Blanca sacándome de mi abstracción.

—No sé—contesté secamente.

—¿Qué, ya no le haces las cartas?

—No me ha pedido que le haga ninguna.

—Ni viene muy seguido a verte como antes—continuó Blanca con sonrisa maliciosa en los labios.

—Estará muy ocupado—contesté.

Las noches estaban oscuras. Habían pasado las blancas y alegres de los días anteriores. La juventud de Rosario se divertía dentro de las casas, ya fuera en visitas donde se guardaba gran compostura, ya en pequeñas reuniones familiares donde se jugaba a las cartas. Pero yo no estaba ni para unas ni para otras. Si se habían presentado algunas de esas oportunidades para ver a Clemencia y estar cerca de ella, quizás para

hablar con ella, las había desechado, medroso como me encontraba de llevar adelante lo que no sabía si detener, destruir o fomentar.

Si mucho sufría con mis pensamientos, algunos de ellos me proporcionaban vivo placer. Empecé en esos días a preguntarme si Clemencia haría burla de mí, o si sentiría alguna inclinación por mi persona. Esa pregunta jamás había entrado en mi mente, preocupado como andaba yo en desechar hasta los más ligeros pensamientos de Clemencia por temor a ofender in mente a mi amigo. Pero ahora que la ofensa estaba hecha, ahora que parecía admitir en mí ser aquella rivalidad que me martirizaba, pero que de hecho existía, la pregunta resultaba lógica. Y estudiándola parecía llegar a la conclusión de que la linda santita no era del todo indiferente conmigo. Porque recordaba con placer aquella caminata de regreso al pueblo, cuando el día de campo, en que detuvo su cabalgadura para esperarme y charlar conmigo, haciendo punto omiso de todos sus compañeros. Porque entonces vi cómo aquella mirada de disgusto que me dirigiera por la mañana, se había trocado en una de bondad, con la que quizás quiso premiar mis buenos deseos hacia ella durante el incidente del arroyo, y hacerme quizás olvidar el ridículo en que por ella había caído.

Y esos pensamientos como que me retenían en el pueblo, como que me estiraban obligándome a permanecer ahí, sumido en la inactividad monótona de Rosario, cuando el espíritu, en momentos de agitación, me llamaba a otros lugares, me empujaba fuera de aquella calma sedante, me pedía acción. Y neutralizadas mis fuerzas en aquel remanso a que me sujetaban fuerzas contrarias y poderosas, ni sabía lo que deseaba, ni me dejaba llevar por una u otra fuerza, sino que permanecía mudo, prestando una parte de mi oído a la ilusión desbocada, y otra al manso amor que me inspiraba la santita de Don Laureano.

E iban pasando los días, desteñidos, pálidos, monótonos, por mi vida, y yo continuaba debatiéndome en una agonía prolongada que tenía de todo: de la sed de acción, del ansia de amor, de la amargura del remordimiento, de la ansiedad reprimida. Era aquella una lucha titánica en vano, que ni prometía victoria ni anunciaba derrota, era una lucha de cobardías, era una pugna de ineptitudes. Era yo en esos días un simple muñeco sin voluntad, de-



jándose llevar por las circunstancias, mientras que a lo lejos sonaba el cañón de la lucha; mientras que a mi vera abría la flor del amor sin que me atreviera siquiera a extender el brazo para hacerla mía.

### *Capítulo XI.*

No fue poco el bien que hizo a mi espíritu la visita que en esos días hicimos mamá y yo a Monclova. José María había escrito diciendo que con la presencia en aquella ciudad de Don Venustiano, el momento de la partida podía llegar cuando menos se le esperaba. Estas palabras fueron tomadas por mamá como una invitación para que fuera a Monclova y sin despedirse de nadie, y dejando a mis hermanas al cuidado de Don Juan y su mujer, tomamos el tren en la estación de Rosario y a Monclova fuimos a parar en tres horas de ajeteo en el paciente ferrocarril del ramal.

Vi alejarse con emoción las nogaleras de Rosario, a medida que el tren avanzaba hacia el Puerto, y con los ojos clavados en el pueblo, vi cómo desaparecían poco a poco las torres de la iglesia y las casas de la población. Allá quedaba Clemencia, allá quedaba el ensueño mío convertido en carne. Fingiendo hondas tragedias en mi alma de adolescente, traje a colación las lecturas melosas de los libros novelescos, en que el amador desdichado abandona a la amada, quizás para siempre, sin que ella endulce la partida con un solo suspiro, con una sola lágrima, una vez que suspiros y lágrimas son de otro dueño.

No te veré más—musitaba yo recordando que esas mismas palabras habían sido pronunciadas por uno de los héroes de mis novelas, tan infortunado como simpático y campechano, al abandonar al dulce objeto de sus desvelos.

No sabe de la vida quien conceda poca importancia a estas tragedias fingidas de la mocedad que se complace en torturarse. Tragedias que son tan reales como las más verdaderas, una vez que hacen sufrir y envuelven el corazón en perpetua bruma.

Sobre el valle de Rosario, que se tendía a nuestras plantas a medida que ascendía el tren, flotaban blancas nubecillas, apenas distinguibles por el Oeste, pero que

al lado del Crieite adquirirían ciertas tonalidades parduscas, como prometedoras de próximos aguaceros.

Con vertiginosa rapidez pasaban a mi lado los campos cubiertos de flor de muerto a la vera de la vía, y más allá, limpios, calvos, cenicientos.

Pronto penetró el convoy al Puerto. Pronto dejamos atrás el nicho de la Virgen del Carmen tallado en la roca pelada, virgen que unos ven y otros no, según la fe, y más arriba el cuervo en alto relieve y las cuevas de los indios que tanta atracción ejercieran y ejercen todavía sobre mi fantasía. Cerróse de pronto el cañón a nuestras espaldas, y el último cacho del valle de Rosario quedó perdido para nosotros.

Metía la máquina grande estruendo en medio de aquel encajonamiento de montañas; su silbato agudo rebotaba y rebotaba entre los fuertes y gigantescos picos de la serranía y el ruido de las ruedas de los carros cantaba para mí tristes cantinelas de amor y desesperación.

—¡Clemencia, Clemencia, Clemencia...—decían las ruedas en mi oído, y arrullado con aquel nombre, sentí deseos de llorar.

Una tristeza recóndita fue inundando todo mi sér. Aquellas ruedas que giraban y giraban en torno a los ejes me apartaban de ella, de aquella a quien quería tanto. Sí, ahora sí que lo comprendía. Sin ella no era posible la existencia. Aquella ausencia que para muchos parecerá ridícula; aquella separación a la que nadie dará importancia, tuvo para mí la revelación profunda de que nunca, nunca, nunca podría separarme de ella, ni de aquellas soleadas tierras de Rosario, con ser tan tristes.

Una hora después pasamos por Nadadores. En la estación saludamos a algunos conocidos, contemplamos a lo lejos los coches que tambaleándose conducían a los pasajeros al pueblo, coches con techos rodeados por blancas cenefas, y tan distintos a los de Rosario, que aquello parecía mundo nuevo, algo aristocrático y digno.

Siguió el tren su marcha y para eso de las cuatro de la tarde, empezó a caer sobre los campos una llovizna menuda, pero tupida. El cielo se había cubierto de nubes. Todo el campo estaba envuelto en calma y sombras tristísimas.

Cuando llegamos a la estación de Monclova, la lluvia no había cesado aún.

Y ¡qué movimiento tan inusitado se notaba en la estación, de por sí tan ruidosa!

Sobre las vías que se tejen frente al hotel de los Chinos, se encontraban largos convoyes de carros de caja, en cuyo interior se veían amontonados en desorden, trastos de cocinar, bultos de ropa, colchas, zarapes y cajones de parque. Sobre camas improvisadas dormían una siesta interminable los soldados carrancistas, mientras que sus mujerucas se afanaban por dar una semblanza de casa a aquellas habitaciones ambulantes que de pronto se encontraban en un lugar, de pronto en otro, que hoy iban a todo correr por las paralelas de los rieles, adonde las reclamara una orden superior, y mañana volaban hechas pedazos por el aire al pasar sobre algún puente dinamitado.

Bajo el tejabán de la estación estaban varios militares, embozados en largos capotones impermeables, con el sombrero texano de anchas alas echado sobre la oreja izquierda, y las piernas ajustadas dentro de tacos relucientes. Una máquina de patio iba y venía metiendo ruido, haciendo sonar su campana, arrastrando de aquí para allá algunos carros, lanzando luego bufidos apresurados, después haciendo rechinar sus frenos al detenerse en el lugar deseado.

Todo aquel ruido de estación tan peculiar, aquellos oficiales ahí parados viendo con indiferencia a los pocos pasajeros que bajábamos del tren, aquellos soldados dormidos dentro de los carros, era algo novedoso para mí, y lleno de atractivos.

¿Cómo pueden estarse aquí tan tranquilos —pensé viendo a los oficiales— cuando que tan cerca, quizás detrás de aquellos cerros azulados que se ven en medio de la bruma, se encuentra el enemigo, y con él el espectro de la muerte?

—¡Coche, coche!—gritaban junto a la estación los aurigas, señalando con una mano los vehículos que a la vera tenían.

—¡Coche, coche!—volvían a decir, pero como si no tuvieran mucha prisa por conseguir pasajeros, manera peculiarísima de la gente nortea que cree ver en una oferta persistente y suplicante algo deshonesto a lo que no debe rebajarse.

—¿Tomamos un coche?—pregunté a mamá por lo bajo.

—No, —me contestó—. Vamos a esperar el tranvía.

Y el tranvía no se hizo esperar. Pronto llegó haciendo sonar su campanita. Nos empaquetamos en él los

viajeros y momentos después ya íbamos rumbo a Monclova, sufriendo las sacudidas del bamboleante vehículo,

—¡Vámonoooo!—gritaba el conductor, haciendo tronar su chicote sobre las cabezas de las mulas. Las bestias, azuzadas por el estallido, apresuraban el paso, para volver pronto al acostumbrado trote.

—¿Cuándo habrá tranvías eléctricos?—preguntaba uno de los pasajeros a su vecino, un comerciante de Cuatro Ciénegas que, como nosotros, lamentaba que aún no se establecieran ahí medios de locomoción más rápidos.

—Cuando triunfe la revolución—contestó el interpelado, que era sin duda una de esas almas cándidas que en la revolución tenían puestas todas sus esperanzas de un progreso repentino, ya fuera en el orden de las ideas, ya en el material.

Si el señor de la pregunta quedó satisfecho con la promesa de su compañero, es imposible decirlo, una vez que aun cuando hubiera tenido algún reparo que hacerle, no se hubiera atrevido a ello, yendo como iban a su lado dos oficiales carrancistas.

Por la apertura de una gruesa cortina de lona que había sido bajada del lado donde azotaba la lluvia, pude ver a lo lejos la loma de la Bartola que se esfumaba entre la lluvia, y más allá la capilla de Nuestra Señora de Zapopan, virgen cuya fama se extiende no solamente por los pueblos del contorno, sino hasta los más distantes del Estado, tales son los milagros que le achacan los piosos creyentes.

—Qué triste está todo esto, ¿verdad?—dije a mamá, extendiendo la mirada por los campos opalinos, en los que crecía la cebada, el maíz, el trigo, pero que en esos momentos parecían invadidos de una melancolía profunda.

—Monclova es una población muy triste—contestó mamá—. Es más alegre Rosario.

Se detuvo unos momentos el tranvía para cambiar mulas y una vez hecha la operación, continuamos la caminata, ahora un poco más aprisa.

Atravesamos las calles del Pueblo. Pasamos a lo largo de la Alameda y dejamos atrás el cuartel, a cuya puerta se veía un centinela, con el rifle al hombro, paseando como si nada le preocupara la molesta lluvia, cuartel en que, cuenta la historia, estuvo preso Don Miguel Hidalgo después de la captura de Acatita de Baján. Por un costado de la loma pasamos, bordeando la

acequia y divisando a lo lejos el río cuyas escasas aguas se canalizaban allá al fondo y formaban de vez en cuando cascadas o remansos. Luego entramos a la calle Hidalgo. A las ventanas de fierro de las casas, a las puertas de los comercios, salían apresuradas las buenas gentes de aquella transitada calle a ver pasar el tranvía que desde lejos se anunciaba con sus repicados campanillazos.

Ya estábamos en Monclova. Ya estábamos en medio de sus largas y estrechas calles, tan distintas a las anchas y des pobladas de Rosario; ya estábamos en la vieja capital de Coahuila y Texas, venida a menos más tarde, y que ahora había recuperado un tanto de su antiguo poderío con la estancia ahí del Primer Jefe.

Aquellas calles estrechas estaban llenas de lodo que la lluvia pertinaz había formado, y de charcos sobre los que pasaban los coches haciendo saltar el agua, salpicando de lodo a los pocos transeuntes que por las banquetas de piedra laja se aventuraban.

Parecía aquella una ciudad desierta. Yo había creído encontrarla llena de movimiento, vibrando con los toques de las dianas y las marchas de honor; inundada con la soldadesca de Don Venustiano y con los apuestos muchachos de familias decentes que habían conquistado más que por sus méritos, por su posición social, puestos y comisiones. Pero nada de eso me encontraba en aquella ciudad adormecida. Bajamos frente a la plaza principal, costeamos mamá y yo la iglesia, saltando aquí charcos, metiéndonos más allá en lodazales inmensos y fuimos por fin a desembocar en el otro extremo de la plaza, donde se encontraba la fonda en que debíamos de hospedarnos.

Eran las dueñas de la fonda tres hermanas, las Vallejo, muy amigas de mamá desde los remotos tiempos en que había vivido allí, antes de casarse. A la fonda fuimos y a la fonda llegamos con las ropas mojadas, el calzado enlodado, y llena el alma de la tristeza que de todas partes parecía emanar.

¡Como que un poco de aquella tristeza desapareció cuando las tres hermanas Vallejo, tres damas llenas de carnes y de magnífico genio, salieron a nuestro encuentro y abrazaron a mamá diciéndole mimos y prodigándole caricias.

—¿Qué anda haciendo con este tiempo, Doña Carmenci-



ta del alma—decía la mayor, que era la más expresiva —que se vaya a pescar una pulmonía?

—Ayer estuvo aquí Chema—decía la segunda sin dejar que su hermana acabara de hablar —y está tan lindo, si lo viera usted con su uniforme nuevo que se ha comprado.

—¿Y por qué no nos trajo a las muchachas, tantas ganas que tenemos de verlas?— Y abandonando por unos momentos a mamá, se echaron las tres mujeres sobre mí, me colmaron de cariños, me manosearon cuanto quisieron y luego nos llevaron a nuestros cuartos. donde tuvimos oportunidad de cambiar las mojadas ropas y ponernos en condiciones de acudir a la mesa, que para esa hora había sido puesta por las hermanas, para nuestro regalo.

La mayor de las Vallejo era viuda, con dos hijos; Lupita, que trabajaba como maestra en la escuela y Abelardo, un buen muchachote, que se encontraba estudiando para doctor en la ciudad de México, con lo que su madre y sus tías sacaban de la fonda, y se lo enviaban íntegro.

Emma, la viuda, era una mujer típica del norte, de esas mujeres que ansían extender a todo mundo sus dones maternos, y a todos consideran como a desvalidos a los que hay que atender y mirar. Las dos solteronas, Aurelia y Francisca, si poseían esa misma cualidad de su hermana mayor, eran un poco más serias, o quizás un poco menos melosas, aun cuando las tres cojeaban por el mismo lado.

Era su compañía, pues, como un seguro refugio para guarecerse en aquella tarde nublada y lluviosa, contra la melancolía que todo lo llenaba.

Mientras cenábamos, en mesa que para nosotros especialmente se había preparado en un rincón del comedor, fueron llegando, escurriditos junto a las paredes, los clientes de la fonda: la mayor parte de ellos, oficiales revolucionarios y uno que otro agente de ventas que se había quedado rezagado al interrumpirse el tráfico. Maldiciendo llegaban todos a la lluvia y a aquel lodazal de las calles que daba al traste con los más famosos zapatos.

—¡Diantre de clima!—decía uno de los militares—si no nos vamos de aquí, nos lleva la trampa.

Y seguían chorreando las canales, y haciendo hoyos el

agua en las calles al precipitarse en gruesos chorros. Por la ventana de barrotes de fierro que quedaba frente a nosotros, podíamos ver pasar de cuando en cuando bultos que se recortaban al pasar frente a la puerta iluminada de la cantina que al otro lado de la calle estaba; a veces algún coche con las cortinas cerradas, tirado pacientemente por entecos caballos que parecían estar a punto de resbalar a cada instante.—Tlin-tlán—sonaban los tiembres de los coches de una manera tan peculiar... En Rosario no tenían timbre los pocos coches que había. Aquellos de Monclova sonaban tan raro, era su musiquita tan extraña al oído... Parecían completar, al quedarse el son vibrando en el espacio, la nota de monotonía rara de aquella ciudad, que parecía estar dormida o encerrada bajo siete llaves, parte por el temor al agua, parte por el temor a la soldadesca que, aunque amiga, no dejaba de hacer ahí lo que en todas partes y en todos los tiempos ha hecho: escandalizar.

Pronto cerró la noche completamente. Mamá no quiso molestar a Chema mandándolo llamar a aquella hora tan inoportuna, ni exponerlo a una peligrosa mojada. De suerte que, una vez que se hubieron marchado los pocos clientes, mamá y sus tres amigas y Lupita, que para entonces había llegado, empezaron una interminable plática de sobremesa, mientras que yo, deseoso de estar solo para pensar en mis problemas íntimos, me retiré al cuartito que se me había señalado y ahí me eché sobre la cama y puse en el techo mis miradas y el pensamiento en partes más distantes: Rosario.

¡Y qué ansiedad tan grande llenó mi espíritu! ¡Cómo sentí ganas de llorar, viéndome tan lejos de ella, y en aquel pueblo tan lleno de agua, tan triste. Ya no pensaba en la posibilidad de ver al día siguiente a José María, y la de ser presentado por él a Don Venustiano. Sólo giraban mis pensamientos en torno a Clemencia y en torno a lo que a Clemencia se refiera. Por fin, cansado de meditar, asomé a la ventana, por ver si cesaba el agua. Se había calmado un tanto, pero seguía cayendo, tamizaba con su capa opalescente las viejas fachadas de las casas de la villa, ponía una cortina a la iglesia que al otro lado de la cantina sacaba su enorme cuerpo, sus torres truncas y su erguida cúpula. La calle se extendía envuelta en sombras. Más bien se adivinaban las fachadas de las casonas. Apenas si de vez en cuan-

do aventaba a la calle sus manojos de luz alguna puerta abierta. Ya no pasaban ni coches ni transeuntes. Todo estaba sumido en calma. Las voces de mamá y sus amigas no llegaban ya hasta mí. Quizás se hubieran acostado ya las mujeres. De ese modo me sentí más solo, más lejos de lo que tanto añorara. Sonaban en mis oídos voces conocidas que venían de lejos. La voz de la obscuridad me hablaba de Clemencia. Entonces sí que sentí deseos profundos de expresar lo que sentía en palabras que tuvieran música, y sin pensarlo mucho, me dirigí a la mesita de centro sobre la cual ardía una lámpara de petróleo, luego busqué y encontré en la bolsa de mi saco un pedazo de papel y un lápiz, y me puse a escribir: sí, a escribir aquellos versos a Clemencia que en noche memorable había prometido.

Después de mucho escribir y de mucho borrar, y después de cambiar palabras, suprimir aquí puntos y allá comas, di por terminada mi tarea, lleno de satisfacción, si no me engaña la memoria, y me metí en mi lecho.

Si aquí me tomo la libertad de incluir los versos de marras, no deseo que vaya a achacarse ello a un deseo de lucir mis habilidades poéticas, que muy escasas son las que tengo. Me anima solamente el deseo de completar con ello, el cuadro de aquella noche tristísima, y cumplir con una obligación que al realismo debe todo aquel que quiera pintar cosas vivas y ajustadas a la realidad más estricta. Decían, pues, los versos en cuestión, a los que puse el nombre de "Voces":

*Es la media noche; palpita la sombra  
del ala del cuervo de Poe, misterioso,  
y piano, muy piano, turbando el reposo,  
hay una voz suave que te habla y te nombra  
te nombra y te dice:  
"No hay nadie como tú".*

*A la luz del orto y a la luz del día,  
por tierra y por mares, al Norte y al Sud,  
por el mago oriente pleno de armonía  
o por el ocaso que sigue la luz;  
por los cuatro vientos a la luz del día,  
no hay nadie como tú,  
no hay nadie como tú.*

*Por tus ojos mansos, muy mansos, muy mansos;  
por tus manos blancas, muy blancas, muy buenas;*

*por tus manos sabias, como las de Ruth,  
por tus manos suaves con la espiga llenas,  
por tus ojos mansos como dos remansos,  
"No hay nadie como tú".*

*La voz suave y dulce se agita en crescendo;  
el ala del cuervo de Poe se ágita.  
(El ala del cuervo tocó mi garganta.)  
Está en mis rosales la lluvia cayendo.*

*Tocó ya mis ojos el ala del sueño;  
mi vida se anega en un dulce beleño,  
y así, de entre el seno de aquella gran sombra,  
aún sale en crescendo la voz que te nombra,  
te nombra y te dice:  
"No hay nadie como tú".*

Leí y volví a leer una y otra vez la composición. En esos momentos aquellos versos que a muchos parecerán deshilvanados, quizás faltos de música, se acoplaban a perfección con mi estado de ánimo. Vencido por el sueño, ocultélos debajo de la almohada, con intenciones de darles el último repaso al día siguiente, y me arrojé con las mantas que ofrecían calor y abrigo en aquella noche fresca.

De propósito dejé la ventana abierta y, arrullado por el agua que sonaba otra vez fuerte sobre el techo y sobre la calle, me dispuse a olvidarlo todo, a apartarme de esta vida que empezaba para mí con amenazas de pasiones, y cerré los ojos.

De pronto oí un grito prolongado, cuyo eco pasó zumbando por mi ventana y despertó en mí ideas nuevas que se asociaban a aquel grito:

—¡Quién vive!—sonó la voz fuertemente.

Alcé la cabeza por ver de escuchar la contestación a aquel grito que en el cuartel sonaba, allá a media cuadra de la fonda.

—¡Quién vive!—repitió estentórea la voz, y momentos después se oyó una detonación, seca, trágica.

Corrí a la ventana. Allá a lo lejos, frente al cuartel, se veía una linterna que avanzaba hacia la plaza, y a la luz que esparcía, algunos bultos embozados. Corrieron en todos sentidos los bultos aquellos, y por fin volvió la linterna al cuartel. Esperé todavía un largo rato, pero ni un sonido volvió a herir mi oído. La noche estaba otra vez tranquila. El agua seguía cayendo, cayendo, cayendo...

*Capítulo XII.*

Las graves campanas de la parroquia, coreadas a distancia por las alegres de la ermita de Zapopán, me arrancaron de mi dulce sueño. Era domingo y recordaban a los fieles la obligación en que estaban de cumplir con sus deberes religiosos. Las voces de las campanas de la ermita bajaban de la loma, vibraban sobre el pozo en que se encuentra metida la ciudad, y luego sus ecos iban rebotando por entre las calles estrechas de la villa antigua y señorial, calles bañadas por un sol brillante que amanecía con ansias de secar el lodo que la lluvia formara la noche anterior.

—Tienes que ir a ver a las muchachas a la salida de misa—me dijo Lupita tan luego como me presenté en el comedor, donde ya se encontraba mamá, tomando su chocolate. Era la tal Lupita muchacha entrada en años, quizás treinta llevara ya en sus espaldas, pero tan bien disfrazados, que cualquiera la tomaría por una mocita de veinte. Su cara pequeña, redonda, morena y dulce, jamás se encontraba abandonada de una sonrisa amable que todo lo iluminaba, haciendo resaltar, de paso, la pata de gallo que fuera de los ojos denunciaba la edad de la maestra de escuela.

—Ahora están de p'ácemes las muchachas de Monclova, —siguió Lupita—. El crónico mal de la carencia de muchachos lo ha remediado con admirable sagacidad Don Venustiano, trayendo consigo un cortejo de oficiales de lo más apuesto. Dicen que tiene predilección el viejo por los muchachos, y que se goza en sus conquistas. Como él ya no puede hacer ningunas...

—Vayan ustedes a saber—interrumpió Emma, atropellando unas palabras con otras debido precisamente a su gordura—. Dicen que Carranza es muy simpático y que tiene especial partido con las mujeres.

—Pero antes de irte llegas a la Presidencia a preguntar por Chema—me dijo mamá.

Poco después me eché a la calle. El lodo se había oreado un tanto, y ya no constituía un problema sin solución el paso de las bocacalles.

La mañana estaba fresca. Se notaba peculiar movimiento en todas partes, y no era posible dar un paso sin tropezarse uno con soldados u oficiales que, haciendo uso de sus privilegios, acaparaban las aceras y echaban al lodo de la calle a los pacíficos transeuntes.



Varios automóviles, vehículos exóticos por aquellos días, se encontraban frente al edificio de la Presidencia Municipal.

Al mismo tiempo que llegaba yo a la puerta de la tal Presidencia, salía por ella un hombre de elevada estatura, de aspecto sereno y bigote negro y poblado. Iba vestido de paisano con traje plomo y sombrero negro de ala ancha, pero no del tipo texano; mas al ver que los dos soldados que hacían la guardia en la puerta le presentaban armas, comprendí que era militar.

Subió el personaje en uno de los automóviles, y el vehículo partió rápidamente, dejando una nube de humo y un intenso olor a gasolina.

—¿Quién es ese?—pregunté a un bolero que se acercó ofreciéndome remozar mi calzado por la módica suma de diez centavos.

Sonrióse el mugroso muchacho, como haciendo burla de mi ignorancia y dijo:

—Pos es Don Pablo.

—¿Qué Pablo?

Volvió a sonreír el bolero y me dijo:

—Pos Don Pablo González, el Teniente Coronel. ¿Ahora quiere chain?—agregó con un tonito que muy bien pudo traducirse así:

—Ahora que le he hecho el favor de informarle sobre lo que me preguntaba, ¿tengo o no derecho a darle una engrasada a sus zapatos?

—¿Dónde puedo ver al Capitán José María Hernández?—pregunté a uno de los soldados de la guardia.

—¿Y quen es usté—saltó él midiéndome de arriba abajo con la mirada.

—Soy hermano suyo.

—¡De quen!

—Del Capitán Hernández.

—¡Ah!—exclamó viendo a su compañero como si quisiera consultarle lo que procedía hacer.

—Pos pase usté por ay—dijo el interpelado, señalándome el gran zaguán—luego cruce el patio, dé la vuelta ansina—haciendo un círculo con el brazo desocupado—y se topa con una puerta medio caída pa un lao. Creo que ahí está.

Penetré al gran patio del edificio, circundado por habitaciones, en el que platicaban en grupos, o sentados en bancas de madera, varios militares que por cierto no se percataron de mi presencia.

Llegué a la puerta indicada, llamé a ella y una voz me contestó:

—¿Quién es?

—Yo. Quiero ver al Capitán Hernández.

—Oyes tú, Chema—sonó la misma voz—aquí te hablan.

—Dile que qué quiere—oí la voz de Chema, lejana, como si viniera de otra pieza.

—Que qué quiere—volvió a decir la primera voz.

—Dígale que soy su hermano.

—Que es tu hermano, tú—sonó la voz, algo extrañada.

Un momento después caía en brazos de José María. Pero, ¡qué distinto José María! Ahora se encontraba perfectamente enfundado en pantalón de montar, de caqui finísimo, ajustado el busto en un chaquetín militar que ostentaba en brazos y hombros las espiguillas correspondientes a su rango, la cintura amoldada con un cinturón amplio; y pendiente de una correa terciada, una pistola escuadra metida en su funda de charol. Aquel sí que era un verdadero oficial, no como el que había visto días antes en Rosario.

—¿Y mamá?—fue la primera pregunta que me dirigió mi hermano.

—Ahí está, en la fonda de las Vallejo—le contesté, sin poder ocultar mi admiración por su distinguido porte.

—Espérame—dijo—voy a traer mi cachucha. Metióse nuevamente a la pieza de donde había emergido, y momentos después salió, arrastrando por el empedrado una reluciente espada que se había prendido al cinturón, y cubierta la cabeza con una flamante cachucha del mismo material que el traje.

No fue poco el orgullo que llenó todo mi cuerpo cuando atravesé el largo patio de la Presidencia, en medio de aquellos militares que saludaban ora con respeto, ora con benevolencia a Chema, según su propia jerarquía y cuando, al pasar por la guardia, ésta saludó militarmente a mi hermano.

Con preguntas rápidas sobre nuestra llegada, el por qué de la visita, y demás menudencias del caso, me asedió Chema, mientras nos encaminábamos a la fonda, y yo contesté a ellas lo mejor que pude. Dejándolo junto a la puerta del mesón, me regresé a la plaza que, según había podido ver a mi paso, se encontraba animada a esas horas. A lo largo de todo un costado de la plaza se encontraba una hilera de puestos en los que se vendía nieve, refrescos y dulces, y debajo de los árboles, a la sombra que daban, había numerosas mesitas con sillas alre-

dedor donde se pasaban horas de muy grata charla militares y civiles, en amigable camaradería saboreando ricos helados.

Pasaban de vez en cuando, cubiertos los rostros con tápalos negros, mujeres recatadas que a misa se dirigían con paso rápido, haciendo repiquetear sobre los empedrados los finísimos tacones. Llamaba y volvía a llamar la campana a los fieles, con sus voces ampulosas que se extendían en ondas y llenaban el ambiente mañanero de una suave sonoridad.

Los tranvías, que cada media hora pasaban frente a la plaza en su constante ir y venir de la estación a la fábrica y de la fábrica a la estación, metían escándalo, hacían sonar sus timbres, repiqueteaban los chicotes sobre las cabezas de las mulas y la gente que bajaba y la gente que subía prestaban al cuadro gran animación.

Los boleros, muchachos greñudos, mugrosos, se tejían frente a los monclovitas o extraños que ocupaban las bancas de la plaza, y ofrecían su trabajo con tono casi amenazante, como si estuvieran dispuestos a cogerlo a uno a manazos si se rehusaba. Los militares, por de contado, tenían la primacía en las actividades locales de aquellos días, y con tono agresivo, sonriendo siempre detrás de sus bigotes, los que teníanlos, y los que no francamente, lanzaban piropos a las muchachas que pasaban, cruzaban la pierna, hacían sonar sus fuetecillos sobre los tacos de luciente charol o vaqueta, y luego reían a carcajadas del desaire.

Aquello era agradable, por distinto. La ciudad amodorrada, conventual, que tiene reminiscencias de Toledo, según se ve en las estampas que hasta México llegan, por sus casas macizas que parecen construídas para que lleguen con el mundo a su fin total, parecía haber adquirido un poco de savia, con aquella mesnada de guerreros que se pasaban los días riendo y jugando con las lides del amor, en espera de las más hoscas en que tendrían que detener el avance de los mochos, o emprender la marcha a regiones más propicias para los planes del "viejo".

El toque del clarín, que resonaba en todo el pueblo, daba la nota aguda del estado de guerra en que se encontraba la región, y recordaba de paso a todo mundo que la paz, aquella paz sedante de la vieja ciudad, presto sería trocada en desorden y en guerra.

Pero ese domingo, tal parecía, nadie se acordaba de la amenaza próxima. Todo estaba en calma. Ningún movimiento parecía denotar la próxima partida. Las campanas

seguían llamando a misa, y las mujeres del pueblo acudiendo a ella, al mismo tiempo que, las más hermosas, arrastraban tras sí una cauda de galanes improvisados que hacían la corte y se remiraban en los ojos medio ocultos de las damas.

El contemplar aquel ajeteo y el mirarlo con ojos de crítico me proporcionó algún esparcimiento, llegando por un instante a desechar la mala impresión que me había causado la ciudad el día anterior.

Y ocupado en esas observaciones me encontraba cuando distinguí a lo lejos una cara conocida. Era la de un joven militar, soldado raso en apariencia, dada la desgraciada traza de su indumentaria, compuesta de vestido de caqui deslavado, cuyos pantalones no llegaban hasta donde se debe a la costumbre, una vez que ni siquiera tocaban la parte superior del zapato, ni el saco alcanzaba el cinto de los pantalones. Sobre la cabeza llevaba un gorro de caqui, cuya forma no correspondía a la de la cachucha, sino más bien a un gorro improvisado de muchacho de escuela.

Venía acompañando a una joven del pueblo, y hacía al parecer derroche de cuantos esfuerzos oratorios era capaz de desarrollar para convencerla de algo importante para él. La muchacha se recataba detrás de un rebozo de colores subidos, pero al mismo tiempo parecía dar entrada a las apremiantes peticiones del joven Marte. Cuando estuvo la pareja a corta distancia, reconocí al intrépido: era Agustín, el mismísimo Botín, que tanto nos encargara Don Juan y Doña Natividad. Vióme el muchacho, noté que se turbaba un poco, pero como si no me conociera, se pasó de largo. Con una mano, no obstante, me hizo una señal, sacándola hacia atrás y yo comprendí lo que deseaba. Que lo esperara ahí.

Lo seguí con la vista; Botín abandonó a su dama cuando estuvieron cerca de la parroquia, y con paso rápido vino hasta donde estaba yo.

—Son muy matreras aquí—me dijo una vez que me hubo saludado con efusión—. ¿Cómo están Doña Carmencita y las muchachas?

—Están bien. Mamá está aquí y trae el encargo de llevarte.

Sonrió el muchacho al oír estas palabras y me dijo:

—La pobre no sabe que ya vi a Chema y me dijo que me fuera de asistente con él.

—¡Ah! ¿entonces andas con Chema?

—Sí, y todas las noches voy con él a ver a una novia que tiene muy chula.

—¿Conque tiene novia ya?

—Y le habla por una ventana, y yo le cuido la esquina. Lotra noche nos arrimaron un buen susto. Figúrate que salió el papá de la novia y estuvo a punto de haber balazos.

—¿Y quién es, ella?

—Una muchacha que vive en la calle de Guerrero. No te digo el nombre porque no quiere Chema que se lo diga a naíden.

—Bueno, ¿y a tí cómo te ha ido?

—Ansina nomás. Mira, aquí no andan muy bien las cosas. La ciudad es muy chiquita y no hay porvenir. Ya quisiera que nos hubiéramos ido. Traiba muchas esperanzas, pero aquí no hay nada que hacer.

—Oyes, Botín, ¿y ya viste tú a Don Venustiano?

—Todos los días lo veo. Es muy serio y muy mandón, pero a mí me gusta. Es lo que necesitan los mochos.

—Pero tú no estás contento, ¿verdad?—pregunté a Botín viendo que sus ojos se nublaban con una visión de algo remoto y que no estaba al alcance de su mano sin duda.

—Pos no. Quien sabe más tarde, cuando váyamos a pelear. Yo tengo ganas de ser algo.

—Y dale a lo de ser algo. Debías de venirme a Rosario, que es donde se puede vivir en paz. Ya ves yo, tan a gusto que estoy ahí. Es cierto que a veces me entraron ganas también de meterme a la “bola”, pero, ¿para qué? ¿Puede uno abandonar cosas tan queridas como las que ahí tiene, para ir a exponer la vida por un ideal resbaladizo que a la mejor no habrá de realizarse, porque los mismos que por él luchan no saben a ciencia cierta de lo que se trata?

—No sé—dijo Botín poniéndose muy serio —pero ahí no hay porvenir. Pa mí el modo de ser algo es la “bola” y por eso me he metido. Yo no sé de ideales.

Por largas horas platicamos Botín y yo sentados en una de las duras bancas de la plaza y sólo nos separamos cuando el joven soldado recordó que era tiempo de echarle un pienso al caballo de Chema y otro al suyo propio.

Poco después del medio día la animación llegó a su punto máximo. Era la hora de la salida de la Iglesia de lo más granado de la sociedad, y en la puerta de la parroquia se habían reunido también los más distingui-



dos galanes y los oficiales carrancistas más irresistibles. Acudí al alboroto. En borbotones salieron de la iglesia tan pronto como el padre hubo echado la bendición a su rebaño, lindas criaturas y mamás no tan lindas.

—¿Dónde pueden ocultarse tantas hermosuras—pensé—si esta ciudad parece estar muerta, si cualquiera diría que aquí sólo moran viejos cansados de vivir y solteronas decepcionadas de la existencia? Con admiración contemplé el desfile y terminado él, fuíme a la fonda, donde Chema no había podido aún desprenderse de mamá que le hacía preguntas mil y recomendaciones infinitas.

Esa tarde subimos a la loma de la Ermita, porque mamá tenía que cumplir una promesa a la Virgen de Zapopan. Mientras que las mujeres penetraban a la capilla, después de llegar a la cima de la loma, Chema y yo contemplamos con deleite el panorama extendido a nuestros pies.

—Es esta una ciudad para verse de lo alto—dijo Chema.—Sólo desde aquí, esfumadas sus perspectivas y envuelta en el misterio vago de la altura, puede tener ese aspecto de ensueño, de ciudad remota y vieja. Entrando a sus calles, viviendo entre su vida, es una ciudad como todas las de hoy día, con sus pequeñeces y sus fastidios. No sabes lo triste que es en ella vivir. Los días se alargan de manera extraña, las noches son serenas y melancólicas. Si no fuera por uno que otro pasatiempo que se busca uno en la reja de alguna novia improvisada...

Aquí sonreí maliciosamente, pero mi hermano no lo notó. A lo lejos se veía la estación, envuelta en las humaredas de sus máquinas, de su casa redonda. A nuestros pies, por el lado Norte, se reclinaba el viejo Pueblo, que la loma separa de la propiamente dicha Monclova. La ciudad mostrábanos sus techos y en partes sus callejas torcidas. Nogaleras inmensas, aguacatales enormes ponen su nota verde en todas partes y luego, allá a lo lejos, por el lado de la fábrica, el río comienza a enroscarse y sigue costearlo la ciudad que a su vera vive su vida, sin cuidarse de la suya, porque ni adquiere jamás el tono amenazante de los torrentes, ni presta sus aguas a la quilla de las embarcaciones. Es un río a quien algún señor amable dió ese pomposo nombre, que de no haber tenido tal fortuna, fuera conocido por el más humilde y apropiado de arroyo. Al río bajan a la-

var las mujerucas del pueblo, en él bañan sus carnes mugrosas los boleros, y junto al lecho, donde se extiende verde prado, juegan por las tardes los muchachos alborotadores y ponen su panza al sol burros descarriados.

En esa tarde la ciudad me pareció tener nueva vida. Fue para mí como una matrona en los momentos de la gestación. En su seno vibraba el grito de guerra de la revolución y germinaban pensamientos que más tarde habrían de poner en movimiento al país entero.

—Si quieres—me dijo Chema—te llevaré con don Venustiano a la noche.

—No, será otra vez.

—Como me dijiste que tenías ganas de conocerlo...

—Mira—le dije, extendiendo mi vista por la ciudad—. Don Venustiano es ahora un símbolo, el símbolo de la redención; pero también encarna en sí el espíritu del exterminio aun cuando no lo sepa.

—Puede ser—contestó Chema con naturalidad—todos los movimientos libertarios han sido destructores.

—Como filosofía, eso suena muy bien, y hasta convence—contesté—pero visto ya en el terreno de las realidades, se llega a la conclusión de que la vida de un sólo hombre que cae en esta lucha, significa siglos de sufrimiento para muchos, de miseria para otros. Es una pérdida que nunca será recobrada. Y todo a cambio de beneficios problemáticos.

—La vida también es un beneficio problemático.

—Para el filósofo, sí, pero no para el dueño de ella. Para él la vida es lo máspreciado sobre la tierra.

—¿Entonces te has convertido en enemigo de la revolución?

—No sé. En estos últimos días me he metido en un laberinto espiritual del que no puedo salir aún. La verdad es que el hombre que tanta veneración me inspira, sí sigue siendo para mi persona respetable y todo lo que tú quieras, pero no el ídolo que me arrastró con su magnetismo.

Y todos esos sentimientos de duda, aquella lucha que dentro de mí se desarrollara en esos días, ¿no eran resultado acaso de aquellos pensamientos de amor que me inspirara la santita de Rosario, y que tan distantes estaban de los agitados de la guerra civil?

Creo ahora que sí lo era. Creo que la santita de don Laureano Rodríguez fue quien metió paz en mi turbulento corazón. Creo que ella y sólo ella me hizo discurrir

de aquella manera en la tarde serena de que hoy hablo, teniendo como testigo a mi hermano, el revoltoso, el héroe.

Hay amores que inspiran sentimientos bélicos que arrastran al hombre, nuevo Don Quijote, a la aventura escondida y peligrosa, a la que va con ánimos de conquistar preseat que ofrecer a los pies de su dama como prenda de amor. Pero hay también amores sedantes, amores pacíficos que cantan al oído con arrullos de paloma y que nos dicen muy quedo: "estate en paz". Y de esos era sin duda el amor que Clemencia me inspirara. Si era cierto que al principio hasta había llegado a admirar al héroe que en mi hermano veía, también lo era que poco a poco aquella ansia de ser algo, la misma que había arrastrado a Botín a la aventura, se había ido calmando poco a poco, al grado de que en esa tarde melancólica que empezaba a morir sobre Monclova, extendía yo la vista hacia el rumbo en que quedaba Rosario, y viendo la valla azulada de las montañas y la línea obscura y casi vertical del Puerto del Carmen, sentía deseos vehementes de volver allá, al valle soleado que tanta paz encerrara por entonces, el mismo que era en esos momentos feliz al darle cielo y aire a Clemencia. Sí, quería volver a Rosario, para adormecer ahí en la contemplación de ella, en el goce extraterreno de mi mismo amor, y para olvidarme de que la existencia estaba llamando al combate y requiriendo las fuerzas de los hombres para que salieran a decidir, ya fuera en los campos de batalla, o ya en los del pensamiento, la nueva dirección del mundo.

Mi hermano permanecía a mi lado, mudo, mientras que yo llenaba mi mente con pensamientos de paz y de amor, y sólo de vez en cuando, al cambiar de postura, sonaba su espada al chocar sobre las losas del empedrado. Aquel ruido de armas, aquel grito callado de guerra, me sacaba de mi abstracción y volvía a echar mi vista sobre la ciudad envuelta ya en un velo opalescente, y de la cual arrancaban gruesas columnas de humo anunciando la proximidad de la cena.

Al pie de la loma pasaban metiendo escándalo los tranvías, hacían sonar sus extraños timbres los coches y un muchacho gritaba:

—¡Raspa, pasen a la raspa!...

No hablamos más. Tal parecía que algo nos hubiera distanciado en aquellos momentos. Asomé a la puerta lateral de la Ermita y pude ver a mamá y a sus amigas,

arrodilladas aún frente a la estatuita de la diminuta Virgen de Zapopan. Volví al lado de mi hermano, el cual, como si quisiera romper el silencio de propósito, me dijo:

—¿Qué bonita tarde, verdad?

—Sí,—contesté maquinalmente.

—Ah, sabes,—empezó dirigiéndose a mí con cierta animación—Arnulfo, el de la tía Agapita, cayó prisionero.

—¿Prisionero?

—Sí. Ya sabes que se había metido con los mochos, él y Emilio....!

—Sí.

—Se fueron con una partida de trabajadores a juntarse con los federales y ayer fueron vistos cerca de Espinazo. Ahí se hicieron fuertes, los nuestros los atacaron y Arnulfo cayó en manos de los carrancistas.

—¿Y Emilio?

—Emilio escapó con parte de sus compañeros.

—¿Y dónde está ahora Arnulfo?—pregunté vivamente emocionado.

—Lo trajeron a la estación. Ya ví a Don Venustiano anoche y le supliqué que no lo fusilen.

—Pues qué, ¿pensaban fusilarlo?—pregunté.

—No sé—contestó Chema haciendo un esfuerzo para pronunciar esas palabras.—Pero como no es un engañado, sino que se levantó por su voluntad, y además, era cabecilla, no soldado...

—¿Y qué dijo Carranza?

—Nada. Tiene la costumbre de no contestar de plano. Que ya vería, que estudiaría el caso. Si estuviera aquí papá sería distinto, a él no se lo podría negar.

—Papá se fue para Piedras Negras, ¿verdad? Ahora me lo dijeron.

—Sí, a una comisión del "viejo".

—¿Así es que tú crees que lo fusilarán?

—Creo que no. No se lo digas a mamá, porque es capaz de asustarse.

Otra vez permanecemos callados. Recordaba yo a Arnulfo, lo veía con su cara redonda y noble, con su corpachón de labriego lleno de salud. Lo veía salir a la puerta de aquella casona que mi tía Agapita tenía en San Buena Ventura, en un costado de la plaza, para recibirnos jubiloso, cuando los íbamos a visitar.

—¡Mamá, mamá!—se oía gritar al muchachote con voz de trueno—aquí está Carmencita y la chapulinada...

Y luego nos bajaba en brazos, hasta cuando estábamos ya crecidos, y abrazaba a mamá efusivamente y metía nuestro equipaje al zaguán y luego continuaba con el cochero y con las bestias, colocando a cada cual en el lugar que le correspondía. Y cuando ya había terminado todas esas operaciones, venía a sentarse a la sala, donde su hermano Emilio, como ducho que era en cuestiones de sociedad, hacía conversación a la familia, mientras que mi tía Agapita preparaba la comida.

En esos pensamientos se fue un largo rato y cuando menos lo pensamos, ya la noche estaba encima de nosotros y de Monclova. Ya las casas allá abajo se dibujaban vagamente perdiéndose sus contornos en medio de la masa oscura de techos y nogaleras. Las luces de las ventanas salían a la calle. Era entonces aquella una ciudad de sombras, silenciosa, ennegrecida, muerta. Sólo de vez en cuando se oía la campana del tranvía o el timbre de algún coche. Los carros de Rosario se habían perdido ya entre las sombras. Sólo la loma de la Bartola, que estaba ahí cerca, recortaba su pelada cumbre en el cielo azul y lleno de estrellas. La estación denunciaba su presencia con cintilantes lucecitas, que a lo lejos hacían guiños, y con montones de chispas que de vez en cuando salían de la casa redonda o de las chimeneas de las máquinas. La ermita se levantaba junto a nosotros, pequeña y simbólica, dominando con su virgen diminuta a la ciudad que se preparaba para dormir o para engendrar pensamientos diabólicos de muerte y de exterminio.

Empezaba a impacientarme y mi hermano paseaba de un lado a otro, arrastrando su espada sonora sobre las losas de piedra.

—Mira—me dijo de pronto, parándose junto a mí—la guerra ha sido el único medio de progreso en todos los tiempos. Dame un solo caso de adelanto social en que no haya intervenido la guerra.

Sin duda a Chema le habían impresionado mis palabras pacifistas. Pero en aquellos momentos, ahí junto a la masa negra de la Ermita, sobre la ciudad callada y enigmática, sus palabras tuvieron para mí especial significación.

—¿Y lo será siempre?—contesté.

—Siempre, porque la naturaleza humana no ha cambiado. Necesita de la hecatombe, de la muerte, para darse cuenta de que se ha estacionado.

No contesté. Mi espíritu se encontraba poco dispuesto a la discusión.



Llenaba mi mente la imagen de Arnulfo, el robusto hijo de mi tía Agapita, el fornido mocetón que también había sido arrastrado por estas o aquellas ideas a meterse a la lucha, y cuyas energías todas, capaces de producir muchas fanegas de trigo al año, quizás fueran a quedar aniquiladas con una sencilla y lacónica orden del primer jefe que creía cumplir también un deber social en pro del adelanto de la especie humana.

En esos momentos quizás estaría ya muerto, atravesado por las balas, y su madre, mi simpática tía, quizás entretuviera sus ocios en aquella noche terrible, amansando el dolor de la ausencia con aquellos sus cánticos tan alegres y a la vez tan dulces, con que nos arrullaba cuando pequeños en los días de visita, si no queríamos entrar a la cama.

—Allí están ya—sonó de pronto la voz de José María.

Habían abierto la puerta del frente de la iglesia y por ella salió un mundo de luz. Y por aquella luz avanzó una mujer, envuelta de arriba abajo en largo manto negro. Descendió los escalones tallados en la piedra que conducían a la vereda y allí, volviendo el rostro a la Ermita, se arrodilló. Luego empezó a ascender de rodillas aquellos duros peldaños. A la luz que aventaba sobre su rostro la puerta abierta, la reconocimos.

—¡Es mamá!—dijo José María con voz angustiada.

—¡Es mamá!—repetí como un eco.

Avanzó mamá, siempre de rodillas, y escalón tras escalón, llegó hasta el último. Ahí tomó un momento de descanso para continuar luego hasta la puerta de la iglesia. Detúvose nuevamente en el umbral y luego se metió en la Ermita. Por la hendedura de la puerta lateral seguía saliendo el murmullo de las mujeres que rezaban.

### *Capítulo XIII.*

Esa noche fui a la plaza, atraído por los sonos de una banda que, encaramada sobre el kiosco, tenía la virtud, no obstante sus marcados desacatos al arte musical, de atraer concurrencia en una noche como aquella, en que hasta la atmósfera parecía estar preñada de fuertes augurios trágicos.

Los oficiales estaban en su reino. Se tejían en todas direcciones, llenaban la plaza con sus carcajadas

groseras, se narraban chistes de banca a banca y continuaban el tiroteo de piropos al paso de una que otra muchacha valerosa que se había atrevido a salir de su casa por no perder la añeja costumbre de ir al "paseo".

Encontré a Lupita, olvidada en un rincón, donde la había dejado alguna amiga suya, y a su lado tomé asiento, tratando de que su charla alegre disipara un tanto aquella tristeza recóndita que se había apoderado ya de mí y que me empujaba al reino de los recuerdos.

No logré mi intento. La plática de Lupita, amena como era, no pudo arrancarme de mi reino interior y en él me refugié arrullado por la banda que lanzaba al aire las notas de la marcha de Aída.

Interrumpió la charla de mi amiga un joven alto, de aspecto reposado y correctamente vestido, que a nosotros se aproximó. Lo reconocí al momento. Había estado varias veces en Rosario, y su fama de poeta había sido envidiada por mí en más de una ocasión. Era José María González, alma de "El Sol de Monclova," periódico de "literatura e información", que si mucho tenía de lo primero, sobre lo segundo andaba siempre por los suelos.

Acercóse a nosotros el poeta, saludó con galantería a Lupita y luego, tendiéndome la mano, me dijo:

—¿Cómo está mi amigo Don Rafael? Lo ví desde lejos y me llegué a saludarlo para aprovechar la oportunidad de pedirle un favor.

Estreché la mano sedosa del famoso bardo, lo invité a sentarse a nuestra vera y le insté para que desembuchara cuanto le viniese en gana, pues que dispuesto estaba yo a cumplir sus gustos.

Y cómo no, si la sola presencia de González había turbado mi ánimo, como sucede siempre con el discípulo ante el maestro consagrado. Sentóse el poeta y sin más preámbulos, me dijo:

—Acabo de recibir carta de mi amigo, don Lorenzo Flores, y en ella me contaba la visita de usted a Monclova. Mi periódico siempre se ha honrado con las producciones tuyas, en las que ha visto una fuerte promesa para el futuro. Ahora bien: mi amigo Lencho me decía en su carta que acaba usted de terminar un bellissimo poema dedicado a una linda joven de Rosario, y tras el tal poema vengo.

Quedéme sorprendido ante aquella tirada. El poema, o lo que ello fuera, lo había escrito la noche anterior. ¿Cómo era posible que Lencho lo supiera? A nadie se lo había mostrado aún. Pronto caí en la cuenta de que

Lencho se había valido de esa artimaña para obligarme a escribir los versos a Clemencia en los que tanto empeño había él puesto, pues supuso que al hacerme la petición González, no era yo persona que pudiera rehusarle nada y que escribiría para él cuantos versos tuviera a bien solicitar para su periódico.

Lencho se había salido con la suya.

Sí, allí estaban los versos, en una de las bolsas de mi saco. Tembloroso los saqué de ahí y sintiendo la cobardía de una culpa, los puse en manos de González, al mismo tiempo que le decía:

—Son cualquier cosa, ni siquiera los he corregido.

—Por lo contrario—contestó el poeta—Lencho me asegura que son hermosísimos y yo así lo creo. En mi despacho los leeré despacio y en nuestro próximo número aparecerán.

—¡Ah!—exclamó como recordando algo que se le hubiera pasado—¿no cree usted conveniente dedicarlos a esa joven que dice Lencho fue la inspiradora?

Con timidez volví el rostro hacia Lupita y noté que en sus labios se dibujaba una sonrisa pérfida. También González sonreía, mirándome amablemente, con aire protector.

—No, no, no es necesario—le dije.

—Yo creo que nada tendría de particular—insistió González.

—Es cierto—le dije—pero desearía que no llevara esa dedicatoria.

—Como usted quiera.

González se separó de nosotros y su esbelta figura se perdió a lo lejos, en los corredores interiores de la plaza, dejándome sumido en grandes cavilaciones.

—Ahora sí—pensé—Clemencia leerá los versos y comprenderá que han sido para ella.

Esa idea me proporcionó al principio vivo placer, mas poco a poco fue trocándose en preocupación que llegó a lo insoportable cuando ante mi mente se presentó la noble figura de Raúl.

Traté de apartar mis pensamientos de aquellos vericuetos y empecé larga charla con Lupita sobre cualquier tópico sin importancia.

—¿Y es bonita esa muchacha?—me preguntó Lupita al rato, volviéndome al tema abandonado.

Sentí entonces hondos deseos de hablar de la ausente, de ponderar su hermosura, de alabar sus gracias, porque los enamorados encuentran intenso gozo en traer siem-

pre sobre los labios el nombre de la mujer a quien quieren.

—Sí, es muy bonita—contesté, reprimiendo adrede epítetos más subidos, por temor a caer en lo ridículo.

—¿Y ella te quiere?—insistió Lupita.

—No sé, nunca le he dicho nada.

—Qué tímido....

—Sí, es verdad, así soy.

Hice grande esfuerzo por callar lo que a la mente me venía en alabanza de Clemencia, soporté la última marcha de la banda y cuando la plaza empezó a despoblarse, se reunió Lupita a sus amigas y yo me dirigí a la fonda, donde mamá continuaba haciendo recomendaciones a José María y encargándole con vehemencia cuidara mucho a papá, que por estar entrado en años, se hallaba propenso a caer enfermo con cualquier descuido.

—Nunca lo olvida—pensé yo al oír las recomendaciones de mamá.

Y era cierto. Si a veces dejaba ver predilecciones manifiestas en favor de sus hijos, ello nunca fue motivo para que desatendiera al esposo siempre ausente, a quien mandaba de continuo camisas primorosamente cosidas, pañuelos de fino lino, y dulces de todas variedades que para él hacía con mano maestra.

Al día siguiente, muy temprano, nos despedimos de las Vallejo y de Lupita, que con lágrimas en los ojos nos abrazaron, como si aquella fuese una despedida eterna, y nos metimos en uno de aquellos coches de campanita extraña, mamá, Chema y yo, y a la estación fuimos conducidos a trote largo de los caballejos del vehículo.

Atrás quedaba la ciudad triste. A lo lejos estaba la montaña alegre y más allá Rosario, la bien amada, la suspirada, y todo el bien que el mundo podía proporcionarme: Clemencia.

Por eso rebosaba mi alma de alegría, por eso mis ojos como que querían salirse de mi rostro para hurgar en el misterio de lo que estaría haciendo ella.

Frente la loma de la Bartola había mucha gente. Varios coches se encontraban parados sobre la carretera y se veían soldados en todas partes, montados sobre flacos caballejos y llevando sus treinta-treinta con la culata puesta sobre una pierna y cogido con la mano derecha el cañón.

—¿Qué pasa?—gritó el cochero nuestro a un colega suyo que sobre el pescante de su coche estaba.

—Dicen que van a tronar a uno—contestó el auriga.

—¿Quién será?—volvió a inquirir nuestro cochero.

—No sé.

—Déle aprisa—dijo Chema al cochero, temiendo por mamá.

Sonó el azote sobre la cabeza de los caballos y éstos partieron al galope.

Al pie de la loma se veía una hilera de soldados, a caballo, y detrás de ellos un grupo de gente. Frente a nosotros pasaron corriendo otros militares, oficiales ellos, cuyos caballos chorreaban sudor por todas partes. Llevaban aquellos hombres los rostros azorados. Eran sin duda novicios en el arte de la guerra, muchachos de sociedad que un ideal o una ambición había empujado a la "bola".

—¿Qué será, Dios santo?—murmuraba mamá temerosa, mientras que el cochero zurraba de lo lindo a los caballos, haciéndolos avanzar más de lo que de ellos podía esperarse, dada su catadura.

Chema se mostraba preocupado, de vez en cuando volvía la vista hacia atrás y gritaba nuevamente al cochero:

—¡Más aprisa!

Ibamos llegando al arroyo cuando sonó a lo lejos una descarga de fusiles. Volví el rostro hacia mi hermano y éste, tratando de sonreír, dijo dirigiéndose a mamá:

—Están tirando al blanco.

Pero no. Aquella era una mentira tranquilizadora. Aquellos rostros desencajados de los oficiales, aquel extraño movimiento no engañaban. Algo de gravedad había pasado al pie de la loma de la Bartola, y ese algo estaba en nuestra mente, queriendo tomar forma, nebulosa, vaga. Los caballos volvieron a tomar su paso normal. Llegamos a la estación.

La máquina de patio seguía dando vueltas, arrastrando carros, cambiando rieles. Estaba loca. A esa hora la soldadesca invadía la estación. Por todas partes se veían cananas atravesadas sobre los pechos de los carrancistas. El ejército era una chusma sin disciplina. El clarín sonaba, pero como si no lo hiciera, pues que nadie entendía sus órdenes. Por el lado de la casa Redonda sonaba un batir de tambores y los clarines metían ruido estridente. La banda se ensayaba, hacía "escoleta".

Nosotros tomamos asiento en la salita de espera, que a esas horas estaba repleta de viajeros. Unos iban a Cuatro Ciénegas, otros a Nadadores, y los menos a Rosario. Vimos a algunos conocidos, que nos miraban desde



lejos con cierta extrañeza, saludándonos, pero sin acercarse a nosotros.

¿Qué significaba aquello?

Por fin se llegó la hora. Formóse el tren frente a la estación y en él nos acomodamos, escogiendo los asientos libres de sol. Chema no se separó de mamá un solo momento. Ella lo miraba con ojos de asombro, le cogía de vez en cuando la mano, y cuando el tren empezó a moverse se abrazó a él y sin importarle la presencia de los demás pasajeros empezó a llorar, diciendo por lo bajo:

—¡Ahora sí, no te volveré a ver!

—¡Mamá, por Dios!—decía Chema sin saber qué agregar.

Por fin se apartaron. Chema saltó del estribo del tren, y todavía cuando el convoy entró en la gran curva para tomar la dirección de Rosario, mamá iba con la cabeza fuera de la ventanilla, agitando su pañuelo.

Pronto se fue esfumando a lo lejos la estación, con sus chimeneas altas, con su enorme hotel de los chinos, con sus columnas de humo que le dan aspecto de ciudad industrial.

Volvió a cantar el ruido de las ruedas del tren a mi oído la eterna cantinela: ¡Clemencia, Clemencia! Pero ahora ese canto se mezclaba con un presentimiento de tragedia.

Sin hablarnos una sola palabra mamá y yo permanecíamos casi inmóviles en nuestro asiento. Los ojos de mamá se clavaban en una vaga lejanía y sólo sus manos hacían trizas, con nerviosidad, un pañuelo de seda.

Cansado de aquella monotonía, me puse en pie y entré al carro contiguo.

Uno de aquellos conocidos que habíamos visto en la estación, y cuyo nombre me sería imposible recordar hoy, me llamó a su lado y me dijo:

—Por supuesto que Doña Carmencita no sabe nada, ¿verdad?

—¿Nada de qué?

—¿Pero qué tú tampoco sabes?

—¿Pero qué, de qué se trata?—exclamé impaciente.

—De la muerte de Arnulfo.

—¿El de mi tía Agapita?

—Sí. Lo acaban de fusilar en la Bartola.

¡Las ruedas tenían razón!

*Capítulo XIV.*

Nunca había visto el valle de Nuestra Señora del Rosario con los ojos de aquel día. A la nueva luz de mi ansiedad, se extendía él a nuestras plantas, cuando el tren salió bufando del puerto y dejó atrás los enhiestos molinos de trigo con sus enharinados molineros que asomaban a las puertas a vernos pasar y luego la Polca donde "bebió" agua la máquina y cargaron carbón los garroteros. A lo lejos, recostada en el monte, se veía Sacramento, dominadora en otros tiempos y hoy hermana de Rosario, desde que la gracia de un gobernante convirtió a mi pueblo en municipalidad libre e independiente.

En el centro del empolvado, ceniciento valle, se arrebujaba Rosario en su tápalo de arboledas, y ahí, perdida en la inmensidad, esperaba que la mano de Dios fuera a sacarla de su dulce sueño de siglos.

Anegaban aquellas vastas extensiones grises la pupila y el alma en honda paz, en deseos de dormir, de vegetar a la sombra de los nogales, que hacían oasis enmedio de aquel desierto ceniciento. Y así, con toda su tristeza, cuán divinamente alegre me pareció, cuán lleno de sedante y apacible vida. Ahí sí que se respiraba paz, ahí sí que parecía como que la mano del hombre nunca se armaría para combatir al hermano. La inquietud, la zozobra en que vivía Monclova parecían no convivir con la suavidad de aquellas extensiones de ensueño, que adquirirían reverberaciones al ser golpeadas de plano por un sol grande, luminoso, abierto enmedio del cielo.

Nunca, en mis anteriores regresos al pueblo, había-me sentido envuelto en tan suave perfume de recuerdos, ni invadido por tan dulce bienestar como en aquel día. Mamá meditaba a mi lado. Apenas si había cruzado conmigo algunas palabras en todo el viaje. ¿Qué pasaría por su alma en esos momentos en que alzaba los ojos hacia el nicho de la Virgen del Carmen, en cuyo fondo vislumbraban sus pupilas el contorno amable de la santa? ¿Qué al contemplar a lo lejos la azul montaña y la arboleda oscura?

Yo de mí sé decir que el mismo perfume acre de tragedia, aspirado en Monclova, y la imagen siempre ante mis ojos del fornido hijo de mi tía Agapita, formaban contraste perfecto en el que ahora se destacaba la amada extensión del valle, y frente al cual bullían las imá-

genes queridas del pueblo. Y en ese estado de ánimo aún sumergido, oí que las ruedas del tren golpeaban fuertemente, de pronto, y que pocos minutos después los mequitales cesaban en su fuga. ¡Habíamos llegado!

—¡Epa, tú Rafail!—oí una voz conocida que me sacó de mi ensueño.

Saqué la cabeza por una ventanilla, y si el timbre de la voz aquella habíame llenado de inquietudes, la presencia de su dueño me inundó de sobresalto.

¡Era Raúl! Ahí estaba, con las manos puestas en los cuadriles, con el rostro vuelto hacia arriba.

Dominé mi emoción.

—¿Quiúbole?—le dije, tratando de sonreír—¿qué hay de nuevo?

—Nada —contestó—como siempre. —A ver, ¿onde están los velices? Echalos por la ventana.

Puse en manos de mi amigo las dos petacas de mano que llevábamos y una canasta con pan y dulces para mis hermanas, y luego bajamos mamá y yo del tren. Ahí estaba ya el coche esperando. A él subimos, y pronto nos internamos en una nube de polvo, dejando atrás estación y tren que, como si solamente hubiera esperado nuestra partida, lanzaba resoplidos, como de hombre muy cansado, y se ponía en movimiento en medio de pitidos y campanillazos.

Raúl, montado en su caballejo, vino a ponerse a nuestra vera, y desde ahí trató de hacernos plática, que muy de mala gana atendimos.

—Las muchachas han estado bien, Doña Carmencita —decía—. Las he ido a ver todos los días y hemos platicado mucho. ¿Y qué dejan de nuevo en Monclova? Aquí dijeron que ya habían llegado los mochos.

—No—le dijo mamá—no han llegado, pero llegarán, y aquí también, dicen que son muchos.

—¿Y no habrá pelotera?

—Ojalá y no la hubiera—contestó mamá suspirando largamente—. Sólo Dios lo puede saber.

—Pues aquí se han estado yendo varios muchachos de la "orilla"—siguió Raúl—. Se ha alborotado mucho la gallera con lo que cuentan de los federales. Los científicos no hallan qué decir—agregó echándome una mirada indagadora—. Están entre la espada y la pared.

—Los científicos no tienen por qué temer—contesté yo.

En el pueblo nadie los odia. Si han explotado a los trabajadores, como se dice, allá ellos. Lo que es verdad es que ni han sido déspotas ni han sido criminales.

—Sí—dijo mi amigo sonriendo, como si quisiera mostrarme que ya sabía el por qué de mis arrebatos—. Pero en los tiempos de “bola” pagan justos por pecadores. Si los mochos hacen aquí averías, los que van a pagarla son los científicos de Rosario.

—¡Sería una injusticia!—exclamé.

—Sería —dijo Raúl—pero se hacen tantas injusticias...

Aquellas palabras no dejaron de causarme cierta impresión. Pronto pasamos frente al cementerio, cuyas paredes, derruidas en parte, mostraban a las claras más que desidia, la falta de recursos de la municipalidad. Mamá se persignó al pasar frente a aquel lugar en donde dormía su madre. Seguimos saltando en el carricoche sobre las piedras del camino, y minutos después estábamos frente a nuestra casa, en cuyo barandal esperaban impacientes, como si la ausencia hubiera sido larga, mis hermanas, Chanita, Lola, y los sirvientes nuestros.

A las primeras exclamaciones de júbilo, que eran de rigor, y al examinar los pequeños regalitos que para todos habíamos llevado, siguió la charla sobre lo visto en el viaje y lo que había pasado en Rosario durante nuestra estancia en Monclova.

—Mi Botín, ¿dónde está mi Botín?—gritó desde lejos Doña Natividad, que no se había encontrado presente en el recibimiento y que desalada llegaba, seguida de Don Juan, quien intentaba detenerla.

—Ten paciencia, mujer—le decía el hombre—. La señora se va a disgustar.

Pero Doña Natividad no hacía caso. Llegó hasta donde mamá se encontraba y sin hacerle otro saludo que el muy breve de un “buenos días”, volvió a la carga:

—Mi Botín de mi alma, ¿no me lo vido?

—Sí, y está bueno y no corre peligro—dijo mamá. Dió un gran suspiro de alivio la mujer, y luego empezó a sollozar fuertemente.

—Nostés ansina, mujer—decía Don Juan, dándoselas de valiente, aun cuando hacía esfuerzos también por no hacer pucheros—. La señora dice que no hay peligro y así ha de ser.

—¿Pero ontá y por qué no vino? ¿Usté lo vido?—preguntó Doña Natividad encarándose a mamá.

—Está con Chema—contestó mamá—y con él andará, porque yo se lo dije. Mi hijo lo cuidará siempre.

—¿Y no va a pelear?—preguntó la mujer angustiada.

—No—contestó mamá con tono firme, olvidando sus propias preocupaciones por aliviar el peso que el corazón de aquella madre llevaba consigo.

—Chema es del Estado Mayor y no entra a pelear. Si no que se lo diga Don Juan, que sabe de milicia.

—Pos así es, sí señora—dijo el hombre orgullosamente, picado en lo más vivo por el elogio de su ama—. Nomás los soldados rasos le entran a la pelotera.

—¿Pero Botín?—volvió a inquirir Doña Natividad, no satisfecha aún con aquellas explicaciones.

—Botín es asistente de Chema y estará con él siempre. No tenga cuidado, Doña Natividad. Aquí estoy yo en su mismo caso y ya me ve, tan fresca.

Estas últimas palabras parecieron convencer a la buena señora de que su hijo se encontraba sano y salvo y sin el menor riesgo en las filas de la revolución, y en esa confianza se volvió a su casa, del otro lado de la huerta, a continuar su nunca interrumpida tarea.

—En esta “bola” no es como en las otras guerras, cuando los generales traían su Estado Mayor que nunca entraba a la pelotera—dijo Don Juan tan luego como se hubo marchado su mujer.—Hasta los mismos jefes pueden petatearse.

Sí—dijo mamá, suspirando. Sus ojos se nublaron de lágrimas. Parecía que iba a romper en llanto. Pero se sobrepuso a sus emociones. Fue a su cuarto, cambió el vestido de viaje por uno casero, y se entregó en cuerpo y alma a sus quehaceres, como siempre, tratando de olvidar en ellos, sin duda, todos los presentimientos, todas las angustias que llenaban su corazón adolorido.

—No hay más novedad que el telegrafista de San Juan le escribió otra carta a Hortensia—me dijo Blanca cuando nos quedamos solos.—Nada más que en esta vez se muestra apasionado hasta la locura. Dice que si no le corresponde se va a echar a las ruedas de un tren para que lo haga trizas.

Aquí soltó mi pícara hermana una sonora carcajada, y como Hortensia volviera la cara para vernos desde el jardín en que se encontraba, Blanca le dijo:

—Me está contando sus aventuras en Monclova. Es un insoportable.—Y luego, más quedo, para que nada más yo la oyera:

—Figúrate que anoche trajo serenata otra vez, y dejaron el jardín lleno de botellas vacías.

—¿Y volvió a cantar las Peteneras?—pregunté en tono de burla.



—Sí. Y dicen que también a Clemencia le llevaron serenata.

¿Podré explicar lo que sentí al oír aquellas palabras? Ni siquiera lo intentaré. Quien haya estado en mi caso entenderá lo que sentí, y quien no lo haya estado no me comprendería por mayores explicaciones q' aquí hiciera. Baste decir que aquella noche, como si fuera impulsado por una fuerza irresistible, me dirigí a la casa de Clemencia, porque no cabían en mí los deseos de verla, así fuera desde lejos y a través de las cortinas de la sala de su casa.

¡Raúl, Raúl, Raúl!—era el nombre que sonaba en mi mente, hermanado con el de ella. Porque él había sido; así me lo había dicho Blanca que, en su inocencia, no había comprendido todo el daño que me causaba.

Con resolución en mí desconocida, me eché en dirección a la casa de Clemencia y cuando ya me encontraba a media cuadra de ella, pude ver que en la esquina opuesta, dos lucecitas, luciérnagas brillantes, se encendían a veces y desaparecían después.

—¿Quién será?—me pregunté, comprendiendo que dos hombres fumaban ahí.

Tuve deseos de retroceder, pero era demasiado tarde. Era cierto que la noche estaba oscura, pero al pasar frente a la tienda de Nicho, la luz de la gran lámpara de reflector que salía por la puerta me había bañado de arriba abajo, y quizás ya me hubieran reconocido.

—Después de todo—me dije—pueden ser trabajadores.

Y seguí adelante, con rápido paso, y sin siquiera intentar dirigir la vista a la sala de Don Laureano, por cuyas ventanas salían voces femeninas.

Pasé frente a las dos sombras y a media calle estaba ya, cuando oí una voz que me llamaba:

—¡Epale, Rafail!, ¿a dónde tan aprisa?...

¡Dios santo, era él, Raúl! Turbéme todo. Estuve tentado a decirle una grosería, pero conteniendo mis impulsos, regresé hasta la esquina y dije, tartamudeando:

—Aquí nomás, iba a ver al barbero...

—¿Tan noche, hombre?—preguntó Raúl con voz amable, cogiéndome por un brazo.

—Lencho y yo estábamos hablando de tí— me dijo.

—Sí, y decía yo que qué habría pasado con los versos que me prometiste hacer—sonó la voz del mismísimo Lencho, que no era otro el acompañante de mi amigo.

—No sé cuáles—lo interrumpí reprimiendo mi rabia—. Sí dije algo de eso, fue en una borrachera.

—Hoy recibí “El Sol de Monclova”—dijo Lencho, gozándose en mi turbación—y vienen ahí unos versos tuyos. Supongo que serán otros.

—¿Versos míos?—pregunté asombrado—. Sí... es cierto que González me pidió unos y yo se los dí, pero eso fue anoche... ¿cómo puede ser...?

—González, sin duda, tenía el periódico formado, no hizo sino sacar alguna cosa, meter tus versos, y dar a la prensa el periódico...

—Puede ser—dije sin poder aún dominar mi asombro. Son unos versos viejos que por casualidad recordaba y que le hice a una muchacha de Saltillo.

No había terminado de pronunciar aquellas palabras embusteras cuando sonó en medio de la noche una carcajada sonora, olímpica, que llenó toda la calle y retumbó en mis oídos sarcásticamente.

Era Lencho. Sentí deseos de cogerlo por el pescuezo y ahogarlo entre mis manos. Hubiera gozado con ello.

—Rafail trae ganas de tomarnos el pelo—dijo Lencho cuando hubo dado fin a su carcajada.—Esos versos vienen dedicados a una hermosa joven de Rosario. González no pudo haber inventado...

—Aquellas palabras sí que me anonadaron. Contra toda mi voluntad pedí a Dios que cayera un rayo sobre aquel enclenque hombrecito que en apuros tales me ponía, y de no haber podido suceder aquello, que se abriera ahí un gran pozo y me tragara la tierra.

—¿Y quién es?—preguntó entonces Raúl. Noté que su voz, dulce, amable, temblaba.

—¡Ah!—exclamó Lencho con tono diabólico—ya te enseñaré mañana el periódico. Es tan divertido.—Y diciendo esto se alejó chiflando la “Adelita”. A lo lejos se perdió su sombra y se extinguió el silbido. Como dos estatuas, inmóviles, quedamos Raúl y yo en la esquina, sin osar pronunciar una sola palabra, sin movernos un solo paso.

¿Se atrevería aquel mal hombre y peor poeta—me decía entre mí— a dedicar los versos, como sin duda se lo pidió Lencho, para satisfacer sabe Dios qué fines diabólicos? ¿Sabrá Raúl que yo le he escrito unos versos a Clemencia? ¿Cómo me juzgará?

Por las ventanas de la sala de Don Laureano salían en ese momento risas sonoras. Luego se oyó un murmullo fuerte de voces, que aumentó y aumentó hasta que aparecieron en el portón varias personas, de quienes apenas si

se lograba divisar la silueta emborronada, tal era la obscuridad de la noche.

—Mañana voy para allá, Doña Tomasita—se oyó claramente la voz de Clemencia.

Era ella, sí. Su voz inconfundible sonó a gloria en mi corazón.

Ahí mismo dejó caer mi alma acongojada todo el peso de sus infortunios para recrearse solamente en la voz angelical de la santita, para saborear aquel timbre metálico que a mí me parecía salido de la boca de un ángel.

No había dicho nada. Un simple “mañana voy para allá, Doña Tomasita”. Eso había sido todo, y sin embargo, ¡qué felicidad tan inmensa se me había metido en todo el cuerpo! Luego recapacité un tanto, con la rapidez de un relámpago, y me puse triste, muy triste.

¿Cómo piensa ir a la casa de Doña Tomasita—me pregunté—si aún no me ha visto, si quizás no sabe que he regresado? ¿Puede acaso moverse con libertad, y hasta estar contenta, como parece mostrarlo su voz, de ir a hacer una visita, sin saber antes de mí?

Separáronse unas de las siluetas, quedaron otras en el portón, cesaron las voces, y poco después todo quedaba en calma.

Nosotros estábamos callados.

Con gran estruendo fue cerrado el portón de Don Laureano. Luego se apagaron las luces de la sala. Entonces sí que la calle era un remanso de sombras y de paz. Hasta la tienda de Nicho apagó el ojo en acecho de su puerta alumbrada. Sólo allá, a la salida del pueblo, se veía la luz que arrojaba la cantina por su ventana.

¿Qué hacer? Aquel silencio, aquella situación eran embarazosos en extremo. Por fin, sonó quedo, como emocionada, la voz de mi amigo que decía:

Raúl, esto no puede seguir así. Tú la quieres, ¿verdad?

Sentí que la tierra se escapaba por debajo de mis pies. De no cogerme a la pared cercana, pienso que hubiera caído. Había en aquellas palabras la tragedia de una vida, y sin embargo, eran amables, eran las palabras de un amigo. No pude más. Caí sollozando en los brazos de Raúl, brazos fuertes que me estrecharon frenéticamente. Brazos de hermano que me apretaban hasta hacerme daño. También Raúl lloraba.

—No necesitas decirlo—dijo mi amigo después de algún rato, conteniendo los sollozos que salían de su garganta—. Ya lo sé todo.

Pero yo...traté de disculparme, sin saber siquiera lo que convendría decir. Deseaba que mi amigo no me guardara rencor. Decirle que si había cometido algún delito, estaba pronto a hacer cuanto pudiera por enmendarlo. Sentí hasta deseos de prometerle que renunciaría a aquel amor que era ya mi vida, pero me contuve. Acaso no podría cumplir la promesa. Acaso antes de que el gallo cantara esa madrugada, ya mis pensamientos estarían puestos en ella, recreándose en la posibilidad de un amor correspondido.

Paso a paso volvimos, nuevamente callados, por la calle de mi casa.

La noche estaba tibia. El cielo lleno de estrellas. El silencio era todo lo que habitaba en aquellas callejas pueblerinas llenas de fantasmas que formaban los nogales al inclinarse sobre las aceras, y las cercas de chaparros que anunciaban los límites de la propiedad individual. Era una noche dolorosa. Mi cabeza era un torbellino de emociones encontradas. Luchaban dentro de mí todas las fuerzas que han hecho girar al mundo por los siglos de los siglos. Llevaba yo dentro de mi alma el mundo entero.

Y junto a mí, la estatua del dolor, de la nobleza, de lo grande que hay en la vida. Raúl, mi amigo, el muchachote grande, fuerte, peludo, aquel de quien hacíamos burla cuando nos bañábamos de muchachos en la acequia, porque parecía un osito, llenos de vello las piernas y los brazos. Y los dos callábamos, porque las palabras no tenían objeto. El silencio suyo y el silencio mío eran la revelación completa de nuestras existencias.

Me había quemado el pecho aquel abrazo fornido. Me habían herido el alma sus palabras doloridas y nobles. Y con el cuerpo magullado y el alma sangrante, me metí esa noche en mi lecho, que me esperaba con punzantes púas en todos sus pliegues, y en él me dí vueltas y vueltas, hasta que el sol asomó sobre el rancho de Don Jaime, al día siguiente, y mamá me gritó desde el jardín:

—¡Levántate, Rafael, no seas flojote!

### *Capítulo XV.*

—Dime unas palabras de esas bonitas y patrióticas pa mi espiche—me dijo Guardado, que me estaba esperando en la puerta.

—¿Cuál espiche?—pregunté asombrado.

—¿No te han contaó? Pos el que voy a decir en la boda de Faustino.

No obstante no encontrarme en disposición de festejar las tonterías de Guardado, me eché a reír con ganas.

—Si en las bodas no se dicen discursos ni espiches, hombre—le dije, dándole una fuerte palmada en el hombro que lo hizo tambalearse sobre su pierna buena.

!—No liace—dijo algo amoscado—Faustino quiere.

Guardado no era hombre que se asustara por tan poca cosa. Se le había pedido que hablara en una boda y hablaría así se lo quisieran evitar todos los hombres del mundo confabulados. Tenía el hombre una memoria admirable. Con decir que se había aprendido de memoria un discurso íntegro de Don Porfirio, y que mamá lo encontró tratando de aprenderse el diccionario... Era muy dado a la poesía, que cultivaba en sus ratos de inspiración, produciendo cada mamarracho que temblaba el mundo, y a aprender de memoria versos que mis hermanas le enseñaban y que él desembuchaba en la primer oportunidad que obtenía, sin amedrentarle ni la calidad ni la cantidad de su auditorio. Muy a menudo me lo encontraba yo sentado en una banca de la plaza, entreteniéndolo a una rueda de desocupados q' gustaban de oír sus disparates. Pero lo que mayor atracción ejercía sobre él era el nombre de algún personaje ilustre y principalmente si sabía alguna cita de él, que aplicaba sin ton ni son cuando se le venía en gana. De haber vivido en otro medio, y no en aquel raquítrico de Rosario, tengo para mí que hubiera llegado a persona notable, ya que tenía los elementos para ello: buena memoria y desparpajo.

Era amante de los libros y especialmente de aquellos que tenían trazas de erudición, como códigos de leyes, vidas de hombres ilustres y recopilaciones de datos de todas clases, los que leía cuando caían en sus manos, empleando en cada uno una eternidad, tan rudimentarios eran sus conocimientos en el arte de leer.

—Pues si has de decir ese espiche—dije a Guardado—te daré algunas frases de esas que hacen saltar de entusiasmo. A ver, apunta:

Sacó el hombre un mugriento cuaderno de apuntes que llevaba en la bolsa "tacuachera" de su pantalón de mezclilla, y un lápiz que sobre la oreja derecha traía siempre y se preparó para escribir.

—“El respeto al derecho ajeno es la paz”...dicté.



—“El respeto al derecho ajeno es la paz”... —murmuró entre dientes mientras escribía.

—¿Quién dijo eso?—preguntó luego vivamente.

—Napoleón—le contesté deteniendo una carcajada.

—Napoleón...—murmuró escribiendo.

—Echame otro, ese me gusta.

—“Los pueblos tienen los gobernantes que se merecen”.—Volvió a escribir, siempre pronunciando en voz alta la frase, y volvió a preguntar quién había sido el ingenioso dueño de aquellas palabras que no entendía pero que sin duda eran de gran efecto.

—Don Miguel Hidalgo—contesté.

Luego le dicté otras frases a cual más famosas, como la de “mi patria es lo primero,” “el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo”, “tenemos hambre y sed de justicia”, etc.

Terminado que hubo de apuntarlas todas, me dijo:

—Hora quiero unos nombres de esos bonitos pa decirlos.

—Shopenhauer, Cicerón, Shakespeare—le dije, agregando otros a cual más difíciles, y que él se comprometió a aprender de memoria para meterlos donde pudiera en el espiche de esa noche en el casamiento del desdichado Faustino.

Guardado se fue renqueando, muy agradecido, y yo me quedé pensando en la manera de ver a Clemencia.

¡Necesito verla!—me decía, y me lo volvía a repetir como si quisiera que una voz interior me contestara lo que debía de hacer. Si la voz no sonó dentro de mí mismo, sí vino de afuera, y salió de la roja boca de mi hermana Blanca que hasta mí se llegó y con tono misterioso me dijo:

—A la noche va a venir con su mamá.

—¿Quién?—pregunté sobresaltado, sabiendo de quién se trataba, pero aparentando ignorarlo.

—¡Ya sabes quién!—dijo Blanca guiñándome un ojo—  
¡Clemencia!

—¿Va a venir?—salté no pudiendo contener mi emoción.

—Sí, hombre, ¿qué tiene eso de particular? Su mamá le mandó decir a mamá que van a venir a visitarla.

Mucho trabajo me costó contener mis deseos de abrazar a mi picaresca hermana, que se gozaba en mis apuros y en mis ansias.

¡Iba a venir ella! Yo la podría ver, y quizás, ¿por qué no?, hasta hablar con ella a solas en el jardín, si se des-

cuidaban mis hermanas. Aquel día no salí de casa. Para qué. Ahí la esperaba. Reprimí mis ansias de ir a pasar por su casa. Empleé mis ocios en arrimar tierra a las matitas de mamá. Mi actividad era febril. Yo creo que estaba enfermo. No paré un solo momento. Mamá se quedó sorprendida.

—¿Qué te ha pasado, Rafael?—me preguntó.—¿De dónde has salido tan trabajador?

—Nada—contesté tratando de sonreír—se me ha metido una locura.

—Tú tienes gato encerrado...

Blanca soltó la carcajada y luego dijo:

—Cuando quieras que haga algo, mamá, nomás dile qué va a venir Clemencia.

—¿Conque te gusta la muchacha?—me preguntó mamá acariciándome.

Yo quedé mudo, lanzando miradas de odio a mi hermana que en tales aprietos me ponía, mientras que mamá continuaba:

—Algún día te has de casar, y será mejor que sea aquí. Tú no sabes lo que son las mujeres de las ciudades.

Al decir eso suspiró y volviendo a otro lado el rostro, permaneció callada.

Aquellas palabras me habían llegado al corazón. No, no era la pena oculta que adivinaba el alma de aquella mujer lo que me había causado súbita impresión. Era la idea de mi juventud, de que otros, y mamá también, me consideraran aún como un muchacho cuyos afectos, cuyas pasiones, cuyas tragedias no se han de tomar en serio, por eso, porque se trata de un mocoso. Y entonces, ¿aquél amor tan grande, aquella ansia arrebatadora que sentía yo devorarme todo mi sér, de nada serviría, iba a ser acaso chifladura de la mocedad, flores tempraneras que se lleva el viento? ¿Luego era cierto que mi amor no tenía objeto, puesto que no podría hacerla mía, sino después de que hubieran pasado años y más años, y cuando mi edad fuese considerada adecuada? Eso me sublevaba. Me hacía un daño terrible.

Yo me sentía hombre ya, capaz de todos los trabajos, de todos los sacrificios por aquel cariño que los demás, bien lo comprendía, consideraban como pasatiempo de la juventud. ¿No sufría yo acaso como un hombre? ¿No quería yo a una mujer como quieren los hombres, como sabía yo que querían los muchachos grandes que se habían casado en la pequeña iglesia de Rosario cuando iba de tiempo en tiempo el cura de Cuatro Ciénegas? No, ni

ellos habían querido como yo a una mujer. Si aquel querer no era amor, era una locura sublime, era un capítulo de Don Quijote, lleno con las mieles y las promesas recónditas de la más bella de las Dulcineas de la tierra. Sí, esa misma noche, pese a lo que dijera todo el mundo, me acercaría a ella, y le diría todo, todo lo que se me viniera a la mente, y demostraría a todo mundo que no era un niño, que sabía tanto como el Don Juan más corrido, en achaques de amores, y que tan sabía conquistar el corazón de una dama, como coger un libro de aritmética y meterlo a machete pelado de pies a rabo en la Preparatoria.

Y después, ya vería cómo yo llevarla al altar o adonde fuera menester para hacerla mía, y vivir con ella adorándola por toda una eternidad.

Si me abandonaron mamá y Blanca, mis pensamientos alborotados siguieron haciéndome fiel compañía. Tendíme sobre la hierba fresca, y ahí solté la rienda al potro de mi fantasía.

¿Qué iría a decirle? Me parecían tan ridículas las palabras que la costumbre había consagrado para el caso. Y sin embargo, no encontraba otras mejores. Decidí dejar la cosa por la paz, y esperar el momento oportuno para que mis ansias se abrieran paso expresándose en el impulso del momento, sin rebuscamientos, sin literaturas. Olvidaríamos luego el porvenir, para pensar sólo en la dicha de querernos; dejaríamos que pasaran los días y cuando llegara el de tomar alguna resolución en firme, la tomaríamos teniendo sólo en cuenta nuestra felicidad, lo único importante en el mundo.

En estos y otros pensamientos a cual más de amorosos, me pasé todo el día y se echó encima la noche y la hora en que, allá en la puerta del barandal, sonó la voz de Doña Jesusita que decía:

—¡Ave María...! ¿se puede pasar; no muerde el perro?

¿Qué iba a ser de mí? Me presentaría a abrir la puerta o dejaría esa función a una de mis hermanas, o a la misma mamá que desde la cocina había gritado:

—¡Abran la puerta!

—No hace nada, no le tengan miedo—dije en voz alta mientras me dirigía al barandal, oyendo que Tumbalo emitía gruñidos poco tranquilizadores.

La noche estaba oscura, y Doña Jesusita se había provisto de una lámpara de mano que colgaba de la de un mandadero. Aquella luz formaba un círculo lumino-

so, enmedio del cual se encontraban las dos mujeres cuyas sombras gigantescas se dibujaban sobre la casa de Chonita.

—Pasen, buenas noches—dije, atropellando las palabras, cuando hube entrado yo también al círculo de luz. Para entonces ya mis hermanas y mamá se aproximaban a nosotros. Abrí la puerta y las mujeres se encontraron enmedio del jardín, precisamente debajo del nogal “nacido”, donde se abrazaron y besaron afectuosamente.

Yo estreché entre mi diestra la mano suave de Clemencia. Los dedos finos de aquella mano se doblaron sobre mi mano y sentí su sedeña blandura acariciar mi piel dulcemente.

Llevaba la joven un vestido negro. Su cabellera negrísima caía hacia atrás formada en gruesa trenza. Su rostro y sus manos blanquísimas emergían como llamadas de luz de aquel marco obscuro de trenza y vestido. A la luz de la lámpara ví aquellos ojos negros y luminosos que se clavaban por un momento en los míos, para posar sus miradas en mamá, en mis hermanas.

—Saca unas sillas aquí afuera, Rafael—me dijo mamá—está haciendo mucho calor para encerrarse uno dentro.

—Sí, la noche está algo bochornosa—agregó Doña Jesusita, que era una señora gruesa, fornida, de voz amable y fino trato, cualidades estas últimas que encontraba yo dignas de toda alabanza.

Cumplí rápidamente con lo ordenado, y momentos después se había hecho la rueda enfrente del zaguán y se generalizaba la charla sobre todos los tópicos imaginables. Sólo mis hermanas, Clemencia y yo, permanecíamos a la expectativa, en espera de una oportunidad para hacer corrillo aparte.

Dándose sin duda cuenta de nuestra ansiedad, mamá nos dijo:

—Si quieren ir al barandal, o a dar la vuelta por la calle, pueden ir, pero no se retiren mucho.

No nos hicimos repetir la sugestión. Al grupo que formamos en la banqueta, sobre cuyas piedras nos sentamos colgando los pies hacia la calle, se unió pronto Lola y así fue como el segundo corrillo, el de la gente moza, superó pronto la garrulería de las personas serias, a las que se había agregado Chonita para esas horas.

Noté emocionado que Clemencia apenas si despegaba

los labios, a pesar de las instancias que a menudo se le hacían para que expresara opiniones o diera informes sobre cualquier punto a discusión. Sus ojos brillaban en la obscuridad, pero siempre inmóviles, como si estuvieran contemplando algo que nosotros no veíamos.

Mi sangre ardía en impaciencia. Deseaba estar solo con ella para decírselo de una vez todo, para terminar aquellas incertidumbres locas que tanto me atormentaban. ¿Pero cómo conseguirlo? ¿Sería necesario valerme de algún ardid para lograr mis propósitos?

Blanca, la enemiga constante, que sin duda estaba al tanto de mis intenciones, como persona perspicaz que era, o que al menos suponía mis deseos de permanecer a solas con Clemencia, fue mi salvadora.

—¡Vamos a jugar!—dijo parándose de un salto—. Es tonto estar aquí sin moverse uno.

En coro fue aprobada la proposición de la diablita.

—¿A qué jugamos?

—¡A la varita escondida!

—¡No, mejor a los listones!

—¡No, no, a la naranja dulce!

—¡A las escondidas, a las escondidas!—dijo Blanca, gritando más alto que los demás y ganándose con ello la aprobación, como sucede siempre con los que gritan mucho.

—¡Ahora, tonto!—me dijo Blanca al oído, cuando pasó a mi lado.

—¿Qué significaba aquello? ¡Ella lo sabía todo!

—Que Rafail nos busque—dijo Blanca.— Cuando oigas que te grite “ya”, vas a buscarnos.

—Pero nomás se vale en el jardín—dije yo.

—Bueno.

Las cuatro muchachas se metieron al jardín, mientras que yo, con la cabeza vuelta a otra parte, como lo exigía el juego, quedé esperando el “ya” de mi hermana.

Al principio oí las voces de las muchachas.

—¡Por aquí!

—No, acá está mejor!

—¡Cállense, que no oiga!

Y luego siguió un momento de silencio. Por fin sonó el “ya” de Blanca, y no me metí en el jardín. Detrás de la primera banca cubierta de macetas encontré a Hortensia, que no había podido resistir un movimiento, temiendo, según me dijo, que hubiera ahí animales.



Enmedio de un círculo de matujos perfumados me encontré a Blanca y a Clemencia, unidas en estrecho abrazo, a fin de caber mejor. Y por fin, oculta detrás del tronco del nogal "nacido", encontré a Lola, que al sentirse descubierta lanzó un grito de muchacha melindrosa.

Tocóle en suerte a Blanca ser la buscadora en el siguiente juego y mientras ella esperaba el grito para entrar en acción, nosotros nos repartimos por el vasto jardín lleno de sombras, oloroso a rosales, a dalias, a alfombrillas y a plantas mil que el cuidado de mamá hacía crecer y que nuestra locura dejó esa noche en mal estado.

Traté de encontrar lugar seguro. Me dirigí al extremo opuesto. Oí voces a mi paso que salían de un grupo tupido de rosales y seguí caminando, hasta llegar al sitio predilecto, el de los geranios. Era aquel un lugar encantador y apartado. Enmedio de los geranios que ahí crecían a especial altura, estaba un blando prado sobre el que me gustaba acostarme por las tardes para dormir la siesta o para leer algún libro amable.

Cautelosamente me metí a aquella covacha de verdura. Con paso gatuno llegué hasta el centro del pequeño zócalo y no fue poca mi sorpresa al distinguir la forma de una mujer, recostada sobre el prado.

—Me ganaron el lugar—me dije y luego, en voz muy alta, pregunté:

—¿Quién es?

—Soy yo.

¿Era aquello obra de la buena suerte, o acaso una comunión de intenciones me había llevado ahí? ¿O era posible que Blanca, sabiendo que aquel sitio era el de mis predilecciones, había metido su cuchara tan querida para mí esa noche, cuanto aborrecida en otras ocasiones?

Era ella, Clemencia, la santita de Don Laureano, la adorada mía. Temblando de emoción me acerqué a ella. Cerca sonaba un grillo su crótalo.

Ví que se replegaba al lado opuesto a aquel de donde venía la voz. Entonces me acerqué a ella, y ya sin poder contener mis impulsos de mozo, le dije:

—¡Tenía tantas ganas de verte! ¿Y tú?

Guardó ella silencio. Su respiración se oía apresurada.

Sin arredrarme por eso, continué:

—¡No sabrás nunca lo triste que estaba en Monclova lejos de tí!

Y luego:—¡Tonto, tonto de mí!—pensé. —Aquí estoy hablando como un simple. ¿Ella qué sabe de mis tristezas y de mis cosas? ¿Cómo quieres que ella conteste a esas palabras que sin duda no tienen para ella ningún significado?

A lo lejos se oyó una voz, la de Hortensia que decía: —“Ya”.

—Ya viene—dijo entonces muy quedo Clemencia.—Vete, que no nos hallen juntos.

Aquellas palabras apremiantes me llenaron de nuevo ardor. Pasó por mi mente como en una visión todo el mundo de pensamientos de aquella tarde, de los días anteriores, y haciendo un esfuerzo supremo:

—¡Te quiero mucho!—dije, cogiendo entre mis manos una de la joven, que ella abandonó con desfallecimiento, mientras que de su garganta salía una leve queja.

—¡Ahí vienen, vete!—volvió a murmurar desfallecida, y en tono suplicante.

—¡Te quiero, te quiero mucho!—repetí yo ansiosamente, ¿y tú? ¿y tú?...

—Vete, vete, vete...repetió. Sus palabras eran suplicantes, su voz temblaba.

—¿Dónde estarán?—oí ya cerca la voz de Blanca y su risita endiablada.

Sin esperar más, me arrastré entre las hierbas. No había pasado mucho sin que oyera nuevamente la voz de Blanca que decía:

—Aquí está Clemencia, ya nomás me falta Rafail ¿No lo has visto por aquí?—preguntó la voz con tono malicioso.

—No—sonó la voz de Clemencia.

Luego oí que se alejaban los pasos sobre la alfombra de césped primero y después taconeando por la banqueta.

—¡Rafail, Rafail, ya acabamos, vente!—sonó vibrante la voz de Blanca poco después, a lo lejos. Salí de mi escondite y me encontré con que en la puerta del barandal se encontraban ya reunidas todas las mujeres y que Doña Jesusita decía:

—No dejen de ir por allá una de estas noches, Doña Carmencita, porque después quién sabe cómo se ponga.

Siguieron interminables despedidas que ya parecían estar a punto de cortarse, cuando se enredaban de nuevo, y otra vez se armaba la plática.

Nosotros, ella y yo, mientras tanto, permanecíamos callados, como si todo aquel ruido, aquel vocerío, no tuviera significado ninguno.

Yo de mí sé decir que no entendía una sola palabra de las que ahí se pronunciaban, y que sólo pudo sacarme de mi honda abstracción la mano de Clemencia que buscaba mi mano, y la voz de la joven que temblorosa decía:

—¡Buenas noches!

Yo estreché aquella mano fuertemente, como si quisiera retenerla allí por una eternidad. Sentí el impulso que hacía ella para retirarla y la dejé resbalar suavemente.

Momentos después las dos mujeres se alejaban de nosotros enmedio del círculo de luz que formaba la lámpara del mandadero, y las dos sombras, gigantescas, llenaban toda la calle y llegaban hasta nosotros, apenas si moviéndose en un balanceo leve. Tentado estuve de echarme sobre la sombra que correspondía a ella para besar la tierra en que se proyectaba y llorar de felicidad.

Porque me sentí yo dueño de la vida y del mundo. Si era cierto que no había obtenido contestación a mis palabras de amor, en cambio ya la cosa estaba hecha, ya le había dicho que la quería, y ella no parecía haberse disgustado. Por lo contrario, en el timbre rico de su voz había creído yo imaginar sentimientos velados que en todo me eran favorables.

Tonto—me decía—tonto, ¿cómo teniéndola tan cerca, al alcance de tu mano, no la estrechaste entre tus brazos, para exigirle una contestación pronta y terminante?

Pero, ¿cómo hubiera podido hacerlo, si acerquéme a ella con el corazón lleno de temores, temeroso de que la visión se evaporara dejándome en el triste mundo de las realidades? ¿Cómo hubiera podido hacerlo, si apenas había tenido fuerzas para sacar de mi corazón unas cuantas palabras de las muchas que atesorara para el momento dichoso?

Era yo feliz como nunca. Y como no era posible que un hombre tan feliz terminara la noche metiéndose en la prosaica cama, abandoné el tranquilo hogar y me eché a recorrer las calles de Rosario, llenas de perfumes y de

sombras. De vez en cuando tropezaba con algún mortal que a su hogar volvía, y cuya presencia apenas si notaban mis ojos. Iba yo por un mundo mío, formado a mi antojo, y en ese mundo no existíamos sino nosotros dos, Clemencia y yo. Las casas eran fantasmas que a lo lejos celebraban nuestra dicha; las sombras eran un manto de ilusión que lo envolvía todo y daba a aquel mundo un aspecto de santa idealidad.

Después de mucho andar, después de mucho repetir in mente una y mil veces los sucesos de esa noche, las palabras que había pronunciado ella y las mías propias, dándole a cada una su verdadero sentido, según yo lo entendía, me llevaron mis pasos precisamente a la esquina de Clemencia. Buen cuidado tuve antes de acercarme a ella, de indagar si estaba desocupada. Pensé en la probabilidad de que Raúl estuviera ahí, pero no, la esquina estaba vacía, me estaba esperando. Era yo su dueño.

¡Cuánto gocé ahí con aquellas paredes oscuras de la casa de Clemencia, con sus ventanas de fierro, con su gran portón de roble!

Era ya muy noche sin duda, porque en ninguna parte se veía un sólo rayo de luz. Oí cantar unos gallos en el corral de Don Laureano y me dije:

—Son las once.

Ahí continué, recargado contra la pared, inmóvil como estatua, cuando de pronto me sacó de mi abstracción el ruido de una puerta que se entreabría. Miré con ansiedad a la puerta y las ventanas de la casona de Don Laureano, pero todo permanecía igual. Las puertas de aquella casa que encerraba el tesoro, estaban cerradas a siete llaves.

Pasó otro gran rato. De pronto hirió mis oídos un ruido seco. Muy cerca de mi cabeza pasó algo zumbando. Al principio no comprendí de lo que se trataba, pero alzando la vista noté que un buen trozo de mezcla de la pared sobre la cual me encontraba reclinado, había caído a mis pies.

No cabía duda, había sido un balazo. Sí, y un balazo dirigido a mí.

Con la velocidad de un rayo pensé en la probabilidad de que mi misterioso enemigo secundara su acción, quizás con más éxito, y sin pensarlo mucho, puse tierra de por medio, a toda prisa.

*Capítulo XVI.*

Serían las once de la mañana del día siguiente, cuando recibí dos cartas. Una de ellas había sido recogida por Blanca en el correo y la otra fue puesta en mis manos por un mandadero.

La primera me intrigó tanto como a Blanca, a quien veía yo haciendo rueda a corta distancia, sin duda empujada por la curiosidad. La segunda era de Don Quijo, bien lo denunciaba el tipo de la letra inglesa y el "Mr." que precedía a mi nombre.

No es para describirse el estupor mío al romper el sobre de la primer misiva y encontrarme con que estaba firmada con este nombre:

—"Clemencia".

Con ansiedad recorrí los pocos renglones de que estaba formada y que decían así, sin quitarle ni ponerle ni una sola coma:

"Rafael:

"Por Dios te ruego que ya no vuelvas en la noche. A papá no le gusta. El fue el del tiro. No vayas a creer que tenía malas intenciones. Sólo quería asustarte. Así es él; perdónalo por mí.

Clemencia".

A un sentimiento de enemistad por Don Laureano, siguió en mi pecho otro de ternura inmensa por la santita, que lo opacó todo, dejando en mi corazón un sabor a mieles. Corrí con la carta a mi cuarto, esquivando un encuentro con Blanca, y ahí encerrado, leí una y mil veces la carta de Clemencia, tratando de encontrar otro sentido a cada frase del que, naturalmente, llevaba.—Ella me ha escrito pensaba yo—, luego me quiere. Sí, me quiere.—Esta certidumbre se metió en mi alma dulcemente.—Si no me quisiera, ¿se habría tomado el trabajo de escribirme aquella carta, sabe Dios con cuántos trabajos, para quitarme un temor que sabía ella me tenía hondamente preocupado?

—¿Conque quiere asustarme el tal Don Laureano?—me decía sonriendo desdeñosamente ahora que ya sabía lo de la broma.—Pues va a ver quién es el asustado.

Por la ventana de rejas de fierro asomó la cabeza coqueta de mi hermana Blanca.



—¿De quién es?—me preguntó la muchacha ya sin poderse contener.—¡A poco dirás que es de Clemencia...!

No estaba yo de vena para enojarme por nada de este mundo, así es que con la sonrisa en los labios, dije:

—Sí es, mira la firma—y tapando con la mano el resto de la carta, mostré a mi hermana la firma adorada.

Quedóse la muchacha asombrada y por fin pudo decir:

—Pero eres un hombre de suerte. A nadie le había escrito Clemencia antes. ¿Cómo hiciste tú, qué le contaste?

—Nomás que la quería.

—¿Y te corresponde?

—No, pero como si lo hiciera—dije vanidosamente, y cerrando la ventana dejé a Blanca sumida en grandes cavilaciones respecto al contenido de la misiva.

Cuando se me hubo calmado un tanto la emoción que la primera carta produjera, abrí la otra que, escrita con caracteres firmes y bien trazados, decía así:

“Dear friend...It is the day of the nuptial flight. ¡Begorrah! Come and see it.—T. Quijo”.

La carta o recado, traducido al español, decía:

“Querido amigo: Hoy es el día del vuelo nupcial, no deje de venir a verlo”.

Tentado estuve de faltar a la cita. Dí otro repaso a la carta de Clemencia, la cubrí de besos, y por fin decidí acudir al llamado de mi amigo, atraído por aquel maravilloso rito de amor y de tragedia de que tantas veces me había hablado Don Quijo con lágrimas de emoción en los ojos, pero que nunca había tenido yo la dicha de presenciar.

El vuelo nupcial de la abeja reina es la parte más poética, más sublime del colmenar. Es la hora del amor que llega en toda vida, que mete el desorden en la existencia y que embriaga de perfumes y colores. Cuando los rayos del mediodía caen perpendiculares, y el cielo está lípidamente azul, sale la reina de paseo, da algunos pasos cerca de su colmenar y luego se remonta al espacio, en busca del amor.

Pensando en Clemencia más que en el vuelo nupcial anunciado por Don Quijo, llegué a la casa del anciano. Noté que mi amigo había desmejorado mucho últimamente; que su rostro, de por sí enjuto, mostraba enormes cavidades en las mejillas, y que los huesos de la frente habían

adquirido mayor prominencia. Los ojos se habían hundido aún más.

—Por aquí—me dijo el hombre en voz baja, cogiéndome por una mano, y llevándome a la ciudad eterna. Tomamos asiento sobre unos cajones, y luego murmuró:

—¿Ves? Allá están los amadores.

Volví la vista al lugar que se me mostraba, y pude ver a una multitud de abejas machos que revolaban sobre los rosales, inquietamente. Eran, sí, los pretendientes de la reina. ¡Un verdadero ejército!

—Ahora aquí viene ya—me dijo Don Tomás, señalándome con su índice largo y descarnado a la abeja que, arrastrándose, salía de su colmena enmedio de un mundo de abejitas doradas que corrían inquietas en todas direcciones.

Torpemente dió algunos pasos la soberana, luego regresó al umbral de la colmena, y por fin se alejó más.

—Se está orientando para el regreso—me dijo mi amigo.

Luego continuó hasta enmedio del patio, allí alzó el vuelo, se posó sobre un rosal, e inmediatamente los machos se aproximaron a ella, pero al parecer sin hacerle muchos festejos. Se levantó nuevamente la abeja, extendió sus alas transparentes y empezó a ascender en espiral, directamente hacia el cielo que estaba empapado de sol.

Apenas había subido un poco, cuando los pretendientes a la real mano se echaron al espacio formando una nube inmensa. La reina continuaba subiendo, subiendo, y detrás de ella los amadores. Llegó un momento en que los más débiles se quedaron a la zaga, y convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos, bajaron a tierra. Mientras tanto, los más fuertes continuaban la persecución y nosotros, ansiosos, seguíamos las maniobras con ojos de impaciencia.

A medida que la Reina seguía en su ascenso embriagador, impulsada por la ley de las colmenas de que habla Maeterlink en su "Vida de las Abejas", sus perseguidores más débiles iban regresándose, y pronto la reina no contó sino con un séquito de fuertes pretendientes, formidables guerreros de las lides del amor. Y de entre aquella cohorte de fuertes varones su Majestad había de escoger al único, aquél cuya existencia habría de tener el privilegio especial de vibrar en brazos de la soberana por un momento en el espacio. Las vidas de todos aquellos miles

de machos habían sido inútiles. Su único objeto en la existencia había sido el de proporcionar de entre todos ellos al único señor y dueño de la joya del colmenar. El resto había de morir a manos de las industriosas abejas, obedientes servidoras de una voluntad superior.

—¡Ya es hora!—exclamó Don Tomás extasiado. Sus pequeños ojos azules brillaban de placer.

Efectivamente, ya la abeja reina había llegado al máximo de la altura, ya detrás habían quedado los restos vencidos del ejército de amadores, ya a su lado revoloteaba solamente uno, el más fuerte, aquél al que la naturaleza había encomendado la dulce y trágica misión de amar y ser amado por un sólo instante, en el vértigo de una pasión loca.

Giraban los dos animalitos uno en torno del otro, y de pronto se unieron, vibraron enmedio del cielo azul en loco giro de amor, se acoplaron sus cuerpos, sucedió el éxtasis nupcial, y de pronto la rueda formada por los dos amantes del espacio se desplomó, vino rodando por el espacio finísimo y ya cerca de la tierra, la reina volvió en sí de su transporte amoroso, se dió cuenta de que había pasado ya el instante único de amor en su vida, oyó la voz del deber que la llamaba en la colmena, y extendió sus alas para venir a posarse sobre el suelo, suavemente. Dió algunos pasos de mujer embriagada, y luego se dirigió a su colmena, metiéndose a ella enmedio de sus súbditos que la esperaban ansiosos.

Mientras tanto, ¿qué había sido del caballero dichoso, del amante de un segundo, del varón fuerte que había amado la Reina? Exangüe, casi sin vida, pues que había dejado la mejor parte de su sér, aquello que es el signo de la hombría entre los machos, en el regazo de la amada, había caído al suelo, donde ahora se debatía en una rápida agonía.

Poco después quedaba inmóvil. Había muerto. Con su vida había pagado el momento de gozo. ¿Pero qué más daba? ¿Acaso no había vivido en ese instante un mundo de felicidad? ¿Acaso no había amado y sido amado?

Inmóviles habíamos quedado mi amigo y yo, después de presenciar aquella maravillosa tragedia del amor, digna a mi entender de ser tomada en cuenta por poetas y filósofos, y de transmitirla a la posteridad en libros inmortales.

¿Acaso todo aquello no resonaba en mi alma como cam-

panita de anunciaciones? Sí, yo era entonces un caballero de amor, y aquel vuelo nupcial maravilloso de la reina abeja había despertado en mí asonancias misteriosas que hacían volver los ojos de mi espíritu a la mujer que amaba tanto, a aquella diosa de mi existencia por cuyos instantes de amor estaba dispuesto a ofrendar mi vida entera.

Si el enamorado ve en todo un reflejo de ella, ¿cómo no había de mirar yo en aquel espectáculo la gracia de Dios que anima todos los amores, y que a mí me había dado el mío para mi instante fugaz de placer?

Sacóme de mis pensamientos mi viejo amigo, diciéndome:

—Acabo de descubrir la misión del hombre, pero es cosa larga y aún no terminada. Después hablaremos de eso.

—En la vida de sus abejas la habrá encontrado, ¿verdad?—le pregunté sonriendo.

—Sí—dijo él seriamente. Ya hablaremos de eso en otra ocasión. Lástima que se nos vaya a echar la “bola” encima. Eso probablemente interrumpa mis estudios. Yo no soy partidario ni de unos ni de otros, yo soy amigo de la paz. Es cierto que he dicho en todas partes que Carranza es el zángano mayor, pero eso no quiere decir que los otros no lo sean. Por ahí se me acusa de huertista, pero no soy huertista. Soy amigo del hombre.

Y efectivamente, algo había oído yo decir de eso. En la calle se me había dicho que Don Tomás se carteaba con los huertistas y había quien hasta llegaba a sospechar que el viejo irlandés era un espía de los federales a los que les enviaba noticias e informes sobre asuntos de interés para ellos.

Si era verdad que se escribía con algunas personas ligadas al huertismo, dicha correspondencia era puramente amistosa, en muchos casos científica, y en ella no se tocaba para nada asuntos políticos. Yo mismo había escrito al viejo algunas de sus cartas y estaba enterado de su imparcialidad más que ninguno.

—Usted no debe temerle a nadie, Don Tomás—le dije—porque tiene la conciencia tranquila. En la calle se rumora que Monclova ha caído en poder de los federales y si así es quizás hoy en la noche empiecen a llegar los carrancistas, que tratarán de hacerse fuertes en el Puerto o seguir hasta Cuatro Ciénegas. Pero venga quien venga,

usted debe estar tranquilo. El hombre más bueno de Rosario no debe temer ni a Dios ni al diablo.

—Si no le tengo miedo a nadie—contestó Don Tomás riendo y dándome una palmadita en el hombro—lo único que me preocupa son mis estudios y mis abejas. ¿Quién puede asegurar que no me destruyen todo esto, que es el trabajo de mi vida?

—Pero, ¿por qué lo habían de destruir? ¿Cree usted que son tan salvajes?

—¡Quién sabe!—dijo el hombre—tú no sabes a lo que llegan las pasiones.

Aquellas inquietudes, no por su vida, sino por las de sus animalitos, y por las cosas útiles que de ellos aprendí, me llegaron al alma.

Despedíme de mi amigo asegurándole ir a visitarlo más a menudo y me dirigí a mi casa. En la calle me encontré con Lencho Flores. Quise volver una esquina para evadirlo, pero desde lejos me gritó:

—¡Epa, espérame!

No hubo más remedio; continué de frente y cuando estuve a corta distancia de Lencho, éste me dijo:

—¿No sabes lo que sucede?

—No.

—Pues que ya entraron los pelones a Monclova.

A pesar de mi enemistad por el Secretario, aquella noticia me impresionó y me ví obligado a preguntarle:

—¿Es cierto? ¿Quién lo dice?

—Acaba de comunicármelo el Presidente de Nadadores. Se nos ordena que tengamos listos algunos caballos y pasturas. Así es que ya verás, la noticia no puede venir de mejores fuentes.

Antes de llegar a casa ya me habían confirmado la nueva dos o tres personas más. Mamá la había recibido de Chonita y se encontraba a punto de soltar el grito.

El nombre de José María no se le caía de la boca.

—¿Dónde estará mi hijo? ¿Vendrá por aquí o se irá a Piedras Negras?—preguntaba sin encontrar quien le diera respuesta a sus preguntas.

Toda la tarde estuvimos a la expectativa. Los hijos de Don Juan se habían subido a los nogales tratando de escudriñar el horizonte, por el rumbo del Puerto. Nada; ni un sólo movimiento se notaba a lo lejos. Sacramento se tendía al pie de la montaña envuelta al parecer en completa paz, como si no se percatara del peligro. El puerto



abría apenas su boca obscura, presta a vomitar las falanges vencidas de Don Venustiano y quizás tras de ellas a las de Huerta. El valle querido de Rosario estaba en peligro de una invasión.

—Ahora me explico por qué no pasó el tren hoy en la mañana—dijo mamá.

Recordé que, en efecto, no habíamos oído el silbato de las máquinas, aun cuando no nos preocupamos por indagar con los vecinos si tampoco ellos lo habían oído.

Como a eso de las cuatro de la tarde gritó Faustino, el tartamudo, desde la copa de uno de los nogales:

—¡Allá viene una polvareda por la Polca!

La noticia corrió pronto de boca en boca por todo el pueblo. Corriendo pasaban hombres, mujeres y chiquillos a la plaza, en la esperanza algunos de ver pasar a sus hermanos, esposos; otros por curiosidad. El pueblo se puso en movimiento. Todo mundo se hacía conjeturas.

—¿Vendrán detrás de ellos?

—¿Qué pasaría con Don Venustiano y Don Pablo?

—¿Cuándo llegarán los pelones?

Unos contestaban a estas o parecidas preguntas con conjeturas, otros se hacían los desentendidos. Nadie, en realidad, sabía a punto fijo lo que pasaba. Lo único cierto era que los carrancistas venían, y que si venían no eran victoriosos, sino derrotados. Con los rostros alargados por el terror, las mujeres empujaban a sus maridos diciéndoles:

—Véte al cerro, tú, ¿pos qué esperas, que te lleven de leva?

Y los hombres se preparaban, unos para emigrar a los cerros, otros para unirse a los carrancistas. Los científicos, se nos dijo, habían puesto ya en lugar seguro sus recursos en metálico, enviado al Cañón sus caballos y atrancado las puertas. Pensé inmediatamente en Clemencia: comprendí las angustias de aquella casa, que como ninguna estaba expuesta a los actos vandálicos de los indisciplinados revolucionarios, siendo Don Laureano como era personaje el más saliente del mundo de los científicos en Rosario.

—¡Ya viene la polvadera por el rancho de Don Jaime!  
—gritó más tarde Faustino, mientras que en el patio se hacían lenguas las mujeres, mamá, Doña Natividad, Petra y mis hermanas, sobre la misteriosa “polvadera”. Chonita llegó poco después desolada gritando:

—¡Manuel no ha venido, Doña Carmencita. Se fue anoche al carrizo al Puerto, sabe Dios lo que le habrá pasado!

—Nada, mujer—le dijo mamá, dándole valor—los carrancistas no le han de hacer nada, y los federales no llegan al Puerto todavía. No tenga cuidado.

Estaba ya obscureciendo cuando entraron los primeros carrancistas al pueblo. Fue a esperarlos a la entrada de Rosario don Pablito Rosas, el Presidente, poniendo a su disposición cuanto había podido reunir, pero el jefe de los soldados que formaban la avanzada, pidió solamente lugar para meter a un herido y, si era posible, los servicios de alguna persona que pudiera curarlo.

—Parece que está mal herido—dijo el carrancista a don Pablito.—No sabemos si pasará la noche. El camino lo ha maltratado mucho.

En uno de los cuartos de la Presidencia fue metido el herido y colocado sobre un catre de tijera que el mismo Presidente hizo llevar de su casa.

Desde la puerta de la Presidencia oía yo los quejidos.

¡Qué tristes resonaban en la noche quieta, cuya calma apenas si era turbada por la charla en voz baja de los soldados que se habían sentado sobre la banqueta, con sus treinta-treinta entre las piernas, o por el triturar de los caballos en el patio de la Presidencia.

—¿Está muy grave?—pregunté a uno de los soldados señalando la puerta del cuarto donde se encontraba el herido.

—¡Quen sabe!—dijo el interpelado haciendo un gesto de despreocupación que me dejó confuso.

—Se ha venido quejando mucho—dijo otro que al parecer no era tan huraño como su compañero.

—¿Y fue en combate?—le pregunté.

—No—dijo él—veníamos saliendo de la Estación y lo alcanzó una bala perdida.

En esos momentos llegó Don Quijo, que había sido mandado traer para que hiciera una curación al herido. Entró el hombre al edificio, seguido por las miradas curiosas de los soldados y no tardó mucho en salir moviendo la cabeza.

—¿Qué hay?—le pregunté—¿se morirá?

—No pasa la noche—contestó Don Tomás emocionado.

—Ya les dije que lo dejen aquí, porque no aguanta la maltratada.

—Aquí tiene su familia—dijo en eso uno de los solda-

dos levantándose. —Por eso lo trujimos. Estos querían dejarlo allá en el Puerto, con los otros.

Como un relámpago pasó por mi imaginación la figura de Chema. Febrilmente, asomé a la puerta y claramente me dijo el corazón que no era mi hermano. La figura del soldado se destacaba a las claras enmedio de la habitación, vestida con burdo uniforme de caqui deslavado.

—¿Pero lo van a dejar morir solo?—me pregunté viendo que el infeliz no tenía otra compañía que la de una vela que parpadeaba tristemente y arrojaba la sombra del cuerpo sobre una de las paredes encaladas.

Don Tomás, me llamó a su lado y me dijo:

—Esto se pone feo. Me dicen que los federales vienen detrás de ellos, y que Carranza pasará hoy en la noche.

—Sí, pero, ¿y ese desdichado?—pregunté a Don Tomás, señalando el cuarto del herido, sin preocuparme nada por la suerte de los revolucionarios o de sus amigos.

—Ya le hice una ligera curación—me contestó mi viejo amigo—, y volveré más tarde; no lo dejaré un momento. Sólo voy a traer algunos ungüentos para aliviarle el dolor, porque esperar otra cosa es esperar lo imposible.

En esos momentos el herido empezó a quejarse nuevamente.

—Qué ruido mete ese, tú—saltó uno de los soldados.

He de saber quién es—me dije, y con firmeza, haciendo a un lado mis cobardías, penetré a la pieza del herido, me acerqué a éste de puntillas y al verle el rostro quedé paralizado de asombro.

¡Era Botín!

Botín que se debatía en las ansiedades del dolor, que se mordía los labios para detener los gritos que pugnaban por salir de su garganta, que se retorció entre las colchas que le habían echado encima. Aquel rostro del muchacho alegre y risueño era otro. De los ojos escapaban lágrimas que rodaban por las mejillas y que iban a perderse en las comisuras de los labios.

—¡Botín!—grité casi loco—¿qué ha pasado?

El muchacho entreabrió los ojos al parecer con gran esfuerzo, y dirigió hacia mí su mirada de moribundo. Noté que quería decir algo, porque sus labios se estremecieron, pero apenas un suave silbido salió de ellos, volviendo a quedar quietos, estereotipados con un gesto de dolor físico.

—¡Botín!—le volví a gritar cogiéndolo por una mano—Botín, ¿qué te ha pasado?

Otra vez volvió a entreabrir los ojos, y volvió a mover los labios débilmente. Nada. Si me reconoció no lo sabré decir nunca. Si pensó en sus sueños locos, en aquel momento en que a su vera estábamos yo y la figura descarnada de la muerte, nadie lo podrá saber jamás. De haber sido un héroe de novela hubiese hablado en su agonía de sus sueños de gloria, de mejoramiento y quizás hasta hubiera maldecido a la revolución que tronchara sus sueños. Afuera seguía la charla, ahora más fuerte, de los soldados y en la pieza contigua la voz de Lencho que daba órdenes. Pero en la nuestra reinaba el silencio, interrumpido de vez en cuando por el quejido de Botín, que me parecía en esos momentos la protesta suprema contra la muerte. La pieza era pequeña, desmantelada, con sus paredes encaladas llenas de abolladuras y descalabros por los que se veía la tosca mezcla o las costillas de los adobes. Del techo se desprendían largas hebras de zacate por entre los ennegrecidos morillos. El piso despedía humedad y malos olores.

¿Qué hacía yo ahí inmóvil, con los ojos fijos en aquel cuerpo mozo? ¿Por qué no corría a avisar a mamá, a Don Juan, a todos, que Botín estaba muriendo? No sabré decirlo. Parado permanecí, inmóvil como estatua frente al herido, sin saber qué partido tomar, sin preocuparme por lo que afuera de la pieza ocurriera. Aquella gran tragedia se había incrustado en mi corazón con fuerza desgarradora. Me había traído un despertar más crudo quizás que el fusilamiento de Arnulfo, ordenado por Don Venustiano.

La figura del gran patriarca de Cuatro Ciénegas se aparecía a mi mente, noble, serena, pero serenamente cruel, notablemente trágica. El, como diría Chema, llenaba ya toda mi mente, él era el responsable de todo, bueno y malo, que ocurriera en todas partes.

Esos pensamientos cruzaron por mi cerebro entretejidos con otros más inmediatos. Pensé en Doña Natividad. Pensé en Don Juan. Pensé en Petra y en los tres hermanos ciclópeos de Botín. Pensé en la tristeza de aquella vida llena de ilusiones, que apenas si había empezado a volar cuando ya sentía que le cortaban las alas. Y en medio de tal madeja de pensamientos, se me atravesó

también la idea del vuelo eterno de Botín, por una región propicia a los aventureros, a los que andan siempre a caza del ideal. Noté que Botín dejaba de quejarse, y que sus piernas no se movían.

¿Estará muerto? —me pregunté. Y ya sin miedo, como hermanado con la tragedia, me acerqué a él, le cogí la muñeca y sentí que latía el pulso.

—¡Vive!—dije en voz alta.

No sé cuánto tiempo pasé ahí. Me sacó de mi abstracción la entrada de Don Quijo, que traía debajo del brazo un paquetito.

—¿Qué ha pasado?—me preguntó.

—¡Nada!—le contesté, y repetí como atontado—¡nada!

Calóse mi amigo las gafas sobre su nariz, desenvolvió sus bártulos, y destapando un frasquito que contenía una pomada verde, se acercó al lecho. Yo no pude presenciar la operación. Los quejidos renovados del herido me dieron a entender que la amable mano de Don Quijo había aplicado sus ungüentos caseros. Pasó un rato. Luego mi amigo se acercó a mí diciéndome:

—No te quería decir quién era, pero ya lo has visto ¿Por qué no vas a avisar a sus padres? Siquiera que lo vean morir.

No cabía otro paso. Corrí desalado a casa. Junto al barandal se encontraba mamá rodeada de Petra, de Doña Natividad y de Don Juan.

No podré decir cómo dí la terrible nueva, porque mi estado de ánimo era tal, que creo estaba a punto de perder la razón. Yo sé que la dí. Recuerdo también haber oído gritos desgarradores, palabras de consuelo, haber visto que corrían algunas personas, que una de ellas, que ahora sé era Doña Natividad, caía desmayada. Recuerdo también que más tarde llegué, arrastrado por sabe Dios qué fuerza extraña, a la Presidencia, y que entre la boruca que armaban los soldados, una voz decía:

—Se petateó.

También oí entonces gritos de mujeres, y al asomarme al cuarto en que se encontraba el herido, ví a muchas personas alrededor del catre de lona, y la vela, que ya estaba acabándose después de haber llorado mucho, jugaba con las sombras en las paredes encaladas, mientras que Don Quijo, junto a la puerta, se persignaba y decía con su voz amable:

—¡Dios lo ha querido!



*Capítulo XVII.*

Aquella noche fue de imborrables impresiones. Raúl me encontró en la Presidencia y me llevó con él a la Plaza, donde el aire fresco que empezaba a ventear me despojó un tanto el cerebro.

—¿Ya sabes que Botín murió?—le pregunté.

—Sí—me dijo—y todo por esta maldita guerra

¡Callamos los dos un largo rato, sin cuidarnos del ruido que metía la gente en todas partes. De muy lejos había llegado un rugido sordo hasta nosotros, como el batir de un tambor lejano.

—¿Qué será eso?—pregunté por romper el silencio más que por curiosidad.

—Dicen que son cañonazos, al otro lado del Puerto—contestó mi amigo.

—¿Tú crees que llegarán los mochos?

—La verdad, sí.

De pronto me levanté de mi asiento. Tenía necesidad de ir a verla, de saber que estaba bien, que hasta esas horas nada le había pasado. Y como no creía de justicia hacer que mi amigo me acompañara, le dije:

—Me dispensas, ¿verdad? Tengo que ir a casa.

—Yo voy contigo—me dijo. —Tú estás malo.

Fue imposible deshacerme de él. Nos echamos a andar hacia casa. El muerto estaba tendido ya. No habían querido sacarlo de ahí en la noche, y las mujeres lo velaban. Todavía salían sollozos y lloros por la chuparra puerta de la pieza, fuera de la cual se había reunido mucha gente atraída por la curiosidad. Todavía ví, destacándose por su altura entre todos, a Don Tomás, que, con la cabeza descubierta, permanecía frente al lecho contemplando con mirada fija el cuerpo de Botín.

Apreté el paso. Aquellos sollozos, aquel duelo, aquel espectáculo me eran insoportables. Llegué al barandal de mi casa. Noté que todo estaba obscuro adentro y seguí mi camino calle arriba, ya sin preocuparme de la presencia de mi amigo, que a mi lado iba.

La casa de Don Laureano estaba obscura y tranquila. Al parecer nada había sucedido ahí y sus habitantes se encontraban a esas horas durmiendo más que por reposar, por no mezclarse en el bullicio del pueblo.

Contemplé con amor los muros grisáceos de la casona, los ventanales de fierro, el portón de cedro.

—Está dormida—pensé—, y mi corazón se inundó de gozo. Luego, volviéndome a mi amigo, le pregunté:

—¿Y ahora?

—Vámonos—dijo con voz velada por la emoción.

Y nos retiramos de ahí, y vagamos por las calles negras, bajo un cielo entoldado y pardo, oyendo aquí el canto de un gallo, allá el rebuznar de un asno, más allá el agorero grito de algún buho que se ocultaba entre los nogales. Eramos dos fantasmas doloridos caminando en el vacío de una noche quieta y profunda.

Raúl no hablaba, pero no se desprendía de mí. Muchas veces le dije:—Véte, tendrás sueño.

—No—me contestaba—hasta que tú te vayas a acostar.

Pero yo no podía ir a casa. ¿Qué iba a hacer? Mis ojos no deseaban cerrarse, mis músculos pedían ejercicio. Quería verla, eso sí, pero aquello era imposible. Su casa estaba cerrada a siete llaves.

De vez en cuando tropezábamos con algún transeuntes que nos decía:

—¡Ay vienen ya!

Así pasaron las horas y como a eso de la media noche oímos tropel de caballos por la Calle Real, y hacia la Calle Real fuimos a ver qué había. Desde lejos vimos deslizarse entre la sombra a varios jinetes, cuyas cabalgaduras marchaban a paso lento, sin duda rendidas por larga jornada.

En la esquina de "La Fama" nos detuvimos y ahí vimos pasar, con intervalos cortos, a varios grupos de carrancistas. Los caballos apenas si querían moverse, los jinetes se encorvaban sobre las sillas de montar agobiados bajo el peso del sueño y de la derrota. Muchos llevaban del cabestro a cansadas mulas que parecían doblarse al paso de grandes bultos atados sobre sus lomos. A lo largo de la Calle Real se habían alineado muchos curiosos para ver pasar aquel desfile trágico. Los perros de la vecindad se lanzaban sobre las bestias, se metían ladrando en medio de sus patas o se alejaban amenazados por los carrancistas. La noche se había puesto obscura como boca de lobo y de aquellas nubes pardas y enormes, que entoldaban el cielo, empezaban a descolgarse gruesas gotas de agua que venían a estrellarse contra las banquetas o a perderse entre la arena de la ca-

lle. Raúl y yo nos metimos en el hueco de una puerta. El espectáculo era triste, llegaba al alma. Aquellos pobres soldaditos improvisados, que habían salido de sus casas como Botín, empujados por una quimera o por un ideal, perforaban con sus cuerpos las tinieblas, debajo de un cielo inclemente y con un destino hacia lo desconocido, que bien podía ser la victoria, pero que también podía ser la muerte.

Los veía yo sañudos como la noche, oprimiendo el dolor de la derrota entre sus brazos fuertes de mozos. Era aquel un ejército sin jefe, que marchaba hacia el más allá, sólo guiado por un instinto de salvación, o por un preuncio de victoria. No sonaba en él una sola voz de mando. Hubiera sido inútil exigirle compostura u orden.

Junto a nosotros echó pie a tierra uno de aquellos fantasmas. Hizo sonar sobre la banqueta sus espuelas y arrojó por su boca dos o tres palabras que no son para transcribir. Luego sacó de su maleta un pedazo de lona blanca, se la amarró a la cabeza y volvió a enhorquetarse en su mula.

—¿Y el jefe?—le preguntó Raúl.

—Por ay viene atrás, se nos quedó rezagao.—contestó el hombre, volviendo a emprender la marcha.

Sonaban en mis oídos los pasos de las bestias y el chocar de los cañones de las carabinas contra los remaches de las sillas, de manera lúgubre.

Así estuvieron pasando y pasando por mucho tiempo las huestes vencidas de Carranza, por aquella Calle Real, larga y obscura, bajo una lluvia menuda que todo lo empapaba. Raros eran los soldados que se detenían, ya para componer sus monturas, ya para esperar a algún compañero. Los más seguían su camino como temerosos de no llegar nunca al lugar de su destino, como si quisieran salir cuanto antes de aquel paso trágico.

—Vámonos a acostar—me había dicho Raúl ya varias veces, pero mi cuerpo no apetecía el sueño. Aquel movimiento continuo, aquel ruido incesante, me distraían siquiera de los pensamientos lúgubres que llenaban mi cerebro. ¿Qué hubiera sido de mí en aquel lecho de espinas?

Alguien dijo muy cerca de nosotros, no sé ni quién sería:

—¡Allá viene ya Carranza!

Volvimos el rostro maquinalmente hacia el lugar indicado, y pudimos distinguir un grupo de hombres a caballo, que avanzaba lentamente. A medida que se acercaba notábamos la diferencia entre aquellos hombres y los que habían pasado ya. Las pisadas de sus caballos resonaban más en firme; eran sin duda caballos de refresco. Los hombres iban más tiesos, habían sin duda cenado. Sus sombreros de ala ancha y firme, denotaban que debajo de los capotones de lluvia iba el uniforme del oficial de alta jerarquía.

Al frente del grupo y jinete en un caballo de mediana estatura, pero nervioso y firme, venía un hombre cuyo rostro no era posible distinguir, pero que parecía ser el jefe. Venía cubierto con un capote de lluvia color gris y cubría su cabeza un sombrero texano de ala ancha.

—¡Es él!

—¡Es Carranza!

—¡Es Don Venustiano!

Estas voces sonaron junto a nosotros. Se acercó la caravana a paso lento, pasó frente a nosotros, y a pesar de que nuestros ojos buscaron en la sombra el rostro del hombre, apenas si, a la luz de un relámpago, pudimos distinguir la barba blanca que caía sobre el pecho, como cascada.

Eso fue todo. Pasó la sombra, el fantasma, y pasaron detrás de él los oficiales de su comitiva. A lo lejos se perdió la mancha negra de la cabalgata.

¡Era él! A pesar de todas mis angustias, a pesar del desordenado estado de mi cerebro, el nombre del patriarca se incrustaba en mi mente como marca de fuego. Era él que pasaba sereno en medio de la tormenta, majestuoso en medio del fracaso, firme en medio de la derrota.

De aquel lugar me arrastró Raúl hasta la calle de Hidalgo. Yo lo seguí como un autómatas. Mi amigo se metió a mi casa, me condujo a mi habitación y me metió en el lecho. Yo sabía poco o nada de lo que ocurría a mi alrededor. Enturbiada mi imaginación por encontrados pensamientos, sólo sentía resonar dentro de mi cerebro dos nombres: ¡Botín, Carranza!

—Tienes calentura—me dijo Raúl.

Aquella voz tan conocida me llegó al alma. Era él, el

vencido y fuerte al mismo tiempo, el rival desgraciado, pero siempre el amigo.

Sentimientos dulcísimos invadieron mi alma. Cogí entre las mías calenturientas la mano de Raúl y la estreché con fuerza.

—Gracias—le dije—ahora vete a acostar. Ya estoy tranquilo.

—No—me dijo—mi tío (con quien vivía) se fue a Nadadores. Está la casa sola. Si quieres me quedo contigo.

—Entonces acuéstate—le dije—. Ya mis hermanas han de estar dormidas.

Acercóse mi amigo a la puerta del cuarto de mis hermanas, de puntitas, puso el oído junto a las tablas y luego volvió a mí diciéndome por lo bajo:

—Están hablando.

Sin duda mis hermanas oyeron nuestras voces, porque a poco sonó la de Blanca que indagaba:

—¿Rafail, ahí estás?

—Sí—le contesté.

—Figúrate que no ha venido mamá y esta tonta está muerta de miedo por los soldados.

—Dile que no hay nada, que son carrancistas—le contesté—; mamá está con un enfermo.

—Sí—continuó—nos dijeron que habían traído un herido. ¿Quién será?

—No sé, quién sabe—respondí—duérmanse. Dile a Hortensia que aquí estamos Raúl y yo, que no tenga miedo, que se duerma.

Raúl echó sobre una silla sus ropas y fue a acostarse en mi amplio lecho, lecho matrimonial que me dejara mi abuela, y que tan bien servía para la pareja de casados como para la pareja de amigos.

Así fue como aquella noche Raúl y yo dormimos juntos, bajo un mismo techo y en la misma cama. Parecía aquello una ironía del destino.

Toda la noche estuvieron pasando los soldados. De repente se oían pisadas de caballo que pasaban al galope por nuestra calle. Eran, sin duda, algunos descarriados que andaban en busca de alimentos, o quizás hijos del pueblo que se separaban de la tropa para saludar a sus familiares.

Me quedé dormido, profundamente dormido, pero ni en mi sueño fui abandonado del todo por los fantasmas que tanto atormentaban mi mente. Sé que soñé a Botín,



mandando un pelotón de soldaditos de mentiras, en las paradas que organizaba Don Feliciano para los días de fiesta nacional. Lo veía tieso como un gallito de papel, marchando con paso firme y el pecho salido; lo veía ponérseme enfrente y decirme en voz alta, como si quisiera vengarse, ahí que era jefe, de mis inconsecuencias de patrón chiquito:

—¡Firmes! ¡De frente! ¡Marchen!

Más tarde pasó por mi sueño Clemencia, vestida de blanco, toda sonrosada, saltando alegremente en nuestro jardín y metiéndose entre las matas de mamá, mientras me gritaba:

—¡Sígueme, sígueme, sígueme!

Me despertó un grito agudo de mujer. Ya el sol entraba por la ventana. A mi lado se encontraba Raúl, con los ojos abiertos, grandemente abiertos.

Había sido Hortensia; de labios de Blanca había sabido la noticia de la muerte de Botín.

Oí voces y pisadas de gentes que se entretejían haciendo vibrar el machimbre de los pisos. Luego sonaron sollozos débiles; después todo quedó en silencio.

Mamá entró en mi cuarto. Iba vestida de negro. Su rostro blanco y nobilísimo denotaba los efectos de la larga vigilia y de la impresión recibida.

Al ver a mi lado a Raúl, trató de sonreír y luego dijo:

—Vístanse para que vayan al entierro. Va a ser pronto porque Don Tomás así lo dispuso.

—¿No hubo noticias de Chema?—le pregunté.

—Sí—contestó ella—me mandó una carta diciendo que se iba para Sabinas con Don Pablo y que no tenga cuidado.

El cuerpo de Botín había sido conducido ya a su casa, al otro lado de la huerta. Cerca del mediodía lo fuimos a enterrar al camposanto de paredes derruidas, en que la hierba crecía libremente sobre las tumbas y los mochuelos hacían sus nidos en las criptas de los ricachones, también harto descuidadas.

La caja de madera tosca, construída a toda prisa por el carpintero del lugar, y forrada con indiana negra, fue conducida en hombros hasta el cementerio. Don Juan y sus hijos marcharon detrás de ella. Ni Doña Natividad, ni Petra, ni mamá, ni mis hermanas tuvieron fuerzas para ir al entierro.

Sólo unos cuantos amigos de Botín fuimos a despedirlo

El resto del pueblo se preparaba para recibir a los federales

Cuando volví a Rosario logré separarme de mis amigos y pasé por la casa de Clemencia. Se encontraba la santita sentada en su zaguán con una canasta de costura en el regazo. Me pareció bella, más bella que nunca. Sus dedos finísimos tiraban de las hebras de hilo exquisitamente. Ya sin temores, me detuve frente a la puerta y la saludé.

—Buenos días.

—Buenos días—me contestó algo asombrada, clavando en mí sus ojos negrísimos.

—Llegué a saludarte, y a ver cómo han estado; no tengas miedo, si me encuentran aquí inventaré cualquier cosa.

—Por ahí anda papá—me dijo ella con tono medroso, y echando una mirada de recelo hacia el vasto patio cuadrangular.

—Ya supe lo de Botín—continuó—no sabes lo que me ha afligido. Aquí estuvimos con mucho cuidado. Casi no dormimos en toda la noche. Teníamos miedo de que pudieran llegar

—Por fortuna ya pasaron todos—le dije—; yo creo que ya no habrá peligro.

—Sí, pero ¿y tú?—me interrumpió ella vivamente, bajando luego los ojos a la costura, como si pensara haber ido demasiado lejos al preocuparse por mí.

—No tengas miedo—le contesté con gozo mal reprimido—; no les temo. Lo único que me interesa eres tú... y después mamá y mi familia.

Luego, como si quisiera dar tiempo, antes de darme una mala nueva, Clemencia alzó hasta los míos sus ojos amorosos, y débilmente me dijo:

—Ni sabes. Papá quiere irse a Monclova.

—¿Y dejarlas?—exclamé vivamente.

—No, también nosotras nos iremos—. Pronunció estas palabras sencillamente, como si poca significación tuvieran para ella; pero en cambio, aquellos ojos angustiosos cuán tristemente me veían. Ya se había olvidado ella de los peligros de una aparición de sus padres, ya estaba sola con sus preocupaciones íntimas.

—No importa—le dije entonces dándome valor—que yo iré a verte de todos modos.

Aquellas palabras, pronunciadas con vehemencia, pa-

recieron agradecerla. Sonrió levemente y luego, con ternura, como para evitarme cualquier mal pensamiento, me dijo:

—Ya vete, ¿quieres?

—¿Y cuándo nos veremos? —le pregunté ansioso, embargado por ansias mil de arrancarle aquella contestación que nunca me había dado, pero que en sus ojos leía y que en sus palabras se reflejaba de continuo.

—No sé—contestó—, pero no ha de faltar modo. Si nos vamos ya te avisaré.

—Entonces, adiós.

—¡Sí, adiós!

Alargué mi diestra para coger su mano, que ella depositó en la mía confiadamente, tiernamente. Sentí que sus dedos finos oprimían los míos. ¡Qué suave la caricia de aquella mano! ¡Qué dulce su calor!

Con rápido paso me dirigí a mi casa. En medio de las perturbaciones de mi cerebro, ¡cuán dulces sonaban aquellas palabras de la santita de Don Laureano!

—¿Es mi novia ya?—me preguntaba, y si no sabía que contestarme, en cambio recordaba aquellas pupilas de Clemencia y no dejaba de leer en ellas que sí era mi novia, que era correspondido aun cuando la linda boca de la muchacha no hubiera contestado todavía a mi pregunta de la noche de mi declaración.

Apenas si paré mientes en que a menudo pasaban junto a mí, al trote largo de sus mulas, caballos o burros, conocidos que me gritaban:

—¡Vamonos al cerro, Rafail, quíay vienen los mochos!

—¡Al cerro!

Ese era el grito que resonaba en todo Rosario. Temerosos de la leva y de los crímenes que dizque los federales venían cometiendo, no había quien se quedara en sus casas. A la buena de Dios se lanzaban los hombres al cerro, llevando un buen liacho de tortillas y un puñado de chiles, atenidos a la prodigalidad de la naturaleza que no les había de negar ni quiotes, ni magües para hacer mezcal, ni uno que otro toro montaraz del que hacer cecina.

Se nos había dicho que en el Puerto se encontraba todavía un grupo de carrancistas, cuidando la retirada de Don Venustiano; pero también se rumoraba que de un momento a otro abandonaría sus posiciones ante el convencimiento de la superioridad numérica y de elementos de

guerra del enemigo. De suerte que si los federales no llegaban al día siguiente, no habían de tardar mucho. Parecía que las calles habían sido barridas por un soplo infernal. Brillaba sobre su arena el sol del medio día quemante, y las casas de adobe parecían estar próximas a caer derretidas ante aquella lumbre formidable.

A la puerta de su casa Manuel González ponía la coyunda sobre las testas de sus bueyes y con toda calma, como si no tuviera ninguna prisa, los enganchaba a la carreta.

—¡Cho, Cho, Pinto!—gritaba de vez en cuando con su voz de bajo y seguía la operación.

—Yo no me he de ir—dije a mamá cuando hube llegado a su presencia. —Si me ha de pasar algo que sea aquí con ustedes.

—Sí, pero, ¿las muchachas?—me preguntó mamá preocupada a pesar de su proverbial firmeza.

—Que se vayan con Don Juan. Allá está más retirado, y creo que no se les ha de ocurrir llegar. Supongo que los mochos irán de paso. ¿Qué habían de hacer aquí?

—¿Sabes que ya Don Juan anda borracho?—me dijo mamá.

—Tiene razón—contesté—¿qué otra cosa podía hacer con su dolor?

—Por fortuna ahora no le ha dado por matar a Doña Natividad.

—¡En el estado en que está la pobre!...

Aquella tarde fue de incertidumbres. Mis hermanas fueron enviadas a la casa de Don Juan, desalojada por los tres mocetones, que habían sido enviados al cerro.

Mamá y yo solos en la casona, nos sentamos a esperar con paciencia los acontecimientos. Por fortuna, a eso del obscurecer, llegó Raúl diciendo que quería hacernos compañía, por lo que se llegara a ofrecer. Desde el jardín de la casa vimos cómo pasaban por la calle las caravanas de trabajadores que iban al cerro. Sólo nosotros permanecíamos firmes, esperando que el destino metiera su cuchara.

Ya estaba oscuro cuando empezaron a oírse en la lejanía repetidos golpes secos, como dados con una piedra sobre un tejado de madera. Venía el ruido arrastrado por el viento del Este y hasta nosotros llegaba perceptible.

Mamá estaba serena, resignada.

Yo, en mi inquietud, volví el rostro a Raúl, que tam-

bién permanecía firme, como queriendo preguntarle lo que era todo aquello.

—¡Están peleando en el Puerto!—dijo mi amigo.

En eso salió de su casa Chonita, gritando:

—Doña Carmencita, ¿oyó usted? Ya están peleando.

—Sí—contestó mamá—y no tardarán en llegar. ¡Ya se fue Manuel?

—Sí; no quiso dejar la carreta el testarudo. ¡Figúrese, ahora que me había prometido traer carrizo para techar la sala...!

—¡Qué lástima!—contestó mamá.

¡Chonita se metió en su casa y cerró de golpe la puerta.

Aquella espera se hacía intolerable, crispaba los nervios. Nos mirábamos los tres solitarios, sin saber ya qué decir, y a veces repetíamos las mismas palabras, que a fuerza de uso habían perdido ya su sentido.

Después de la primera tanda de tiros había reinado silencio absoluto en el valle. Ya no pasaba una sola alma por la calle de Hidalgo. Nosotros callábamos, como callaba la noche, en víspera de la invasión guerrera.

No habíamos tenido apetito. La cena estaba lista, pero olvidada.

De pronto bajó bramando de las serranías un rugido que rebotó sobre las casas de adobe de Rosario, se metió en todas partes, despertó las sombras dándoles vida inquieta, llenó de inquietudes nuestros pechos. Era el cañón. El primer cañón emplazado por los mochos de este lado del Puerto. Era el anuncio de la invasión. El primer grito de la guerra en el santo valle del Rosario. Ya estaban ahí. Volvimos la vista hacia el Puerto. Coronaba la cresta de la montaña un resplandor rojizo, una aureola gigantesca.

—¡Quemazón!—dijo Raúl por lo bajo.

Volvió a salir Chonita a la puerta de su casa, esta vez seguida de Lola.

—¡Están quemando los molinos, Doña Carmencita!—gritó.

—Ha de ser el de Don Julián Morales, que es carrancista—contestó mamá.

Momentos después pasó a galope tendido un hombre que no reconocimos. Gritó al pasar frente a nuestra casa:

—¡Prendieron fuego al molino de Don Julián!—y siguió su carrera desenfrenada.



No había transcurrido ni una hora siquiera cuando llegó a Rosario el puñado de carrancistas que habían quedado en el Puerto. Era Juan Romo y su gente, que por conocedora del terreno, había recibido el encargo de molestar a las avanzadas federales. Quise ir a su encuentro, pero esta vez la voluntad de mamá se sobrepuso a la mía. Raúl sí logró desprenderse de nosotros, y poco después volvió diciendo:

—Viene furioso, no es el mismo. Ya mandó por los científicos para pedirles dinero, y quién sabe cómo les vaya. Dicen que los federales no se desprenderán del Puerto hoy en la noche por temor a emboscadas, y éstos se quedarán aquí haciendo diabluras.

—Nosotros no corremos peligro por ahora—dije a mamá en tono suplicante.—Pero ella sí—agregué señalando con la diestra calle arriba.

Mamá comprendió.

—Anda—me dijo.

Dejéla acompañada de Raúl y a toda prisa, casi corriendo, me encaminé a la casa de Clemencia. Desde lejos pude notar que un grupo de caballos se encontraba a la puerta de la casona. Apreté el paso y al llegar a la puerta, me topé con un soldado que sacaba de la garrucha uno de los caballos de Don Laureano, el mismo en que fue Clemencia al día de campo del Cañón. Me metí hasta el patio y al fondo de él me encontré a Doña Jesusita, temblando la pobre, y sujeta al interrogatorio de un oficial de recios gestos y bigotes enormes:

—¿Ontá su marido?

—No está aquí, señor, fue a Ciénegas a un negocio.

—Pos el jefe quiere cinco mil pesos.

—¡Jesús,! pero, ¿de dónde,? si ni todo lo que tenemos vale eso.

—Pos le quemamos la casa.

Me dirigí al grupo. Antes de llegar noté que por la puerta de la cocina, al fondo, asomaba el rostro de Clemencia. A ella me dirigí, y ya a su vera, le dije:

—Yo los voy a entretener y ustedes se salen por la huerta y se van a casa. No está aquí Don Laureano, ¿verdad?

—No—dijo ella temblando y mirándome amorosamente con sus ojos negros.

Entonces me acerqué al soldado y a Doña Jesusita y

dije, procurando hablar con voz fuerte, a fin de que no me traicionara la emoción:

—Amigo, hay que respetar esta casa. Las mujeres no pueden pagar por lo que hagan los hombres.

Me vió de arriba abajo el carrancista, luego sonrió bajo su espeso bigote y con tonito de sorna interrogó:

—¿Y usted quien es, a todo esto?

—Soy amigo de la casa—le contesté sin desconcertarme—y amigo de Juan Romo y de Don Venustiano.

Soltó una homérica carcajada el hombre, se volvió a sus subordinados que esperaban en el otro extremo del patio y gritó:

—¡A ver, muchachos!, ¡llévense a este loco al cuartel!

Se destacaron dos fornidos carrancistas del grupo y avanzaron sobre mí.

—Y ustedes—gritó el hombre al resto de los soldados—, llévense lo que quieran y prendan fuego. Al probe de Don Julián le quemamos su molino.

Pronto me ví cogido por ambos brazos y arrastrado hacia el zaguán.

—¡Bandido!—grité en el colmo de la ira—¡vas a ver lo que te pasa con Juan!

Sacó el oficial entonces con un movimiento violento su pistola, la levantó y...sonó un grito de mujer. Era Clemencia que había estado a punto de perder el sentido.

El oficial volvió la cara adonde estaba la joven y dijo sarcásticamente:

—¡Alguna gata!—y luego dirigiéndose a los soldados: —¡Vamos, arreen!

Fuí arrastrado por las calles hasta la Presidencia. Me metieron a empellones hasta el lugar donde se encontraba Juan, que al verme, exclamó:

—¿Qué pasa, Rafail?

Al notar la manera como se me recibía, mis dos custodios dieron un paso hacia atrás. Uno de ellos, sin embargo, logró decir:

—Usted dispense, Capitán, pero Pedro Flores nos mandó...

—Pero, ¿de qué se trata?...

—Se trata—le dije indignado—de que ese tal Pedro va a prender fuego a la casa de Don Laureano. Eso es un crimen.

—Eso es la revolución—me dijo Juan sonriendo—.

Los mochos acaban de quemar el molino de Don Julián, y ni quien diga nada.

Lo miré de arriba abajo, conteniéndome para no cometer una indiscreción y dije suavizando la voz:

—Usted que es hombre valiente y no un bandido, debe ver porque dos mujeres inocentes no caigan en manos de la soldadesca.

Aquellas palabras tuvieron rara virtud. El hombre frunció el entrecejo, pero sin duda, halagado por mi elogio, me contestó:

—Será la mujer y la muchacha de Don Laureano. ¿no?

—Sí—le contesté.

—Pos tá bueno—dijo, y volviéndose a un subordinado, le ordenó:

—Anda tú a ver a Pedro y dile que mande a las mujeres a...

—A casa—interrumpí—allí estarán bien.

—Bueno—agregó Juan guiñándome un ojo socarronamente—que lleven a la niña anca Doña Carmencita. A la niña y a la mamá—agregó volviendo a cerrarme un ojo.

Aquella alusión velada, no obstante haberme causado al principio alguna indignación, pronto me hizo gracia y hasta llegué a agradecer las suspicacias del guerrillero.

—¡Gracias!—le dije a Juan.—Hasta luego.

—Adiós, muchacho.

Al salir por la puerta de la Presidencia ví a Lencho que venía tropezándose, cargado con la cena de Juan que él mismo había ido a traer. Don Pablito, el Presidente, se encontraba para esas horas en el cerro.

No bien hube llegado a la calle de Hidalgo, cuando ví a lo lejos llamas inmensas que se alzaban de una casa, casi a la salida del pueblo. Se levantaban en el aire por detrás de las copas de los nogales que se inclinaban hacia la calle. Iluminaban todo el cielo como majestuoso fuego de pirotecnia. Era la casa de Don Laureano. La amenaza había cristalizado.

¡Aquella era la guerra!

Junto al barandal de mi casa se encontraba un ente enclenque que al mirarme se irguió cuan alto pudo, que no era mucho, y señalando con una mano descarnada el incendio lejano, me dijo:

—“¡El pueblo tiene hambre y sed de justicia”!

Era Guardado, Guardado que aplicaba la frase de cajón que le enseñara yo para su “espiche”.

*Capítulo XVIII.*

Ya se encontraban en casa Doña Jesusita y Clemencia. Nunca olvidaré los ojos amorosos de la muchacha, que me miraron cariñosamente cuando entré a la sala, donde mamá prodigaba toda clase de atenciones a la señora, dándole agua de sal, remedio eficaz contra el susto y curándole el espíritu con palabras de ternura.

—Los soldadotes horribles querían prenderle fuego a la casa, Doña Carmencita—decía la mujer, que era algo mitotera—y estaban empeñados en ver a mi marido para que les diera cinco mil pesos. Vea usted si no es grosería.

—Así es la guerra, todos son iguales—decía mamá, tratando de evadir cualquier discusión partidarista con la mujer rival en política.

—¡Dios Santísimo!—continuaba luego lamentándose la mujer—si encuentran a Laureano lo fusilan. Se fue con Timoteo —continuó por lo bajo, temerosa de que sus palabras fueran a ser oídas por gente extraña—y está seguro en su casa. Nadie se lo imagina.

—Ahora que ya está aquí Rafail—dijo mamá—sería bueno que fuera a dejar a Clemencia a la casa de Don Juan —ahí están las muchachas por seguridad. Nosotras, las viejas, nos quedaremos aquí.

—Pero Clemencia—comenzó diciendo la mujer tratando de expresar un pensamiento que a mí también se me había ocurrido y que no era otro que el de lo inconveniente de que llevara yo a la joven enmedio de la obscuridad, por la inmensa huerta. Mamá comprendió al instante la objeción y se apresuró a atajar las palabras de la señora, diciendo como que no se había dado cuenta de la situación:

—Por ahí anda Raúl. Entre los dos la llevarán.

Ella no había hablado una sola palabra. Quieta permanecía sentada junto a una puerta, con los ojos fijos en el suelo, levantándolos de vez en cuando para mirarme. Parecía tener ganas de llorar. ¡Pobre muchacha, estaba asustada! Y yo sin poder arrimarme a ella para decirle palabras dulces, para asegurarle que no corría ningún peligro mientras pudiera yo dar mi vida por ella.

Raúl que andaba por la cocina viendo por la existencia, acudió a mis gritos; mamá echó sobre la cabeza de

Clemencia un manto negro, y los tres nos metimos por los largos andadores de la huerta amada. Ella, la bien amada de ambos, por delante, pisando apenas la tierra maciza, como si quisiera volar para llegar pronto; nosotros, los amantes rivales, detrás, callados, sombríos como la noche. Así avanzamos poco a poco, por temor a resbalar. Pasamos las viñas olorosas a frescura, los chavacanos y los damascos que parecían fantasmas en medio de la noche, y oímos cantar el agua del uso, que corría loca, desalada, sin quien la aprovechara en aquella noche de inquietudes.

De pronto sonaron por el lado de las compuertas tres golpes secos, tres tiros, que rompieron la calma de la noche santa. Clemencia lanzó un grito, que quizo ahogar en la garganta, pero que salió de su boca, expresión de estado nervioso.

—No tengas miedo—le dije apretándole un brazo y acercándome a ella.—Si no es nada.

Sentí que su mano, fría, suave, se alzaba hasta posarse en la mía y me la apretaba con fuerza, nerviosamente. ¡Qué suave deleite,! ¡qué delicioso sentimiento de dulzura corría por todo mi cuerpo!

¡Cuántos deseos tuve de cogerla con mis fuertes brazos y estrecharla contra mí! Tentado estuve de hacerlo y creo que de no haber ido Raúl con nosotros hubiera temblado entre mis brazos.

Sentí que su mano se deslizaba suavemente hasta apartarse de la mía, y yo retiré mi brazo.

Raúl callaba. Su alta y fornida figura seguía mis pasos, como una sombra grande mía, que no quisiera separarse jamás. Así avanzamos sobre los andadores que a veces se cerraban con el follaje de los granados. Entonces me adelantaba yo, separaba las ramas y dejaba pasar junto a mí el cuerpo de la santa, que trascendía a olores mansos y puros, embriagándome los sentidos en dulce paz.

Hubiera querido que la caminata fuera eterna, pero no. Pronto, demasiado pronto llegamos a la casa de Don Juan, que se encontraba ya sumida en sombras y en quietud. Llamé fuertemente y después de un largo rato en el que oímos cuchicheos, voces en sordina, la voz de Doña Natividad sonó:

—¿Quen es?

—¡Nosotros! yo, Rafael, ¡abra!



Abrióse la puerta. Explicamos el caso. Aparecieron mis hermanas, recogieron en sus brazos a nuestra linda compañera, y la arrastraron tras ellas, haciéndole mimos.

—Pos ay tiene—dijo Doña Natividad—que Juan está borracho. Siquiera se durmió. Ansina no muele gente.

Nosotros volvimos a casa, silenciosos, como sombras fantásticas por enmedio de los andadores oscuros.

x x x

Se abrió el día siguiente. Juan Romo había desaparecido dejando tras sí un pueblo desolado. Nuestra Señora del Rosario se arrebujaba en un manto de infinita melancolía y de temor. Por sus calles desiertas soplabá un viento candente que levantaba remolinos de tierra y doraba los adobes de las casas. Ni un alma pasaba por las calles.

Romo había hecho de las suyas. Con amenazas había logrado préstamos forzosos, caballos y demás objetos que eran necesarios a su tropa, arrancándolo todo ello a los científicos más salientes.

Muy temprano llegó Chonita con esta noticia:

—¿No ha sabido, Doña Carmencita, que se llevaron a Don Tomás?

—¿A Don Quijo?

—Sí, sí, al mismo.

—¿Quién se lo llevó?—tercié yo, interesado en aquella nueva.

—Los carrancistas; figúrese que alguien les dijo que estaba en correspondencia con los federales y hay lo llevan al pobrecito pa Ciénegas. Dicen que lo llevan a pie.

¿Era aquello posible? Corrí a la casa de mi amigo. Atravesé las calles desoladas, en cuyas casas apenas si daban señales de vida sus escasos habitantes al entornar alguna puerta, al sonar alguna voz reclamando silencio...

Llegué a la casa de mi amigo; llamé a la puerta fuertemente. Silencio. Miré por el ojo de la llave y delante de mí se extendió el patio, con su ciudad eterna, siempre joven y fuerte. Las abejas zumbaban entretejiéndose por todas partes, entraban y salían a sus colmenas sin preocuparse para nada por la ausencia de su amo, del viejo bíblico y puro.

Volví a llamar, ahora con más fuerza, empleando un guijarro. Resonaron los golpes en la calle. Un muchacho, todo mugroso, apareció en la puerta de su casa cercana, saliendo de ella como un fantasma en aquel mundo de quietud, y me gritó:

—Oiga, que dice mi mamá que no estoy.

—¿Dónde está?—le pregunté al mismo tiempo que cruzaba la calle para acercarme a él.

—Pos no sé; dice mamá que se lo llevaron.

—¡Señora—dije en voz alta en la puerta de la casucha —¡señora!

Salió la señora de la casa, una mujer desmedrada y de aspecto tristísimo, que avanzaba con repugnancia, como temerosa de la luz.

—¿Quiere decirme dónde está Don Tomás?—le pregunté.

—Pos se lo llevaron —contestó con voz suave, como si estuviera a punto de ahogársele en la garganta.

—¿Quién se lo llevó, sabe usted?

—A la madrugada llegaron unos de a caballo. Tocaron en la puerta. Luego salió el probe señor, y ellos lo agarraron. Estaba todavía oscuro, pero yo vide por la gatera, y lo conocí al señor, que tan bueno era cuando estaban malos mis muchachos. Lo amarraron y le gritó uno: “cuele, traidor” o una palabra ansina.

—¿Y él qué dijo?

—Pos no dijo nada, el muy santo. Comenzó a andar y otro le dijo:—“Pa que no ande con los mochos”.

¡Luego era cierto! ¡Entonces aquellas hablillas que habían estado corriendo por el pueblo habían dado frutos! Volví a casa. Conté a mamá lo ocurrido y ella:

—¡Pues qué vamos a hacer! La guerra es así,—dijo.

—Esta guerra es infame—grité sin poderme contener.

Mentira que se esté luchando por un ideal. Se pelea por el botín, como en los siglos antiguos. Se aplica la venganza, la injusticia, se martiriza al inocente. La guerra es la maldición.

—Hay de todo—contestó mamá con voz suave y humilde —; hay quienes luchan por un ideal.

No quise discutir con ella. Cerré el pico y esperé el curso de los acontecimientos.

Como los hijos de Don Juan se encontraban ya en el cerro, por temor a la leva, hice que Raúl subiera al nogal “nacido” para que nos comunicara la proximidad de

los federales, que sin duda llegarían de un momento a otro de paso para Cuatro Ciénegas.

—¿Qué hay, tú?—le gritaba de vez en cuando

—Se vé una polvareda por Sacramento. Creo que van para allá los mochos.

Toda la mañana la pasamos en absoluta tensión nerviosa.

—¡Ay vienen ya!—decía alguien que pasaba.

—No vienen aún—comunicaba otro

—A mi Lola la escondí en la sala caída—dijo Chonita.

—¡Cuentan que vienen haciendo tantos daños!

Y luego Raúl, desde su atalaya, gritaba de vez en cuando:

—¡No hay novedad!

Noté que Guardado paseaba agitadísimo por la banqueta central del jardín con las manos apretadas atrás, dando grandes pasos, y de vez en cuando deteniéndose para contemplar por varios minutos cualquier hendedura abierta entre las losas. El hombre estaba preocupado.

—¿Qué tienes?—le pregunté por fin, no pudiendo resistir ya la curiosidad.

Alzó la vista, me miró con manifiesta seriedad con sus ojos pequeños de canica ágata y, por fin, abriendo aquella boca fruncida que sombreaban unos cuantos pelos que a modo de bigotes dejaba crecer, me dijo:

—Estaba pensando que Rosario necesita quen la salve.

—¿Pero está en peligro de muerte?

—Sí, pero no por la guerra. Que la salven de los científicos.

—¿Qué dices?

—Que se necesita un Presidente del pueblo, un revolucionario.

—¿Pero quién piensa ahora en esas cosas? Ahí vienen los mochos, es todo lo que sabemos.

Hizo un gesto de persona a quien no se comprende, y continuó sus paseos por la banqueta hasta que mamá lo llamó para que le llevara una tina de agua.

Antes del medio día fui enviado a la casa de Don Juan a preguntar cómo estaban las muchachas. La orden, recibida de mamá y apoyada por Doña Jesusita, no podía haber sido más agradable. Corrí por la huerta gozoso con la esperanza de ver a Clemencia. En la pequeña pieza que hacía de sala y recámara en la casa de Don Juan, y que se encontraba tapizada con muñecos recorta-

dos de periódicos y estampas de santos, estaban reunidas las muchachas. Se entretenían en jugar a la baraja, y según dijeron, habían gozado mucho.

—Nomás anoche tuvimos mucho miedo—me dijo Blanca.—Figúrate que Clemencia estaba muy nerviosa y tuvo una pesadilla. Quién sabe qué decía de soldados y de carabinas.

Dirigí la vista a la joven. Ella había bajado ya la suya como avergonzada, clavándola en un as de oros que tenía en sus manos.

—Y más noche—siguió Blanca,—oímos que se paraba un caballo junto a la puerta.

—¡Huy, qué miedo!— interrumpió Hortensia, cortándole a su hermana la conversación.

—Yo quería correr para la huerta, pero Don Juan...

Aquí soltaron las dos la risa. Clemencia seguía contemplando su as de oros.

—Pues Don Juan salió de la cocina y dijo:—"Hijos de un cristito, van a ver cómo les empujo un diablazo".

—¡Blanca!—torció Hortensia alarmada por aquellas palabras.

—Pues es la verdad, así dijo. ¿No fue así, Clemencia?

—La muchacha asintió con la cabeza, pero sin alzar la vista.

—Nosotras le dijimos que no, que no abriera la puerta. Hortensia se soltó llorando y luego se metió entre las cobijas. ¡La tonta! Clemencia y yo nos fuimos a la cocina. Mira que estábamos temblando.

—¿Y qué pasó?—pregunté impaciente.

Volvieron aquí a reír las dos muchachas. Clemencia, en esta vez, desfloró una sonrisa entre sus labios.

—Pues hay tienes que Don Juan, con Doña Natividad agarrada de la espalda, cogió el asador. No había otra arma, y abrió la puerta. ¿Y a que no sabes qué?

—No, ¿qué fue?

—Era un burro—dijo Blanca desternillándose de risa, y coreada en esta vez por Doña Natividad y Petra, que salieron de la cocina.

Clemencia había abierto un tanto su boca, como si hubiera querido reír en el coro, pero apenas si logró adornar su rostro con una sonrisa.

—¿Tú también te asustaste?—le pregunté.

—Sí—contestó alzando los ojos hasta mi rostro—estaba muy nerviosa con lo de aver.

—Sí, estuvo temblando toda la noche— medió Blanca—y no tenía frío, porque la tapamos y fue igual.

—Hasta ahora en la mañana se durmió—dijo Hortensia.

—¿Y Don Juan?—pregunté.

—Ay está acostado en la cocina—me contestó Doña Natividad.—El probe tampoco ha dormido.

Los prisioneros quedaron en su cárcel, a solas con sus pláticas y sus barajas, y yo volví a la casa de mamá, donde Raúl, desde lo alto de su atalaya, había anunciado ya que los federales se aproximaban, si la polvareda que se alzaba por el camino del Puerto no provenía de otra cosa.

Era la hora del mediodía. En el jardín brincaban los insectos de rama en rama poniendo en la calma de cementerio que reinaba, su nota de melancolía acentuada. Ahora sí que las calles se encontraban completamente desiertas; sus arenas hacían visos al ser golpeadas por los rayos de un sol candente.

Chonita había cerrado su puerta. Mamá no quiso hacer lo mismo. Había dicho:

—¿Para qué? Si han de venir, será peor que nos encuentren encerrados.

Raúl bajó del nogal. La duda se había trocado en certidumbre. Guardado, que por su misma ranquera y lamentable estado físico, estaba fuera de todo peligro, se había sentado junto al nogal “nacido”, y allí escribía sabe Dios qué cosas en una hoja de papel que sostenía en su rodilla. El Tumbalo estaba echado a la puerta, como centinela que tuviera encomendada la custodia de un tesoro.

Cuando mamá se dió cuenta de que la realidad se echaba encima, de que ya aquella no era una amenaza, sino un hecho, se acercó a mí y me dijo emocionada:

—Hijo, estaría bueno que te fueras al cerro...tú y Raúl. A las mujeres no les hacen nada, y menos a dos viejas como nosotras, pero a ustedes...

—No —le contesté apretándole una de sus manos adoradas—yo estaré donde tú estás. Me quedo.

Había sin duda gran resolución en mis palabras porque mamá no insistió.

Fuése secando una lágrima que había bajado hasta cerca de la boca, a reunirse con Doña Jesusita, que parecía estar muy ajena a nuestras preocupaciones. Sen-



tada en una mecedora austriaca, se daba vuelo sin cesar, enmedio del zaguán, lanzando a menudo miradas en dirección a la plaza, y a veces tarareando por lo bajo algunos sonos en boga.

Lanzó la señora un grito de júbilo cuando, por la puerta posterior, asomó la cabeza española de Don Laureano Rodríguez, y sonó su voz que decía:

—¿Se puede pasar?

Corrió la dama a su encuentro, lo abrazó, le llenó de besos, le prodigó mimos sin cuento, y luego lo condujo a la sala donde le proporcionó acomodo en una suave mecedora de cojín.

—¿Te dieron de comer, pobrecito?—le preguntaba.—¿Cómo pasaste la noche? De perros, ¿verdad? Pero ya no hay cuidado, los federales van a llegar.

Mamá no había ocultado un gesto de tranquilidad cuando vió aparecer a Don Laureano. Su calidad de científico, sus ligas con los federales, eran más que garantías para nuestra casa en el caso de que se avecinara algún peligro.

Don Laureano, que tenía aspecto de hombre cansado, contó cómo había estado en su escondite, metido entre una arcina de paja en la casa de un sirviente suyo, y cómo había estado en constante susirio temeroso por la suerte de su familia. Dijo que no pudiendo soportar la incertidumbre, había mandado a uno de los hijos de Timoteo a indagar lo que hubiera sucedido, el cual le llevó noticia de cómo su señora y Clemencia habían sido tratadas con groserías al principio y más tarde con toda clase de miramientos.

—No supe a qué atribuir este cambio—dijo Don Laureano.

—Yo te contaré después—le interrumpió Doña Jesusita.

—Ya estuve con Clemencia—agregó Don Laureano—llegué a ver a Don Juan primero porque no quise exponerme a entrar a las calles céntricas, temiendo que hubieran quedado rezagados. Ahí la encontré y ella me contó cuanto sabía. La pobre de mi hija está todavía asustada.

—Por fortuna ya se fueron esos...

Saltó Doña Jesusita, deteniéndose bruscamente, recordando sin duda, que era aquel en que estaba lugar poco apropiado para sus desahogos.

Había permanecido yo en el zaguán, desde donde veía de soslayo al hombre, no sin cierto recelo. Aun no le perdonaba el susto del balazo.

—Ahora no nos vamos a casa—dijo Doña Jesusita—porque Carmencita está con cuidado. Le haremos compañía, ¿verdad?

—¡Con muchísimo gusto—contestó el hombre—estando yo aquí, no tiene usted nada que temer—añadió dirigiéndose a mamá—. En esta guerra los amigos se han dividido, hasta los parientes, pero de Rosario nunca se dirá que las amistades se han traicionado. Si no, aquí tiene usted un ejemplo, un caso que me contaron anoche. En los momentos en que la soldadesca desordenada amenazaba con ultrajes a una familia científica, un joven de filiación revolucionaria puso en peligro su vida por acudir en su auxilio.

Sentí que mi corazón daba un vuelco alocado y tuve intenciones de huír, pero era tarde. Don Laureano se había levantado y avanzaba hacia mí:

—Venga acá, Don Rafai!—me dijo el hombre—todo me lo han dicho. A tí te debo, muchacho, más que la vida.

Y al decir esto me estrechó entre sus brazos musculosos y estuve a punto de quedar ahogado en su pecho.

Aquella escena melodramática me chocaba un tanto, pero no dejó de conmoverme. El espectáculo de por sí era para mover a llanto. Aquel hombrazo fuerte, adinorado, que por tantos años había sido el amo del pueblo, estaba a punto de estallar en llanto. Sus ojos azules de español estaban humedecidos. Quise decir algo, pero no pude. ¿Qué había de decir?

Acudió en mi defensa mi mamá, que dijo a Don Laureano las palabras que a mí me correspondía pronunciar:

—Pero si eso no fue nada, Don Laureano, usted sabe que Juan Romo es amigo de la casa, y lo que Rafael le pidió era imposible de negarlo.

—No diga eso, Doña Carmencita, su hijo tan se puso en peligro, que un carrancista sacó la pistola para matarlo.

Mamá no tenía noticia de aquella escena. De propósito se lo había ocultado yo, pero como quiera que los peligros pasados causan poca mella en el ánimo, no pasó a gran cosa su cuidado.

Desde esa hora hubo mayor calma en casa. Se propuso

que fueran traídas las muchachas para que no estuvieran sujetas a las incomodidades de la pobre casa de Don Juan, pero al fin se resolvió que la prudencia aconsejaba que permanecieran allá mientras duraba el paso de los mochos, para ahorrarles cualquier contratiempo. Mamá era ya otra mujer. Había renacido la calma en su rostro. Sus movimientos habían readquirido su proverbial gracia y majestad.

Sonó a la entrada del pueblo un largo toque de clarín. Contestó Túmbalo con un ahullido. Aquel toque, si era igual a los que habíamos oído antes, nos pareció distinto. Sonó en nuestros oídos como cosa extraña, no con el acento familiar.

—¡Ahí vienen!—gritó entusiasmada Doña Jesusita.

—Sí—contestó Don Laureano con un grave movimiento de cabeza, pero dejando ver a las claras en su semblante la alegría que lo embargaba.

Pasó a lo lejos, por la Calle Real, un jinete a galope tendido. Lo siguieron cuatro más. Dos perros, ladrando a todo pulmón, los seguían en su carrera. Sólo quedó detrás de ellos una nube de polvo.

En esos momentos vimos a Lencho Flores que pasaba por la calle en dirección a la plaza, con paso que más bien parecía trote largo.

—¿Adónde irá ese?—le pregunté a Raúl, desde nuestro escondite del zaguán.

—A recibir a los mochos—contestó mi amigo.—¡Ya sabes cómo es!

Vibraba de impaciencia mi corazón. Hubiera deseado verlos en montón, llenar la Calle Real con sus cañones y pasarse de largo sin dejar más huellas de su paso que una polvareda en el viento. Pero no, pasaron algunos minutos que se alargaron como siglos. Los únicos jinetes de marras volvieron a pasar allá lejos, ahora en sentido contrario, a todo galope, y seguidos de cerca por los perros. Repentinamente uno de los jinetes paró en seco su caballo, vimos que se llevaba la mano a la cintura, hacía un movimiento rápido y luego se oía una detonación. Uno de los perros empezó a revolcarse en la calle, lanzando lastimeros aullidos.

El jinete picó espuelas a su caballo y continuó su camino.

Nos miramos Raúl y yo asombrados. Doña Jesusita

trataba de sonreír, pero en su rostro se dibujaba una mueca lastimera. Don Laureano permanecía callado.

—¡Así es la guerra!—dijo la mujer volviendo el rostro a mamá y sonriendo de manera forzada.

—Sí—contestó mamá, moviendo de arriba abajo la cabeza.

—¡Sosíégate, Túmbalo!—gritó mamá al perro de nosotros que continuaba ladrando en medio del jardín.— Mete a ese perro, Guardado—agregó.

Llegó hasta nosotros un ruido sordo y continuado. No tardamos mucho en averiguar su procedencia. Era la artillería. Empezaron a pasar los mochos, con sus uniformes de dril blanco, con sus kepis del mismo color y motas rojas, y detrás de los soldados los cañones, tirados por varios troncos de mulas. Retumbaba entre las callejas el chocar de las pesadas ruedas sobre las piedras. A lo lejos parecía la soldadesca una parada vista en la pantalla del cinematógrafo, marchando tranquila, al parecer ajena a todo peligro, con movimientos pausados. Al principio la formación era casi de parada, pero poco a poco se fueron desprendiendo de ella algunos soldados, que se metían a las calles laterales y galopaban por ellas al parecer sin rumbo fijo, pero sin duda en el cumplimiento de alguna comisión. Uno de ellos paró su caballo frente a nuestro barandal y a su encuentro salió Don Laureano. Ambos hablaron un corto rato sin que llegaran hasta nosotros sus voces. Cuando volvió Don Laureano a nuestro lado, dijo:

—¿No se imaginan a quién buscan?—A Don Quijo.

—¡A Don Quijo!—exclamó mamá.

—¿Y para qué lo quieren?—pregunté yo.

—Pues dice ese amigo que aquí curó a algunos heridos carrancistas y que saben es partidario de Carranza.

—Y usted le dijo...

—Claro, le dije que Don Tomás no se metía con nadie, y que si había curado a alguien habría sido por amor a la humanidad.

—¿Y van a estarse aquí?—preguntó mamá.

—Esos van de paso, pero creo que vendrán más a la noche.

Otra vez volvió a dormir Rosario con el "Jesús" en la boca. Muy temprano enviaron los jefes federales por Don Laureano y éste se trasladó a la Presidencia donde, según nos dijo más tarde, fue recibido por Lencho

Flores, con golpecitos en el hombro. No tardó ni media hora el hombre en volver echando chispas.

—¡Canallas!—decía gesticulando—¡Es que echarme un préstamo a mí!

Todos quedamos sorprendidos, atentos a sus palabras y sin osar dirigirle ninguna pregunta.

—Si es uno enemigo, por eso, y si es amigo, por amigo. Me largo de aquí—y diciendo esto, cruzaba de un lado a otro el zaguán a grandes zancadas. Doña Jesu-sita, una vez pasado el sofocón, osó preguntar.

—¿Pero qué te ha pasado, por Dios?

—Nada, casi nada; que quieren quinientos pesos para mañana y que yo me voy en la noche.

—¿Pero el peligro?...

—¡Qué peligro ni qué ojo de hacha! Si uno lo soporta todo de los enemigos, está bien, pero de los amigos.... es el colmo. ¡Me largo!

—¿Y nosotros?—inquirió la mujer ansiosamente

Detúvose el hombre en medio del zaguán. Pareció meditar por un momento, y luego exclamó:

—Pues es verdad. Se vengarían en ustedes. Son unos canallas. Y ya un tanto calmado, agregó:

—Habrà que dárse los, y mañana mismo o cuando se pueda, nos vamos a Monclova.

—Y la casa, ¿no viste cómo quedó?—preguntó Doña Jesusita a su esposo.

Este volvió hacia mí su rostro, trató de asegurar su voz, y luego dijo:

—Como la dejaste. No ha pasado nada ahí.

¡Piadosa mentira! Donde la casa es más que hogar, santuario donde viven las reliquias de las viejas familias, cualquier daño en ella, no digamos el incendio voraz, hiere en el alma como si tocasen a la carne viva.

Esa noche no dormimos. Ya ni el respeto que infundía Don Laureano era suficiente para tranquilizar los ánimos. Porque, ¿cuál podía ser el poder de aquel hombre cuando hasta al mismo sagrado bolsillo llegaban las manos del amigo, para sacar de él por la fuerza, el préstamo forzoso?

Esta certidumbre reinaba en nuestro ánimo y como a esa confianza ya perdida se habían asido nuestras esperanzas como a la tabla de salvación el naufrago, quedaban desamparadas nuestras ansias.

El oído, a fuerza de escuchar en la obscuridad, se

percataba hasta de los más leves rumores. Si pasaba por la calle algún caballo, como que se detenía nuestra respiración en espera de algún grave suceso.

Cuál no sería nuestro temor cuando llegó a nuestros oídos el peculiar crugir de la puerta del barandal, al abrirse.

Estábamos todos en la coina, hacia la parte de atrás de la casa. Habíamos apagado la lámpara y, recostados sobre nuestras sillas, nos anegábamos cada quien en sus pensamientos.

Resonaron sobre las losas del corredor los pasos macizos de alguien que se acercaba a la puerta.

Doña Jesusita había perdido toda la calma que mostrara durante el día y se acercaba a Don Laureano, apretándole fuertemente un brazo.

—Yo voy—dijo mamá por lo bajo.

Quise detenerla, e ir en su lugar, pero me apartó de sí diciendo:

—A las mujeres nada les hacen.

En eso sonaron fuertes golpes sobre la puerta, dados sin duda con la culata de un fusil.

Encendió mamá la lámpara y avanzó con ella en una mano, caminando debajo de su aureola de luz por el zaguán.

Oímos desde nuestro retiro la voz de mamá que decía:

—Un momento, allá van.

Luego descorrió el cerrojo. Su voz sonó de nuevo:

—¿Qué se le ofrecía?

—Quero cenar—se oyó una voz aguardentosa y luego la de mamá que contestaba:

—A estas horas no tenemos nada.

—Pos a hacer—dijo la voz hombruna, bellacamente.

—Bueno. Amasaré harina y le haré tortillas—dijo mamá.—Vaya a dar una vuelta y vuelva, porque tardará.

—¿Onde hay trago?—preguntó la voz extraña.

—Ahí, en la cantina de Nicho, a la otra cuadra. Y es muy bueno—agregó mamá aprovechando la coyuntura para deshacerse del mocho.

—Giieno—contestó el soldado—pos ya vuelvo.

Silencio...

Luego volvió a rechinar el machimbre con los pasos de mamá y apareció en la puerta su figura amarillenta con el baño de luz. Su rostro era cadavérico, las cuencas de sus ojos se bañaban en sombras.



—Se fue—dijo —pero va a volver.

—Lo mejor será irnos—insinuó Doña Jesusita

—¡Irnos!—exclamó mamá—¿y si queman la casa?

Prevaleció el prudente consejo de Doña Jesusita.

—Es lo mejor—dijo mamá en voz que temblaba.

La arrancamos de allí, de su casa querida. Nunca olvidaré aquella noche, aquellas estrellas que salpicaban el cielo purísimo. La huerta se extendía delante de nosotros llena de sombras. Nos metimos en ella, caravana silenciosa, y avanzamos por ella, la inviolada aún, la llena de perfumes. De vez en cuando sonaba a distancia algún tiro de fusil, seguido por un coro de ladridos de canes. Se levantaban a nuestra derecha, y a lo lejos, al otro lado de las tapias de la huerta, las casuchas del pueblo, que parecían abandonadas.

Sería cerca de la madrugada, porque entre los chava-canos empezó a cantar un pájaro mañanero, y el hilo de agua de su trino se descargó sobre nosotros como una corriente eléctrica.

Salió a nuestro encuentro, de uno de aquellos andadores perfumados una figura que de pronto no reconocimos. No así ella, que nos interrogó sin el menor recelo:

—¿Onde van?

—¡Guardado! ¿Qué andas haciendo a estas horas?—preguntó mamá.

—No he podido dormir—contestó el hombre—he andado dando vueltas.

—A este le pasa algo—dije cuando el hombre se hubo pasado de largo.

Nadie me contestó ¿Quién iba a tener ánimos para fijarse en las preocupaciones de Guardado? Salió a recibirnos Doña Natividad al llamar a la puerta y nos dijo:

—Las muchachas se acaban de dormir. Estábamos con mucho miedo. Aquí nos dijeron que habían echado leva.

Mamá y Doña Jesusita se metieron a la casa y pronto oímos cuchicheos en sordina. Las muchachas habían despertado.

Los hombres buscamos refugio bajo una enramada de parras que a un lado de la casa se alzaba y allí nos tendimos sobre algunas mantas que habíamos llevado con nosotros.

Intentamos dormir. Fue en vano. Ya empezaba a aclarar por la parte del Puerto, cuando llegó Guardado.

—Han entrado en la casa y soltaron la caballada en la viña—nos dijo al parecer sin mucha zozobra.

—¡Jijos de un Cristito!—se oyó una voz fuerte y sonora, y a la vez se presentaba en la puerta de la cocina Don Juan, llevando en la mano su famoso cuchillo construido con un cabo de cuchara. Estaba el hombre todo mal fajado; el pelo en desorden caía sobre su frente.

—¡Me mataron a Botín!—dijo con voz sorda—y ora quieren también amolar la viña.

Corrimos hacia él y lo sujetamos por los brazos, mientras que mamá le decía desde la puerta, adonde había sido sacada por nuestras voces:

—¡Don Juan, por Dios, no nos comprometa!

Aquellas palabras obraron el milagro. Ocultó el hombre su arma, y con un gruñido sordo se metió a la cocina, donde habló solo por largo rato y luego se quedó dormido.

### *Capítulo XIX.*

A querer y sin ganas tuvo Don Laureano que presentarse muy temprano en la Presidencia, llevando consigo los 500 duros que le habían pedido los jefes federales. Volvió el hombre más tarde. Ya no lanzaba denuestos, parecía haberse resignado con su suerte. Nos llamó aparte a mamá y a mí y sin muchos rodeos nos dijo:

—Las cosas se han puesto aquí color de hormiga y después será peor. Me ha dicho el jefe que las órdenes que tienen los obligan a retirarse al Puerto, donde ya se están levantando trincheras, por ser ese el punto de mayor ventaja. También las fuerzas que marcharon a Ciénegas se regresarán. Todo el Valle quedará en poder de las pequeñas partidas carrancistas, que sin duda pasarán el tiempo batiéndose con los federales a diario. Y mientras tanto Rosario será quien pague las costas de la guerra. Los amigos le arrebatarán a uno lo que tiene en són de amigos y los otros en són de enemigos. Y eso no sería nada, si no estuviera uno expuesto a dejar la zalea en cualquier momento. Todo esto se lo digo para que se den cuenta de la situación. Es cierto que yo he perdido mi casa, cosa que no sabe aún Jesusita, ni se lo diré hasta que pase el tiempo, pero si aquí nos quedamos, podemos perder también la vida. Mi consejo es este: ustedes

tienen parientes en Nadadores y en Monclova. Yo estoy decidido a irme a este último lugar. Vámonos todos. Abandonemos a la "bola" todo lo nuestro, pero salvemos el dón máspreciado: la vida y quizás el honor de nuestras hijas.

Mamá pareció meditar un largo rato. Gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas. Su boca se contrajo en un rictus doloroso. Pero calló.

—Yo creo que tiene mucha razón Don Laureano, mamá,—tercié—Y no sería bueno desaprovechar esta oportunidad que se nos presenta porque con Don Laureano hay más probabilidades de ir seguros.

Mamá seguía callando. De pronto se levantó, dirigió su vista a la huerta que a lo lejos se extendía como un manchón obscuro, y por fin dijo:

—¡Está bien!

Eso fue todo. En aquellas dos simples palabras, bien lo sabía yo, estaba encerrada toda una tragedia. Porque la huerta y la casa eran parte de su alma. Y las iba a abandonar. Por aquellos andadores largos y floridos, se había deslizado su vida y su amargura. ¡Con cuán honda raigambre se agarraban a su alma aquellos árboles cuajados de frutos, aquellas enramadas llenas de verdura! Llamó luego a Doña Natividad para decirle:

—Doña Natividad, nosotros nos vamos. Ya le explicaré por qué. Dígale a Don Juan que le dejo todo, para que lo cuide. Que lo mire como si fuera suyo, pero que no se exponga en vano.

También la mujer soltóse llorando. En cambio, mis hermanas y Clemencia recibieron la nueva de la partida con jubiloso arranque. Para ellas era una aventura propicia a sus espíritus juveniles. Era el abandono de aquel encierro, era una vida nueva.

¿Yo qué más hubiera podido desear? ¿No iba ella acaso conmigo?

Ya entrado el día llegó Guardado, el mensajero, diciéndonos:

—Se fueron.

—¿Para dónde?—preguntó Don Laureano.

—Pal Puerto.

Emprendimos nosotros el viaje de regreso a casa. Se oprimía el corazón al ver aquellos destrozos en la huerta amada. Los caballos habían dejado desnudas las ramazones de las parras y roto con sus cascos los troncos y

las guías. Mamá lloraba en silencio, ocultando su rostro con un tápalo negro.

—Déjese estar, Doña Carmencita—decíale la mujer de Don Laureano—que algún día se ha de acabar esta guerra, y la viña retoñará.

Clemencia estaba dichosa. Así me lo decían sus ojos negros cada vez que me veían.

—¿Y Raúl?—pregunté yo de pronto, echando de menos la presencia de mi amigo.

—Lo mandé a buscar coche—contestó Don Laureano.

Si la vista de la huerta había causado a mamá hondo duelo, qué no sentiría su alma al ver cómo habían echado abajo las puertas de la casa, a hachazo limpio, para entrar a ella. Los muebles habían sido destruídos, las paredes se encontraban llenas de letreros obscenos pintados por la soldadesca. Y el jardín... ¡Ah, el jardín no parecía el mismo. Ni una sola mata había quedado en su lugar. Arrancados de cuajo por los caballos, yacían los varejones pelados sobre las banquetas. Hasta el “delirio de la noche” se enroscaba como víbora sobre las losas del andador central.

Tan luego como se dió cuenta de que habíamos llegado, Chonita corrió a saludarnos, seguida de su Lola.

—Doña Carmencita del alma—decía la mujer sofocada, y atropellando las palabras—mire qué salvajismo. Y la abrazaba y acariciaba.

Mamá no tenía ánimos para nada. La puñalada había sido en mitad del alma. Nosotros corrimos en todas direcciones, empacamos lo indispensable para el viaje, hicimos liachos de ropa, y Petra, que también iba a ser abandonada, moqueaba mientras que, en la cocina, preparaba la comida.

—Parece que pasó Judas por aquí—dijo Don Laureano. Se atareó luego el hombre en convencer a Doña Jesusita de que no era necesario que fuera a su casa a proveerse de lo necesario para el viaje.

—Sí allá compraremos todo nuevo, mujer—decía el hombre—. Esto va a ser cuestión de días.

—Sí, pero mi ropa—decía ella—¿cómo voy a irme así?

No hubo remedio. El hombre tuvo que decirle la verdad. ¡El incendio! Todo había sido destruído.

Salí presuroso de la casa. No quise presenciar aquella escena. Ví desde lejos que corrían las mujeres. Blanca me gritó desde el zaguán:

—¡Se desmayó!...

No tuve tiempo para seguir en mis meditaciones. Llegó Raúl y me dijo, jadeante:

—Ya están listos los coches...¡ah!...¿sabes? Que Don Quijo se ha vuelto loco.

—¡Loco!—exclamé—, ¿qué estás diciendo?

—Me lo acaba de decir Lencho. ¡Míralo, allá viene!...

—¿Quién?

—Lencho, hombre.

Efectivamente. Lencho doblaba la esquina de la Presidencia y avanzaba hacia nosotros, con pasos mesurados, zarandeándose con calma. Era el único hombre tranquilo de los pocos que quedaban en Rosario.

No quise esperar que llegara. Corrí hacia él y cogiéndolo por la solapa le pregunté:

—¿Qué hay de Don Quijo?

—Está loco, un poco más que de ordinario—dijo sin darle gran importancia al hecho.

—¿Pero qué le ha pasado?

—Casi nada. Se lo llevaron los carrancistas. En el arroyo le formaron cuadro para fusilarlo y dicen que lo hubieran hecho si no hubiera sido por un conocido suyo que lo salvó. Allí lo dejaron tirado y muerto de miedo. Alguien se lo trajo en un burro, no sé quién sería, y apenas llegaron al pueblo cuando se toparon con los federales.

—¿Y lo cogieron?

—Sí, lo trajeron a la Presidencia. Allí estaba yo.

—¿Y no hablaste por él?...

—Pero hombre—me dijo Lencho encogiendo los hombros—yo no podía ponerme mal con ellos.

—¿Y luego...?

—Le pidieron quién sabe cuánto dinero, dijo que no tenía, y entonces fueron y le destruyeron todas las colmenas.

—¡Bárbaros!...

—Y yo dejaron ir. Ahora dicen que se ha encerrado en su casa y que está gritando y diciendo disparates.

Volví a casa lleno de pesadumbre. Ya todo estaba listo para la marcha. Doña Jesusita había vuelto en sí y mis hermanas le prodigaban los cuidados del caso.

Las muchachas habían formado círculo debajo del nogal y ahí, gozosas, se contaban las impresiones de las

noches anteriores. Oí de pronto la voz de Lola que salía de las otras, aflautada y alta, y que decía:

—Ya nos dijo papá que le va a echar el techo a la sala, y a ponernos ventanas de fierro. Cuando vuelvan van a encontrarlo todo distinto...

Noté que Clemencia no podía aguantar la risa y que volvía el rostro para ocultarla. Aproveché la ocasión para llamarla. Ella se desprendió del grupo y fue hacia mí, hasta la plazoleta de los geranios, que habían quedado por los suelos, humillados y maltrechos bajo los cascos de los caballos.

El rostro de Clemencia denunciaba las noches de insomnio. Sus ojos se habían hecho más luminosos, y al parecer más hondos. Una suave mancha oscura los rodeaba dándoles aspecto de languidez y de mayor hermosura.

Se acercó a mí. Como nadie nos veía, cogí entre las mías una de sus manos y le dije:

—¿Has sufrido mucho!...

—¿Qué importa!—dijo ella haciendo una mueca encantadora.—Nos vamos y tú te vas con nosotros!

—¿Clemencia!—le dije con voz conmovida—este cariño mío, (¿puedo decir nuestro?) nació al calor de las pasiones. ¿Durará eternamente?

No contestó ella una sola palabra. Bajó la vista hasta clavarla en la punta de mis zapatos. Sus labios se contraían en un puchero que parecía el principio de un lloro de niño.

—Vamos a dejar todo esto; a nuestra Rosario, y todavía no me dices si puedo esperar tu cariño. ¿Me lo quieres decir ya?

Alzó su vista hasta que su mirada se posó en mis ojos. Me miró fijamente y luego, niña de pueblo que no olvida el ritual, me preguntó:

—¿Y me juras que siempre me has de querer?

—Te lo juro por lo que quieras, por mi vida, por mi madre...

Se llevó ella un dedo a los labios para imponerme silencio.

—¿Calla!—me dijo, volviendo la cara al grupo de sus amigas—que no vayan a oírlo. Se reirían de mí.

—Y tú, y tú, ¿me quieres?—pregunté sin hacer caso de sus temores.

Yo ya lo sabía. ¿Acaso no lo había adivinado? Pero



aquel "sí" de niña de pueblo, tan dulce, tan tímido que salió de sus labios, me transportó de júbilo. En esos momentos reverdeció para mí el jardín de mamá, florecieron los geranios marchitos, abrió el "delirio de la noche" su flor purísima y Rosario se llenó de rumores y de carcajadas de júbilo. Ella me había dicho que sí. Era mi novia. Mi novia, ¡cualquier cosa! ¡Ya tenía yo novia! ¡Y había que ver quién era ella! Clemencia, la más bella flor en el vergel de Nuestra Señora, la hija de Don Laureano el científico, la diosa de mi corazón.

¿Pero era posible que yo tuviera novia? Sí, aun cuando se resistiera mi pensamiento a comprenderlo, aquella muchacha de cara de santa que estaba frente a mí, cabe a la calle desierta, junto al jardín destrozado, sobre la desolación y la ruina del pueblo, era mi novia. Me lo acababa de decir con su propia boca. Si no, ¿por qué se ponía colorada, y con qué objeto destrozaba con sus manos la punta de su pañuelo?

Pues nada, que era mi novia.

—Me has de querer como yo te quiero—dije a Clemencia por lo bajo—y entonces has de ser mi esposa, ¿verdad?

—Si yo te quiero mucho—dijo ella por fin, y empezó a llorar.

¿Por qué lloraba?

—¿Por qué lloras? ¿Qué tienes?—le pregunté.

—Nada—díjome—no tengo nada. Es que soy muy dichosa.

—Y la noche del susto, cuando sacó la pistola el carrancista—le pregunté—¿qué pensaste?

—Anda, ni me acuerdes—me dijo recuperando su porte digno de siempre—estuve a punto de morirme.

—¿Por mí?

—Ya lo sabes.

—Ya vienen los coches—me gritó Raúl desde la puerta del barandal.

Aquella voz me sacó de mi mundo de ensueños. También en Clemencia pareció producir emoción. Yo noté cómo volvió sus ojos a mi amigo, y cómo trató de esquivar su mirada. A la llegada de los coches que habían sido conseguidos para el viaje, siguió la escena más conmovedora. Mamá fue arrancada de la silla en que se había sentado, y metida en el coche casi por la fuerza.

Doña Jesusita se encontraba casi en el mismo estado.

Mamá no lloraba. Echaba su vista de ensueño sobre las paredes de la casa, sobre su jardín, aquel jardín por donde había arrastrado su tragedia.

Las muchachas se acomodaron en uno de los coches, en cuyo pescante tomé asiento con el cochero. Atrás quedaba el grupo formado por Doña Natividad, Chonita, Lola y Petra, Don Juan quedaba en su casa, durmiendo la cruda, y Guardado había desaparecido.

En medio de adioses, de lágrimas y de recomendaciones, partieron los coches. Túmbalo hacía esfuerzos por seguirnos, pero Petra lo sujetaba con una fuerte cadena. Chonita gritaba desde la puerta del barandal:

—Me saludan al señor cura de Nadadores, no se les olvide.

Se desvanecieron los gritos. Sólo retumbaban en nuestros oídos el ruido ensordecedor de las ruedas del coche al chocar con las piedras de la calle y el trotar de los caballos.

Atravesamos las calles desiertas. Dijimos adiós a Lencho que estaba a la puerta de la Presidencia, en su puesto, como perro fiel a la chamba.

—Por la calle de Juárez—dije al cochero.

Con gran estruendo se metieron los dos coches a la calle de Juárez y pronto pasamos por la casa de Don Quijo, cuya puerta y ventanas se encontraban cerradas.

—¡Deténgase!—ordené.

Bajé del coche y corrí hacia la puerta de la casa de mi amigo.

Puse el ojo en el hueco de la llave, como era mi costumbre. A grandes zancadas recorría Don Tomás el patio. Llevaba una escopeta de caza al hombro, y al parecer, sus movimientos eran militares, porque al llegar al término de su paseo, echaba el pie derecho atrás del izquierdo y giraba sobre sus talones dando una media vuelta militar perfecta.

De pronto se detenía en mitad del patio, miraba los cajones destruidos de sus colmenas y volvía a reanudar su marcha.

Su traje, de por sí desgarrado, en esa ocasión parecía más bien vestido de mendigo. Noté que no llevaba anteojos y que sus pies estaban descalzos.

Llamé a la puerta fuertemente con una piedra. Ví que se detenía el hombre en seco, que alzaba la escopeta y que gritaba con acento destemplado:

—¡Ya llegaste, zángano Carranza; te estaba esperando! ¡Ahí te va esa!

Apenas tuve tiempo de hacerme a un lado. Sonó una detonación y una lluvia de municiones cayó sobre la puerta.

¡El profeta defendía a la ciudad eterna!

La curiosidad y la pena me llevaron nuevamente a la puerta, pero no tuve tiempo de acercarme, porque una ventanilla de barrotes de fierro, pequeña y situada en alto, sobre el escritorio de Don Tomás, se abrió repentinamente y tras las barras apareció el rostro cadavérico del hombre.

Me sentí invadido de terror. Aquellos ojos vidriados eran de loco. Y ¡cómo se habían sumido aquellos ojos en las órbitas oscuras!

—¡Don Tomás,—le grité,—¿no me conoce? soy Rafael.

—Acabo de descubrir el destino del hombre—me contestó—y no se me puede turbar.

—¡Don Tomás, por Dios!—repetí—¿no me conoce?

—Eres la perdición y la ignorancia—gritó colérico—vete, no vengas a violar mi reino, mi ciudad eterna donde moran los “animalitos de Dios”.

—¡Don Tomás—grité con ansia—soy yo!

—He descubierto el destino del hombre—insistió—. Voy a sorprender al mundo—. Soltó una carcajada que me crispó los nervios. Por última vez volví a insistir:

—Don Quijo, ¡soy Rafail!

—Vete de aquí, no entrarás a la ciudad eterna, vete...—y diciendo esto, asomó por la ventanilla su escopeta. Corrí al coche, subí al pescante y grité:

—¡Vámonos!

Sonó a nuestras espaldas una segunda detonación. Arrancaron los caballos asustados y el que montaba Raúl dió un salto poniéndose delante de nosotros.

Salimos del pueblo. Dejamos atrás las callejas en cuyas casas apenas si daban señales de vida las mujerucas que asomaban a la puerta a nuestro paso. A la salida del pueblo volvió Raúl grupas a su caballo. No quiso despedirse de nosotros. Lo vimos partir y noté que de sus ojos se desprendían algunas lágrimas.

Se alejó como un fantasma de la desolación que estuviera para meterse en otra desolación, Rosario. Atrás quedaba él con la amada Rosario, mientras que yo,

el amigo y el rival, marchaba a la tierra de promisión, con el tesoro de mi vida.

Llegamos al Puerto erizado de ametralladoras y de trincheras. Desde ahí echamos la última mirada a Nuestra Señora del Rosario, que enmedio del Valle se dibujaba como una mancha negra, y nos despedimos de las sierras azules donde se abría la boca del Cañón. Todo ha quedado en mi memoria escrito con letras indelebles. No he olvidado un sólo gesto de mis compañeros de viaje, ni una sola emoción de las que conturbaron mi alma. Pero ahora, después de que han pasado los años sobre nuestra felicidad, aquí en este hogar que vinimos a formar ella y yo, después de que hubo pasado el vendaval de la "bola", y sobre el recuerdo santo de mamá, que fue a terminar sus días a solas con su tragedia interior, lejos de su amada Rosario y de su huerta, al lado de José María, el General carrancista; por encima del cariño que en cada carta me mandan mis hermanas y mi padre, que han vuelto a reconstruir el nido, ellas casadas ya, vela en mi mente la memoria del viejo brujo de Rosario, y su genial locura y su tragedia interior soplan tristemente sobre esta dulce existencia que llevamos ella y yo, a la orilla del Pacífico inmenso.

Ayer nos escribió Raúl. Dice que debemos regresar. Que Rosario es otra vez la misma. Que Guardado, después de convertirse en líder agrarista, logró subir a la Presidencia, desde donde dirige los destinos de la Villa y pronuncia "espiches" cada vez que se le viene en gana. Que Don Juan sigue persiguiendo a su mujer cuando se emborracha, y que la sala de Chonita sigue sin techo y sin ventanas de fierro. Termina diciendo que Don Quijo, después de vivir largos años encerrado en su casona y su locura, alimentado por la caridad de los vecinos, y siempre en guardia con su escopeta sin parque, acaba de morir.

Y ¿quién sabe? ¿Por qué no hemos de regresar, si hasta la huerta ha reverdecido? Clemencia ansía ver a sus padres, yo no tengo más voluntad que la suya. Cuando me mira con sus ojos negros de santita de pueblo, nada le puedo negar. Si algún día me dice:

—¿Quieres que nos vayamos a Rosario?

¡Qué le he de decir!

*Los Angeles, California, 1928.*

—F I N—











863.6

863.6 G642



a39001



008171954b

81605



